



CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

ESCLAVOS DE UN MOTIVO

FINALISTA
L PREMIO PLANETA DE NOVELA

PREMIUM

Contents

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Citas](#)
[¿Libertad o determinismo?](#)
[Los hilos de la causalidad](#)
[El tiempo y sus efectos](#)
[Leonor](#)
[Ráfagas de presente y pasado](#)
[Cerca del amor y de la muerte](#)
[Amistad y confianzas](#)
[Carta de mi hijo](#)
[Arrebatados por la niebla](#)
[Fuego y cenizas](#)
[Regreso a lo cotidiano](#)
[La huida](#)
[Entre el amor y el olvido](#)
[Anselmo](#)
[La relatividad de la distancia](#)
[El descubrimiento del amor](#)
[El cortejo](#)
[Juventud y utopía](#)
[Palabras de amor, de la mano del viento](#)
[El agua y la sed](#)
[La fuerza de Eros](#)
[El día después](#)
[Supervivencia](#)
[La vida](#)
[Ecos](#)
[El nacimiento de mi hijo](#)
[De vuelta a casa](#)
[Encuentro inesperado](#)
[Contrastes](#)
[La promesa](#)
[El último adiós](#)
[El vuelo hacia los sueños](#)

ESCLAVOS DE UN MOTIVO

FINALISTA
L PREMIO PLANETA DE NOVELA

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

PREMIUM
EDITORIAL

COLECCIÓN NARRATIVAS HISPÁNICAS

©: Consolación González Rico, 2013.

©: Premium Editorial, 2020.

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.

Diseño cubierta: Premium Editorial.

Imagen cubierta: Celia Iglesias Ballesteros.

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-122181-8-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*No hay en el alma ninguna voluntad libre,
sino que el alma es determinada
a querer esto o aquello por una causa,
que también es determinada por otra,
y ésta a su vez por otra,
y así hasta el infinito.*

Baruch de Spinoza

¿Libertad o determinismo?

Muchas veces he intentado enfrentarme al papel y plasmar por escrito la historia de mi vida. Hace años me empujaba el deseo de volver a vivir mis recuerdos, pero estaban tan recientes que evocarlos tan sólo dolía tanto como desprender un vendaje de una herida infectada, y las primeras cuartillas acababan en el cesto de los papeles debido a un mero problema de supervivencia. Hoy, aunque todavía quedan cicatrices que duelen cuando se desatan las tormentas del alma, quiero intentarlo de nuevo, sin demasiada convicción de que esta vez pueda llevar a término mi propósito.

Todo sucedió como estaba escrito, diría si creyera en la fuerza que para muchos explica el ir y venir de la existencia humana. Todo sucedió siguiendo un inexorable principio de causalidad, quiero más bien admitir de acuerdo con las teorías deterministas que discutía en aquellas clases del Curso Preuniversitario en el Ramiro de Maeztu, tan diferentes a las que el Colegio de las Teresianas me tenía acostumbrada.

Aún recuerdo la voz clara y rotunda de mi profesor de Filosofía. El largo tiempo transcurrido no ha borrado de mi mente el brillo de sus ojos redondos y penetrantes, que concedían a su rostro, junto con su nariz aguileña, el aspecto de un águila majestuosa. Y con la misma pericia y elegancia que si de un águila se tratara, nos hacía volar por los cielos del pensamiento en busca de respuestas a la trascendencia, al bien y al mal, a la libertad.

Aquella tarde de primavera la discusión se centraba en la libertad de los actos humanos.

—¿No creen ustedes —preguntaba muy seguro de la respuesta— que el principio de causalidad formulado por Kant es aplicable también a nuestros actos volitivos? ¿O acaso piensan que somos libres cuando, después de vencer las eternas dudas que agitan nuestro espíritu, creemos que hemos elegido entre *esto* o *aquello*?

Su dedo índice largo y huesudo volaba en diagonal una y otra vez, hundiéndose hasta enrojecer en los extremos opuestos de la pizarra donde había escrito dos palabras: CAUSA - EFECTO.

Yo, con la vehemencia y pasión de mis pocos años, y la influencia todavía reciente de los principios religiosos que me habían inculcado las Teresianas, intentaba rebatirlo.

—Si mis actos no son libres, ¿dónde queda mi responsabilidad? ¿Dónde mi libre albedrío? Si Dios nos ha abandonado en este mundo caótico, despojados de una voluntad libre para hacer *esto* o dejar de hacer *aquello*, ¿cómo puede pedirnos cuentas al final del camino? ¿Cuál es la razón del premio y el castigo? Si existe un Dios justo, y éste debe ser uno de sus atributos, ¿cómo podrá juzgarme por aquellos actos carentes de una absoluta y total libertad a los que me han conducido unas causas que se me escapan, que son ajenas a mí?

Me había levantado de mi asiento sin ser consciente de ello. Las mejillas me ardían, y mi voz había ido cobrando un tono enfático que chocaba con el silencio que se hizo en el aula.

—No sea ingenua, señorita Morales; la libertad no existe. Siempre actuamos guiados por el

motivo más fuerte —aseveró de forma irrefutable.

Mis dudas y su seguridad quedaron suspendidas en la estancia hasta que fueron borradas por el sonido del timbre. Su respuesta sin embargo quedaría para siempre en los registros de mi cerebro, y durante unos minutos, en los golpes de mi sangre, que sentía en las sienas con furia. Quizá con miedo.

Miré al cielo a través de los cristales y su aspecto me pareció premonitorio. En lugar de un azul diáfano, propio de la ya avanzada primavera, se presentaba como una bóveda negrísima en la que pude contemplar, como única respuesta a mis dudas, un sobrecogedor dibujo de luz zigzagueante que me produjo un escalofrío.

—El motivo más fuerte —susurré ocupando mi silla.

Era una premonición. Aún faltaban algunos años para que yo descubriera, con la claridad de un relámpago, cuál iba a ser *mi motivo más fuerte*; el que desencadenaría las tormentas de mi vida.

Los hilos de la causalidad

Pero los años de universidad pasarían pronto, y allí estaba, no exenta de cierta angustia, recogiendo mi especialidad de anestesista y a punto de lograr mi primer trabajo.

Todo había resultado demasiado fácil para alguien que como yo, en boca del Catedrático de Ginecología, tenía «el vicio de la responsabilidad unido a la virtud de una cabeza bien amueblada». La frase no me disgustó, sobre todo venida del temido y admirado Profesor Antúnez. Del vicio estaba segura; lo había adquirido con los años. En lo concerniente a su opinión sobre las *virtudes* de mi cabeza, tengo que admitir también que me ayudó a conquistar parcelas de seguridad y autonomía, imprescindibles para abrirme camino en el terreno profesional, casi vedado entonces a una mujer de veinticuatro años.

Desde luego, no creo que mi pelo caoba oscuro, ni mis ojos verdes, ni mis largas extremidades, que remataban una figura un tanto delgada para los gustos de la época, tuvieran nada que ver con el afecto sincero que siempre mostró por mí el Catedrático de Obstetricia y Ginecología.

Aquella mañana, me había citado en la Secretaría de la Facultad para entregarme personalmente la credencial que me habilitaría para el ejercicio de mi especialidad como anestesista. Su gesto fue todo un detalle y un honor para mí.

—Andrea Morales Aguilar.

Había pronunciado mi nombre y mis dos apellidos despacio, otorgando la solemnidad precisa a cada uno, como siempre tenía por costumbre hacerlo. Yo me sentía nerviosa y aturdida frente a él. A pesar de los años transcurridos, puedo sentir todavía su mano derecha aplastándome los nudillos, a la vez que con la izquierda retenía aún mi anhelado trofeo.

—Aquí tiene, doctora Morales, su flamante licencia para dormir el dolor —dijo con voz solemne y cercana—. Espero que sepa ejercer su profesión con la misma dignidad y brillantez que siempre ha mostrado en todo cuanto hace.

La emoción que me producía aquel ansiado momento, y sus palabras, que conjugaban deseo y reto, hicieron que la respuesta que traía ensayada se me quedara en la garganta. Sentí que el rubor me quemaba la cara, y sólo pude responder con una sentida sonrisa en la que se mezclaron satisfacción y agradecimiento.

Cuando me disponía a desasirme de su mano, retuvo con fuerza la mía unos instantes y añadió en tono confidencial:

—Si quiere trabajar conmigo, mañana la espero en mi despacho a las diez en punto.

Allí estaba yo, naturalmente, desde las nueve y media de la mañana ante la puerta del despacho del profesor más duro, temido y respetado habido nunca en la Facultad de Medicina, según relataban las crónicas orales que se transmitían de una generación a otra de estudiantes.

Apenas había dormido la noche anterior. Durante las largas horas de vigilia, había imaginado, corregido, inventado y hasta soñado la escena, que con la noche adquiriría tintes desmesurados. Sin duda, era la oscuridad quien agrandaba la situación y encogía mi entereza. La lentitud perezosa del

reloj me parecía una crueldad. Cuando sus agujas se aproximaban a las seis de la madrugada, decidí prepararme para el que habría de ser el día más decisivo de mi existencia; entonces yo no podía imaginar hasta qué punto.

Me levanté con presteza. La sequedad de mi garganta contrastaba con la humedad viscosa de mi cuerpo provocada por el calor. Muy despacio, sin hacer ruido, introduje mis pies en las zapatillas y me dirigí al cuarto de baño, casi palpando paredes y muebles para no despertar a mi compañera y amiga Charo, que entonces compartía conmigo la habitación.

Abrí el grifo, puse debajo mi boca y bebí con avidez, hasta que el chorro de agua fresca restauró los estragos producidos por el insomnio. Dejé caer el camisón, que el suelo recogió indiferente, y concedí la libertad a mi larga y rizada cabellera roja. La agité a derecha e izquierda enérgicamente y busqué el efecto en el espejo. El volumen que había adquirido, y la espesa maraña de mis rizos ya libres, otorgaban a mi rostro un aire felino. Allí quedaba mi cara, perdida entre la maleza. Destacaban en ella unos enormes ojos verdes, rasgados, que el espejo me devolvía esa mañana con destellos de curiosidad y expectación, ante un horizonte prometedor que nunca hubiera presentado tan cerca.

Me complacía seguir observando mi cara. Mi nariz, más bien pequeña, no era uno de sus rasgos más relevantes, mientras que mis labios se hacían notar por su detallado dibujo y amplitud y su fácil sonrisa, que dejaba al descubierto unos dientes correctos y regulares. Era excesivamente pálida, pero las huellas de la noche anterior acentuaban aún más mi palidez. Deslicé la mirada por la imagen que el espejo me mostraba, y mi cuerpo me recordó la albura marmórea de las estatuas griegas, más por su color que por sus proporciones, demasiado alargadas como ya he dicho. La única nota de color marrón rojizo, se había cuidado la naturaleza de colocarla con profusión debajo de mis brazos y entre el nacimiento de mis piernas.

Estaba claro que no era una belleza en el sentido clásico de la palabra, pero me había ido convenciendo de que tenía un atractivo especial. Quizá fuese ese aire tan peculiar, rayando en el descuido, que no me importaba mantener.

Me quité las zapatillas y me coloqué debajo de la ducha. Con un movimiento mecánico y habitual, mis dedos giraron con rapidez y el impacto estimulante de aquel aguacero atrevido acarició con frescura cada poro de mi cuerpo. Cuando la toalla terminó su tarea me dirigí al cuarto de estar, donde había dejado mi indumentaria colocada sobre una silla. No había mucho donde elegir, ni me importaba el hecho de no contar con un ropero variado. Sin maquillar, con el pelo recogido en una trenza y enfundada en unos vaqueros casi siempre gastados, que solía conjuntar con un polo o camisa a cuadros, era la viva imagen de la sencillez y la naturalidad.

Ese día no quería ofrecer un aspecto diferente: los mismos vaqueros, un *Lacoste* verde manzana, la misma trenza, unos zapatos castellanos y un bolso de marroquinería colgado en bandolera. Mi corazón, al igual que dijera Adamo en su canción, entonces también lo llevaba *en bandolera*.

Un portazo leve, y el paso firme hacia la boca del metro. Madrid empezaba a despertar.

El minuterero de mi reloj sobrepasaba en dos minutos las diez de la mañana cuando golpeé tres veces la puerta cuya placa no dejaba lugar a dudas:

D. Fernando Antúnez
Catedrático de Obstetricia y Ginecología

Su voz, inconfundible, atravesó la barrera sin dificultad.

—Pase, doctora Morales —ordenó como si adivinara mi presencia.

Hice girar el pomo de la puerta y avancé con una resolución un tanto forzada.

Se puso en pie. Unas breves palabras de saludo y una sonrisa acogedora y franca por su parte, acabaron con mis recelos. Con un gesto me invitó a sentarme, a la vez que él hacía lo propio. Enseguida se dispuso a poner en orden los muchos papeles que cubrían su mesa, tiempo que aproveché para lanzar una mirada rápida a mi alrededor.

El despacho era amplio, con un gran ventanal orientado al este. Las cristaleras dejaban paso a los rayos de sol que habían logrado atravesar las hojas de la enorme acacia situada a pocos metros. Las cortinas, descorridas, no suponían un tamiz en su camino, y las oscilaciones de luz producidas por la brisa jugaban libremente en la tarima, en las paredes enyesadas, entre las estanterías que albergaban cientos de tratados, enciclopedias y diccionarios colocados con meticulosidad.

Destacaban en el conjunto la mesa y el sillón de madera tallada que ocupaba el Profesor situados en el ángulo izquierdo; pero pronto fueron eclipsados por aquel extraño cuadro. La policromía de su marco contrastaba con el tenebrismo de la escena que representaba: un joven vestido con una túnica, que llevaba una lira en la mano, era conducido en una barca por un personaje misterioso.

—¿Conoce el mito de Orfeo y Eurídice? —preguntó el Profesor sacándome de mi contemplación—. Fue un músico griego que logró llegar a las profundidades infernales para suplicar al poderoso Plutón, dios de las tinieblas, que le devolviera a su amada Eurídice al mundo de los vivos, muerta apenas unos meses después de sus bodas.

Se había levantado y señalaba al barquero.

—Y éste es Caronte —continuó diciendo sin dejar de mirar la escena—, el barquero que conduce las almas de los difuntos del reino de la luz al reino de las tinieblas, separados por la laguna Estigia.

—¿Logró Orfeo su propósito? —pregunté.

—No; caminó durante largo tiempo por el mundo de las tinieblas seguido de Eurídice, pero antes de atravesar la laguna Estigia, quiso comprobar que su amada lo seguía, en contra de lo que había prometido a Plutón, y al volver la cabeza vio cómo la bella Eurídice se convertía en una columna de humo.

Mientras yo miraba impresionada la escena, añadió:

—Usted en su tarea de anestesista será como Caronte; tendrá que transportar a muchos pasajeros a través de la laguna Estigia.

Sus palabras me inquietaron y no supe qué responder.

—No se preocupe —añadió—; su barca conducirá a miles de pasajeros al mundo de las tinieblas, pero después serán devueltos por usted misma al mundo de la luz.

En aquel momento se hizo también la luz en mi cerebro y supe a dónde quería conducirme con su alegoría. Suspiré aliviada y forcé una sonrisa.

—Me ha quitado de encima un gran peso —dije con la intención de restar dramatismo a una conversación cuyos derroteros empezaban a desconcertarme.

Volvió a sentarse en su sillón de roble tallado con incrustaciones de marfil, me miró fijamente a los ojos y disparó sobre mí una pregunta directa.

—¿Quiere trabajar en mi equipo, Andrea?

Mantuve su mirada y me concedí unos segundos antes de responder.

—Su ofrecimiento es para mí un motivo de orgullo, pero me temo que mi inexperiencia no me va a permitir estar a la altura que corresponde.

—Para mí también hubo un primer niño que traer al mundo y una primera histerectomía. Alguien confió en mí y ahora yo confío en usted.

Nos quedamos callados unos instantes. ¿Cuántos años habrían transcurrido desde entonces? No podía precisarlo. Me imponía su voz grave, su corpulencia —en aquel momento prefería verlo sentado—. En instantáneas breves, me aventuraba a observar sus cejas pobladas, que caían sobre unos ojos azules intensos a los que se asomaba una inteligencia preclara y una fuerte personalidad; su nariz recta, casi romana, cuyo nacimiento formaba un único plano con el hueso frontal. Su pelo oscuro, un tanto largo y bien cuidado, en el que empezaban a lucir algunas canas. Su elegante barba que, para no desentonar, se iba tornando gris; su boca, de dientes grandes y bien alineados. Y por encima de todo, sus manos hábiles, diestras, de dedos largos, admiradas y admirables; esas manos cuyas proezas podían estar al alcance de mis ojos. Lo tenía cerca y no podía calcular su edad. Quizá sobrepasara los cuarenta y cinco años... O tal vez no habría cumplido los cuarenta.

Sin darme cuenta me sorprendió mi propia voz.

—Sí, Profesor. Acepto. Dígame cuándo tengo que empezar.

Volvió a ponerse en pie, alargó su mano, yo acerqué la mía levantándome también, y un fuerte apretón selló la que iba a ser una relación de muchos años.

Con voz paternal, como si de nuevo fuésemos profesor y alumna, concluyó:

—Conozco su fortaleza y su capacidad de trabajo, pero también conozco su corazón. Su tarea no va a ser fácil. Muchas veces, tendrá que arrebatar de la otra orilla a quienes se empeñan en no volver. Llegarán casi todos; sólo unos pocos se quedarán en el camino. Conduzca con destreza la barca, y nunca se culpabilice si alguien se pierde en la travesía. Cuando esto suceda, no mire hacia atrás como Orfeo, ni se eche al monte a llorar. Piense que muchas Eurídicés la esperan. — Su voz se hacía más solemne—. Cada *pasajero* tiene detrás de su historial clínico una historia personal, un lado humano en el que es peligroso hurgar. Reserve su corazón. No lo comprometa. Los viajeros van y vienen, pero a usted, doctora Morales, han de encontrarla siempre entera para facilitarles la travesía.

Lo había escuchado con sobrecogimiento, casi con devoción. No quise que se tradujera el peso que sus palabras producían en mi ánimo. Me sobrepuse, a duras penas, y sonriendo respondí:

—Para ello me he preparado, profesor Antúnez. Estoy dispuesta. Ayúdeme a lograrlo.

—Cuenta con ello, Andrea.

Cogió un papel en el que escribió de prisa la dirección de la clínica, lo puso en mi mano y empujando levemente mi hombro me acompañó hasta la puerta.

El tiempo y sus efectos

Otra vez el estómago. Casi treinta años, y aún no he logrado acostumbrarme a las comidas apresuradas de la clínica. La pequeña cafetería, que hace las veces de comedor, está impregnada de ese cóctel tan familiar cuyo ingrediente principal es el aceite. Demasiados fritos, demasiada pasta, demasiados días. El filete empanado se turna con la merluza, la sopa de fideos con los macarrones, la menestra de verduras con el puré en el que los picatostes se esfuerzan por salir a flote.

—No es la comida, Andrea, eres tú. Hace años no decías lo mismo —ha puntualizado Fernando, a quien he hecho partícipe de mi desgana—. ¿Recuerdas la primera vez que comimos aquí? Si la memoria no me falla, corrígeme si me equivoco, te supieron a gloria aquellos macarrones con tomate y aquella merluza cocinada con aceite de soja.

—¿Cómo puedes acordarte después de tantos años? —le he preguntado mirándolo con nostalgia—. Sí, yo también lo recuerdo. Había asistido a mi primera cesárea. Estaba agotada, eufórica y, sobre todo, hambrienta.

A Fernando se le ha ensombrecido la mirada evocando aquel pasado que a ambos se nos ha escapado de las manos.

—¿Cuántas sobremesas hemos compartido entre *viaje* y *viaje*! —ha dicho, subrayando las últimas palabras.

Sin poder evitarlo, los recuerdos se han empujado en mi cabeza: el mito tenebrista reflejado en aquel cuadro, la barca de Caronte, el comienzo de mi vida profesional.

—Demasiadas travesías, Profesor.

La palabra *Profesor*, se ha convertido con el devenir de los años en un nombre propio que simboliza para mí la admiración, la amistad, el respeto. Quizá el amor evitado.

Hemos permanecido callados largo rato; como si ninguno de los dos nos atreviésemos a materializar los pensamientos.

El sonido vibrante del móvil nos devolvió por unos momentos a la realidad. Pulsé el botón y la voz de Enrique, especialmente zalamera, se dejó oír con desenfado.

—Mamá, ¿a qué hora regresas del hospital?

Me puse en guardia. A Enrique siempre le gusta llamarme por mi nombre; *mamá* sólo lo utiliza cuando me tiene reservada alguna de sus *sorpresas*.

—A las ocho estaré en casa —le dije.

No me dejó preguntar ni yo quise hacerlo. Cortó con un «te espero» y un beso.

Miré a Fernando con complicidad y dije preocupada:

—Tengo que preparar las maletas de Enrique. ¿Dónde irá esta vez?

En la medida en que se acercaba el momento de volver a casa, el nudo en el estómago se me hacía más fuerte. Cada vez llevo peor eso de tener que decirle adiós.

Otra noche más en soledad. Los sentimientos despiertan. Hace una semana que mi hijo se ha marchado y la casa sin él parece que creciera. Es como una cárcel en la que yo fuese la única prisionera. Hasta me sorprende a mí misma cuando recorro el jardín midiendo deprisa sus escasas dimensiones. Hace más de veinte años, abandoné el viejo piso de alquiler que fue testigo de sus primeros pasos, de sus primeras caídas, de sus primeros juegos. Elegí para él la luz, el campo, los espacios abiertos, la libertad. Hoy esa luz se me oscurece. En esta anchura me siento perdida. Me ahogo.

Tenía la garganta reseca y he bajado a la cocina en busca de un refresco. Cada roce, cada uno de mis pasos, me son devueltos en la noche acrecentados por el silencio, roto solamente por el ronco ladrido de algún perro, a quien Gus contesta en el mismo tono. Me tranquiliza comprobar que está ahí fuera, como siempre, y me digo, para convencerme a mí misma, que no estoy sola.

He vuelto a la cama con la certeza de que las horas siguientes pesarán como una losa sobre mi cuerpo. No tengo otra cosa que hacer. Quiero dormir pero no puedo. Muchas veces permanezco inmóvil, con los ojos clavados en el techo, hasta que el picotear insistente de los estorninos en la chimenea me avisa de la llegada del nuevo día. Como yo, siempre están ahí, alerta, cuando el alba raya las juntas de la ventana.

La marcha de mi hijo trae a mi mente la estrofa de una canción vieja, repetida por mí en otras situaciones del pasado, y que ahora se convierte en elemento recurrente de la memoria.

*El sol está naciendo, murió mi sueño.
La vida y las gentes se están vistiendo
y tú tienes que irte con todos ellos...*

¿Quién te espera a ti? ¿Por qué tú también has tenido que marcharte? *Él* ha vivido sin saber de tu existencia, y yo he vivido para ti y por ti. Tú me has atado a la vida con fuerza y ahora decides romper las amarras.

El día de su partida hacía escasamente una semana que me había comunicado su decisión. Mientras preparaba el viaje, quería evitarme angustias innecesarias.

Cuando regresé del hospital, me estaba esperando en el salón y me contó muy serio sus planes. Cenábamos el uno frente al otro. Yo intentaba disimular mi inquietud; quizá mi corazón se había precipitado y se trataba sólo de una falsa alarma. Esperé, como el reo espera la decisión del juez, hasta que al fin comenzó a hablar.

—Mamá, ya te he dicho que tengo que irme. Aquí sobramos y allí nos necesitan. Es la ONG de la que tantas veces te he hablado. Todos nos conocemos; no estaré solo —decía entusiasmado al mismo tiempo que yo me desmoronaba.

—¿Por qué tiene que ser África? —pregunté con un hilo de voz que se me enredaba en los sentimientos.

—¿Y por qué no, mamá? Es una tierra donde la vida eclosiona con fuerza, lo mismo que la naturaleza. Un continente puro que todavía no ha sufrido los desastres de la civilización, pero que necesita algunos de sus logros para poder...

No lo dejé terminar.

—¡Pues que vivan su propia historia, como cada pueblo tiene que vivir la suya! —exclamé levantando la voz—. ¿Por qué quieres intervenir en el ritmo de su evolución cultural?

En mis palabras había una convicción más aparente que real; sabía que mi hijo no se iba a

rendir.

—¿Acaso tú no intervienes en el curso de la vida y de la muerte? ¿No luchas cada día para que muchas de tus pacientes vuelvan a su dolor o, tal vez, a su enfermedad? ¿Les preguntas si quieren volver? ¿Crees que si supieran, como tú muchas veces lo sabes, sus posibilidades de supervivencia, o la situación que padecerán como supervivientes, querrían hacerlo? ¿Por qué no les dejas que elijan entre morir o malvivir?

—No es comparable, hijo —me atreví a decir derrotada.

—Claro que no lo es. Tú has elegido la comodidad de tu clínica, y yo elijo un contexto más agreste, más duro, pero no por ello menos humanitario.

En su voz me pareció captar un tono de reproche que no acerté a comprender, pero que enseguida quedaría desvelado.

Me tragué mis deseos de decirle que no me hablara de comodidad. Qué sabía él de mis dudas, de mis luchas, de mis tribulaciones. Enrique pareció adivinar mis pensamientos y dulcificó el tono.

—Muchas veces no te comprendo, madre. Te estoy explicando mis razones y tú nunca me has explicado las tuyas. Tengo veinticinco años. Soy adulto como tú y soy médico como tú. ¿No crees que deberías hablarme más de ti en vez de preocuparte tanto por mí? Hace mucho tiempo que dejé de ser un niño.

Contuve el impulso de contárselo todo, pero decidí que no era el momento. Tragué saliva para suavizar la opresión dolorosa que apretaba mi garganta mientras me esforzaba en sujetar las lágrimas, y lo miré como si toda mi vida estuviera contenida en él.

—Cúidate. Y no olvides que espero tus cartas. Te quiero mucho, hijo.

Me abrazó con fuerza y, sin soltarme, —quizá temía ver mis ojos— me decía:

—Dos años pasan pronto, Andrea. Te prometo que volveré sano y salvo, aunque tú también puedes ir a visitarme. Estoy seguro de que si me acecha algún peligro, pediré socorro y allí estarás tú.

Una carcajada espontánea por su parte, y un tanto forzada por la mía, suavizó la tensión del momento. Enrique es así; impetuoso, vehemente y con una fuerte personalidad. Luego me cogió por el brazo y me condujo a la mesa que había preparado con esmero para mí.

—*À table, madame!* Creo que tendré que acostumbrarme al francés. Es el idioma oficial de la República del Congo.

Los días anteriores a su marcha transcurrieron apresurados entre maletas, consejos interminables y vacunas de última hora. Hasta que llegó el viernes, día temido en el que a las seis de la mañana tuve que acompañarlo a Barajas, y me fue arrebatado por las nubes hasta las mismas entrañas de la selva. Miré a lo alto, vi como se perdía aquel punto brillante y formulé un compromiso que nos uniría en la distancia.

—Vas a conocer nuestra verdad. Voy a escribirla para ti. Te lo prometo, hijo —dije mientras con el dorso de la mano intentaba desviar las lágrimas que en los últimos minutos se empeñaban en escaparse de mis ojos.

Leonor

Mis primeros meses en la clínica no fueron fáciles. Las prácticas que había realizado eran bien diferentes. Aquí estaba sola. Tuve que familiarizarme con el quirófano, diferenciar, elegir y aplicar el tipo de anestésicos y las dosis de atropina y pentotal requeridas en cada intervención concreta. Reconocer, por encima de las diferencias individuales, los estadios de la anestesia que experimentaba cada paciente en la mesa de operaciones. Intentar prevenir y controlar los incidentes y los accidentes. Los primeros más comunes; los otros, afortunadamente eventuales.

Era como si una marioneta gigante, la vida, debiera ser movida por mí con cien hilos a la vez. Me faltaban manos, ojos y oídos; me sobraba entusiasmo y juventud. Buscaba un gesto de aprobación en el rostro del Profesor, pero la mascarilla se convertía en una barrera impenetrable. Poco a poco, aprendí a leer en sus ojos. *Incrementemente la dosis. Controle la presión arterial. Será precisa una intubación. Más oxígeno. Así. Ánimo. Todo va bien. Terminamos.*

Aquella tarde de noviembre, la intervención se había prolongado más de la cuenta. Me dirigí a la cafetería y me acomodé en una mesa próxima a la ventana. Me gustaba observar a través de los cristales. Las últimas luces del crepúsculo dejaban paso a las sombras, anticipadas por una cortina de lluvia densa y pertinaz. Contemplaba desde allí a los familiares de las pacientes, que iban y venían uniformados como hileras de hormigas bajo sus enormes paraguas negros. De pronto, la voz del Profesor me sacó de mi abstracción.

—Tenemos un caso difícil, Andrea. La vida de una mujer está en juego. Necesito su colaboración.

—Dígame de qué se trata —dije volviéndome hacia él— y de antemano cuente conmigo.

—Acaba de ingresar una mujer de cincuenta y cinco años. Carcinoma de cuello de útero en fase relativamente avanzada. Presenta hemorragias desde hace más de un año y necesita que se le practique una histerectomía urgente. Su nombre es Leonor Herrero Ortiz.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté sin comprender la diferencia entre su caso y otros similares, que tantas veces se nos habían presentado.

—Se niega a que se le practique intervención alguna; tiene que hablar con ella.

—¿Cómo podré conseguir lo que usted no ha logrado, doctor?

—No le va a resultar fácil, pero tengo la esperanza de que quizá usted pueda convencerla —añadió con una seguridad que no me dejaba otra alternativa.

Yo lo miraba con extrañeza, pero, enseguida, él siguió despejando algunas de mis dudas.

—Viene de provincias. Es una montañesa tozuda como una mula, de ideas fijas, pero con una gran dosis de inteligencia natural. Mañana a las nueve se entrevistará con ella en mi despacho. Descubra los entresijos que guarda en su interior y llegue a los resortes que la atan a la vida; conmigo es hermética. Consulte previamente su historial. Sus apellidos son Herrero Ortiz. Recuérdelo.

Aquella fue la primera evidencia que me descubrió el lado oculto del hombre, que tan

celosamente escondía; su contradicción entre la ciencia y el humanismo.

Recordé sus palabras de hacía tan sólo unos meses. «Cada pasajero tiene detrás de su historial clínico una historia personal, un lado humano en el que es peligroso hurgar». En ese momento me estaba pidiendo lo contrario. Hablaba el hombre, no el científico. Ni él ni yo sabíamos entonces la trascendencia de aquella intromisión en el curso de una vida, que con lazos tan estrechos llegaría a vincularse a la mía.

La curiosidad que había suscitado en mí el caso me llevó a las ocho y media de la mañana al despacho del doctor Antúnez. No era la primera vez que entraba allí; sin embargo existía una diferencia sustancial: en esta ocasión ocuparía el otro lado de la mesa.

Encendí la luz. El suelo brillante de terrazo rojizo recogía los destellos de la lámpara. No tenía mucho que ver con el despacho que el Profesor ocupaba en la Complutense. Ni en sus dimensiones, ni en su mobiliario. La nota común la constituían sus paredes blancas y sus estanterías pobladas de libros.

Me acerqué a la ventana, que se asomaba al mediodía en la pared opuesta a la entrada. La escasa luz de aquel amanecer de otoño era robada con prisa por el alto edificio en construcción situado enfrente. Próxima a la ventana, había una mesa grande provista de cajones, cuyos secretos se hallaban celosamente guardados por una pequeña llave; era la mesa del Profesor. Me acomodé en el sillón de cuero negro y experimenté una sensación extraña, en la que se mezclaban sin que yo pudiera evitarlo el orgullo y la responsabilidad.

Detrás del sillón, en el ángulo izquierdo de la estancia y al alcance de la mano, había un armario metálico. Lo abrí. Contenía los historiales de las pacientes, cuidadosamente ordenados y protegidos por archivadores marrones que se movían por unos rieles también metálicos, permitiendo así el acceso al rótulo superior donde podían leerse los dos apellidos y el nombre de cada una. Introduje los dedos y busqué: Fernández, Fuentes, Gaspar, Guerra... Allí estaba. Herrero Ortiz, Leonor. Entre mis manos tenía el historial médico de Leonor Herrero Ortiz. Además de los datos que ya conocía, llamó mi atención el hecho de que viniese de la provincia de Santander. «¿Por qué habría elegido Madrid?», me pregunté. Era viuda, no había tenido hijos y no quería operarse. ¿Cómo habría llegado hasta la clínica esta mujer de cincuenta y cinco años?

Estuve analizando los datos médicos del caso y no encontré nada relevante. Sana, sin antecedentes quirúrgicos, no había padecido enfermedades graves, ni entre sus ascendientes se conocían casos de neoplasia. ¿Cuál sería la causa por la que se negaba a ser intervenida?

Esperaba con cierta curiosidad que mis interrogantes se despejaran sin tardanza, y sentía verdadera fascinación por conocer qué tendría aquella mujer para haber suscitado un interés tan vivo en el Profesor.

Dos toques en la puerta a las nueve y cinco.

—¡Adelante! Puede pasar —dije asegurándome de que el tono de mi voz pudiera oírse tras ella.

El pomo giró cauteloso y la puerta se abrió. Se recortó en su hueco una figurilla enlutada y menuda, seguida de otra de elevada estatura. Ambas permanecían inmóviles. Como si no se decidiesen a entrar.

—Pasen, por favor; los estaba esperando.

La mujer avanzaba temerosa, conducida por un hombre muy joven que apoyaba protector su brazo sobre los frágiles hombros de ella. Uno y otra parecieron sorprenderse de mi presencia.

—Buscábamos al doctor Antúnez —dijo el hombre vacilante—. Perdone... Quizá nos hemos

equivocado. Habíamos entendido que nos esperaba aquí a las nueve.

—Aquí es —dije poniéndome en pie, al tiempo que les indicaba con un ademán que podían sentarse.

No sólo relegaron mi invitación, sino que persistieron en su empeño. Ella con el gesto contrariado; él insistiendo en su deseo de ver al doctor.

—Disculpe... Nos dijo que la entrevista de hoy sería decisiva. Tenemos que verlo. ¿Podría avisarlo, por favor?

Su voz era firme, sus palabras directas y seguras; sin embargo, había algo extraño en su mirada. Sus ojos huían. Se escondían en la mesa o en el suelo mientras hablaba. Interpreté que me evitaba contrariado; molesto tal vez. Esperaba al sabio Profesor y tenía ante él a una joven de bata blanca que ni siquiera se había presentado. Traté de arreglarlo y alargué la mano.

—Andrea Morales. Anestésista. Trabajo en el equipo del doctor Antúnez —dije con un fuerte apretón de manos que no fue contestado con el mismo calor—. Leonor Herrero, ¿verdad? El mismo doctor me ha pedido que sea yo quien se entreviste con usted. Siéntense —añadí con aplomo, intentando que la situación no se me escapara de las manos.

—Perdone, señorita. Ya le he dicho a mi sobrino que esta conversación sobraba. No pierdan el tiempo conmigo. No quiero operarme —y mirándolo añadió con resolución—: mañana mismo volvemos a Santander.

Pensé que el Profesor se había quedado corto en sus apreciaciones. El temperamento de aquella mujer se le salía del cuerpo. En su físico, por el contrario, era la antítesis de la montañesa que esperaba encontrarme. Todo en ella era pequeño. Sus ojos marrones y vivos, su cabeza de cabellos negros y ondulados a los que el color plata empezaba a ganar la batalla, recogidos y trenzados en espiral a la altura de la nuca; las rayitas de la piel morena de su rostro, que el tiempo estaba marcando con la minuciosidad de un dibujante de plumilla; sus manos, secas y nerviosas, que intentaban dominarse, agarrándose la una a la otra alternativamente; sus pies, prisioneros en los zapatos de los domingos, que la habían traído a regañadientes a Madrid.

—Disculpe, doctora —añadió el hombre en un tono más suave, que se tornó imperioso al dirigirse a ella—. Aceptaste el viaje a sabiendas de que veníamos buscando tu curación a esta clínica, encontramos al doctor Antúnez, él te asegura que tu dolencia tiene operación, y tú te niegas sin razón a ser intervenida. Vamos a oír lo que la doctora tiene que decirnos, y después regresaremos a casa si ése es tu deseo.

Me di cuenta de que para Leonor su sobrino era absolutamente respetable, y pensé que en él tendría un buen aliado. Volví a ocupar mi sitio detrás de la mesa. Ellos se sentaron frente a mí en actitud de espera.

La apariencia de la mujer era resignada, pero sus ojos me estaban diciendo que no me hiciera demasiadas ilusiones. Busqué la mirada huidiza de él; no la encontré. Estaba claro que le importaba la vida de Leonor, pero no lo estaba tanto que me considerase la interlocutora idónea para convencerla. Tenía que decidir la forma de abordar una situación sin precedentes para mí, y no disponía de mucho tiempo. Abrí el historial de la mujer y dije sin rodeos:

—¿Sabe usted por qué está aquí?

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, brincó en el asiento y respondió con brusquedad.

—Porque tengo algo malo; ya lo sé. Mi vida y mi muerte están en manos de Dios y en Él confío. No tengo miedo.

Entendí que tenía que combatir con sus mismas armas, hablándole con claridad y convencimiento.

—Su enfermedad es grave, y su vida corre peligro si no intervenimos pronto.

—Yo no voy a ir al quirófano por mi propio pie. Antes tendrán ustedes que atarme.

—Pues no cuente conmigo para hacerlo. Debe convencerse por sí misma —añadí con voz cada vez más enérgica—. Aunque no suelo hablar a nadie con tanta crudeza, voy a hacerlo con usted; es fuerte y sabrá aceptarlo. La única posibilidad que tenemos para curar su enfermedad es extirparle la matriz y los ovarios.

—¡De ninguna manera! ¡A mí no me dejan vacía!

No me quedaba otra elección. Mis palabras golpearon el aire cuando dije:

—¿Sabe que si no lo hacemos va a morir antes de un año?

Mi pregunta quedó flotando en el ambiente. Por primera vez encontré los ojos del hombre, valientes y directos, atravesándome con una mirada que me produjo un inexplicable sobresalto. Aquellos ojos expresaban, mejor que lo hubieran hecho sus palabras, la amalgama de sensaciones que mi revelación le producía. Me miraban con extrañeza, me reprochaban contrariados, censuraban incrédulos lo que, a buen seguro, consideraba una osadía. Tomó la mano de la mujer entre las suyas y dijo intentando borrar mis palabras:

—Confiemos en Dios, tía. Él nos ha traído hasta aquí. Vas a curarte.

Se hizo una pausa que aproveché para observarlos. Había algo anacrónico en aquel hombre tan joven. Tendría más o menos mi edad, pero su forma de hablar no le correspondía, o tal vez eran sus palabras las que no le correspondían. Tampoco su forma de vestir, demasiado seria: un pantalón gris gastado, zapatos negros y un jersey de cuello de cisne también negro. Parecía un campesino vestido de fiesta, o quizá un universitario vestido de campesino, pero no tenía manos de campesino. Sus manos eran suaves —aún podía sentir la impresión de su tacto— y acariciaban a la mujer con la delicadeza de un niño.

Ella permanecía impassible, ajena a todo; parecía no prestarle atención. Pensé que era el miedo a la muerte cercana el que hacía tambalear su espíritu —yo no sabía entonces que era más bien el cansancio de la vida lo que se reflejaba en la tristeza de sus pupilas—, o tal vez buscaba en su interior una respuesta a mi pregunta, que seguía presente en medio de un silencio tenso.

La mujer habló al fin.

—Mi vida está en manos de Dios y moriré cuando llegue mi hora —susurró con voz débil, mientras sus ojos se humedecían.

—Respeto sus creencias, Leonor, pero deje que la medicina haga su parte.

—No me importa morir. Acepto la muerte —admitió en un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Pues ha venido al sitio equivocado. Esta clínica es vida. Todos los días sus paredes sienten el llanto de la vida que empieza. Las mujeres jóvenes traen vida en su vientre y se la llevan en sus brazos. Otras, no tan jóvenes, dejan aquí sus órganos tocados por la muerte y se llevan esperanza —me levanté con vehemencia, me acerqué al archivo y abrí los cajones—. Estos son los historiales de las pacientes. Muchas de ellas habrían muerto si se hubieran negado a ser operadas —insistí mientras pasaba mis dedos con fuerza entre los archivadores hasta hacerlos restallar.

Empujé el cajón con un golpe seco y me dirigí a la ventana. La abrí de par en par y el viento fresco de la mañana entró a bocanadas con olor de otoño.

—Estas mujeres —añadí señalando los archivadores— sienten la lluvia en su cara, las hojas secas bajo sus pies, respiran la humedad del aire, ¡están vivas! Esperan que pase el invierno y miran con esperanza la llegada de la primavera. Viven porque quieren vivir, y buscan razones nuevas cada día para seguir viviendo. ¿Por qué quiere morir? ¿Acaso no tiene nada que la ate a la vida? ¿No teme perder a alguien o que alguien la pierda a usted? ¿Piensa decir adiós rindiéndose a la enfermedad sin lucha?

El calor que había puesto en mis palabras me quemaba las mejillas, que agradecían la corriente de brisa fresca cuando me volvía hacia la ventana para apoyar mis argumentos, señalando el pequeño jardín en el que amarilleaban los colores del otoño.

Había hablado impetuosamente. Con el entusiasmo de mis escasos veinticinco años.

Les concedí una tregua. El silencio dejaba al desnudo los sentimientos: la angustia y la ansiedad de ella, su incertidumbre ante mis preguntas, sus miedos; el asombro de él, reflejado en sus ojos color de miel que no habían dejado de mirarme.

Cerré la ventana y volví a ocupar el sillón del Profesor; pensé que me había ganado el derecho a hacerlo. Luego apoyé los codos sobre la mesa y miré a Leonor en actitud interrogante.

—¿Me promete que va a pensar en su vida?

Ella, como una sonámbula, asintió con la cabeza sin que de sus labios saliera palabra alguna. Me puse en pié y ellos me siguieron. Esta vez fue el hombre quien extendió su mano hacia mí mientras decía:

—Le estamos muy agradecidos, doctora Morales.

—Es mi trabajo y le aseguro que hoy lo he hecho con sumo gusto. ¿Qué habitación ocupa usted, Leonor? —le pregunté apretando su brazo.

—La 325 —respondió con un hilo de voz.

—Mañana a las diez pasaré a visitarla.

Salí con ellos hasta la puerta, y me quedé mirando cómo aquellas dos siluetas, oscuras y desiguales, se perdían en el largo pasillo.

La habitación de Leonor era pequeña y blanca, tan pequeña y tan blanca como todas, pero presentaba una particularidad: se recortaba en chaflán y en ella se abrían dos grandes ventanales; uno en la pared frontal y otro a la izquierda. Ambos confluían en un ángulo luminoso y amplio que daba a la reducida estancia una luz especial.

Cuando abrí la puerta, su pequeña figura destacaba a contraluz delante de las cristaleras, que a esa hora daban paso a un sol esquivo, en pugna por ganarle la batalla a las nubes plomizas de aquella mañana de noviembre.

Estaba sentada en el sillón y los abundantes pliegues de su camisión blanco empequeñecían aún más su consumido cuerpo. Su rostro tenía un color macilento y verdoso. En él, llamaban la atención sobre cualquier otro rasgo las profundas ojeras que ensombrecían su mirada. La cama, cuya cabecera se centraba en la pared de la derecha, estaba cuidadosamente colocada, lo mismo que la de su acompañante, situada a la izquierda; justamente detrás de la puerta. Estaba sola. Al verme entrar, su cuerpo pareció estremecerse.

—Buenos días, Leonor. ¿Cómo se encuentra? —le pregunté acercándome a ella.

Me miró desde muy dentro, suspiró con abatimiento y movió la cabeza. Una sonrisa leve intentó asomarse a sus labios.

—Me quedo aquí, señorita —dijo con un soplo de voz—. Hagan conmigo lo que quieran. Se han salido ustedes con la suya. No me voy a escapar.

—No será por falta de ganas —añadí sonriendo—. La felicito por su decisión.

—No lo hago por mí; es por él. Ahora que no está, puedo decirlo. La vida no me importa ni la muerte tampoco. Estoy cansada de pelear.

Aquellas palabras, dichas con tanta amargura, me conmovieron. Me hubiese gustado preguntar, descubrir el fondo de su desesperación o, cuando menos, de su apatía; de ese abandono ante la existencia. Sin embargo, me pareció más oportuno quedarme con la parte positiva de su mensaje.

—Es por su sobrino, ¿verdad? Salta a la vista que siente por usted un gran afecto.

—Y yo por él. Es lo único que me ata a este mundo —en sus ojos creí ver un atisbo de esperanza—. Esta noche he dado mil vueltas a sus palabras de ayer, señorita. No tengo muchas cosas que perder; nunca las he tenido, pero Ignacio me necesita. Desde que era muy chico he sido como una madre para él y quiero seguir siéndolo. Sería una egoísta si me fuera sin plantarle cara a la muerte. Él no merece esa cobardía. Voy a pelear hasta el final.

Un sollozo bien guardado se le escapó de la garganta. Me di cuenta de que necesitaba hablar y yo quería escucharla. Aproximé una silla y me senté a su lado.

—Llore, si eso la tranquiliza. A veces las lágrimas son buenas. Con ellas echamos fuera lo que nos está quemando por dentro.

—Me gustaría llorar de miedo porque sé que podría morir, pero lloro de pena por mi vida. ¿Usted lo entiende? Lloro porque cuando era chica no viví como una niña; porque cuando fui moza no encontré al hombre con el que soñaba, y luego, cuando me casé, no pude amamantar a los hijos que tanto deseaba y se me quedaron aquí. —Señalaba su vientre enfermo y sus pechos, palpándolos con fuerza—. He soportado la vida, pero nunca me he conformado con mi destino. Jamás he tenido resignación con la suerte que me ha tocado vivir. Ahora me doy cuenta. Que Dios me perdone.

—No pida perdón por sus sueños, Leonor —dije conmovida ante aquella angustiada confesión que le había salido de muy dentro—. Las ilusiones son legítimas y forman parte de nuestra vida. ¿Qué haríamos sin ellas?

La pequeña habitación se llenó de silencio. La mujer parecía haberse sumergido en el pasado. Al cabo de unos minutos tomó la palabra de nuevo. Su voz sonaba cansada pero más tranquila.

—Cuando era niña no pude ir a la escuela, ¿sabe usted? Nací en la montaña. Mi familia era humilde. Yo era la mayor de seis hermanos; cuatro varones y la pequeña; la madre de Ignacio, que en paz descansa. Mi padre cuidaba las vacas de sol a sol para que pudiéramos comer, como lo había hecho su padre. Mi madre paría y criaba, como lo había hecho mi abuela, y sacaba tiempo para hacer los *quesucos* y venderlos en las ferias y mercados de los concejos vecinos. También sacaba tiempo para golpear en el río grandes canastos de ropa que iba tendiendo en el cantorral para que el sol, si quería salir, o el resol los días de niebla, completara el trabajo de sus manos, agrietadas y deformadas en su afán de llegar a todos sitios; de no caer nunca en falta. No salía de su boca un solo lamento. Yo era otra cosa. Era como mi abuela. Se lo oí decir a mi padre mil veces. «Esta muchacha es lista como mi madre. Tenía que haber nacido varón. A una hembra ¡ya me dirás de qué le sirve tener tanta cabeza!». Al poco tiempo mi padre tomó una decisión: «Sácala de la escuela y que te eche una mano con los críos. Hay que atarla corto, ¿me estás oyendo? Menos letras, y más arrimar el hombro en las faenas de la casa. Lo que va a necesitar en la vida es hacerse una mujer como es debido». Pero yo quería ir a la escuela. Aprenderlo todo. Como la hija del médico, que estudiaba en la capital en un colegio de monjas.

Leonor hablaba despacio, con la vista perdida, con la respiración dificultosa, como si removiera el cieno del pasado; como si buceara en el pozo de sus recuerdos. Hizo una pausa. Se puso en pie y se dirigió a la mesilla. Bebió hasta agotar el contenido del vaso y volvió lentamente a ocupar su sitio frente a mí.

—No se atormente, Leonor. Quizá no le conviene remover lo que ya pasó. Debe estar muy tranquila estos días.

—Necesito hablar, señorita. Son muchos los años que llevo con la boca cerrada. Usted es mujer y va a entender lo que le digo. ¡Cómo me hubiera gustado estudiar una carrera como la suya!

En los ojos de Leonor se encendió una luz que llevaba apagada demasiado tiempo —quizás al evocar lo que pudo haber sido y no fue—, y sus pensamientos, tantos años prisioneros, se le

escapaban atropelladamente.

—Teresa, la hija del médico, pasaba los veranos en el pueblo. ¡Cuántas cosas sabía! Me quedaba con la boca abierta oyéndola. Me prestaba libros a hurtadillas y yo los guardaba debajo del catre como hubiera guardado un tesoro. «No le digas a padre que están aquí». Mi hermana Celia me miraba sin comprender y yo le hacía cruzar el dedo pulgar sobre el índice y repetir después de besarlos: «Te juro que no se lo diré a nadie». El premio era un puñado de *ranucas* pequeñas, que cogía para ella agazapándome en la orilla del río mientras madre aclaraba la ropa en sus aguas cristalinas y frías. Las metíamos dentro de un balde y nos quedábamos embobadas, mirando cómo se nos escurrían entre los dedos. Antes de volver al pueblo, las poníamos en libertad y nos encantaba ver cómo desaparecían escondiéndose entre las ovas y las junqueras.

Tomó aliento y suspiró con nostalgia.

—Son recuerdos entrañables y hermosos. ¿Por qué le producen tanta tristeza? —dije con la intención de infundirle el ánimo que parecía faltarle.

Pero ella no me oía y continuaba exprimiendo su memoria.

—Nunca me conformé con mi ignorancia, ya se lo he dicho. Un día Teresa me regaló un libro. Todavía no he olvidado el título; se llamaba *Corazón*. No me cansaba de leerlo. Me llevaba a Celia a la pradera y hacíamos collares con juncos y margaritas. Después nos sentábamos en una piedra, yo sacaba el libro que llevaba escondido entre la falda y leía... leía... Mi hermanuca se quedaba con la boca abierta y sus ojos, que eran como los de Ignacio, se llenaban de agua cuando Mario le decía a Julia: «Sálvate; tú tienes padre y madre, yo soy solo». El título de aquel cuento era *Naufragio*; tampoco he podido olvidarlo. Le gustaba tanto a mi hermana que me lo hacía leer cada día, hasta que se lo aprendió de memoria.

»¡Cuántos libros tenía Teresa! Recuerdo algunos de versos que me gustaba leer a solas. Me escondía en el establo, entre el heno, y en un rinconcito frente al ventanuco me pasaba las horas muertas. Versos de Campoamor, de Bécquer, de Rosalía de Castro. ¡Y qué cosas tan bonitas decían! A mí la que más me gustaba era ella, Rosalía; no sé si por ser mujer, o porque sabía contar lo que yo tenía dentro, aunque no encontrara palabras para poder explicarlo.

Suspiró profundamente, cerró los ojos unos segundos, se pasó las manos por las sienes y prosiguió en un tono cada vez más apagado.

»Usted decía antes que los sueños son buenos; eso mismo decía ella, *que es venturoso el que soñando muere, infeliz el que vive sin soñar*. Todavía me acuerdo.

—Yo también soñaba leyendo a Bécquer y a Rosalía en mis años de colegiala; ahora prefiero a Machado. Lo tengo en la mesilla de noche. Como veo que le gusta la poesía, se lo voy a traer. Seguro que le va a encantar.

—Que si me gusta —decía recobrando por un momento el entusiasmo y resistiéndose a abandonar sus recuerdos—. Me eternizaba en mi escondite hasta que el sonido lejano de los cencerros de las vacas, que volvían al establo, me obligaba a meter los libros entre el mandil y, con disimulo, los llevaba otra vez a su escondrijo.

Los ojos oscuros de Leonor se volvieron opacos y sombríos, y se fueron hundiendo cada vez más en sus sueños, lejanos y definitivamente perdidos. Yo no sabía qué decir. Escuchaba con perplejidad aquellas confidencias que me habían cogido por sorpresa.

—¿Qué fue de su amiga Teresa? ¿Sigue viéndola? —pregunté con la intención de que continuara liberándose de sus silencios; esos que tanto daño parecían haberle causado.

—La vida nos separó. Ella se fue a Madrid a estudiar en la Universidad. Yo no sabía lo que era eso, pero me parecía que tenía que ser una cosa muy grande. Al principio me escribía algunas cartas; todavía las tengo bien guardadas. Un día me contó que había conocido a una de las pocas

mujeres médicas que entonces había en España. Me dijo que se llamaba Rosario, que había hablado con ella en unas reuniones a las que acudían las señoritas de la residencia donde se hospedaba, y que estaba convenciendo a su padre para que la dejara hacerse médica, ella también.

—Seguramente esas reuniones tenían lugar en el Lyceum, que era el Instituto Femenino donde se daban cita, allá por los años treinta, las mujeres más inquietas de Madrid —dije recordando a María de Maeztu.

—No lo sé, pero la verdad es que sus visitas al pueblo se iban haciendo cada vez más escasas. Tampoco me escribía como antes. Cuando cumplí los diecisiete años ya nadie me prestaba libros. Nunca más volví a ver a mi mejor amiga.

La enfermera que hacía el turno de mañana entró en la habitación apresuradamente y cortó con un saludo y una sonrisa las evocaciones de aquella mujer, cuya inteligencia y sensibilidad se me habían descubierto como extraordinarias. Después de ponerle el termómetro y tomarle la presión arterial, colocó un cartelito en la mesilla de noche donde podía leerse: EN AYUNAS PARA ANÁLISIS. Apenas hubo salido, le tomé la mano.

—Me ha impresionado su relato, Leonor. Creo que ha sido muy beneficioso para su espíritu, pero no estoy tan segura de que lo sea también para su cuerpo, y yo soy la encargada de que todo esté a punto para la intervención. Prométame que va a hacer lo posible para estar muy tranquila, y que va a evitar hasta los pensamientos que puedan perturbarla.

—No se preocupe, doctora; hablar me viene muy bien para el alma y para el cuerpo. Le estoy muy agradecida por haberme escuchado con tanta paciencia.

Por primera vez, sus labios me dirigieron una sonrisa amplia y sincera, a la que yo correspondí sorprendida. Entre las dos acababa de establecerse una corriente muy especial.

Ráfagas de presente y pasado

Tres semanas desde su partida y sigo sin noticias de mi hijo. El universo de mis noches, agrandadas por el insomnio, me ayuda a poner en orden los recuerdos y los sentimientos. Qué gran mujer Leonor. Un día de éstos me tomaré un descanso y haré una escapada a Santander. Con la autovía hasta Burgos y mi Audi recién estrenado, en poco más de cuatro horas estoy allí. No; mejor tomaré el tren, como hice en otro tiempo. Lo malo es que la diferencia no es sólo una cuestión temporal. Entonces iba huyendo de la realidad y, sin saberlo, en busca de un sueño; ahora me encontraré con los fantasmas del pasado, tan lejanos y tan vivos a la vez.

Leonor tiene que saber que Enrique también se ha ido. No quiero que se entere por una carta, ni por el teléfono. Prefiero ver la expresión de su rostro, oír sus palabras. «Este muchacho es como su padre; le gusta poner tierra por medio. ¿Por qué se empeñarán los endiablados hombres en dejar lo que aman?». Imagino su voz apaciguada por los años. ¿Cuántos? Muchos. Ya he perdido la cuenta. Creo que va a cumplir ochenta y tres. Su corazón sigue resistiendo. Un día tendrá que marcharse y lo hará en silencio; como ha vivido.

Tardé algún tiempo en comprender la razón de aquella empatía que desde nuestra primera conversación surgió entre las dos. No sé si era su voluntad, su fortaleza, su inteligencia o su sensibilidad, pero cada una de estas cualidades por separado, y todas al mismo tiempo, me acercaban al recuerdo de mi madre.

Mi madre, y la suavidad de sus manos. Su voz de poesía y de cuentos en las oscuras y lluviosas noches de invierno, cuando el viento del norte traqueteaba la ventana de mi habitación para llevarse el sueño. Mi madre, y el sabor amargo del pyramidón, que siempre traía en aquella pequeña copa, con un racimo de uvas tallado en el cristal azul, acompañado del familiar tintineo de la cucharilla cuando la fiebre poblaba mi almohada de fuego y delirios. Mi madre, y la caricia de su abrigo de mutón en aquellos domingos de diciembre, cuando me pegaba a ella en los bancos de la iglesia y, con mis dedos pequeños y helados, dibujaba círculos de seda sobre la piel marrón de aquel abrigo tan bonito que mi padre le había regalado por su cumpleaños.

Hasta que un atardecer de otoño me llevaron a casa de la abuela Julia. «No te preocupes, Andrea, pronto estarán aquí. Se han tenido que ir a Madrid porque allí hay muy buenos médicos —decía mi abuela con los ojos brillantes—. Duérmete tranquila». Pero yo no podía dormir tranquila. A mis diez años presentía que algo muy grave estaba ocurriendo.

Todo el pueblo pasó aquella noche por la casa de la abuela Julia. Dos días más tarde mi madre volvió, y a mí me vistieron de gris para acompañarla en su último viaje.

Al llegar septiembre del año siguiente, mi padre me llevó a la capital, al Colegio de las Teresianas del Padre Poveda. «Esta era la voluntad de tu madre», me decía, camino de Madrid, mientras conducía su primer coche, un SEAT 1500 de color negro, cuyos frenos se quejaban de forma tan estridente que siempre me avisaban de su llegada a casa y me hacían saltar el corazón.

«Siempre quiso que estudiases la carrera que ella no pudo estudiar. Aprovecha el tiempo, Andrea. Tres meses pasan pronto... Por Navidad volverás al pueblo... Después, Semana Santa y... las vacaciones de verano. Vendré a verte todas las veces que pueda».

Estábamos ya en el patio del colegio. Los ojos de mi padre enrojecieron, apretó fuerte mis manos, me besó en la frente y se volvió con brusquedad. Pude ver cómo sus anchos hombros se convulsionaban y su cabeza se hundía en ellos. Corrí hasta la verja y vi que sacaba un pañuelo del bolsillo. Yo lo llamaba, pero él desoía mi voz alejándose a grandes zancadas.

Siempre que evoco mi infancia, me pregunto cómo sería realmente la vida de mi madre; la que vivió y la que hubiera podido vivir, fuera de los límites de su cuerpo enfermo. Tampoco ella, como le sucediera a Leonor, pudo ir a la Universidad; pero también a ella le gustaba pasar las horas interminables de su obligado reposo leyendo libros.

Aún puedo evocar de forma precisa su figura delgada y blanca, con aquellas pinceladas cárdenas sobre los labios y las mejillas, en el porche, cerca la higuera añosa y gris que ofrecía ostentosamente sus frutos en las tardes de estío.

El patio olía a geranios y a claveles recién regados. Las golondrinas y los vencejos revoloteaban emitiendo sus familiares gorjeos y eran recibidos con júbilo por las crías, que agradecían sus idas y venidas a los nidos, situados bajo los aleros de los tejados, abriendo desmesuradamente sus picos. Yo, sin embargo, me sentaba junto a mi madre en una silla pequeña de enea y, despacito, le pedía que me leyera un cuento. Con su respiración jadeante y su cuerpo desmadejado sobre la hamaca de lona de rayas verdes y blancas, mi madre ofrecía el contraste más plástico entre la exuberancia de la naturaleza circundante y la escasez de salud, que su cuerpo delataba con signos evidentes. Pese a ello, abría sonriendo las páginas amarillentas del libro que yo había encontrado en un baúl de la abuela Julia, y que le había dejado sobre las rodillas.

Qué familiares me resultaron aquellos *Cuentos mensuales* de Edmundo de Amicis con los que Leonor decía embelesar a su hermana Celia. Eran los mismos que mi madre me leía con aquella voz que parecía música: *El tamborcillo Sardo*, *Sangre romañola*, *De los Apeninos a los Andes*, *Naufragio*...

Mi madre tenía una exquisita sensibilidad. Igual que Leonor. Dos mujeres poco comunes en su tiempo. Inquietas, inconformistas, tejedoras de ilusiones. A mi madre le cortó la enfermedad sus alas de gaviota; a Leonor, las costumbres ancestrales, que negaban a las muchachas de origen humilde la posibilidad de solucionar su vida por otros medios que no fueran los que pudiera proporcionarles su propia condición femenina.

Sin duda las dos habían tenido dos vidas; una interior, hecha de lecturas, de ideas y de sueños, en lucha constante por la supervivencia física o espiritual; otra exterior, aparentemente silenciosa y resignada.

Este paralelismo entre mi madre y Leonor tal vez generó en mi subconsciente una necesidad de desplazamiento de los afectos filiales, arrancados de raíz en los albores de mi vida aquel atardecer de otoño. Cuando todo el pueblo pasó por la casa de la abuela Julia y a mí me pusieron aquel horrible vestido gris.

Cerca del amor y de la muerte

El quirófano estaba dispuesto, desde las primeras horas de aquella mañana de finales de noviembre, para la intervención de Leonor.

El Profesor había supervisado el instrumental y los monitores con meticulosidad, como tenía por costumbre hacerlo, y nos había prevenido de los posibles riesgos que podían surgir.

—Va a ser una intervención larga —dijo dirigiéndose a mí—. Vigile en todo momento el corazón de la paciente y su presión arterial; en estos últimos días he observado que tiende a descompensarse.

—Todo está listo, doctor Antúnez. Los monitores están comprobados y a punto, los anestésicos iniciales están ya incorporados al suero, y el resto, preparados para su utilización según vayan siendo precisos. Estaré alerta ante cualquier contingencia.

Cuando levanté mi mano derecha para comprobar el drenaje del gotero, sentí la presión de unos dedos que se cerraban con fuerza sobre mi brazo. El Profesor me sonrió, y su mirada sujetó la mía unos instantes. En ella se desbordaba el entusiasmo que siempre precedía a los momentos cruciales de su quehacer profesional. Qué atractivo resultaba vestido de blanco. Su piel parecía más tostada y se acentuaba el azul oscuro de sus ojos. Huí de ellos confusa y apresuradamente y me refugié en la botella de suero; en ella volví a concentrar toda mi atención, y sólo recobré la tranquilidad después de que aquella cálida pinza fuese cediendo despacio hasta convertirse en una caricia, que terminó dejando mi brazo en libertad y devolviendo el ritmo perdido a mi pulso.

A punto ya de colocarse el gorro y la mascarilla, Antúnez se dirigió a Victoria, la más veterana de las enfermeras de quirófano, que siempre lo acompañaba en los casos más complejos, de reconocido prestigio y valía en la clínica, no sólo por su profesionalidad tantas veces probada, sino también por su honradez y lealtad.

—Su organismo está muy debilitado. Si aparece una hemorragia importante será necesaria una transfusión.

—No se preocupe, doctor Antúnez. Disponemos de sangre suficiente del grupo A positivo y del grupo 0.

Movió la cabeza en señal de aprobación mientras se acercaba al doctor Solana, un catedrático de cardiología amigo suyo, alto, rubio, con cara de niño y un tanto vanidoso, a quien había requerido para la intervención.

—Es posible que estén invadidos algunos órganos anejos. Tendremos que limpiar bien. La operación podría alargarse y, en ese caso, es muy probable que aparezcan complicaciones cardiorrespiratorias.

—La mujer que estamos esperando —dijo Solana en tono jactancioso— va a tener la gran suerte de caer en manos de los dos cirujanos con más pericia de toda la clase médica de Madrid.

Los dos rieron de forma espontánea mientras se ajustaban los guantes y se colocaban el gorro y la mascarilla.

Un traqueteo familiar y monótono nos avisó de la llegada de Leonor al quirófano, antes de que el gran reloj circular de pared hubiera alcanzado las ocho y media de la mañana. Al abrirse las puertas para dejar paso a la camilla, pude ver a Ignacio, que se inclinaba sobre la mujer y le daba palmadas cariñosas en las mejillas. La besó en la frente y sus labios intentaron una sonrisa, tal vez para infundirle la tranquilidad que quizá él estaba muy lejos de sentir.

En el instante mismo en que Leonor franqueaba la doble puerta blanca, abierta de par en par, su sobrino me miró con tanta fuerza que casi pude leer en sus ojos el mensaje que me transmitía. *Aquí la tienen. Ahora les toca a ustedes. Adelante.* Y elevando la mano derecha describió en el aire la señal de la cruz. Las puertas, al cerrarse, impidieron que Ignacio pudiera ver, a su vez, la confusión y perplejidad que, a buen seguro, mis ojos expresaban.

Leonor entró en el quirófano con el gesto tranquilo y una sonrisa apagada en los labios, de un color aun más desvaído al igual que sus mejillas. Su mirada buscaba la seguridad que, sin duda, le inspiraba la mía. Cuando fue colocada en la mesa de operaciones tomé su mano derecha.

—Todo va a salir bien, Leonor —dije con voz serena.

—Sé que estoy en buenas manos —contestó mirándonos al Profesor y a mí.

Éste arqueó las cejas por encima de la mascarilla indicándome que podía proceder a la anestesia, e inició el preceptivo diálogo con la paciente.

—¿Dónde nació usted, Leonor?

—En Lebeña; un *puebluco* precioso de la montaña.

—¿Ha vivido siempre allí?

—No; ahora vivo con mi sobrino en Bárcena.

Había introducido una vía en su brazo derecho, y me disponía a dar paso al goteo que iba a sumergirla en un pozo oscuro y profundo donde se ahogaría por unas horas su dolor, su cansancio de décadas, su incipiente compromiso con la vida.

—Piensa en tus mejores recuerdos —dije aproximándome a ella para ver sus ojos, cuyos párpados empezaban a pesarle—. ¿Qué desearías en este momento?

—Que... Celia... estuviese... aquí... conmigo —decía con voz entrecortada.

—Celia está en la pradera contigo, Leonor. Está cogiendo margaritas blancas y amarillas. Y juncos verdes para que le hagas un collar.

—Sí; voy... a leerle... el cuento... de... Mario y... Julia...

Los tres me miraban atónitos, sin comprender aquella conversación cuyo contexto desconocían, y que era exclusivo de las dos.

—¿Recuerdas el título del cuento, Leonor?

—Sí... Na... u... frrr...

La palabra quedó inconclusa. Después de las comprobaciones rutinarias, dije:

—Puede comenzar, doctor.

Las previsiones del Profesor se cumplieron. La intervención fue larga y difícil. El doctor Antúnez extrajo el tumor y con él la matriz, que resultó ser doble, y los ovarios de aquella mujer a la que una sobredotación de la naturaleza había convertido paradójicamente en estéril. Después fue analizando con minuciosidad el resto de sus órganos abdominales, para asegurarse de que las células malignas no hubieran anidado en ellos.

Y a lo largo de tres interminables horas, Leonor cabalgó varias veces el límite entre la vida y la muerte. Más de dos litros de sangre fueron necesarios para restaurar el flujo de sus arterias. Se hizo precisa también una segunda dosis de anestesia, que su corazón acusó negándose a seguir latiendo. El papel del doctor Solana fue decisivo; Leonor necesitó masaje e inyección de

adrenalina en el músculo cardíaco.

La atmósfera del quirófano se respiraba con dificultad. Un fuerte olor a fármacos, mezclado con las emanaciones propias del cuerpo abierto, se filtraba por la mascarilla. El sudor corría por nuestros rostros, entonces tensos y expectantes. Nuestros ojos estaban clavados en el monitor, hasta que un pitido rítmico y familiar nos devolvió la esperanza; el corazón de Leonor comenzó al fin a latir.

Yo sentía la ropa pegada al cuerpo, mientras trataba de contrarrestar los efectos de los anestésicos. Ella seguía intubada, y la máquina hacía entrar en sus pulmones, artificialmente, la pureza del oxígeno que la devolvería a la vida. Le hablaba, pero no percibía ningún signo evidente de que mis palabras llegaran a su cerebro dormido.

—Todo está bien, Leonor. ¿Me oye? —Le tenía cogida la mano derecha—. Si puede oírme apriete mi mano. Intente respirar. Cuando lo consiga mueva los dedos.

Después de unos minutos, mis estímulos auditivos obtuvieron respuesta. Una leve presión de sus dedos, y su pecho reanudó el esperado ritmo de movimientos cortos, dificultosos, casi imperceptibles. Estuve a punto de saltar de alegría.

Los labios de la mujer empezaron a desprenderse.

—Nau...fragio. Lo recuer...do muy... bien —fue lo primero que dijo.

Ya estaba de vuelta. Era la travesía más accidentada que había pilotado hasta entonces. Aquella mujer se había resistido a volver de la oscuridad, pero nosotros nos habíamos empeñado en arrancársela a las tinieblas. No habíamos naufragado con ella.

—Leonor; todo ha ido bien —dijo Fernando Antúnez—. La operación ha sido un éxito. Lo peor ya ha pasado. Ahora tiene que poner de su parte tan sólo una cosa: ganas de vivir.

Le hablaba con voz fuerte y persuasiva, tan imperiosa, que ella tuvo que abandonar su estado de narcosis. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y musitó débilmente:

—Gracias.

Después de la fase de reanimación, Leonor fue conducida a la Unidad de Vigilancia Intensiva. La gravedad de su estado, debida sobre todo al debilitamiento de su organismo, aconsejaba seguir muy de cerca la evolución de su postoperatorio, y hacer frente a las eventuales complicaciones que pudieran sobrevenir.

La tensión de las últimas horas nos llevó a la inevitable fase de euforia. Los cuatro nos felicitamos, como se felicitan los jugadores del equipo ganador al final de un encuentro reñido. Gritábamos, saltábamos y reíamos como chiquillos. La sangre de Leonor, mezclada con otras sangres anónimas que habían contribuido a salvarle la vida, sellaba nuestro triunfo pasando de unas manos a otras, privadas todavía del contacto directo por la película casi transparente de los guantes. Y con la satisfacción de una nueva victoria sobre la muerte, nos emplazamos para celebrarlo en la cafetería.

Desenfundamos nuestras manos, compusimos nuestra indumentaria, refrescamos nuestros rostros, viscosos por el sudor, y nos dispusimos a salir del quirófano.

El Profesor hizo llamar al único familiar de la mujer para informarle sobre los pormenores de la operación y el estado de la paciente.

—Dentro de unos minutos estaré con vosotros. Esperadme allí.

Yo precedía el cortejo. Tenía prisa por llegar y olvidarme de la angustia y la incertidumbre de aquella interminable mañana.

Cuando abrí la puerta de la cafetería, colisioné con Ignacio que salía apresurado también. Sentí su mentón muy próximo a mi frente, tan próximo que debió de percibir el cosquilleo de mis rizos; a esas horas, los más atrevidos habían escapado de las ataduras de la trenza y se movían con

libertad por mi cara. Dio un paso atrás turbado, como si mi pelo fuese una llama que lo quemara realmente.

—Disculpe, doctora Morales. —En sus ojos se advertía la ansiedad de aquella larga espera—. ¿Dónde está mi tía? —preguntó angustiado.

—Puede estar tranquilo —respondí—. Su tía ya ha salido del quirófano. El doctor Antúnez lo espera en la salita contigua situada a la derecha. Él le explicará.

Huyó con presteza, mientras dejaba caer unas entrecortadas palabras de agradecimiento.

El doctor Solana aprovechó la ocasión.

—Estos mozalbetes provincianos se sonrojan cuando tienen cerca una cara bonita. ¿Por qué no prueba a tropezarse conmigo? —sugirió insinuante.

Su petulancia me molestaba, pero me sentí obligada a reírle la ocurrencia de forma cortés, y temí que Fernando tardara en llegar.

Fernando. Por primera vez me sorprendí pensando en él así, simplemente por su nombre. Estaba segura de que en el transcurso de la operación me había mirado de una forma muy especial.

Habíamos ocupado una mesa próxima a la ventana. Yo observaba los regateos entre el sol y las nubes. Hasta mis oídos llegaba el sonido bullicioso de tazas y cucharillas, voces entrecortadas y risas. Mi nariz aspiró con fruición el olor a café que, de forma selectiva, había aprendido a aislar de los demás: olor a celtas con y sin filtro, a calamares fritos y a lomo, que se achicharraban en el baño de aceite o en las planchas de la cocina, y que los padres primerizos devoraban nerviosos; a perfumes caros y baratos, a abrigos guardados con naftalina, que las acompañantes de las pacientes acababan de sacar del armario para la ocasión.

—Qué van a tomar —preguntó el camarero que se había aproximado a la mesa.

—Un café solo bien cargado —contesté.

—Lo mismo para mí —añadió Victoria.

—Tráigame un güisqui con bastante hielo —decía Solana mientras encendía un cigarrillo, tras habernos ofrecido su paquete de Winston que las dos habíamos rehusado.

Absorbía con voluptuosidad el humo de su pitillo sin dejar de mirarme y, tras expulsarlo describiendo círculos grises y pegajosos, dijo sentenciosamente:

—Fernando Antúnez siempre ha sido un hombre con suerte.

Amistad y confiancias

Aquella noche al llegar a casa Charo salió a recibirme. Le bastó una sola mirada para descubrir en la expresión de mi cara algo más que el cansancio de la jornada.

Siempre que intuía mis tormentas interiores, Charo me observaba desde aquellos ojos negros, grandes y vivos, que aunque permaneciera callada hablaban por ella. Nunca preguntaba. Esperaba con paciencia a que yo dijera la primera palabra, pero si tenía que dar su opinión, era sincera hasta límites sólo admisibles en un grado de amistad como la nuestra.

Nos conocíamos desde los años del internado donde, además de habitación, compartíamos soledades y confiancias; por eso, aunque la Universidad pudo habernos separado, debido a que ella había optado por las leyes, decidimos no poner distancias a nuestra amistad y, desde los primeros años de carrera, vivíamos bajo el mismo techo.

—Estoy cansada, Charo; hoy hemos tenido una intervención muy complicada. Leonor, la mujer de la que te he hablado alguna vez...

—¿Qué ha pasado? —preguntó acercándose aún más a mí.

—Casi se nos queda en la mesa de operaciones. Está en la U.V.I. y tendrá un postoperatorio muy crítico. Ha sido un día agotador —dije mientras colgaba en el perchero mi trenca marrón y dejaba caer el paraguas con tanto descuido en el viejo paragüero de cinc, que éste lo recibió con un fuerte gruñido metálico.

Me dejé conducir por el brazo de Charo, que tiraba de mí pasillo adelante dejando a la derecha los dos únicos dormitorios, y a la izquierda la reducida cocina y el aseo, hasta el tresillo de la pequeña estancia situada enfrente que nosotras convertíamos en sala de estar, comedor, biblioteca o lugar de trabajo, dependiendo de la ocasión.

Me derrumbé con fuerza sobre el sofá de skay rojizo, rematado con flecos oro viejo, a juego con el tapete que adornaba la mesa camilla. Charo acercó la mesa, levantó las faldillas y cubrió mi cuerpo con ellas. Acto seguido, palpó mis mejillas con sus manos.

—Estás helada. ¿Quieres un café?

—No. Ya han sido bastantes cafés por hoy. Tengo los nervios desatados. Si no te importa prefiero una infusión. Quiero dormir y olvidar algunos detalles de la jornada.

—¿Tila o manzanilla? —decía Charo desde la cocina.

—Manzanilla —contesté arrebujándome entre los pliegues del paño.

Desde los pies hasta la garganta sentí las emanaciones de las dos resistencias del brasero eléctrico como un abrazo reconfortante. Diciembre se hacía notar con rigor en aquel piso abuhardillado de la calle Eduardo Dato. Era el primer invierno que pasaríamos allí. Nos habíamos mudado hacía pocos meses y aún no le habíamos puesto nuestro toque personal. A mí me venía bien por su proximidad a la clínica, y Charo trabajaba en un bufete a dos estaciones de metro. Su ubicación era perfecta. En cuanto a lo demás, ya lo iríamos cambiando poco a poco. Lo primero sería el papel de las paredes. Al entrar sacudía la retina con una bofetada de colores chillones: en el pasillo, grandes cenefas con motivos florales fucsia y azules sobre fondo blanco;

en los dormitorios, enormes ramilletes rojos cubrían casi totalmente la superficie; una espesa fronda verde y amarilla, reducía las pequeñas dimensiones del cuarto de estar... Menos mal que en el ala izquierda contábamos con dos pequeños refugios para huir del ataque floral: la cocina y el cuarto de baño, con paredes recubiertas de azulejos blancos.

Los minutos que tardó Charo en volver con la infusión fueron suficientes para devolver el bienestar a mi cuerpo, pero mi estado de ánimo seguía siendo el mismo. Sentí sus pasos rápidos, abrí los ojos y vi cómo ponía sobre la mesa una bandeja con el café y la manzanilla. Me incorporé.

—Gracias, Charo. Eres única. Qué haría yo sin ti —dije con abatimiento.

—No digas tonterías. Hoy por ti, mañana por mí. Ya sabes que me gusta cobrármelo.

Las dos sonreímos; sabíamos que no era cierto. Acercó una silla y se sentó frente a mí. Seguía mirándome con ojos inquisitivos. Estaba segura de que yo terminaría hablando y esperó.

—Sí, Charo; estoy furiosa. Es por un amigo de Fernando Antúnez. Ha estado presente en la operación y...

—Se ha entrometido en tu trabajo.

—No, pero sus comentarios han sido ofensivos y groseros. No me ha tratado como a una compañera, que es como yo entiendo que debo ser tratada y quiero que se me trate.

—No seas exagerada, Andrea. Has elegido el quirófano, y tienes que aceptar que en ese terreno, como en muchos otros, el dominio es masculino.

—Y lo acepto, pero el comportamiento de ese tal Solana me ha sacado de quicio. Ha visto mi trabajo y lo ha ignorado; sin embargo me ha hablado como todavía algunos hombres se creen con derecho a hablar a una mujer, tan solo por el hecho de serlo, obviando su faceta profesional y quedándose en las meras formas machistas de galanteo fácil y trasnochado.

—Qué pasa. ¿Qué te ha dicho lo bonitos que son tus ojos o tu pelo y te ha invitado a salir?

—Eso sería lo de menos. Creo que ha querido insinuar que entre Fernando y yo hay algo más que una relación profesional.

Un silencio inesperado arrojó mis palabras. Las tazas habían dejado de humear. Aproveché para absorber despacio la infusión de manzanilla y sentí un dulzor reconfortante en la boca. Charo hizo lo mismo con su café y, después de colocar la taza sobre la bandeja, preguntó:

—¿Ese tal Solana trabaja en la clínica? ¿Lo conozco yo?

—Ninguna de las dos cosas. Fernando lo llama cuando prevé alguna complicación cardiológica. Algo se me revuelve por dentro cuando pienso que tendré que coincidir con él en otras ocasiones... Es empalagoso y engreído. Se cree irresistible. Se diría que cuando conoce a una mujer, sólo ve en ella una conquista más que añadir a su carrera.

—Bueno... Quizá esos pequeños defectos se le podrían perdonar... ¿Es guapo? —preguntó Charo llevándose cómicamente la mano al corazón.

—A mí no me lo parece en absoluto. Es alto, rubio y de facciones aniñadas. No es tu tipo.

Otro sorbo seguido de otro silencio.

—No le des la menor importancia. A mí me ocurre muchas veces en el bufete. Todavía nos quedan algunas décadas para no tener que demostrar cada día que podemos ser excelentes profesionales además de mujeres, o para poder decirles a los hombres abiertamente que nos gustan, y bromear con ellos de tú a tú en el trabajo sin que se hunda el mundo, como dices que hoy lo hizo ese tal Solana contigo.

Nos quedamos calladas unos segundos. Charo era así; realista y tajante. Sabía en qué terreno se estaba moviendo y no se le ocurría pedir peras al olmo, y menos, adelantar el curso de la

evolución social en lo que a igualdad de derechos concernía, pese a sus conocimientos de leyes o quién sabe si gracias a ellos.

—Fernando no es de esos —insistí volviendo al punto que más me interesaba—. Él siempre ha valorado mi trabajo por encima de mi condición femenina. Por encima de cualquier otra consideración sexista.

—Hasta que deje de hacerlo —cortó Charo con rotundidad—. No seas idealista, Andrea. Eres muy atractiva y él también lo es. No sería nada raro que un día saltara la chispa.

—Yo sólo veo en Fernando al profesor de antes y al compañero de ahora, al amigo si quieres, pero... nada más —aclaré contrariada ante los vaticinios de mi amiga.

—¿Pondrías la mano en el fuego afirmando que siempre va a ser así?

La insistencia de Charo, unida al incidente del quirófano, terminó irritándome más. Sentí otra vez la mano de Fernando en mi brazo, y su recuerdo me produjo gran inquietud. Dejé la pregunta en suspenso, me levanté, recogí las tazas ya vacías, las coloqué en la bandeja y me dirigí a la cocina. No pensaba cenar, pero quería dormirme pronto. La abuela Julia decía que una cucharada de miel antes de acostarse ayudaba a conciliar el sueño. Tomé de la estantería el frasco oscuro y pesado que mi padre había traído del pueblo en su última visita. Lo abrí. Cogí una cuchara, la introduje en el tarro de cristal, y jugué unos segundos con la dulce resistencia densa y pastosa que se ofrecía a mi boca. Los hilillos de miel terminaron haciéndose casi invisibles.

«Dorados, brillantes y dulces... Como los ojos de Ignacio», pensé sonriendo. Era el primer pensamiento que no me dolía después de muchas horas. Paladeé despacio la miel, me despedí de Charo y me refugié en mi habitación. Me liberé de los vaqueros y del jersey de lana, me puse el camisón de franela y mi cuerpo agradeció su delicado roce. Hecho esto, me introduje en la cama con prisa y, bajo las tres mantas que la cubrían, inicié el baile ritual del invierno. Los músculos de mi cuerpo comenzaron a contraerse rítmicamente, acompañados por el castañetear de los dientes. A los pocos minutos, conseguía mantener la temperatura corporal y volvía la laxitud a mi cuerpo. Con los ojos cerrados esperé la llegada de un sueño reparador, pero las vivencias y sensaciones del día se tornaban recientes. Acudían a mi cerebro con la fuerza de su impresión primera. Sentía unos ojos de mar azul Mediterráneo al anochecer que me inquietaban; unos dedos de forja candente que marcaban mi brazo... Fernando y su imagen, tan cerca y tan lejos. «No; sólo son ensoñaciones. Fernando es para mí el profesor y el amigo», repetía, abriendo los ojos para convencerme. Pero surgía la voz de Charo. «Es muy atractivo; un día u otro saltará la chispa». ¿Habría llegado ese día? Otra vez mis ojos, plomizos de sueño, volvían a cerrarse. Y era la imagen pegajosa y grande de Francisco Solana. «Fernando es un hombre con suerte. Sabe rodearse de caras bonitas. ¿Cómo empezó a trabajar con él?». Veía su boca insolente abrirse como un gran túnel en una carcajada irónica y estruendosa que me engullía voraz. Aterrada, me desperté al sentir el brusco rebote de mi cuerpo sobre el compacto colchón de espuma y el acre chirriar del somier, que ya empezaba a acusar la impaciencia de los años.

Pensé en Leonor. ¿Aguantaría el reto, o sería demasiado duro para su cuerpo maltrecho? Fernando era optimista y no solía equivocarse. Había que esperar. «Esperar y tener fe», éstas habían sido las palabras de Ignacio. Ignacio. El campesino que tenía manos de universitario. El universitario vestido de campesino. El provinciano que se ruborizaba cuando tenía una chica cerca... Qué cerca había sentido su cuerpo. Sus labios habían rozado mi pelo. Pude percibir su turbación como un halo, igual que su perfume. Al fin había encontrado la pieza del puzzle. Fue súbitamente, en nuestra última visita a la U.V.I. Estaba muy cerca de Leonor vestido como nosotros, con bata, gorro y calzas estériles. Tenía una cajita en la mano y una estola sobre los hombros. Al acercarnos pudimos comprobar que repetía unos signos sobre la boca, los pies y las

manos de Leonor, al tiempo que sus labios pronunciaban las plegarias propias de un rito: la Exremaunción.

Ahora todo era coherente. Sus palabras sí le correspondían... Mis ojos ya no aguantaban el peso de los párpados, que cayeron al fin con todo el peso de la jornada. «Hay que confiar en Dios, tener fe y rogar por ella». La mirada de Ignacio, tranquila y dorada, devolvió la paz a mi noche.

Carta de mi hijo

Esta mañana, en contra de mis costumbres, no he esperado despierta la llegada del alba, ni he visto la definición paulatina de los objetos en su paso lento de las sombras a la luz. Anoche estuve escribiendo hasta bien entrada la madrugada, y hoy me ha sorprendido un rayo de sol imprudente que se filtraba por uno de los nudos de la frailería de pino jugueteando con mi sueño. No tenía que ir a la clínica, y hubiera permanecido atada a los recuerdos el resto de la jornada.

Escribo sin descanso. Tengo prisa por llegar al final, por explicar mis razones, por justificar mis silencios... Eran casi las diez cuando bajé a la cocina para prepararme el café y la tostada habitual, de la que no puedo prescindir desde que estaba embarazada de Enrique.

Aún con la bata puesta, me acomodé en la mesa camilla del cuarto de estar, abrí con prisa el paquete de folios, que se dejó hacer ajeno a mi premura, y me dispuse a cambiar los fríos papeles en blanco por páginas de vida.

De pronto, al oír el carraspeo inconfundible de la moto del cartero detenerse junto a la verja, la sangre se me agolpó con fuerza en la cabeza y sentí que el corazón trotaba acelerado. ¿Sería, por fin, la esperada carta de Enrique? Abrí la puerta y bajé de dos en dos los escalones de acceso al patio. Gus salió a mi encuentro y mordió mis zapatillas nervioso, como si adivinara la causa de mi inquietud y se uniera a ella. Atropellándonos el uno al otro salimos a la calle. Él se me adelantó, se irguió sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en el buzón. Lo aparté e introduje la pequeña llave en la cerradura. Era un movimiento repetitivo, aprendido en las últimas semanas, que los dos realizábamos de forma automática.

Enseguida descubrí, entre el correo comercial y los folletos publicitarios, un sobre de aviación con la letra inconfundible de Enrique. Miré con desazón el membrete y sólo pude ver, junto a su nombre, el número de un apartado de correos y el nombre de una ciudad para mí hasta hoy desconocida: Mbandaka.

No supe esperar y, allí mismo, en la puerta de casa, me bebí sin respirar apenas el contenido agridulce de esas primeras palabras de mi hijo ausente. No es una carta convencional; tampoco Enrique lo es. Ni abundan en ella las frases tiernas que una madre, a mi edad, desea oír de un hijo, sobre todo si ese hijo es el epicentro de su vida.

Por qué será que cuando somos hijos nos parece mucho lo que damos, y cuando somos padres pensamos que siempre es poco lo que recibimos. Quizá es ley de vida; hijos egoístas y padres ambiciosos. Lástima que lo entendamos demasiado tarde.

He leído tantas veces la carta que puedo repetirla de memoria.

Mbandaka, 23 de mayo de 2000

Para ti, Andrea, mis primeras impresiones sobre África, este enorme continente que palpita con fuerza al ritmo de la vida y siente con violencia las sacudidas de la muerte.

Hoy, después de casi un mes de estancia en estas tierras, encuentro al fin el sosiego necesario para poner en orden mis apretadas sensaciones. En las últimas semanas todo me ha desbordado: el trabajo, la temperatura, la lluvia, el paisaje...

Como imagino que querrás ubicarme, te diré que te estoy escribiendo desde la que es mi residencia habitual, un pequeño hospital situado en un poblado de pescadores en las orillas boscosas del río Congo. Para que puedas localizarlo en un mapa, se encuentra a unos veinticinco kilómetros al sur de Mbandaka, capital de la provincia de Ecuador. Es ésta una ciudad importante que supera los 120.000 habitantes y, por ello, es para nosotros también el centro de operaciones financieras —aquí llega la ayuda internacional—, de apoyo sanitario, ya que cuenta con una Escuela de Medicina e industrias de productos farmacéuticos, y, además, sede comercial donde adquirimos los bienes de consumo necesarios para el equipamiento del hospital.

¡Cómo me gustaría que pudieras ver el panorama que tengo delante de los ojos! Es tan bello como sobrecogedor. Desde aquí puedo ver los árboles, que se alargan como si quisieran sujetar las nubes. Cedros y secuoyas gigantes, palmeras y bananeros, de hojas apuntadas y abiertas por los golpes del viento; helechos enormes, que sacuden sus plumas verdes al ritmo marcado por el preludio de la tormenta incipiente...

En este momento comienza a llover con fuerza. Aquí la lluvia se desprende así, casi sin avisar, cuando el cielo se hace de plomo antes de romperse en estallidos y luz. Son las cinco y media de la tarde, pero la negrura del bosque ya anticipa la llegada de la noche.

Estoy respirando un olor espeso y húmedo que entra a bocanadas por la ventana. Desde aquí, cada tarde, el canto de mil pájaros, para mí desconocidos, trae a mis oídos melodías jamás escuchadas, cuyos ecos se van perdiendo, a medida que las sombras se apoderan de la fronda, para dar paso a otros ruidos más inquietantes, hechos de gritos y rugidos, interpretados por otros pobladores de la jungla que empiezan a tomar posesión de la oscuridad.

Donde termina el poblado comienza la selva. Varios kilómetros de bosque tupido forman la barrera impenetrable que nos separa del río Congo. ¿Sabes cómo llaman al río los habitantes de sus orillas? Zaire. ¿Y sabes lo que significa para ellos ese nombre? «El río que se bebe todos los ríos». Es el mar de estas gentes, al que saben llegar abriendo caminos cada día en desafío constante a la lluvia y a las elevadas temperaturas, que vuelven a ganarlos para una naturaleza salvaje y exuberante. El río es el monstruo terrible que les da la vida cuando dormita, y al que arrancan desde sus canoas de troncos peces como el «manguso» —yo mismo a la hora de la comida creí que se trataba de la merluza más exquisita—, pero que despierta con fiereza cuando el viento revuelve sus aguas oscuras y se tornan violentas, sorprendidas por las repentinas tormentas, que lo enfurecen y lo convierten en el depredador más despiadado de la vida humana, vegetal o animal que encuentra a su paso.

Esto es sólo un retazo de la geografía de Zaire, para ser más preciso, de mi entorno más cercano. No puedo continuar. Ha oscurecido por completo y no deja de llover a mares. En mi próxima carta seguiré contándote más detalles sobre otros aspectos de mi vida aquí, de mi trabajo, y de estas gentes que se me empiezan a hacer tan necesarias. Me siento feliz, mamá, de estar aquí y ahora. No temas nada; todo está bajo control.

Cuando veas al abuelo, dile que le escribiré pronto. ¿Qué ha dicho Leonor de mi marcha? ¿Se

lo has contado ya?

Comunicámelo, para que pueda escribirle a ella también.

Un beso muy fuerte para ti, madre, y un abrazo para Fernando, a quien me gustaría poder llamar «padre» con todos los derechos, porque es lo que siempre ha sido para mí.

Enrique

Esta es la carta de mi hijo, sin quitar ni poner punto. Bucólica y con pinceladas de poesía, pero sin ningún dato preciso que me permita saber en qué consiste su trabajo, con quién lo comparte, dónde duerme; en definitiva, cuál es su vida en África. La tengo bien guardada en la mesilla de noche y he anotado el apartado de correos en mi agenda; ya no me fío de mi cabeza como lo hacía en otro tiempo.

No puedo decir que su carta me haya devuelto la tranquilidad perdida, sino todo lo contrario. Analizo cada una de sus frases y veo, detrás de ellas, una naturaleza lujuriosa e inquietante, materializada en sus elementos devastadores: aguas torrenciales, vientos huracanados, animales salvajes que acechan escondidos... Pero eso no es lo que más me preocupa; al fin y al cabo son fuerzas naturales. Lo que de verdad me atormenta es lo que no dice: cómo puede desarrollar su trabajo en medio de las luchas étnicas sin sentirse involucrado; qué inmunidad le confiere esa O.N.G. a la que pertenece, para ejercer su profesión de médico sin peligro en un país que tiene aún tan vivas las matanzas del 96.

Otra vez siento un nudo en el estómago. Hoy apenas he podido probar bocado. Si al menos consiguiera dormir. Mañana será otro día y quizá vea las cosas de otra manera. ¿Por qué tengo que angustiarme? ¿Por qué siempre me asalta la idea de que puedo perder a Enrique? No. A Enrique no voy a perderlo. Es sólo mío, ¡de nadie más! Qué cosas digo. Aunque no quiera, tengo que admitir que de algún modo ya lo he perdido un poco... Mis propios pensamientos me asustan. Mañana hablaré con Fernando, aunque bien sé lo que va a decirme. Como siempre quitará hierro al asunto y se las ingeniará para intentar que razone. «Tú hijo ya es un hombre. ¿Por qué te empeñas en seguir creyéndolo vulnerable como un niño?».

¿Qué habrá querido decir Enrique con eso de que le gustaría llamarlo padre? ¿Acaso se le habrá ocurrido pensar que Fernando podría ser su padre? Llevaré la carta a la clínica y la compartiremos, como hemos compartido todo lo de Enrique: su nacimiento, las anginas y la varicela, el colegio, la adolescencia, su operación de apendicitis, la Universidad... Él, sin embargo, no ha querido compartir con nosotros un trabajo seguro, por temor quizá a que hubiera terminado convirtiéndose en rutina, y lo ha trocado por una aventura altruista en la selva a miles de kilómetros de aquí. Ni Fernando ni yo hubiéramos imaginado nunca que, cuando emprendiera el vuelo en solitario, llegaría tan lejos. Mbandaka. Lo he buscado en un atlas. Mi hijo está en la misma línea del Ecuador. Justo en el paralelo que marca la mitad de la Tierra.

Arrebatados por la niebla

Después de un postoperatorio largo y difícil, Leonor tuvo que permanecer tres semanas más en Madrid para completar el tratamiento con sesiones de radioterapia. En ese tiempo mis visitas a la habitación 325 se hicieron asiduas. Las dos nos enfrascábamos en largas conversaciones en las que ella evocaba infinidad de escenas de su infancia con gran precisión, como si acabara de vivirlas. Yo le contaba detalles de la vida de mi madre, recuerdos de mi estancia en el colegio, de mis cercanos años en la Facultad de Medicina, o le explicaba los pormenores de mi trabajo en la clínica.

Recuerdo que era el día veintidós de diciembre. Fernando entró en la habitación, seguido de Ignacio, para decirle que el tratamiento había terminado y podían marcharse.

—Está curada, Leonor. Podrá tomar el mazapán en su amada tierra como usted dice.

Los ojos de Leonor brillaron. Parecía una mujer nueva.

—Gracias a los dos —dijo conmovida—. Por muchos años que viva, nunca les agradeceré bastante lo que han hecho por mí. Saben que en Lebeña tienen su casa. Espero que no tarden en hacer una escapada. Siempre serán bien recibidos.

—Le prometo que tendré en cuenta sus palabras —dije— y que cuando Madrid se me caiga encima, tomaré el primer tren y buscaré refugio en la montaña, pero tendrá que prepararme un *sobao* pasiego de esos que, sin duda, sabe hacer como los ángeles.

—Pues claro, pero sepan que con la *quesada* se chuparían los dedos.

Los dos prometimos que por nada del mundo nos lo íbamos a perder.

—Nosotros cumpliremos lo pactado —añadió Fernando—, pero usted, Leonor, no debe olvidar que todos los años por estas fechas deberá volver a la clínica para someterse a la revisión preceptiva.

—Cuenta con ello, doctor Antúnez. Qué remedio me queda. Vaya lo uno por lo otro.

Ignacio, que no había dejado de mirarme, permanecía muy callado. Su cara parecía expresar una gran preocupación; tal vez por ello, Fernando se dirigió a él con un mensaje de confianza.

—Su tía podrá morir de cualquier cosa menos de la enfermedad que la ha traído a esta clínica. Está completamente curada. Lleva tía para muchos años —añadió en tono distendido, al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

—Muchas gracias, doctor Antúnez. Dios le oiga —dijo extendiendo la mano que Fernando estrechó efusivamente.

Dio un paso hacia mí en ademán de hacer lo mismo, pero su mano no se atrevió; se desplomó temerosa sin secundar sus deseos. Me miró de forma directa y sus ojos esta vez no me fueron esquivos.

—Mi tía y yo queremos expresarle de una forma especial nuestro agradecimiento. Creemos que usted, doctora Morales, también ha tenido un papel importante en su curación.

Le ofrecí mi mano y él la estrechó con prisa. Yo volví a sentir aquel halo inexplicable, como el

día de la operación de Leonor cuando estuvimos tan cerca; su perfume, el brillo dorado de sus ojos, la suavidad de sus dedos, su turbación... Y como entonces también, se apartó bruscamente como si huyera de mi contacto.

—Leonor es una mujer excepcional y merece este regalo que la vida le ofrece. Ella ha sido la verdadera artífice de su curación —afirmé convencida.

—Dios y ustedes —puntualizó, marcando con el tono de su voz la gradación de sus palabras.

Fernando, como buen científico, tampoco dejó pasar la oportunidad.

—¿Y por qué no la ciencia y ella?

Entendí que tenía que mediar. Una discusión metafísica entre un científico y un teólogo no podía terminar bien.

—Sea como fuere, aproveche la vida que hoy se lleva en su maleta como el regalo más valioso, y vívala como si cada día la estrenara.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Voy a echar de menos nuestras conversaciones —concluí emocionada.

—Pero existe el correo; no lo olvide, doctora Morales —añadió ella.

Antes de que abandonáramos la habitación, pude ver como sus ojos, oscuros y profundos, dejaban salir las lágrimas a duras penas contenidas en los últimos minutos.

Fernando y yo nos dirigimos a la cafetería. El bullicio que allí se respiraba era el propio de las fiestas navideñas: los niños del Colegio de San Ildefonso interpretaban en la radio, con sus voces agudas y cantarinas, la familiar cantata de la Lotería; los camareros y las visitas, entre gritos, expresiones de júbilo y buenos deseos, reían y bromeaban, mientras tomaban nota de los premios cantados sobre el periódico o la palma de la mano. Nos sentamos el uno frente al otro y pedimos el café ritual de la mañana. Fernando me acercó la taza y sus dedos rozaron levemente mi mano. Me miró, y sus ojos de aguas marinas me provocaron un cosquilleo en el estómago.

Estaba muy callado en medio de aquella algarabía general. Tomamos el café en silencio. Al fin, con voz que no ocultaba la nostalgia, comenzó a hablar despacio.

—La Navidad siempre me pone triste. El árbol, los villancicos, las luces... Son fiestas para los niños y yo hace mucho que dejé de serlo. Y después... la ilusión de los Reyes Magos. La guerra civil estalló cuando sólo tenía tres años. Luego vendría la larga y dura posguerra. No eran buenos tiempos para un niño. En mi infancia no hubo reyes y, ahora que soy adulto, tampoco puedo ponerme la barba y la peluca, ni jugar a llevar ilusiones en la noche en que todos los sueños pueden cumplirse.

Muy pronto llegaría a comprender el desencanto que guardaban aquellas palabras.

—A mí me recuerdan los años en que celebrábamos estas fiestas todos juntos —dije—: mi madre, mi padre, la abuela Julia, el abuelo Enrique... Algunos se han marchado; por eso, tampoco yo las vivo con alegría.

Buscó mis ojos, me tomó la mano y su voz fue una caricia.

—Si tú quieres, Andrea, estas fiestas pueden ser diferentes.

No supe qué quería decir ni pude contestar. Aparté mi mano con prisa, y me escapé de su mirada y de su piel buscando la ventana. Intentaba concentrar mi atención en la calle. El día era frío y una densa niebla gris borraba sin piedad los familiares elementos del paisaje: las líneas de los edificios próximos, los árboles del paseo, vistiendo de color plomizo sus ramas semidesnudas; las figuras de los viandantes, uniformadas del mismo color, que aparecían y desaparecían como en un mágico cuento de hadas. Las imágenes iban y venían, pero Fernando seguía allí, muy cerca de mí. Tal vez esperaba una mirada, un gesto de extrañeza, una pregunta. La

cara me ardía y el vértigo galopaba en mis venas.

Pensé en Ignacio y Leonor; debían de estar a punto de marcharse. Intenté localizar el Citroën 2CV con matrícula de Santander que por la mañana había visto aparcado frente a la puerta de entrada de la clínica. El calor interior hacía que el vapor se condensara en los cristales y desdibujara aun más el cuadro surrealista pintado por la niebla. Sí, eran ellos. Allí estaban aquellas dos siluetas, oscuras y desiguales, que ya no me resultaban ajenas, sino familiares y entrañables. Ignacio y Leonor estaban guardando su equipaje en el maletero. No podía concentrarme en la escena exterior. Las sensaciones recientes se imponían otra vez. Sentía en mi mano los dedos de Fernando y en mis oídos el eco de sus palabras. «Si tú quieres, Andrea, estas fiestas pueden ser diferentes». ¿Qué habría querido decir? ¿Yo tenía que preguntar o responder? Al menos debería volverme hacia él. Mirarlo. Pero mis ojos estaban agarrados, como a una tabla de salvación, al coche que de un momento a otro emprendería la marcha. Ya habían cerrado el maletero. Pude ver cómo se volvían. Cómo dirigían una última mirada de despedida al edificio que, durante semanas, había albergado su incertidumbre y sus temores, su dolor y su fe. Recordé mi primera conversación con ellos en el despacho de Fernando. Leonor, como tantas otras mujeres, también había cambiado la muerte por esperanza. Se metieron en el coche y, enseguida, el humo espeso del motor se confundió con la tupida neblina.

Y yo seguí con la mirada a aquellos dos montañeses, que una fría mañana de diciembre desaparecieron entre la bruma...Y me quedé sola frente a Fernando.

Como un náufrago, volví los ojos despacio y me sumergí con miedo en aquel revuelto mar azul, cuyas aguas misteriosas y oscuras aún me estaban esperando.

Fuego y cenizas

En la medida en que analizo los acontecimientos pasados, me reafirmo más en la idea de que se fueron sucediendo como respuesta inevitable a unas causas iniciales: la muerte de mi madre me llevó al internado, y éste a la Facultad de Medicina para cumplir su última voluntad; un curso de verano sobre orientación profesional me condujo a la especialidad de Anestesiología, el Profesor Antúnez a su clínica, y aquella noche, sin saber muy bien cómo, había aceptado su invitación y me encontraba en su casa.

La rueda de mi vida giraba inevitable sobre su eje; sin posible variación. Como hubiera dicho mi profesor de Filosofía, los sucesos precedentes determinaron de un modo definitivo los que vendrían después. Causas y efectos se sucedían implacables, en alternancia inequívoca, y yo seguía mi camino empujada en cada momento por un motivo que, sin saber bien por qué, prevalecía sobre los demás y se convertía en el motor de mis actos.

Me había quedado sola frente a la chimenea. No podía sustraerme al hechizo de aquellos troncos que chisporroteaban sin cesar, haciendo saltar en derredor centellas de fuego efímero, hasta que su fugacidad terminaba muriendo en el aire en forma de minúsculas pavesas. Era la última noche del año. Miré el reloj de pared y faltaba escasamente un cuarto de hora para que 1973 muriera también. Fernando había ido a buscar una botella de champán, reserva de diez años, que había guardado «esperando una ocasión especial», éstas fueron sus palabras.

Habíamos cenado juntos en un pequeño restaurante próximo a la Plaza Mayor, y a ninguno de los dos nos apetecía sumarnos a la bulla general de aquella Nochevieja.

Nadie parecía acordarse del suceso, todavía reciente, que había convulsionado Madrid: la muerte de Carrero Blanco, ocurrida pocos días atrás. Las calles, deslumbrantes, ofrecían a la vista su traje de luces multicolores; grupos de jóvenes cantaban y gritaban, hasta desgañitarse, interpretando villancicos populares; parejas de enamorados caminaban sin prisa entre el vocerío y, cogidos de la mano, paseaban su amor esperando la llegada del nuevo año. Otras parejas, no tan jóvenes, quizá buscaban remedio a una soledad compartida, arrastrando pesadamente la rutina de los años. ¿Y a nosotros? Me preguntaba qué nos había unido a nosotros en el ocaso de aquel año que agonizaba entre una amalgama de luces y cánticos, de botellas vacías abandonadas en las aceras; entre el olor húmedo a frío y a escarcha que penetraba hasta los huesos, y el aroma cálido del puestro de castañas que no dejaba de humear.

Ya no me sorprendió la mano de Fernando cuando al salir del restaurante se cerró inevitable sobre mi brazo; tampoco me sorprendieron sus palabras, que no supe bien si temía o deseaba.

—Estoy solo, Andrea. No te vayas ahora. Quiero brindar contigo cuando el reloj de la Puerta del Sol reciba al nuevo año con sus familiares campanadas. —Lo miré a los ojos y presentí en los suyos un volcán cuya lava comenzaba a alcanzarme—. Es una noche para compartir soledades, para expresarse mutuamente los buenos deseos y los sentimientos, a corazón abierto, con una copa de champán en la mano si es necesario.

La respuesta debí de tenerla escrita en la mirada. Antes de que pudiera reaccionar, me encontré conducida por su brazo firme en dirección a la calle de Cuchilleros donde tenía estacionado su coche. Me abrió la puerta, me acomodé nerviosa y él se sentó al volante. Yo no sabía adónde íbamos. Conocía pocas cosas de la vida de Fernando. No tenía la menor idea de dónde vivía ni con quién. Había oído comentarios ambiguos acerca de un supuesto matrimonio, no precisamente feliz, pero nunca quise hacer averiguaciones al respecto. Victoria, su compañera de quirófano de tantos años, tenía que saber muchas cosas; sin embargo la discreción era otra de sus virtudes.

Circulábamos por la calle Mayor, después, Bailén, luego dejamos a nuestra izquierda el Palacio Real y los jardines de Sabatini. Posteriormente, por la Plaza de España y la calle de la Princesa, fuimos a tomar la carretera de la Coruña. Me di cuenta de que dejábamos atrás Madrid. Aunque la noche no me permitía ver más allá de los haces de luz proyectados por los faros sobre el asfalto, la dirección que tomamos me resultaba conocida; la había recorrido muchas veces en el coche de mi padre y otras tantas en el autobús camino del pueblo. La oscuridad se había tragado el paisaje, pero no me impedía imaginar las manchas oscuras del monte de El Pardo, ni los cerros escasos de vegetación como cabezas de tiñosos. Presentía los oasis esporádicos de encinas y pinares, las tierras ocres con trazos de piedra semiderruidos, restos de vetustas paredes que marcaban pequeñas propiedades.

Fernando conducía deprisa, callado, y yo miraba a través de la noche. De vez en cuando, me orientaba del lugar exacto del camino al descubrir, a lo lejos, las luces de algún pueblo situado en la falda de la montaña, que mi memoria evocaba austera y poderosa, dibujando su contorno en el cielo.

Ninguno nos atrevíamos a romper el silencio de aquella noche de cristal. Sentí cómo el coche tomaba un desvío y se internaba en dirección a una de las urbanizaciones próximas a Guadarrama. A los pocos minutos, se detenía ante una puerta de hierro encajada en un sólido muro vestido de hiedra.

—Ésta es mi casa, Andrea —dijo con voz cercana—. Abrígate antes de salir. El frío que baja de la sierra congela hasta el aliento. Ahora tendrás ocasión de comprobarlo. Lo primero que haré será encender la chimenea —continuó diciendo, mientras yo envolvía mi cuello con una bufanda gris de lana, y me protegía la cabeza con un gorro del mismo color.

Descendió del coche y yo lo seguí. Abrió la puerta de la casa y me invitó a pasar empujando suavemente mi hombro. Fue el mismo gesto que hiciera medio año atrás en su despacho de la Complutense, cuando, después de aceptar el trabajo que me había ofrecido, me acompañó hasta la puerta. Pero no estábamos en el despacho de la Complutense, ni éramos ya profesor y alumna. El contexto había cambiado y la situación también. Sentí cierta inquietud y recordé las palabras de Charo. «Un día u otro saltará la chispa». ¿Habría llegado ese día? Fernando era un caballero; eso no podía dudarlo. ¿Qué hacíamos allí, en su casa, solos los dos?

Me condujo hacia el salón. En la gran chimenea de piedra, cuatro enormes troncos de encina parecían haber aguardado pacientes nuestra llegada. Unos papeles de periódico arrugados, hojarasca seca y algunas astillas fueron suficientes para que, al aproximar el mechero, la llama prendiera con fuerza. La estancia se llenó de una luz cálida y oscilante que mis manos heladas acogieron agradecidas.

—Qué quieres tomar, Andrea. Abajo, en la bodega, guardo una botella de champán, reserva de diez años, esperando una ocasión especial. Tengo también algunos vinos, dulces o ásperos, pero todos añejos; de gran buqué. ¿Te apetece un borgoña? Aunque si prefieres los vinos nacionales, puedo ofrecerte un Málaga o un Jerez.

—Elige tú. Mi paladar sólo podría distinguir un Santa Catalina, que era el licor que la abuela

Julia me obligaba a tomar cuando perdía el apetito —dije sonriendo con nostalgia.

—Entonces te subiré un vino portugués que te va a gustar; estoy seguro.

Salió del comedor, y yo me acurruqué al amor de la lumbre después de despojarme del gorro y de la bufanda.

El salón era grande y estaba dividido en dos estancias. Una, en torno a la chimenea, rodeada por un confortable sofá de cuero marrón y dos sillones situados a ambos lados del mismo. En medio, una alfombra persa sobre la que se apoyaba una mesa baja, cuadrada, de cristal y bronce, en la que lucían varios portarretratos de plata que enmarcaban distintas fotografías de una misma mujer. La otra estancia, más amplia, la constituía el comedor. Los muebles —una mesa, ocho sillas y un aparador— eran de madera tallada y sus motivos ornamentales me recordaron otra vez el despacho de Fernando. El suelo, entarimado y brillante, devolvía la luz que le prestaba la araña de cristal biselado y bronce suspendida del techo. Las cortinas eran de lienzo, con grecas florales bordadas en tonos crudos. Al fondo del salón, un óleo tenebrista, que representaba escenas mitológicas, trajo a mi memoria a Orfeo y Eurídice, a Plutón y el fuego del hades. Encima de la chimenea, un retrato de mujer; la misma que se repetía en cada mueble y en cada rincón. «Sin duda la mujer de Fernando», pensé. Aquellos ojos de mirada punzante, que se multiplicaban por doquier, me inquietaban.

Cogí el atizador y golpeé rítmicamente sobre los troncos ya encendidos. Un sinfín de pequeñas centellas se lanzaron contra mí y me obligaron a retroceder. Empezaba a sentirme incómoda y me acordé de Charo. Estaría bailando en la discoteca con sus compañeros de trabajo. ¿Qué estaba haciendo yo en aquella casa? ¿Dónde estaba la mujer que me miraba inquisitiva desde el cuadro? Hubiera querido salir corriendo; escaparme de allí sin decir nada.

La voz de Fernando acabó con mi confusión, y todas mis preguntas encontraron respuesta aquella noche.

—El nuevo año llega; faltan sólo unos minutos. Te dije que quería brindar contigo cuando las doce campanadas arrancaran la última hoja del calendario para traer un nuevo tiempo a nuestras vidas; páginas en blanco que tendremos que llenar.

Había hablado en un tono cálido y los sentimientos se le escapaban entre las palabras.

Dejó las botellas sobre la mesa, se dirigió al aparador y trajo unas copas. Yo permanecía callada. Me hundí en el butacón de cuero, mientras mis ojos, instintivamente, buscaban los del cuadro.

Descorchó la botella de champán, llenó las copas y se sentó a mi lado. El carillón del reloj de pared daba los cuartos; era el preludio de las doce campanadas. Levantamos las copas y esperamos a que sonara la última.

—Por el nuevo año. ¡Feliz 1974! —dije antes de que sus ecos se apagaran, intentando normalizar una situación que empezaba a parecerme extraña; poco convencional.

—Por nosotros. Por ti y por mí, Andrea; por que olvides al profesor y me dejes mostrarte al hombre.

Nuestras miradas chocaron antes que el cristal. Sus ojos se metieron hasta el fondo de los míos, que se dejaron atravesar sin oponer resistencia. Sentí que el cuerpo me ardía antes de que el licor me llegara a mis labios. Bebimos despacio, enredados en aquella mirada de la que ninguno de los dos queríamos escapar. Luego abandonamos las copas vacías. El calor del champán se metía en la sangre y el deseo me quemaba dentro. Yo misma era como uno de esos troncos de encina que iba a desmoronarse en la hoguera que Fernando había prendido. Todo era confusión a mi alrededor... Se puso en pie, tiró de mi mano y me pegó a su cuerpo. Sus brazos ataron mi cintura y sentí su

torso en mis senos. Sus manos eran ascuas, sus ojos eran ascuas y yo no podía resistir. Cerré los ojos. Sentí la boca de Fernando tan cerca que podía respirar su aliento con olor a brindis y a deseo. Todos mis músculos se abandonaron a aquel inevitable abrazo, y sus labios rozaron los míos. Suaves primero, jugueteaban con mi piel, pero enseguida se tornaron impetuosos y voraces, ávidos de caricias. Yo no sabía besar. Su boca insaciable socavaba la mía buscando sus abismos. Sentí miedo de aquella excitación desconocida que su cuerpo me producía, y abrí los ojos para buscar fuera las fuerzas que me abandonaban por dentro.

Como un latigazo, otra vez la mirada lanzada desde el cuadro me devolvió, acusadora, a la realidad. ¿Quién era aquella mujer? Me aparté de Fernando con brusquedad y él pareció adivinar mis temores.

—Perdóname, Andrea. No quiero que pienses que todo esto estaba preparado. No pretendo nada que tú no desees. —Tenía el pelo revuelto y la excitación le brillaba en los ojos—. Es mi mujer —dijo mientras señalaba el óleo y bajaba la cabeza con abatimiento.

—¿Tu mujer? ¿Dónde está ahora? —pregunté con miedo a la respuesta.

—Hace varios meses que se marchó a Cáceres a casa de sus padres y no ha vuelto.

Creí que el suelo se hundía conmigo y hubiera querido que me tragara. Las dudas despertaron en mí otro sentimiento que hasta entonces desconocía: el despecho y el orgullo heridos. ¿Qué era yo en su casa aquella noche? ¿Un sucedáneo de la esposa ausente? ¿Me había buscado para olvidar con champán ausencias y añoranzas de almohada vacía? Un profundo malestar se fue apoderando de mi ánimo y otra vez me acordé de Charo. Hubiera querido estar con ella, y me reproché el haber respondido a la llamada de Fernando metiéndome en su propio territorio. Fue sólo un instante. Enseguida me reproché con más fuerza el hecho mismo de cuestionarme precisamente eso: sus nobles motivos, su caballerosidad tantos días probada. Me dolieron mis dudas y experimenté una rabia estéril que me impedía hablar. Quise tragarme todas las lágrimas, pero sentí cómo una, delatora e imprudente, rodaba hasta encontrarse con el dorso de mi mano derecha, que se apresuró a borrarla con complicidad. Fernando tomó mi mano y la besó despacio. Parecía leer mis pensamientos.

—Te he traído a mi casa porque te quiero, Andrea. No me he expresado con exactitud cuando te he dicho que es mi mujer —dijo mirando al cuadro—. Estoy casado con ella, es cierto e inevitable, pero nuestro matrimonio hace muchos años que está definitivamente roto —confesó a la vez que me conducía de nuevo hacia el sofá.

Yo me dejé llevar entre los ecos de su «te quiero», que empezaban a tomar posesión de mi consciente y se abrían paso entre aquel torbellino de sensaciones que hacían hervir mi cabeza.

—Esta noche —seguía diciendo Fernando— quiero descubrirte la parte de mi vida que escondo celosamente y que sólo las personas muy cercanas a mí conocen.

—Yo... no creo que...

—Sí, Andrea; no quiero que te sientas engañada. Te ruego que aquí, en mi propia casa, entre mis fantasmas, me des la oportunidad de desnudar mi vida ante ti.

Descorchó la botella de Oporto y la pequeña copa se tiñó de un líquido marrón y viscoso. Necesitaba subir mi tono vital y, sin esperar, absorbí despacio su contenido. Un gusto dulce cosquilleó mi garganta deshaciendo el nudo doloroso que la oprimía. Fernando se sirvió una copa de coñac. Bebió pausadamente y comenzó su larga confesión.

»Nunca olvidaré aquel verano de 1957. Acabábamos de graduarnos y había que celebrarlo por todo lo alto. Solana, que siempre fue bullicioso y jaranero, nos ofreció un piso vacío que tenían sus padres en la calle Serrano. Lo limpiamos, pusimos colgaduras y luces, llevamos un tocadiscos

y entre todos nos hicimos con música de vanguardia: Elvis Presley, Mahalia Jackson, Jacques Brel, Ray Charles...

Los ojos de Fernando se iban llenando de pasado y se mostraban ausentes.

»Nuestras compañeras de curso no eran suficientes como para asegurarnos pareja, por eso, el mismo Paco Solana se había encargado de invitar a todas las chicas de todas las Facultades, sin otra finalidad que garantizarnos el roce sutil de una falda almidonada, o intuir la proximidad de unos pechos turgentes detrás de una blusa de seda. La cita era a las cinco y media y sobre las seis el objetivo estaba cumplido; seríamos unos cincuenta los que bailábamos y bebíamos, aquel domingo de primeros de julio. Yo estaba colocando un disco de Jacques Brel —no he olvidado su título— *Quand on n'a que l'amour*. Paco Solana se acercó con su vaso de ginebra en la mano. «A ver qué vas a poner, Fernando; sabes que no comparto tus gustos musicales». Estaba nervioso y no dejaba de mirar su reloj. «¡Al fin ha llegado la diosa!», exclamó dirigiéndose hacia la puerta.

»A los pocos minutos se me acercó seguido por ella. «Esta es Maribel. Maribel, te presento al chico más serio de toda la promoción. Te hago saber que no es la mejor compañía si quieres bailar. Imagínate si es aburrido —dijo señalando el tocadiscos— que prefiere oír a Jacques Brel en lugar de marcarse un Chachachá». Después de las frases de saludo, la paseó orgulloso por el salón.

»Todas las miradas se centraron en ella. Sin duda era la reina de la fiesta. Un metro setenta de estatura, una melena negra, larga y abundante, cayéndole sobre los hombros que la blusa de seda roja dejaba al descubierto; unos ojos de noche, una piel clara y aterciopelada, que brillaba con la luz propia de sus escasos dieciocho años; una sonrisa de ángel, roja y blanca... Llevaba un cinturón de piel de serpiente que adelgazaba aún más su cintura de niña y acentuaba sus incipientes formas de mujer, ayudado por una falda blanca con muchos pliegues, sensualmente redondeada por el almidón de su enagua. Sus piernas eran perfectas y calzaba unas manolettinas, rojas y blancas también, que se convertían en la base impecable de aquella armonía. Todos la mirábamos; con admiración los unos y con envidia las otras, pero desde que nos presentara Paco, ella sólo tenía ojos para mí. Nunca supe cuáles de *mis atributos*, salidos de la boca de Solana, podían haber causado efectos tan contrarios. Bailamos toda la tarde al son del *country blues* de Elvis Presley, de la orquesta de Ray Charles, de la voz desgarradora de Mahalia Jackson. Me dijo que había estado siete años interna en el colegio que las monjas Ursulinas tenían en la calle del General Mola, pero que al fin había conseguido su anhelada libertad.

»Hacia tres meses que sus padres le habían comprado un piso próximo a Moncloa; vivía allí con Agustina, la mujer que la había criado cuando era niña, que se había trasladado a Madrid con el único encargo de cuidarla como si de una hija se tratase. Había cursado primero de Farmacia y estaba encantada con su nueva vida en la Universidad: reuniones, fiestas, amistades nuevas... Un mundo desconocido y fascinante. Maribel era una explosión de alegría y juventud y yo me sentí fascinado también desde el primer momento.

Hizo una pausa y apuró la copa de coñac, como si quisiera encontrar en ella el poso de sus recuerdos.

»Hasta entonces, había vivido enfrascado en mis estudios y no había tenido tiempo para el amor. En los meses que siguieron a aquella tarde, lo único que contaba para nosotros era aquel sentimiento nuevo que nos envolvía en una nube de ensueño. Poco importaba mi carácter reservado frente a su jovialidad desbordante; ni mi aversión a fiestas y bullicios nocturnos. Los

dos buscábamos la soledad para descubrirnos y descubrir el amor juntos; para reinventar las palabras tantas veces dichas; para mirarnos a los ojos, hasta perdernos de todo lo que nos rodeaba y encontrarnos sólo *a nosotros*... Maribel olvidó por un tiempo sus bailes y yo mis libros. La adoraba, y me dejaba adorar por ella.

»Aprendimos a pasear con las manos enlazadas por el Retiro, a ensayar los primeros besos, a echarnos de menos hasta el desasosiego, cuando sus padres se la llevaban alguna tarde de domingo y me obligaban a desempolvar mis Tratados de Obstetricia y Ginecología, donde detrás de cada página encontraba su imagen. El lunes volvía a mí llorando. «No puedo separarme de ti —me decía—. Tienes que hablar con mis padres. Quiero estar siempre contigo».

»Conocí a sus padres y comprendí enseguida que, desde niña, Maribel estaba acostumbrada a tenerlo todo sin pedirlo siquiera: el primer muñeco que abría y cerraba los ojos; la primera bicicleta sin barra que se paseó por Trujillo en los austeros años de postguerra; el primer abrigo de piel, adquirido en la peletería más cara de Madrid, capaz de despertar las miradas de admiración de sus convecinos, cuando aquella tarde de un frío diciembre atravesamos juntos, por primera vez, la plaza del pueblo.

»Los comentarios se sucedían a nuestro paso. Todo el mundo supo que la hija de los señores de *la Finca Grande* iba a casarse muy pronto.

»Y así fue. Seis meses después, me ofrecieron unas clases en la Facultad de Medicina. Yo tenía veinticinco años y había terminado mi especialidad de Ginecología; ella veinte y acababa de cursar tercer año de Farmacia. En junio pedí su mano y en septiembre nos casamos.

»En un principio nos instalamos en el piso que tenían sus padres en la calle de Goya. «Tú tendrás cerca tus clases y ella podrá seguir estudiando si lo desea», había dicho su padre para convencerme de tan ventajosa oferta. Yo no me opuse, pero dejé bien sentado que mi aceptación era transitoria, y que deseaba ofrecerle a Maribel una vivienda propia conseguida con medios propios. Creo que era un planteamiento razonable, al menos lógico, venido de alguien que, como yo, estaba acostumbrado a lograr las cosas a base de trabajo y esfuerzo personal.

Otra pausa más larga. Fernando encendió un cigarrillo, se levantó y se dirigió al aparador. Volvió con una foto enmarcada en plata que me mostró emocionado.

—Es muy guapa —dije algo turbada.

—Sí, muy guapa —afirmó moviendo la cabeza—. Aquí era sólo una niña. La boda no era otra cosa para ella que una escena de ensueño de una bella película de amor en la que ella misma era protagonista.

Dejó la foto en la repisa de la chimenea y se sentó de nuevo a mi lado. Enseguida prosiguió su historia con una expresión de vacío en los ojos, que miraban más allá del tiempo.

»El primer año fue una prolongación de nuestra luna de miel. Maribel era ternura y pasión, niña y mujer, divertida y angelical. El amor que por ella sentía me hacía magnificar sus virtudes e ignorar aquella faceta de su carácter caprichoso, que a veces ponía al descubierto ciertas aristas en las que yo quería ver inocentes pataleos de niña mimada.

»El segundo año, y no precisamente por mi gusto, empezamos a salir de noche. Por aquel entonces, había aceptado la oferta del doctor Navarro, veterano ginecólogo y antiguo profesor mío, quien me había ofrecido la participación en las acciones de la clínica, a lo que yo haría frente casi exclusivamente con mi trabajo y plena dedicación.

»Al llegar a casa, ella me esperaba impecable; con ganas siempre de conquistar todos los rincones de la noche madrileña. «Tengo las entradas para el estreno de la obra de Casona. Hoy vamos a la ópera. Ponen en escena *Aída* y he conseguido el mejor palco del Teatro. Esta noche nos han invitado a cenar Laura y su marido. Ponte el traje que te compré la semana pasada, con la corbata a juego; según me ha dicho, iremos a uno de los restaurantes más lujosos del barrio de Salamanca».

»Yo procuraba vestirme para la ocasión, ponía la mejor cara e intentaba disimular las huellas del cansancio que había ido acumulando a lo largo de la jornada. Después de varios quirófanos y otros tantos partos, que no siempre habían sido fáciles, lo que realmente me apetecía era una buena ducha y una velada breve y tranquila en casa con ella.

Llegado a este punto, Fernando se levantó, se acercó a la chimenea y aproximó los troncos de encina que empezaban a desmoronarse. Volvió a sentarse junto a mí y me miró con preocupación.

—Estás muy callada, Andrea. ¿Qué te ocurre?

—Escucho la historia de tu vida, y trato de comprender lo que a través de ella me quieres decir.

—Te estoy desnudando el corazón. Hay cosas que me producen dolor, a pesar de los años transcurridos, pero quiero llegar hasta el final.

Fernando se quedó callado. Parecía buscar fuerzas para seguir rescatando detalles a su memoria. Un cigarrillo y la copa de coñac lo ayudaron otra vez a retomar el hilo de sus recuerdos.

Miró las fotografías de Maribel quien, a su vez, nos observaba con múltiples expresiones detrás de los cristales enmarcados lujosamente con motivos barrocos, y prosiguió su sentido relato.

»Recuerdo que aquel día Maribel me estaba esperando en el *hall*. Se había puesto un vestido de gasa rojo —era su color preferido— a capa y muy ceñido en la cintura. Llevaba el pelo recogido en un moño sobre la cabeza, que acentuaba aún más la esbeltez de su cuello nacarado y perfecto. Había pintado de grana sus labios, a tono con su indumentaria, y llevaba unos zapatos negros de charol con tacones exageradamente altos y finos. Estaba deslumbrante. «Te invito a cenar», dijo rodeando mi cuello. Había un fulgor especial en sus ojos y una sonrisa misteriosa en su rostro de niña. Sentí deseos de estrecharla fuerte, soltar su pelo y quitarle el vestido... Ella acarició mi mejilla y frenó mis impulsos. Su actitud me hizo evocar aquellos versos de Machado, que en mi primera adolescencia no comprendía muy bien:

*Arde en tus ojos un misterio, virgen
esquiva y compañera.*

.....

¿Eres la sed o el agua en mi camino?

«A veces tengo miedo de abrazarte —le dije—. Te veo tan hermosa que llego a temer que te me rompas entre los brazos, como si fueras una frágil muñeca de porcelana». Puso mis manos en su cintura leve, casi irreal, y me dijo que pronto empezaría a quebrarse, y que su cuerpo ya no sería de niña; que cambiaría sus formas infantiles y su vientre se redondearía, como lo hacían los frutos en verano, hasta estallarle las entrañas en el acto más hermoso del amor y de la vida.

»Aquella noche nos quedamos en casa. La tomé en mis brazos, la estreché fuerte, desaté su

pelo, le quité el vestido y la amé despacio, con mimo. Más allá de ella y de mí.

»Al día siguiente me acompañó a la clínica para que mi amigo Navarro le hiciera el primer reconocimiento. Durante el tiempo que duró la exploración, Navarro permanecía muy callado. Al finalizar, me dirigió una mirada de inteligencia mientras que a ella le decía: «Es muy pronto, Maribel. Un retraso de tres semanas no es suficiente para confirmar un embarazo; debemos esperar unos días antes de explorarte de nuevo».

»Maribel estaba tan ilusionada que no quiso escucharlo. «Ni siquiera nos ha felicitado», comentó cuando estuvimos solos. Recuerdo que, de regreso a casa, jugaba a imaginar al hijo que sus sueños y sus anhelos habían forjado. «Quiero que sus ojos y su piel sean como los tuyos; mar sobre arena dorada. Nacerá sano y fuerte y oíré su primer llanto como un canto a la vida. ¡Qué largos se me van a hacer estos meses hasta que pueda sentir su cuerpecito junto a mi pecho!».

»No fue necesario repetir la exploración. Una tarde, al regresar a casa, Maribel no estaba esperándome en el *hall*, ni se había puesto un bonito vestido para recibirme, ni tenía programada ninguna de sus salidas imprevisibles. Estaba en la cama llorando la muerte de la ilusión a la que había dado vida durante las últimas semanas. Se trataba de un retraso que ella, en su deseo, quiso confundir.

»Desde el momento en que Maribel tuvo que decir adiós a su sueño, su vida se polarizó hacia un solo objetivo: ser madre. Hacía círculos en el calendario, señalaba los días fértiles, analizaba el más mínimo cambio de su estado físico... Incluso sus alteraciones de carácter quería explicarlas como síntomas incipientes de su estado.

»Yo intentaba hacerle comprender que tenía que afrontar la situación con tranquilidad. «Eres muy joven aún. Tienes muchos años por delante para cumplir con creces tus deseos».

»Después de tres años de angustiosa espera, accedió a que Navarro le hiciera una exploración minuciosa. No encontró anomalías en sus órganos, pero las pruebas practicadas pusieron de manifiesto una posible disfunción ovárica consistente en la inexistencia de ovulación. Me dijo claramente que Maribel podría ser estéril. No quise que conociera el diagnóstico. Por otro lado, yo estaba tan interesado como ella en no cerrar las puertas a la esperanza de un hijo que devolviera el equilibrio perdido a nuestra unión.

»Maribel comenzó a encerrarse en sí misma, a no salir de casa por miedo a tener que responder a las consabidas preguntas o hacer frente a los comentarios de ciertas amigas, en los que ella quería ver una segunda intención. «Laura me ha dicho que espera el segundo; que nos demos prisa, no vaya a ser que se cumpla aquello de que en casa del herrero cuchillo de palo».

»Ni siquiera quería ponerse al teléfono, y empezó a manifestar ciertas alteraciones de la conducta que hicieron necesaria la visita a un psiquiatra. Padecía insomnio y cuando se quedaba dormida, gracias a los tranquilizantes, se despertaba llorando y repetía, sentada en la cama, que le habían robado a su pequeño y yo no hacía nada por encontrarlo.

»El psiquiatra dijo que Maribel tenía una personalidad caprichosa desde su infancia y que, al tener que enfrentarse al primer deseo incumplido, su frustración provocaba en ella estados de ansiedad y proyectaba en mí un desplazamiento de su complejo de culpabilidad. «¿Cómo puedes estar tan cerca de la vida y no ser capaz de ayudarme a dar vida a tu propio hijo?», me decía entre lágrimas.

Fernando hundió los dedos en las sienes con gesto abatido. Su respiración era ruidosa y acelerada. Encendió otro cigarrillo, quizá con la intención de recuperar la calma y proseguir su relato, pero el silencio se alargaba. Al cabo de un tiempo que no pude precisar, su voz volvió a oírse, y el aire se llenó otra vez de dolorosas evocaciones.

»Maribel sufría mucho. Yo quería ayudarla pero ella no se dejaba ayudar. Ni las visitas al psiquiatra, ni mis palabras, ni el amor que por ella sentía, fueron suficientes para arrebatársela del abismo en el que su mente se hundía sin remedio... Agustina o su madre pasaban largas temporadas con nosotros en Madrid, y ella aprovechaba cualquier excusa para no salir del dormitorio. Al ver que la mente de Maribel no respondía al tratamiento en la forma esperada, el psiquiatra sugirió que un cambio de aires podría ser beneficioso para ella. «Quizá el hecho de alejarse de Madrid una temporada devuelva la tranquilidad a su espíritu. Ella no soporta ver cómo usted está entregado a la tarea de traer al mundo a los hijos de las demás mujeres; no entiende que toda su ciencia y experiencia no puedan ayudarla a traer al suyo propio».

»A partir de entonces, Maribel pasaba largas temporadas en la Finca Grande. El campo devolvía el color perdido a sus mejillas y, a su regreso, parecía una mujer nueva, llena de buenos propósitos; pero enseguida volvía a hacer círculos en el calendario y sus obsesiones renacían con fuerza. Era como la Yerma del drama lorquiano. Se sentía seca e inútil, y su amor por mí carecía de sentido sin el hijo...

»Mi amor por ella, sin embargo, quiso sobrevivir a tantos años de lucha, pero terminó muriendo, a mi pesar. Muchas veces, me he preguntado si fue su exacerbado instinto maternal el que la condujo a una situación límite o si, por el contrario, se trataría sólo de un problema inherente a su personalidad caprichosa, que nunca tuvo que aprender a renunciar porque siempre lo tuvo todo. Sea como fuere, a los diez años de casados nuestro matrimonio estaba irremediablemente roto.

»En los tres últimos años, Maribel ha pasado más tiempo en Cáceres que en Madrid. Comprendimos que el amor se había perdido y, por fin, en el mes de mayo decidimos separarnos definitivamente.

Ocultó el rostro entre las manos. Estaba hundido. La última parte de su relato había sido especialmente dura, y los signos de su decaimiento se habían hecho visibles: los ojos, enrojecidos, la voz, cada vez más opaca y cansada, el gesto contraído por el peso de los recuerdos.

Aquella primera noche del año se llenó de pasado; borró las horas y los minutos del reloj, que se habría empeñado inútilmente en hacer llegar a nuestros oídos su voz repetitiva y metálica.

Fernando había hablado y yo había escuchado callada, casi sin respirar, por miedo a cortar los hilos con los que había ido tejiendo su dolorosa confesión.

Aproveché el último silencio para mirar aquellas fotografías, e intenté dar vida a las escenas descritas por él con tanto realismo.

Los troncos de encina se habían convertido en brasas. La temperatura del salón había subido y por la frente de Fernando corrían gruesas gotas de sudor, provocadas más bien por el calor de los recuerdos que por el alcohol o las ascuas de la chimenea. Sacó un pañuelo y lo pasó por su frente. Después tomó mis manos y las besó.

—Quiero darte las gracias, Andrea, por haber soportado este monólogo interminable. Desde que me he dado cuenta de mis sentimientos por ti, he esperado que llegara este día. Has conocido

el lado oscuro de mi vida, la verdad que guardo celosamente, y me has conocido un poco mejor a través de ella. Te he mostrado la parte más dolorosa de mi pasado; déjame demostrarte desde hoy este sentimiento nuevo que me hace mirar al futuro con esperanza.

No supe qué decir. La confesión de Fernando me había impresionado. Ante mí se descubría un hombre con una sensibilidad poco común; capaz de expresar emociones, de hablar de amor con palabras, no sólo con besos y caricias.

No había ocultado la fuerza de su pasión por Maribel. Estaba claro que la había querido mucho. Ella había sido su única mujer, y a mí me estaba pidiendo que llenara aquel vacío. Mis ojos no se apartaban de las brasas que empezaban a morir en la chimenea. Mis manos seguían dentro de sus manos fuertes, de dedos largos y sabios... Aquellas manos diestras, cuyas proezas había visto tantas veces en el quirófano, eran ahora tiernas y suaves. Y pensé que Fernando era un hombre que se salía de la norma; un ser especial a quien la vida no había logrado arrebatarse la ternura; un hombre de ciencia con sensibilidad de poeta. Y tuve miedo a no saber llenar el enorme hueco que aquella mujer había dejado en su corazón. Lo miré a los ojos y otra vez pareció leer en mi pensamiento.

—No digas nada, Andrea. Sólo te pido tiempo para que los sentimientos hablen por nosotros. Déjame estar cerca de ti. Déjame quererte.

Puso sus manos en mis hombros y me besó en la frente.

Pasaron minutos; tal vez horas. Ambos perdimos la noción del tiempo hasta que el viejo reloj de pared se impuso, al fin, con su voz metálica e insistente.

—Son las siete y tenemos guardia en la clínica. Seguro que algún madrileño tiene prisa por nacer. Tendré que poner en orden mi imagen. Tú no lo necesitas. Estás preciosa, Andrea. Ni esta larga noche de vigilia ha podido hacer mella en tu cara —dijo mientras apartaba de mi frente los rizos rebeldes que, como siempre, habían escapado a la esclavitud que la trenza les imponía.

—No creo que sea cierto. Al menos, necesitaré peinarme y refrescarme la cara.

—Compruébalo tú misma. Hay un aseo al fondo del *hall*. Yo subiré a cambiarme.

Estaba frente al espejo. Abrí el grifo y la concavidad de mi mano se llenó de agua helada. Mojé varias veces mi rostro, enrojecido por la lumbre y las emociones. La suavidad del agua de la sierra tonificó mi piel y borró el cansancio de mis ojos. Me había soltado el pelo y sentí el deseo de dejarlo así, libre de las ataduras de la trenza, pero no quise que Fernando pudiera ver en ello un signo de coquetería. Lo agité, como tenía por costumbre, antes de aprisionarlo de nuevo. Me puse una sombra discreta en los párpados y pasé la barra de cacao por los labios.

Oí los pasos de Fernando en la escalera. Cuando bajó, lo estaba esperando frente a la puerta.

Regreso a lo cotidiano

Circulábamos hacia Madrid. El cielo empezaba a azulear y, poco a poco, se iban borrando las estrellas de aquella primera noche de enero. En el horizonte la aurora trazaba caprichosas pinceladas en tonos púrpuras, anaranjados y rojizos. La luz arrebató a las tinieblas el paisaje, que retornaba vestido con los colores del amanecer. Atrás se iban quedando las montañas blanqueadas por la nieve, y despertaban los pueblos situados en su falda. Las chimeneas proyectaban fumaradas que ascendían densas, en busca de las nubes que arropaban las cimas. Reaparecían las manchas verdes de los pinares, y los cerros, semidesnudos, ofrecían al alba ramilletes de tomillo y espliego.

Fernando conducía despacio, como si quisiera prolongar la noche; como si temiera que el sol pudiese deshacer también las palabras y los besos. Pero la luz se imponía, inevitable y rigurosa, y ofrecía a nuestra vista las primeras imágenes de Madrid.

Las bombillas de colores ya no brillaban con la fuerza de la noche. Algunos noctámbulos pululaban aún por las calles. Unos caminaban solos, con paso vacilante, sin decidirse a abandonar la última botella; otros, agrupados en pandillas y enfundados en bufandas multicolores, seguían gritando sus deseos de felicidad y bonanza para el año que acababa de comenzar con voces roncas por el alcohol y el frío.

Estábamos llegando a la clínica. Allí nos esperaba lo cotidiano. Fernando volvería a asistir al milagro de la vida y yo volvería a adormecer el dolor ajeno. Todo continuaría lo mismo; sin embargo, la noche que acabábamos de vivir sería la causa, el motivo importante que precipitaría el rodar de los acontecimientos.

En los meses que siguieron a aquella noche, Fernando esperaba, pero yo no acababa de entregarme a aquella relación. Era cierto que me sentía atraída por él. Cuando sus ojos me buscaban, encontraban los míos; cuando sus dedos me rozaban, una descarga convulsionaba mi cuerpo, pero algo en mi interior me impedía dar el paso definitivo.

Una tarde de julio, al regresar de la clínica, Charo me estaba esperando y me pidió que la acompañara a dar una vuelta. El día había sido caluroso, y en aquel piso abuhardillado se respiraba una atmósfera densa y aplastante. Salimos fuera y buscamos el alivio de una terraza en el bar más próximo. Nos sentamos y pedimos un refresco.

Charo conocía los pormenores de mi relación con Fernando y en los últimos meses no me ocultaba su preocupación. Yo eludía el tema. Ella olvidó por una vez su discreción y fue directa al punto que le interesaba.

—¿Quieres a tu doctor? —me preguntó sin más preámbulos.

—Fernando es el ideal de cualquier mujer. Lo admiro y me atrae.

—No me has respondido. ¿Qué sientes por Fernando Antúnez? —insistió con apremio.

—No lo sé, Charo. Sólo sé que me pongo a temblar si me toca y que sus ojos van a acabar con

mi entereza.

—No te entiendo, Andrea. ¿Cuál es entonces el motivo de tu miedo?

—Son muchos miedos... Está casado. No puedo olvidar cómo le brillaban los ojos aquella noche cuando me hablaba de ella.

Permanecemos calladas unos instantes. Charo siempre esperaba y con su silencio vencía mis reticencias. Pero esta vez, en contra de sus costumbres, siguió preguntando.

—Estás celosa o son todavía secuelas de la educación monjil que recibiste en las Teresianas.

—Hace mucho que dejamos el colegio, Charo, y en estos años se han ido quedando atrás doctrinas y dogmas, pero hay una cosa que conservo todavía y que yo llamo *principios*. Creo que ésa es la causa que me impide pronunciar las palabras que Fernando espera oír.

—¿Acaso piensas que si lo rechazas volverá con su mujer?

—Quien sabe... Yo no quiero interponerme entre los dos si llegara ese día. Me dijo que su matrimonio estaba roto, pero su casa está llena de fotos de ella.

—¿Todavía las conserva?

—No he vuelto desde aquella noche. ¿Quién me asegura que ella no va a volver?

—El amor que tiene miedo y se hace reflexivo, no es amor.

—Hay muchas maneras de amar —dije intentando zanjar la conversación.

—De todas formas, y por el bien de los dos, creo que deberías ser sincera con Fernando y contigo misma —añadió tajante.

—Y voy a serlo. Le pediré una tregua. Necesito alejarme, pensar. Tal vez la distancia aclare mis dudas —dije en un tono que dejaba traslucir una honda preocupación.

—¿Vas a marcharte de Madrid?

—Sí. Quizá busque refugio en la montaña. Aprovechando las vacaciones de agosto, iré a Santander a ver a Leonor.

Charo continuaba poniéndome entre la espada y la pared.

—¿Huyes de Fernando o de ti misma?

—No huyo. Busco la paz necesaria para aclarar mis ideas, ya te lo he dicho.

El hielo se deshacía en los vasos. Charo puso su mano sobre la mía en un gesto maternal y protector; como hacía en el Colegio de las Teresianas cuando veía nubarrones en mi frente.

—¿Qué complicada eres, Andrea!

—¿Y no has pensado que quizá sean complicadas las causas que ponen en funcionamiento el motor de nuestros actos? Ya sabes... Mi teoría acerca de los motivos.

Charo sonrió y recalcó convencida:

—Te gusta ser complicada. Siempre he creído que eras una humanista de bata blanca.

—¿Qué cosas se te ocurren!

Las dos reímos, y apuramos al fin los refrescos olvidados sobre el velador.

La huida

Hace una semana que no escribo. En la medida en que me acerco a aquellos días, siento los recuerdos en carne viva. Me duelen tanto que es como si retrasara el momento de volver a vivirlos.

Hoy he buscado la carta de Leonor; aquella que recibí poco después de mi conversación con Charo. La tenía guardada en el ático, en un pequeño baúl de madera que la abuela Julia me regaló al cumplir ocho años. Casi con miedo, he acariciado sus viejas maderas pintadas de negro y granate sobre fondo crema, ahora descascarilladas por el paso del tiempo. Las manos me temblaban cuando he abierto su cerradura oxidada. En su interior, sólo guardo vestigios de aquella época, en los que no hurgaba desde hacía años por temor a remover viejas heridas.

Las cartas de Leonor seguían guardadas en una cajita de zapatos de Enrique, atadas con la cinta de terciopelo negro que Ignacio me regaló en Santillana del Mar, una tarde de agosto en que el nordeste soplabla cargado de humedad y desbocaba mi pelo.

He desdoblado despacio su papel amarillento y mis ojos han recorrido con emoción aquellos trazos redondeados y regulares, tan familiares y queridos.

En Bárcena a 12 de julio de 1974

Estimada doctora:

Espero que a la llegada de ésta se encuentre bien, nosotros bien, a Dios gracias. Me decía en su carta que a lo mejor se decidía a pasar unos días en la Montaña con nosotros. No sabe lo contenta que me puse cuando lo leí. Me faltó tiempo para contárselo a mi sobrino y él me dijo que, cuando le escribiera, le dijese que viniera también don Fernando, que él los acompañaría a visitar los sitios más bonitos de la provincia y que prepararían alguna excursión a los Picos de Europa. Y es que yo creo que no se tienen que ir de aquí sin ver las maravillas que el Señor ha puesto en nuestra tierra. Vengan sin prisa, que ustedes, los de la capital, siempre andan corriendo, y no olviden la ropa de invierno, pues sepa usted que aquí en pleno verano *fai un cutu que escarabaya el pelleyu*, usted ya me entiende, ese vientecillo fresco que viene del mar.

Me pregunta por mi salud, pues le diré que estoy como una rosa, tan bien me encuentro que ya ni me acuerdo de los malos ratos que pasé en Madrid, dígaselo al doctor, y que no paro de darles las gracias a los dos. Lo que sí echo de menos son nuestras conversaciones. A ver si tenemos ocasión pronto de poder hablar las dos, que usted siempre me entiende y a mí me da gusto oír las cosas que dice. Tengo ganas de enseñarle la casa donde me crié, el establo donde me escondía con mis libros y el río en el que jugábamos Celia y yo, retozando como corderillos por estos prados.

Cuénteme muchas cosas de usted y del doctor. En su última carta no me decía nada de él,

salúdelo de mi parte y reciba un fuerte abrazo de ésta que la aprecia de verdad.

Leonor

P. D. Saludos de mi sobrino y no olviden nuestra invitación. Los esperamos a los dos muy pronto por aquí.

Había tanta sinceridad y sencillez en aquella carta, que si tenía alguna duda sobre el lugar elegido para mi refugio, en aquel momento se disipó por completo. Pasaría el mes de agosto en Santander. Estaba decidido.

Fernando quiso entender mi necesidad de aislamiento y aceptó la tregua como algo irremediable. Fue respetuoso con mi deseo de soledad, y manifestó su voluntad de mantenerse alejado hasta el momento en que yo hubiera puesto en claro mis sentimientos.

El día treinta y uno de julio me despedí de él con un abrazo en la puerta de la clínica. Me sentía confusa. Sólo pude articular unas palabras que, sin decirlo, sonaron a perdón y a agradecimiento, a las que Fernando respondió en un tono que, sin quererlo, sonó a queja: «El amor no agradece ni pide disculpas; ama y sabe esperar».

Me alejé deprisa sin mirar atrás. Me dirigí a la Estación del Norte y saqué un billete para Santander. El mismo día, llamé a la Central de Teléfonos de Bárcena. Le dije a la telefonista que avisase a Leonor de mi llegada a la estación el día 3 de agosto en el tren de las cinco de la tarde. La voz de la mujer sonó con resolución al otro lado del hilo: «Leonor, la tía de don Ignacio, ¿verdad? No se preocupe que ahora mismo voy a avisarla».

Dos días más tarde inicié los preparativos del viaje. Bajé del armario la maleta gris azulada de mis años de colegio, que mi padre había marcado con mis iniciales en rojo: A. M. A. Me resultaban entrañables aquellas letras. Pasé los dedos por el realce de la pintura acariciándolas, y me recordaron aquella mañana de septiembre, ya tan lejana, en que fueron grabadas por sus manos anchas y tiernas... «Tienes que ser valiente, Andrea; tu madre siempre soñó con que hicieras una carrera... Tres meses pasan pronto, ya lo verás...».

Ahora, como entonces, tenía por delante un viaje hacia lo desconocido, pero echaba de menos la voz cariñosa y firme de mi padre, su apoyo y sus palabras de aliento. Ya no era una niña y tenía que enfrentarme sola a mis problemas. No podía compartírselos con mi padre por motivos de educación y costumbres, y pensé con tristeza que no sólo la muerte nos convierte en huérfanos. También la vida encapsula nuestros sentimientos, siguiendo unos absurdos patrones atávicos que se empeñan en borrar de nuestro horizonte esa figura firme y protectora, y nos deja aún más solos y perdidos.

Me apresuré a embutir en la maleta mi vestuario casi al completo: vaqueros, polos, camisas... Hasta un vestido blanco de algodón indio, sin olvidar la ropa interior, el bañador y dos jerséis de lana gruesa. En una bolsa de mano guardé las playeras, unas botas de montaña y unos zapatos de plataforma. Todo estaba dispuesto para el día siguiente.

Aquella noche el sueño se hacía esperar; no podía apartar de mi cabeza unas inoportunas palabras atribuidas a Napoleón: «*En amour une seule victoire, la fuite...*». ¿Acaso yo estaba huyendo? Y si era así, de quién huía, de Fernando o de mí misma. La voz de Charo llenaba la oscuridad: «Un amor que huye no es amor».

No podía dormir. El calor se hacía insoportable y sentía el cuerpo bañado en sudor. Me

levanté, fui al cuarto de baño, abrí el grifo y me refresqué la cara y el cuello. Volví a la cama con la intención de dormir, pero la mirada de Fernando, acusadora unas veces, dolida o esperanzada otras, taladraba mi subconsciente hasta hacerme estallar la cabeza. Encendí la luz y busqué una aspirina. La introduje en la boca y bebí con ansia del vaso de agua que siempre tenía por costumbre dejar en la mesilla de noche. Al cabo de un rato, el dolor comenzó a ceder. Sin saber por qué, esa noche me sorprendieron una vez más los ojos apacibles de Ignacio, que se mezclaron con las imágenes del sueño.

A la mañana siguiente, al clarear, salí de casa sin hacer ruido. Charo hubiese querido acompañarme pero no quise despertarla. Cogí el metro y me dirigí a la Estación del Norte con la sola compañía de mi equipaje.

Cuando las puertas del metro se abrieron, me sentí conducida por la multitud hacia el andén, donde el Talgo se desprecizaba emitiendo sus habituales sonidos como aviso de su inminente partida. A pesar de la maleta y de la enorme bolsa de viaje, me sentía ligera. Me acerqué al vagón más cercano y, de un salto, me precipité en su interior.

*¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse,
Lo molesto es la llegada.*

Tenía razón Machado. Busqué un sitio junto a la ventanilla y, después de colocar el equipaje, me acomodé en mi asiento mientras los demás viajeros hacían lo mismo. En pocos minutos, el vagón se fue llenando de rostros somnolientos de viajeros solitarios, voces y risas de aquellos otros que viajaban en grupo, cuyas mochilas e indumentaria ponían de manifiesto su afición por conquistar las cumbres; familias que escapaban con los niños del bochorno de Madrid. Detrás de los cristales, manos amigas que se alzaban dibujando despedidas; labios amantes que se fruncían en un beso etéreo e imposible; voces maternas que seguían repitiendo machaconamente los mismos consejos.

Empecé a sentirme sola y aturdida, en medio de aquella barahúnda a la que sólo me unía un billete y un destino. Los observaba y ellos me observaban a mí, quizá en un intento de descubrir algo más de lo que asomaba a la cara, a los ojos o a la forma de vestir de cada uno. Por fin, el tren se puso en marcha a la señal convenida.

Los ecos de la euforia que me produjera el hecho de poner distancia por medio, se iban apagando. Cerré los ojos. Las escasas horas de sueño de la noche anterior, y el calor que empezaba a sentirse en el vagón, unido al suave y acompasado vaivén, terminaron por sumergirme en un sopor placentero y voluptuoso del que no quería salir. No sé el tiempo que debió de transcurrir. Sólo recuerdo que me sobresalté al sentir un ligero roce en el brazo, a la vez que una voz masculina decía en tono suave:

—Su billete, señorita.

—Disculpe —dije abriendo los ojos—. Creo que me he dormido —añadí mientras buscaba el billete en el fondo de aquel enorme bolso de marroquinería que mi padre me había regalado el día en que terminé la carrera—. Aquí está.

El revisor continuó su tarea y yo volví a aquel duermevela que me situaba en el límite de la realidad. No quería recordar. No quería sentir... Fernando se había quedado en Madrid y era pronto para analizar mis sentimientos. Tampoco quería imaginar mi llegada a Santander. Leonor

merecía toda mi confianza; no dudaba de su afecto hacia mí. Ignacio, por el contrario, era un desconocido del que mi subconsciente sólo guardaba el color de miel de sus ojos.

Un traqueteo más fuerte que los demás, el llanto de un niño, o las risas espontáneas de los más jóvenes me devolvían al mundo real. Mi mirada volaba entonces a través de los cristales. Al norte de Madrid, las sierras se iban haciendo más redondas y los pequeños pueblos dormitaban en su regazo. Otra vez volvía a caer en el letargo. Más adelante, las cumbres verdes de Segovia, las vegas fértiles de Burgos y sus pueblos perdidos en llanuras generosas, amarillas como el sol.

Tenía sed y el estómago empezaba a hacerse notar después de varias horas de ayuno. Dejé mi asiento y me dirigí a la cafetería. Pedí un bocadillo y un refresco.

—¿Falta mucho para llegar a Santander? —pregunté.

—Hora y media escasa —contestó el camarero, después de consultar su reloj.

Volví a mi compartimento después de pasar por el WC. Ocupé mi asiento al lado de mi compañera de viaje, una mujer de unos setenta años a la que agradecí interiormente su respeto ante mi silencio. A lo largo del trayecto sólo habíamos intercambiado las indispensables frases de cortesía, pero el viaje llegaba a su fin y me sentí obligada a ser amable.

—Parece que en una hora llegaremos a Santander —dije dirigiéndome a ella.

—Sí, hija; ya tengo ganas. Se ha pasado la mitad del camino durmiendo; yo, sin embargo, con los años he ido perdiendo esa facilidad. A mi edad, ya se sabe, los recuerdos te vienen a la cabeza y no te dejan dormir. Usted es muy joven y no sabe de preocupaciones.

Sonreí, dando por válida su aseveración. Para qué iba a llevarle la contraria. Entonces, a mis veinticinco años, ni me creía tan joven, ni me consideraba libre de desasosiegos. Lo que no podía imaginar, era que mis tribulaciones apenas habían comenzado.

A las cinco menos diez el tren se detuvo en la estación de Santander. Recorrí el andén con la mirada. Buscaba una silueta oscura y diminuta; no la encontré.

Todos se precipitaron hacia la salida y el vagón se quedó vacío. A mí, por el contrario, me invadía esa sensación de malestar que Machado supo transmitir de forma magistral en sus versos. Me costaba levantarme de mi asiento y coger la maleta; me producía una pereza infinita empezar a caminar por el andén. Irremediablemente cargué con mi equipaje, arrastrándolo como si su peso se hubiera multiplicado, y descendí del tren despacio.

En pocos minutos mis compañeros de viaje fueron desapareciendo, quién sabe hacia qué destinos, y yo me quedé sola esperando la aparición de dos figuras desiguales y familiares, que vendrían a rescatarme de mis guerras interiores para llevarme a la paz de las montañas.

Eran las cinco y diez. Tenía los ojos clavados en la puerta de acceso al interior de la estación cuando se dibujó entre la multitud el contorno de Ignacio, que mi memoria fue completando con pinceladas rápidas antes de que mis ojos pudieran percibir con nitidez los detalles. Él también me había visto. Nos dirigimos el uno hacia el otro con expresión desigual. Yo me precipité a su encuentro, abandoné la maleta y la bolsa en el suelo y extendí las manos en un gesto de espontánea alegría. Ignacio me recibió con una sonrisa cordial y alargó su mano derecha, que apenas rozó la mía, mientras dejaba caer las convencionales fórmulas de cortesía propias de la ocasión.

—Qué tal el viaje, doctora Morales.

—Muy bien, gracias; pero muy corto —respondí—. La mayor parte del tiempo la he pasado durmiendo.

Parecía tenso y no dejaba de mirar alrededor; como si buscara a alguien con los ojos. Enseguida supe a quién.

—¿Dónde está el doctor Antúnez? ¿No viene con usted?

—No. He venido sola. Fernando se ha quedado en Madrid.

—Pero... mi tía me dijo que usted y él pasarían las vacaciones con nosotros.

—Esa era también su intención, pero lo cierto es que tiene mucho trabajo y no puede dejar la clínica. Ya lo conoce —expliqué en un tono que más bien parecía una justificación obligada, ante una actitud visiblemente molesta que yo no acertaba a comprender—. ¿No ha venido Leonor?

—No he querido que me acompañe. Yo tenía que asistir a una reunión en La Magdalena a las ocho de la mañana; hubiera tenido que madrugar demasiado. Además, el día se le hubiese hecho muy largo, sola en la capital. Le aseguro que insistió. No me resultó nada fácil convencerla para que se quedara.

—No tiene que asegurármelo. Lo creo. Yo también tengo muchas ganas de verla. Es una mujer admirable que se hace querer.

Estábamos el uno frente al otro. No sabía muy bien cómo, pero Ignacio se había parapetado detrás del equipaje. Me miró a los ojos. Fue una mirada nueva y huidiza que sólo duró unos instantes. De pronto, en un movimiento rápido, levantó los bultos enérgicamente y dijo imperativo:

—Tengo el coche en la puerta de la estación. Cuando quiera podemos marchar. El viaje hasta Bárcena es largo y la carretera no es buena. Además, mi tía siempre se preocupa más de la cuenta. Pronto empezará a mirarse el reloj.

—Pues no seré yo quien la haga esperar —dije en tono concluyente.

Ignacio tiraba de mí a grandes zancadas haciéndose paso entre los viajeros que iban y venían. Salimos al exterior y enseguida pude ver el 2CV color crema aparcado a la derecha. Se detuvo, abrió el maletero, introdujo la maleta y la bolsa y cerró con el mismo apresuramiento. Me abrió la puerta y se sentó al volante. Parecía nervioso. Yo no lo recordaba así. Era indudable que algo lo violentaba. Dos portazos duros y metálicos resonaron casi al unísono, y nos hicieron prisioneros en aquel habitáculo aislándonos del mundo. Íbamos a compartir un viaje que podía resultar tenso y difícil. Hacía calor, y ambos bajamos el cristal de nuestra ventanilla casi al mismo tiempo. El coche se puso en marcha. A los pocos minutos el Cantábrico nos mostraba sus aguas, también prisioneras, amansadas por la bahía.

—¡Qué hermoso es el mar! Incluso encarcelado muestra su bravura.

—Lo es; pero todavía es más impresionante visto desde las alturas, perdido en la lejanía. Su inmensidad se confunde con el cielo. ¿Conoce los Picos de Europa?

—No; el norte es para mí prácticamente desconocido, aunque siempre me sentí atraída por el verdor de sus paisajes. Me encantan sus montañas y este aire fresco que huele a sal.

Aspiré con avaricia la brisa húmeda que entraba por la ventanilla. La voz de Ignacio volvió a dejarse oír sugerente y evocadora.

—Nada hay más grandioso que una ascensión a los Picos de Europa. He subido en más de una ocasión y nunca me he sentido más cerca del Creador.

Nos quedamos callados; sin embargo ya no me sentía incómoda. El hielo comenzaba a fundirse. Comprendí entonces que el viaje, pese a mis temores, no iba a resultar difícil. Minutos más tarde, habíamos dejado atrás la ciudad. Me encontraba tranquila y dejé volar mis ojos por las praderas verdes. Recordé los paseos campestres de la mano del abuelo Enrique, y mi corazón de niña volvió a hacer piruetas por los cerros redondos y mullidos.

—A mí también me fascinan las alturas —dije reiniciando la conversación en el punto donde la habíamos dejado—. Nací en la misma falda de la Sierra de Guadarrama. Cuando era niña me gustaba saltar peñas como una gacela. Después, en mis años de Universidad, los compañeros

solíamos organizar excursiones a la montaña los fines de semana. Recuerdo que una vez alcanzamos la cima del Ocejón, en Guadalajara. Tres horas de ascensión y algo más de una en el descenso. Fue increíble. Nunca lo olvidaré. Estoy segura de que no me importaría repetir una experiencia semejante.

—Para coronar los Picos de Europa hace falta resistencia y entrenamiento, doctora —dijo en un tono que percibí inocentemente provocador.

—No menosprecie mis cualidades físicas antes de ponerlas a prueba —repliqué sonriendo, a la vez que le dirigía una primera mirada de reconocimiento ante mi intencionado desafío.

Ignacio no respondió. Guardó sus palabras y volvió a ensimismarse. Parecía ajeno a todo lo que no fuera conducir el 2CV hacia Bárcena con premura.

Aproveché su aislamiento para mirarlo de soslayo. Mis ojos resbalaron con sigilo por su perfil de trigo oscuro hasta sus manos de seda ocre, que apenas parecían rozar el volante. La derecha volaba desde éste a la palanca de cambios en movimientos sutiles, casi intangibles, como si el trazo esbozado fuera suficiente para efectuar los cambios de velocidad que la carretera imponía. Dejé de mirarlo pero no de intuirlo. Me apetecía reconstruir su imagen, recortada en la puerta de la estación camino de aquel primer encuentro: su pelo rubio oscuro, ligeramente ondulado; su sonrisa abierta y blanca, sus ojos color de miel... Ignacio ostentaba, sin quererlo, juventud y encanto a raudales. Bajo un pantalón azul y una camisa blanca, se adivinaba un cuerpo atlético bronceado por un sol milagroso. Todo en él era dorado, armónico, casi divino. Como la *Tocata y fuga en re menor* de Juan Sebastián Bach.

Entre el amor y el olvido

Mi habitación era pequeña y estaba situada en la planta de arriba de una casa de piedra, también pequeña. En la pared de la derecha había un armario de madera antiguo donde sobraba espacio para mi reducido vestuario, con una luna exterior que cubría la puerta y tres cajones bajos con agarraderos de metal. Enfrente, la cama de hierro pintada de negro con pilares dorados, y encima del cabecero, pendiendo de la pared, un austero crucifijo tallado por manos artesanas sobre la raíz retorcida de algún árbol autóctono. A la derecha de la cama, una mesilla alta en la que el paso del tiempo y las termitas habían hecho estragos, ahora disimulados por manos hábiles y una buena capa de pintura. A la izquierda, un lavabo de madera torneada con una toalla blanca de flecos, que lucía bordadas con delicadeza las iniciales de Leonor. Junto al lavabo, un jarrón de porcelana siempre lleno de agua.

El único hueco consistía en un ventanuco de madera añosa que daba vista al final del pueblo. Lo abrí, como hacía tantas veces, para perderme en el horizonte. Destacaban en primer plano las últimas casas, de piedra como todas, con viejos tejados cubiertos de musgo que vertían *a dos aguas* en marcada inclinación.

Me gustaba deslizar la mirada por el valle verde y tranquilo del río Lodar. Seguir con los ojos el camino que conducía a la arboleda de imponentes robles, para tomar después un sendero que los barconeses llamaban *Fuentes Claras*, y reconstruir con la imaginación el mágico paseo junto al río Argoza, cruzarlo y regresar al pueblo por la otra orilla, en medio de bosques misteriosos poblados de hayas, castaños y abedules.

El recuerdo de Fernando surgió de pronto entre el paisaje verde: sus manos enfundadas en el quirófano, su voz y sus palabras en mi oído. Nunca su rostro. No entendía por qué mi mente no era capaz de recobrar los rasgos de su cara. Sabía cómo eran su pelo, sus ojos y su boca aislados, pero su conjunto se me iba borrando entre bosques y praderas. Pensé que la distancia adormecía la memoria. Dicen que la distancia es el olvido...

Cerré la ventana, retiré la colcha blanca de flecos y me recosté sobre la cama. El somier de muelles me recibió ruidosamente. Me sentía bien. Aquellos primeros días en el Valle fueron como un sueño. Leonor se desvivía por complacerme. Pasaba horas en la cocina para sorprenderme con un cocido montañés, unos exquisitos solomillos al queso de ternera tudanca, o su inigualable quesada, cuando su vecino Anselmo la obsequiaba con un enorme pote de requesón.

Por las tardes, dábamos largos paseos a través de sendas y veredas por mí nunca imaginadas. Me di cuenta de que Leonor había recobrado las ganas de vivir. Sabía buscar sentido a las pequeñas cosas que conformaban su vida y entusiasmarse con ellas. Hacía proyectos. Se había convertido en una mujer nueva. Recordé aquella mañana de noviembre, cuando abrí de par en par la ventana del despacho de Fernando y el viento fresco del otoño inundó la estancia. Vinieron a mi mente las palabras que entonces pronuncié con tanto calor, y me alegré de haber tenido algo que ver en el cambio que en ella se había producido. Leonor, como tantas otras mujeres, había vuelto a disfrutar de la brisa, sentía la lluvia en la cara y la hierba mullida bajo sus pies; respiraba el

perfume de los bosques. ¡Estaba viva!

No me quería dormir. Media vuelta, y otra vez el chirrido metálico que ya me resultaba familiar. Pensé en Ignacio y me pregunté dónde estaría en aquel momento. Repartía su tiempo entre sus tareas parroquiales, sus partidas de mus en la taberna, sus niños y sus viejos. Y, cómo no, en los últimos días cumpliendo con la nueva obligación que Leonor le había impuesto.

—Tienes abandonada a Andrea —le decía—. Si yo supiera conducir... ¡a buenas horas íbamos a estar aquí!

—Bien sabes que no es verdad, tía —respondía él con una sonrisa y una mirada a mitad de camino entre la ingenuidad y la picardía—. Esta tarde tenemos programada una excursión al Mirador.

—Pues, si no andamos prestos, a la doctora no le va a dar tiempo a llevarse en la memoria tantas cosas buenas como tenemos en esta tierruca de Dios.

—No se preocupe, Leonor —dije intentando tranquilizarla—. Mis vacaciones están empezando. Además... me gusta estar aquí, en el pueblo. He venido, sobre todo, a pasar unos días en su compañía y a descansar. Para eso no es necesario salir de este paraíso. Con nuestros paseos y nuestra charla me basta.

—No, hija. Tienes que conocer el Valle de arriba abajo. Desde la Sierra del Cordel hasta Mazcuerras. El domingo se celebra el Día de la Montaña en Cabezón. Es una fiesta preciosa con canciones y bailes de aquí. Y no está lejos, ¿verdad Ignacio? —seguía incansable sin esperar respuesta—. Además, tenemos que pasar una semana en Lebeña. No te irás sin conocer mi pueblo, para que veas que no tiene nada que envidiar a ninguno de los de aquí. Ni aquel valle a éste.

—Calma, tía. No abrumes a Andrea. Iremos a todos sitios, pero a su debido tiempo —objetaba Ignacio en tono jovial, mientras acariciaba cariñosamente la mejilla de Leonor—. La última semana le tengo reservado el plato fuerte: la ascensión a los Picos de Europa.

—Ya me gustaría acompañaros, pero aunque quisiera no podría. A mis años... ya se sabe... No estoy para esos trotes. Esas hazañas se quedan para vosotros, los jóvenes.

—Jóvenes, sí, pero en lo que a mi resistencia física se refiere, hay quien la ha puesto en duda —dije mirando a Ignacio.

—Ocasión tendrás de ponerla a prueba —replicó mirándome a los ojos con tanta fuerza que me sentí obligada a bajar los míos.

Fue el primer signo. Algo así como el relámpago que inicia una tormenta. El primer verso de un poema. Un repiqueteo de campanas que me aceleró el pulso. Su primera batalla ganada y mi primera batalla perdida. O quizá fuese al revés, pero lo cierto fue que, desde aquella mañana, a Ignacio le quedaba menos tiempo para sus partidas de mus en la taberna, para los viejos y para los niños. Hasta se fueron distanciando sus largas disquisiciones filosóficas con Anselmo, el vecino más sabio del pueblo.

Otra media vuelta y otro crujido indiscreto me devolvieron al presente. ¿Qué me estaba ocurriendo con el rostro de Fernando? ¿Qué sentimientos había venido a poner en claro entre aquellos montes? Dicen que la distancia es el olvido... Pronto supe que no era la distancia.

Leonor ocupaba el asiento delantero y yo me había sentado detrás. Ignacio conducía despacio el 2CV, que intentaba gatear hasta el Puerto de Palombera. Pronto fuimos una pequeña mancha engullida por el bosque.

A un tiro de piedra, perdiéndose entre los hayedos, una pareja de corzos retozaba y jugaba al

escondite. Desde el espejo retrovisor me buscaban los ojos de Ignacio y yo no me escondía. Detuvo el coche.

—El puente del Pozo del Amo —dijo Leonor—. Si te atreves a asomarte, no te vas a arrepentir; pero, eso sí, con mucha precaución.

Bajamos los tres. Una fuerte brisa cargada de humedad y con esencias de naturaleza nos sacudió impetuosamente. Nos acercamos. Leonor y yo nos habíamos colocado una a cada lado de Ignacio. Me sentí sobrecogida por aquel espectáculo. El río Saja, en su curso alto, se despeñaba violentamente con la fuerza arrolladora de su juventud. No era capaz de apartar la mirada del vertiginoso torrente. Apenas podía respirar. El ruido del agua, la altura y la belleza de aquellas imágenes colmaban mis sentidos, pero era sobre todo la pureza del oxígeno lo que me producía aquella embriaguez. Llenaba mis pulmones y saturaba mi sangre hasta marearme... Creo que debí de apoyarme en Ignacio, a la vez que él, en un gesto protector, me retuvo por los hombros con fuerza. Cerré los ojos. El viento del norte luchaba con la cinta de terciopelo negro que amarraba mi pelo —más tarde comprobé que había logrado arrebátarmela—. No sé los minutos que debieron de transcurrir hasta que recuperé mis sentidos ausentes. Sólo recuerdo que me sentí conducida por unos brazos fuertes y seguros.

Cuando abrí los ojos, estaba dentro del coche y oía la voz de Leonor.

—¿Qué te ha pasado, Andrea?

—No lo sé... Creo que no he podido soportar tanta belleza.

Ignacio conducía callado. Nos estábamos aproximando a la cima de Palombera. Nuestras miradas volvieron a encontrarse en el espejo retrovisor.

—Ahí está el mirador —dijo Leonor—. ¡Para!

Ignacio detuvo el coche de nuevo. El terreno era despejado y, desde aquel punto estratégico, se ofrecían a nuestra vista, como enormes manchas verdes, los bosques que acabábamos de cruzar, oscurecidos por las sombras de la tarde que comenzaban a envolver las hondonadas. El viento soplaba más fuerte peinando las brañas y las florecillas silvestres. Coronamos el puerto y nos detuvimos de nuevo. El sol se hundía en el cielo púrpura de aquel atardecer de agosto.

A lo lejos, las inmensas moles pétreas de los Picos de Europa, caprichosas y agrestes, lucían su silueta dominando los valles.

Siendo ya noche cerrada, regresamos a casa escoltados por infinitos puntos brillantes que ponían un broche de magia a la oscuridad espesa que nos envolvía.

Aquella noche, por primera vez desde que llegara al Valle, las impresiones vividas secuestraron mi sueño. Sentía el brazo de Ignacio en mi cintura, su mano en mi hombro, sus dedos rozándome la mejilla... Era una sensación nueva que sobrepasaba lo meramente físico. Una huella gigante y total en la piel y en la sangre, que impregnaba todas mis células de gozo, al ritmo de un pulso acelerado cuyos ecos me palpitaban en las sienes. El recuerdo de nuestras miradas fundidas en el cristal me producía un vahído en el estómago.

Me levanté y abrí la ventana. Necesitaba respirar el aire fresco de la noche; pero el aire no calmaba aquella sensación de ahogo. ¿Qué me estaba sucediendo? Miré al cielo; ya no había estrellas. Una luz sobrecogedora desgarró la noche y me produjo un escalofrío; como aquella tarde de primavera en la clase de Filosofía. Casi al unísono, un trueno estalló en el Valle con ecos que salían de las montañas y lo hacían crecer. Se oía la lluvia golpear los tejados, con una fuerza a su vez acrecentada por la quietud del pueblo dormido. Cerré la ventana, pero la tormenta seguía conmigo. Ya no era una premonición. Desde aquel momento, supe que la tormenta estaba dentro de mí.

Anselmo

Cuando evoco aquellos días, no puedo olvidarme de Anselmo. Era una de esas personas que, por mucho tiempo que transcurra, siempre permanecen en la memoria. ¿Qué habrá sido de él? Han pasado demasiados años, casi veintisiete, y me pregunto si aún seguirá allí obsequiando a sus convecinos con sus deliciosos *quesucos* y sus sabias sentencias. Prometo que en mi próximo viaje a Santander me acercaré a Bárcena para comprobarlo.

Conocí a Anselmo al día siguiente de mi llegada al pueblo. No habíamos terminado aún la sobremesa cuando su voz, recia y pausada, franqueó la puerta.

—¿Da su permiso, señora Leonor?

—Pase usted, hombre —contestó Leonor en tono familiar, al tiempo que se secaba las manos en su delantal gris, después de colocar los cacharros en el escurrerplatos—. Sabe que siempre es bien recibido en esta casa —añadió mientras él avanzaba hasta la cocina.

—Buenas tardes tengan ustedes, y que aproveche.

Respondimos a su saludo y, al momento, se fijó en mí de forma inquisitiva. Leonor se adelantó.

—Esta señorita es la doctora Morales. Ya le conté que gracias a ella estoy en el mundo. Ha venido de Madrid a pasar el mes con nosotros —explicó, y volviéndose hacia mí terminó las presentaciones—. Y este es Anselmo, nuestro vecino de al lado y la persona más sabia del Valle.

—Tengo mucho gusto en conocerla —dijo el hombre quitándose la boina.

—Yo también estoy encantada de conocerlo a usted —manifesté estrechando su mano firme y curtida, en la que el viento de la sierra, el trabajo y los años habían dejado su huella.

—No crea nunca la opinión que los enemigos tienen de uno, pero tampoco la de los amigos. Don Ignacio y la señora Leonor me quieren bien.

—Cuando lo vaya conociendo, verá que me he quedado corta —puntualizó Leonor.

Anselmo me dirigió una mirada de reconocimiento y expresó en voz alta sus pensamientos.

—Nunca había visto una bella *anjana* de cerca. De niño, me dijeron que eran rubias, cuando mozo, las soñé con los cabellos de oro, las busqué por los bosques y jamás tuve la suerte de encontrarme con ninguna. Quién me iba a decir que, ya de viejo, me la encontraría a la puerta de mi casa. Hoy sé que su pelo tiene que ser color caoba, largo y rizado como el suyo, y sus ojos del color de la hierba de altura en primavera.

Leonor e Ignacio reían. Yo los miraba desconcertada ante aquellas palabras que no acertaba a comprender.

—Las *anjanas* son las hadas que, según cuenta la leyenda, viven en nuestros bosques —aclaró Leonor oportunamente—. Desde luego que alguna varita mágica debió de usar conmigo la doctora, para meterme en el quirófano como si tal cosa.

Reí con ellos, y agradecí a Anselmo aquellas palabras de bienvenida que me halagaron y me sonaron a poesía.

Desde aquel día, la presencia de Anselmo se me hizo familiar. Era un hombre de estatura media, recio de complexión, nervudo y vigoroso. Vestía pantalones y chalecos de pana negra, que solía llevar encima de sus camisas gastadas de rayas cuando arreciaba el viento del norte. Calzaba abarcas, y remataba su indumentaria con una boina bien calada. Tendría unos sesenta años, aunque podría aparentar más edad. La piel de su rostro aparecía roturada por el tiempo en mil surcos; curtida con dureza por los vientos y la lluvia. La viveza de su mente se le salía por unos ojos redondos y acerados que escoltaban una nariz aguileña, orgullosa y segura de ser la protagonista de aquel rostro. Pero no era así; el verdadero protagonismo lo tenía su mirada. Aquella mirada me recordaba a alguien... Enseguida supe a quién. Era la misma viveza, la misma fuerza que había en los ojos de mi profesor de filosofía. En la medida en que se me fue descubriendo, a través de nuestras largas pláticas en las sobremesas de aquel lejano agosto, comprendí que entre ambos había más coincidencias que las puramente físicas. Anselmo también era un filósofo. No resultaba difícil imaginar que detrás de aquellos pensamientos, de aquella sabiduría, había muchos años de aprendizaje ante el libro siempre abierto de la naturaleza; muchas horas de contemplación a la luz del sol o de las estrellas. Con la montaña como casa y el cielo como techo, mientras sus vacas rumiaban calmosas la hierba corta y mullida a la lejana sombra de las Peñas de Europa.

Y así, entre la paz verde del entorno, seguían transcurriendo mis vacaciones en Bárcena. El día que siguió a la excursión al puerto de Palombera, Ignacio se manifestó amable pero sin hacer concesiones. Tanto fue así, que llegué a pensar que había imaginado sus miradas; que la cálida presión de sus manos en mi hombro, pudo haber sido un sueño provocado por mi deseo.

Aprovechábamos las mañanas para viajar por el Valle; eran distancias cortas y esto nos permitía regresar al pueblo a la hora de la comida.

En la sobremesa solía venir Anselmo a charlar con nosotros. Otras veces nos invitaba a su casa, donde siempre nos ofrecía algún producto de la tierra o elaborado con sus manos y, sobre todo, retazos de su vida, increíblemente difícil, como la de tantos otros de su generación que sin quererlo tuvieron que hacer la guerra.

Me fui dando cuenta de que la guerra había marcado su vida hasta tal punto, que se convertía en el centro de sus reflexiones en voz alta. La dureza de las experiencias vividas en aquellos años, había forjado el carácter de aquel hombre solitario, de mente abierta y corazón generoso.

Aquella tarde hacía calor. Nos habíamos refugiado en el amplio portalón que nos servía de cobijo. Mientras degustábamos sus exquisitos *quesucos*, Anselmo encendía sus característicos Celtas largos sin emboquillar, y aspiraba el humo hasta lo más profundo al hilo de sus remembranzas. Hablaba tranquilo, y su voz se hacía aún más grave cuanto más ahondaba en los recuerdos. Sus ojos, entornados, parecían perderse en las distancias de la memoria.

—Fueron malos tiempos para todos. Mauricio, Cosme y yo éramos de la quinta del 36 cuando estalló la guerra. Nos alistamos en el Frente Popular y luchamos contra los sublevados. Teníamos la costa norte, hasta Galicia. Era una franja de tierra estrecha y difícil que no tendría más de 40 kilómetros de fondo, mala para campos de aviación; por eso estábamos aislados. Los asturianos y nosotros íbamos por un lado, los vascos por otro. A finales de abril nos unimos a ellos. Dicen que nos juntamos más de cien mil hombres. Pero nosotros no teníamos aviación, y los aviones de Hitler destruyeron Guernica. —Hizo una pausa y aspiró el humo del cigarro, casi olvidado sobre la concha irisada de molusco que hacía las veces de cenicero—. Cosme no volvió; se quedó atrapado entre el fuego y los escombros. Tenía veintidós años, y la Josefa se quedó esperándolo

por siempre. ¡La maldita guerra, que todos perdimos!

Interrumpió su relato. Tenía los ojos enrojecidos y brillantes, pero seguía hablando con la misma calma triste y resignada, fruto de tantos años de dolor estéril.

»El Gobierno Republicano se hacía cachos y no estaba en condiciones de mandarnos refuerzos al frente del norte. Ahora se cumplen treinta y siete años... este mes, sí. Siempre por estas fechas me viene a la memoria. El 26 de agosto del 37 fue justamente cuando cayó Santander. Ya sólo quedaban los asturianos, y de los tres compañeros sólo quedaba yo. A Mauricio lo vi caer aquel día, en las afueras de la ciudad... Quise acudir a socorrerlo, pero las milicias en retirada me empujaban. «¡Corred si queréis salvar el pellejo, ellos están muertos!», gritaba alguien con la cara chorreando sangre.

»Ya no me quedaban amigos ni fuerzas. Empezamos a replegarnos a tierras asturianas. Desde San Vicente de la Barquera hasta Pajares, nos apretaban el cerco y nos ahogaban entre humo y sangre.

»El 20 de octubre del 37 las unidades escaparon por el mar, pero la flota Franquista fue apresando a la mitad de las embarcaciones de los evacuados. Algunos tuvieron suerte y llegaron a las costas de Francia.

»Entonces empezaron con la *limpieza de rojos* y yo escapé por los Picos de Europa. Fueron tres años largos los que pasé sobreviviendo como pude. Como un animal salvaje, escondiéndome y cazando. Y si llegaba el caso, robando para conseguir comida.

»Una noche, alguien fue a buscarnos para decir que la guerra había terminado; no podíamos creerlo. Tuvo que pasar un año más para que nos atreviéramos a volver al pueblo. Con la guerra, se había sembrado en nuestras tierras la muerte y el hambre; la cosecha no podía ser otra que lágrimas, odios y más hambre.

»Aquella madrugada, al entrar en Bárcena, la primera persona a quien me encontré fue a Hilaria, la hermana de Cosme. Me llevó a su casa y tuve que contar lo que quería olvidar... Me ofrecieron las ropas de Cosme y las cambié por los harapos con los que me tapaba. Hilaria estaba preparando una cazuela de *pulientas* para su sobrino, que no paraba de llorar. Una papilla de harina de maíz con leche y agua —aclaró dirigiéndose a mí—. «Eran para mi sobrino, pero creo que tú las necesitas más; él puede esperar». Aquella pasta me dio la vida. Nunca nada me supo igual... Y nunca una piel me pareció tan suave como la de Hilaria, ni unos ojos tan bonitos como los suyos...

Anselmo se tomó un respiro. En la mirada, una sombra de nostalgia; en la boca, el intento de una sonrisa rota.

Ignacio aprovechó para buscar mis ojos y los encontró. Supe, entonces, que lo de Palomera no había sido un sueño y sentí que la emoción me saltaba en el estómago.

Una calada larga y el hombre volvió a sus recuerdos.

»Después de medio año nos casamos como Franco y la Iglesia mandaban.

Fueron tiempos difíciles, pero con el maíz y las vacas, pudimos ir tirando. Criamos dos hijos que, en cuanto fueron mozos, emigraron a Alemania. «Es ley de vida», le decía yo a Hilaria. Pero aquello le costó muchas lágrimas. Nos mandaban algunos ahorrillos, y con eso levantamos esta casa. Cuando empezábamos a desahogarnos y a tener unas perras, ella me dejó. Fue *la apéndice*. Hacía dos días que la habían operado. Nos dijeron que era una operación sin importancia. Yo estaba con ella. Le habían traído un vaso de café con leche y, cuando terminó, me dijo que la

ayudara a recostarse. Al apoyar la cabeza en la almohada, los labios se le pusieron morados... Sólo pudo decirme «quiero ver a mis hijos». Y se me murió en los brazos. Los médicos dijeron que un coágulo le había roto las venas y se le habían encharcado los pulmones. Lloré por ella como un niño. Los hijos vinieron de Alemania en el momento en que la estábamos enterrando, y a la semana siguiente me dejaron más solo que la primera vez. De esto hace casi diez años, pero todas las noches los recuerdos y los malos sueños me vienen a la cabeza...

La colilla del cigarro se consumía en el cenicero, y una columna de humo ascendía en espirales cada vez más débiles. De pronto miró a Ignacio y le preguntó casi con rabia:

—Dígame, don Ignacio, ¿usted ha visto alguna vez el alma? Cuando la operación, ella tenía mucho miedo a que la durmieran. Al volver en sí, me contó que se sintió morir y que después fue como si resucitara. Siempre he querido saber dónde estaba su alma, si es que el alma es otra cosa distinta del cuerpo, como dicen ustedes los curas. Y si es así, ¿dónde va cuando a uno lo anestesian? Siempre tuve esa curiosidad. ¿Usted lo sabe, doctora?

—Vamos por partes, Anselmo. Eso se lo explicará mejor el cura —respondí señalando a Ignacio—. Yo sólo puedo decirle que las sustancias que introducimos en la sangre adormecen el sistema nervioso y, con él, los sentidos; por eso, ni hablamos, ni oímos, ni sentimos dolor ni ninguna otra sensación. Y si es que tenemos alguna en ese período de ausencia, no podemos recordarlo.

—Milagroso invento es, sí señora. Ojalá tuviéramos en casa una botella, como tenemos el aceite o el vino, y pudiéramos tomar un trago cuando la vida aprieta. Yo lo hubiera hecho con gusto un par de veces: cuando el Cosme y el Mauricio cayeron, y el día que dimos tierra a Hilaria. Pero no por un rato, no. Mejor un sueño largo, de años, y abrir los ojos cuando el dolor del zarpazo se hubiera hecho chico y ya no se sintiera.

—En esos momentos en que *la vida aprieta*, como dice usted —intervino Ignacio— es cuando hay que mirar al cielo y confiar en Dios.

—Yo no tengo la fe que usted tiene. Ni sé mirar de las estrellas para arriba. Sólo creo lo que veo. Los que se van no vuelven. Cuando se mueren los pierdes para siempre. Con aquellos que más quería, me ha pasado lo mismo que con *Manchá*, la perra carea que cuidaba de mis ovejas; cuando cerró el ojo no volví a tenerla conmigo nunca más.

—Antes hablaba del alma. Precisamente es el alma lo que nos diferencia de los animales. Ellos mueren y terminan, nosotros seguimos vivos después de la muerte en una vida distinta y eterna —argumentaba Ignacio, convencido— y esa vida nos la tenemos que ganar aquí.

—Perdone usted, y no se tome a mal lo que le voy a decir, pero a algunos la vida nos pone un precio muy alto; y no le digo ya para ganarnos la otra, sino para vivir ésta. Yo creo que la gloria y el infierno están aquí abajo. Nunca entendí por qué a su dios le gusta parecer mudo y sordo. ¡A qué tanto misterio! Cuántas noches en la soledad del campo los he llamado a gritos, a Él y a los que se me fueron. Sólo me respondía el eco de mis voces al chocar con las montañas.

—Sígale llamando y no se canse, Anselmo —continuaba diciendo Ignacio con vehemencia—. Eso es rezar. Dios no habla con el lenguaje de los hombres, sino a través de las cosas pequeñas, buenas o malas, que nos suceden cada día, y que tenemos que saber aceptar, como venidas de Él, para la santificación de nuestra alma. Muchas veces habrá oído decir eso de que *Dios escribe derecho con renglones torcidos*.

Anselmo movía la cabeza dubitativo.

—Y muchas veces ya nos hemos encabezonado en discusiones como la de hoy, y cada uno se ha quedado con su idea. Yo lo aprecio y sé que usted a mí también, pero, porque le tengo confianza,

le digo estas cosas... A otros curas que estuvieron por aquí antes que usted no se las decía. Es igual que cuando hablamos de eso de que ustedes, los curas, no puedan casarse. La naturaleza sabe lo que hace y el instinto es el instinto. Y si no mire a las ovejas, a los corzos, o a las cigüeñas en la torre; se emparejan de la forma más natural y así sigue la vida. A nosotros, los hombres, nos lleva la sangre a buscar la compañera y, cuando la encontramos, la miramos a los ojos y sabemos que es ella y no paramos hasta conseguirla.

Ignacio se sobresaltó, pero enseguida recobró su aplomo habitual y sonrió abiertamente.

—Ya le he dicho otras veces que se trata de una ley de la Iglesia. Podría ser como usted dice, pero no lo es. Los que hemos elegido el sacerdocio sabemos que en nuestra vida tendremos que sacrificar eso que usted llama instinto, y ese sacrificio se lo ofrecemos a Él. Así nos sentimos más libres para dedicarnos por completo a ayudar a los otros.

Busqué los ojos de Ignacio, pero esta vez no los encontré. Había cogido el paquete de Celtas y se afanaba, nervioso, en sacar uno. Lo encendió y aspiró largamente el humo. Estaba claro que el cariz que iba tomando la conversación empezaba a intranquilizarlo.

Anselmo nos escudriñaba con la mirada. Después de un breve silencio se dirigió a mí.

—Está muy callada, doctora. Usted sabe mucho, ¿qué piensa de lo que decimos?

—No me ponga en este aprieto, Anselmo. Usted tiene sus razones y don Ignacio debe de tener las suyas. Un profesor muy sabio que yo tenía en el instituto solía decir que todos hacemos las cosas empujados por unos motivos que, sin saber muy bien por qué, se convierten en el eje que mueve la rueda de nuestra vida. Yo pienso que es así: a unos los mueve la vanidad, a otros el dinero, el poder o la ambición; para otros, el motor de sus actos puede ser el amor, la gloria o su propia perfección.

—Habla usted como un libro abierto, pero no me ha contestado. Un suponer: don Ignacio es joven y usted también... No entiendo por qué iba a importarle a Dios que se unieran el uno al otro, si ese fuese su deseo. ¿A quién harían daño en el caso de que se quisieran?

Quizá deberíamos haber soltado una carcajada espontánea —tal vez era eso lo que aquel hombre sencillo esperaba que hiciéramos—, pero no lo hicimos. Yo respondí con una sonrisa indefinida que se convirtió en preludio de un silencio difícil.

—Hay cosas que están prohibidas porque son malas, y otras son malas porque están prohibidas —dijo al fin Ignacio.

—Perdonen, pero yo soy un *panojo* y no los entiendo muy bien algunas veces. Quiere decir que ustedes, los curas, no se casan porque está prohibido y, como está prohibido, es malo. ¿Y de dónde ha salido que sea malo lo mejor, la unión de un hombre y una mujer que se tienen cariño?

La voz de Ignacio perdió la espontaneidad cuando se apresuró a responder como quien repite una lección bien aprendida.

—Dios es lo mejor, Anselmo. Nosotros, los sacerdotes, nos entregamos a Él por amor. El amor divino colma con creces nuestra capacidad de amar y, a su vez, nos deja más libres para darnos a los demás.

—Vamos a dejarlo. Ya lo dije antes. Otras veces, nos hemos liado en discusiones como la de hoy y cada uno se ha quedado con su idea. Voy a sacar la botella de vino que tenía preparada para cuando vinieran mis hijos de Alemania. Hoy, por fin, llegó una carta del mayor y me dice que este verano tampoco podrán venir... A esperar otro año más... ¡Qué remedio me queda!

Anselmo entró en la casa y nosotros nos quedamos callados. Mecánicamente, cogí el paquete y saqué el último cigarrillo. No me importó que fuera tabaco negro, ni tampoco que fuera un *Celta sin emboquillar*. Lo cogí torpemente entre los dedos. Ignacio se apresuró a encender el mechero y lo acercó a mi cara. Yo lo miré a los ojos y me di cuenta de que, pese a sus palabras, el fuego no

estaba precisamente en la llama del mechero.

La relatividad de la distancia

Hoy no voy a escribir en clave de pasado. Es mi cumpleaños, y los dos hombres de mi vida han estado cerca de mí de una u otra manera. Un acontecimiento poco habitual ha venido a ocupar mis horas devolviéndome al presente. Una llamada de Enrique, breve pero emotiva, ha sido mi primer regalo. Desde Mbandaka y, con alguna interferencia, la voz de mi hijo ha atravesado miles de kilómetros y ha volado hasta mi oído, por uno de esos milagros de la tecnología.

—¡Mamá, soy yo! —su voz me parecía un sueño—. ¡Feliz cumpleaños! Un beso desde Mbandaka.

—¡Hijo! No puedo creer que estés tan lejos. Te oigo aquí mismo.

—Yo a ti no te oigo muy bien.

—Espera que cambie de posición... ¿Qué tal ahora?

—Mucho mejor. He intentado llamarte al teléfono de la clínica, pero no te localizaban.

—Sí; hoy voy a ir un poco más tarde. ¿Cómo estás, hijo? No esperaba este regalo. Ha sido una sorpresa... No podía imaginar que...

—¿Que recordara la fecha?

—No; no es eso. Sé que siempre te acuerdas. Esperaba carta tuya, pero... oír tu voz... ¡es un milagro!

—Pensaba escribirte, pero teníamos que venir a Mbandaka estos días y he aprovechado la ocasión. Prefiero que me oigas y oírte.

—Pero dime, ¿cómo estás? ¿Has recibido mi carta? ¿Por qué no me escribes más a menudo?

—Tranquila, mamá. Estoy perfectamente y he recibido tu carta, pero aquí hay mucho trabajo y el tiempo escasea; cuando tenga un momento de calma, te prometo que te escribiré.

—¡Cuídate mucho, hijo!

—Ya lo hago. Y tú también debes cuidarte. Te dejo, mamá. Mis compañeros me están llamando. Tenemos un difícil camino de regreso y el cielo va a estallar de un momento a otro en un aguacero. Dale un abrazo a Fernando y que se tome el trozo de tarta que me corresponde. Un montón de besos para ti. ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti, hijo! ¡Escribe pronto!

Un odioso silencio, y la voz de mi hijo volvió a perderse en los abismos de la selva. Y yo me puse a llorar. A llorar sin medida ni descanso. Como hacía años no había llorado.

Fernando y yo hemos comido fuera de la clínica. No quería vivir en soledad el día de mi cumpleaños, máxime cuando los fantasmas del ayer, unidos a la ausencia de Enrique, conturban mi espíritu.

A lo largo de tantos años, cada 24 de agosto Fernando ha estado conmigo. Su casa, la mía o un restaurante, y Enrique con nosotros. Siempre, un detalle para demostrarme que sigue cerca, que puedo contar con él. El tiempo tendrá que decir hasta cuándo.

Esta vez ha sido Fernando quien ha elegido el sitio; el mismo restaurante próximo a la Plaza

Mayor donde cenamos aquella nochevieja.

Después de acomodarnos, me puse a ojear a la carta. El camarero se acercó a la mesa.

—¿Qué van a tomar los señores?

—Un panaché de verduras y lubina a la sal, por favor.

—Lo mismo para mí —dijo Fernando sin dejar de mirarme.

Mientras llegaba el camarero, aproveché para contarle los pormenores de la llamada sorpresa de Enrique.

—Ya me parecía a mí que tus ojos estaban hinchados. A veces no hay quien te entienda. Tu hijo está bien y se ha acordado de su madre. Cuál es el problema entonces.

—África está muy lejos y tengo ganas de verlo.

—Yo te veo todos los días, y tampoco estoy seguro de que estés cerca. La distancia no es lo que cuenta.

—Estamos cerca, Fernando, desde hace... ¡casi una vida!

—Sí, pero me temo que, por mucho que avance la ciencia, no hay marcha atrás para nosotros; nunca podremos vivir otra vez... Y menos otra vida distinta.

Lo miré con extrañeza. En muchos años, era la primera vez que me hablaba así. No era habitual en él ese tono de reproche que me pareció captar en sus palabras. Pero no fue el tono lo que más me sorprendió, sino el mensaje tan directo que encerraban.

Al fin, me atreví a manifestarle una disculpa.

—Lo siento, Fernando. Aunque hace mucho tiempo que no te lo he dicho, sabes que te tengo un gran cariño.

—Quizá soy un poco mayor para decirte que borres tres palabras: *lo siento* y *cariño*. No me gustan.

—No quiero borrar nada; sabes que es así.

—Pues entonces, Andrea, te digo que yo también siento que sea así... y siento todavía más que *siga siendo así* —añadió recalcando las últimas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi vida pasa y lo que siento por ti sigue tan vivo como el primer día.

No supe qué contestar. Fernando me tiene acostumbrada a su renuncia silenciosa y hoy... cuando menos lo esperaba...

Súbitamente, sin poder evitarlo, sentí un golpe de escozor en los párpados, los ojos se me velaron, y dejé de distinguir las letras de la carta, en las que había centrado mi atención precisamente para no llorar.

—Perdóname —dijo tomando mi mano unos instantes—. Me estoy haciendo viejo.

Saqué del bolso un paquete de pañuelos y, nerviosamente, cogí uno para detener el curso de aquellas lágrimas que se empeñaban en correr por mi cara. Hecho esto, guardé otra vez en el bolso los pañuelos y concentré mi atención en la expresión sombría y triste de su cara.

Ya no éramos los mismos, aunque estuviésemos ocupando el mismo ángulo del comedor, tal como hiciéramos aquella última noche del año 1973. En su pelo, más escaso y menos cuidado, y en su barba, más corta, quedaban algunos cabellos negros, testigos solitarios de su antiguo color; su frente se había plegado, y el nacimiento de su nariz romana estaba escoltado por dos grandes surcos, que se hacían todavía más profundos cuando, como en ese momento, su rostro se oscurecía; sus ojos, sin embargo, conservaban aquel color de mar Mediterráneo al atardecer, aunque bordeados de profundas ojeras.

Mientras lo miraba, me agradaba comprobar que, pese a los visibles estragos del tiempo, Fernando seguía siendo un hombre atractivo que todavía no pasaba desapercibido para muchas

mujeres, y me sentí orgullosa de tenerlo a mi lado. Por las mañanas seguía haciendo *footing* y jugaba al tenis los fines de semana. Su cuerpo se mantenía firme, su mente lúcida y sus dedos conservaban la misma maestría y precisión de siempre.

En este punto de mis disquisiciones, me tomé el atrevimiento de poner mi mano en su brazo y le dije en voz baja:

—Observa a tu alrededor; no te estás haciendo viejo. Aquella chica del fondo no deja de mirarte.

—O no es tan chica, o seguro que le recordaré a su padre —puntualizó con ironía.

Desde ese momento, la comida transcurrió distendida, íntima y familiar, entre bromas y recuerdos.

—¿Qué van a tomar de postre los señores?

—Para mí tarta al güisqui, por favor.

—Lo mismo —respondió Fernando—. ¡Ah! Y que sean tres raciones. Yo debo tomarme la de Enrique —aclaró dirigiéndose a mí.

Los dos reímos con complicidad, mientras el camarero nos miraba y sonreía sin comprender.

El descubrimiento del amor

Una vez más estoy aquí, después del paréntesis de mi cumpleaños, fiel a la cita como tantas otras noches. El ayer se me hace presente con fuerza y mueve los resortes de emociones viejas; de sentimientos dormidos en los rincones del recuerdo.

Un salto hacia el pasado me lleva a aquel otro 24 de agosto en Bárcena. También era mi cumpleaños y lo había celebrado de forma íntima y sencilla. Leonor había preparado una comida especial y Anselmo la compartió con nosotros. Prolongamos la sobremesa hasta bien entrada la tarde; era casi una despedida. Al día siguiente partiríamos hacia Lebeña, donde nos quedaríamos hasta finalizar el mes y, con él, mi estancia en tierras cántabras.

—Creo que se la ha tratado bien, doctora —dijo Anselmo dirigiéndome una mirada sincera en la que afloraba, una vez más, la viveza de su mente y la reciedumbre de su talante—. Tiene que prometernos que se dejará caer por aquí en otra ocasión; sabe usted que siempre será bien recibida.

—Le doy mi palabra, Anselmo; volveremos a vernos —respondí estrechando su mano.

Mientras Leonor ultimaba los preparativos de la marcha, subí la escalera y me dirigí a mi cuarto con la intención de hacer lo mismo. Ya en la habitación cerré la puerta, saqué del armario mis cosas y las fui colocando perezosamente en la maleta. Guardé las botas y los zapatos de plataforma —que ni siquiera me había puesto— en la bolsa de viaje, y la coloqué a los pies de la cama.

Unos pasos inconfundibles hicieron crujir los peldaños de madera. Dos golpes en la puerta hicieron saltar mi corazón.

—Doctora —a Ignacio le gustaba llamarme así; era para él un nombre propio.

Abrí nerviosa, y su figura de dios griego apareció ante mí, próxima y turbadora. Lo miré a los ojos —creo que acariciándolo— mientras me decía:

—Vamos a dejar el equipaje en el coche; preparado para partir al amanecer.

—Todo está listo. Cuando quieras —respondí.

Los ojos de Ignacio recorrieron el pequeño cuarto y se posaron en los míos; la sangre se me agolpó en las sienes y en las entrañas. Fue la voz de Leonor, ascendiendo por el hueco de la escalera, la que rompió aquella magia. Nos dijo «hasta mañana» y se retiró a dormir.

En un gesto enérgico, que me recordó el día de nuestro encuentro en la estación de Santander, Ignacio entró precipitadamente, tomó la maleta y la bolsa, y deshizo los dos tramos de escalera que separaban la planta de arriba del porche, donde solía guardar el 2CV.

Yo tenía la garganta reseca y bajé a buscar agua a la cocina, sin saber que, aquella noche, ese lugar iba a convertirse en escenario de una larga conversación que precipitaría los acontecimientos. Llené un vaso y bebí despacio. Después de limpiarlo lo coloqué mecánicamente en el escurrerplatos. Al volver la cabeza Ignacio estaba en la puerta. La franqueó muy serio sin dejar de mirarme.

—La última etapa, Andrea —dijo dirigiéndose a la mesa, a la vez que acercaba dos sillas y me

invitaba a sentarme.

—Así es; agosto termina y mis vacaciones también. En una semana estaré otra vez en Madrid. Después... la clínica y el dolor, el sueño y el despertar, la vida y la muerte...

—Lo dices como si te costara volver.

—Y me cuesta. Mi trabajo es apasionante, pero duro. Fernando dice que soy como el barquero Caronte; tengo que conducir a muchas Eurídicés al reino de las tinieblas pero, a diferencia de éste, hacerlas volver al reino de la luz.

Ignacio me miró y sus ojos irradiaron destellos dorados.

—¿Eso dice Fernando Antúnez?

—Sí; compara mi trabajo de anestesista con el del barquero Caronte a través de la laguna Estigia.

—Es la primera vez que te oigo hablar de Antúnez. En Madrid tuve la impresión de que había entre vosotros algo más que una relación profesional.

Tragué saliva y me concedí unos minutos antes de responder.

—Es una gran persona y lo admiro; me siento muy orgullosa de trabajar a su lado y nos une una profunda amistad.

—No me refería sólo a eso...

La insistencia de Ignacio hizo que me sintiera tensa.

—Has acertado. Hay algo más. Quería saber qué y vine a estas montañas en busca de una respuesta... Tal vez huyendo de él o... ¿quién sabe si de mí misma!

—El amor no es esquivo, Andrea.

—Sí; mi buena amiga Charo, también me dice que un amor que huye no es amor. ¿Tú qué piensas de eso?

—Que tu amiga tiene razón, ya te lo he dicho. A no ser que existan causas mayores.

—¿Qué son para ti causas mayores?

—Motivos más fuertes... no sé...

—¿Qué motivos pueden ser más fuertes que el amor?

Ahora era yo quien apremiaba y él quien iba perdiendo aplomo. Antes de responder bajó los ojos.

—Otra clase de *amor*, Andrea; un compromiso previo.

—Fernando tiene un compromiso previo. Está casado.

—Por eso entonces te has alejado de él.

—No; hace tiempo que su matrimonio se rompió. Yo creí que no me atrevía a dar el paso definitivo por prejuicios, o tal vez por una cuestión de principios. Ahora pienso que quizá sea otra la causa...

—El matrimonio es un vínculo sagrado. En cualquier caso, creo que tu decisión es la correcta.

—El amor, para mí también es sagrado. No quisiera engañarme, ni tampoco engañarlo a él. Este tiempo de tregua, lejos de Madrid, me ha servido para aclarar mis dudas. Quizá no estaba enamorada de Fernando como yo entiendo que se debe amar. Sin reservas y por encima de todo. Si lo hubiera estado, su matrimonio no me habría detenido.

—Es peligroso lo que dices, Andrea —afirmó con la inquietud reflejada en el gesto.

—Cuando te enamoras de alguien siempre corres peligro —añadí mirándolo a los ojos con lenguaje inequívoco.

Ignacio mantuvo la mirada y sus ojos también fueron inequívocos. En el silencio de la noche, perforado tan solo por el ladrido de algún perro, podía oír su respiración entrecortada; casi sentir el martilleo vertiginoso de su pulso.

Al fin pudo decir sonriendo nervioso:

—Hablas sobre el amor como si fueras una mujer avezada en estas lides; como si tuvieras una larga experiencia.

—No lo creas, aunque sí la suficiente para afirmar que en este terreno no me acompaña la suerte. Ya que parece interesarte, te diré que mi primer amor fue un compañero de Facultad. Su personalidad tenía todos los ingredientes para que la relación terminara fracasando.

—No es necesario que hables de ello, si te hace daño.

—Ya no me hace daño. Yo tenía dieciocho años y él veintitrés; terminaba el último curso de Medicina. Se llamaba Carlos, era guapo, inteligente y tenía un *nosequé* que hacía a las chicas caer en sus redes con sólo proponérselo. ¿Conoces *Amiel*, de Gregorio Marañón?

—Creo que se trata de un ensayo sobre la timidez, ¿no es así? Lo leí *clandestinamente* en el Seminario.

—Pues ese era Carlos. Un inmaduro sexual, narcisista y egocéntrico, débil e inconstante, que buscaba a la mujer ideal en todas las mujeres; que le gustaba rodearse de chicas de moral puritana —yo me había educado en las Teresianas— y que sentía miedo ante la más inocente materialización física del sentimiento amoroso, como podía ser un beso. Tal vez por la posible desilusión ante sus expectativas, quizá por un exceso de escrúpulos morales. No lo sé.

—Marañón lo encuadraría, como lo hizo con *Amiel*, dentro de la categoría de tímidos superiores. ¿Me equivoco?

—Superior o inferior, su complejo le impedía entender la normalidad de una caricia, establecer un compromiso duradero, o jugar la última carta en un matrimonio que le podría acarrear la odiosa y temida desilusión. Todavía seguirá en su irremediable revoloteo de mujer en mujer; sin quedarse con ninguna por miedo a errar en su elección.

—Anormalidad afectiva por superdiferenciación sexual. ¿No es así?

—No estoy tan segura. A veces he pensado que pueden existir intersecciones entre el narcisismo, la homosexualidad y esa *superdiferenciación*. Sobre lo que no tengo dudas, es acerca del hecho de que mi primer amor fue un error tan absoluto como su pretensión de buscar a la mujer única, «en la cual gozar a todas las mujeres de la tierra», como diría Marañón.

—Pues sí que era complicado afectivamente ese tal Carlos.

—Lo era. Pronto supe que me había enamorado del amor y no me fue difícil olvidar. Después llegó Fernando, admirable y perfecto, el ideal de cualquier mujer, pero con un fracaso matrimonial a las espaldas. Tuve miedo de mis sentimientos y busqué refugio aquí.

La calma de la noche se llevó por unos momentos las palabras, y nuestros ojos aprovecharon para encontrarse. Sin apartar mi mirada de la suya, concluí:

—Ésta es la historia de mis amores: el primero un inmaduro sexual, el segundo un hombre casado y...

No sé si hubiera querido terminar la frase pero Ignacio no me dejó. Tal vez adivinara mis pensamientos.

—Tienes que tener cuidado con tu corazón —aseveró en un tono paternal y complacido— y tener más tino la próxima vez.

—No es una cuestión de puntería. En el verdadero amor no hay cazadores ni cazados. Dos seres se *encuentran*, se miran a los ojos y saben que está ahí. Para bien o para mal, por encima de la vida y de la muerte.

Los ojos de Ignacio aguantaron mi mirada y me atravesaron el alma. Aquella mirada fue toda una confesión. Cuando volví en mí, vi que se había levantado y estaba sacando dos vasos y una botella de güisqui del aparador. Lo colocó sobre la mesa y preguntó:

—¿Te apetece un güisqui?

—No suelo beber.

—Yo tampoco, pero lo guardo para las grandes ocasiones.

Suspiré y sentí un golpe de escozor en los ojos. Lamenté que mis sentimientos me delataran.

—¿Qué tiene de grande el día de hoy?

—Es tu cumpleaños y es el fin.

—¿El fin de qué, Ignacio?

—De tus vacaciones.

Abrió la botella y escanció el güisqui en los largos vasos, que lo acogieron con su sonido característico, cristalino y profundo, amplificado por la quietud de la noche.

Se acercó al pequeño frigorífico y trajo unos cubitos de hielo.

—¿Y porque me marchó quieres celebrarlo con güisqui? —pregunté sin pensar.

—Sabes que no es eso...

Ignacio bebió lentamente. Yo hice lo mismo; en un primer momento los vasos nos habían salvado. Pero la noche seguía allí, desgranando sus minutos tensos, cargados de sentimientos recién descubiertos.

Como autómatas, nos aferrábamos una y otra vez a los vasos, que se dejaban hacer como si conociesen su papel en aquella despedida; en aquel final que tenía toda la apariencia de un principio. Otro sorbo, y el ardor del alcohol encendía el deseo... Deslicé mi mano por el hule, que representaba el mapa de España, y viajé con el dedo índice desde Santander hasta Madrid. Antes de llegar, sentí las dos manos de Ignacio en la mía.

—¡Ayúdame, Andrea! ¿Qué nos está pasando?

—Nos hemos *encontrado*, Ignacio, y no hay nada que pueda evitarlo.

—Lo hay. Sabes que tengo un compromiso previo; tenemos que ser fuertes.

No supe qué decir. Las palabras no llegaban a mi boca, aunque todo mi ser expresaba lo que estaba sintiendo de forma mucho más elocuente. A través de mi piel, podía sentir también el temblor de su cuerpo. De pronto, soltó mis manos sobresaltado y se despidió confusamente.

—Es tarde... y... mañana tenemos que madrugar. Buenas noches, Andrea.

Me quedé paralizada durante un tiempo indefinido, al cabo del cual debí de reaccionar e intenté poner en orden la bebida y los vasos, cómplices valiosos de aquel sueño. El corazón me saltaba dentro y los sentimientos se me escapaban por todos los poros de mi cuerpo. Esto tenía que ser amor, pero *Amor* con mayúscula; amor del que se desbordaba en el torrente de la sangre y ocupaba todas las potencias. Y recordé la clase de Literatura de *Preu*, y aquellos versos de Lope de Vega, quien con tanta pasión y poesía intentó definirlo, sin saber hasta qué punto experimentaría en mi carne cada una de sus palabras:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
Áspero, tierno, liberal, esquivo,
Alentado, mortal, difunto, vivo, [...]
Crear que un cielo en un infierno cabe;
Dar la vida y el alma a un desengaño;
Esto es amor. Quien lo probó lo sabe.*

Como si flotara en una nube, subí la escalera, me refugié en mi habitación y me recosté sobre la cama. Las sensaciones recientes emborrachaban mi cabeza y mis sentidos y se me salían por la piel. Me complacía revivirlas una y otra vez, degustarlas despacio, como se degusta un exquisito

licor. Estaba demasiado excitada y confusa para poder dormir; pero aquel sentimiento, nuevo y arrollador, no me producía miedo. Ni siquiera perplejidad. Era como si lo hubiera estado esperando. Como si mis experiencias anteriores hubieran sido el prelude de una obra maestra, que mi corazón estrenaba redoblando sus latidos. Recordé a Carlos, mi primer amor, y me vino a la memoria una tarde de primavera, al salir de clase. Las alas de la ilusión me llevaron a la puerta del Clínico, donde esperé a que terminara sus prácticas de cirugía.

»—*¿Sabes cómo se declara un médico?* —me preguntó inesperadamente, tomándome por la cintura.

»—*Dímelo tú, que casi lo eres* —contesté mirándolo a los ojos.

»—*Mis circunvoluciones cerebrales me producen una taquicardia emocional* —dijo, a la vez que tomaba mi mano y la acercaba a su pecho.

No recuerdo si los nervios me permitieron reconocer su taquicardia; lo que sí recuerdo es que la frase no me gustó. Me pareció que aquella definición pseudocientífica minimizaba el sentimiento amoroso. Mucho más debió de parecerse a él.

En aquel punto de mis evocaciones, también recordé a Fernando y aquella nochevieja en Guadarrama.

»—*Te he traído a mi casa porque te quiero, Andrea... ¡Déjame estar cerca de ti! ¡Déjame quererte!*

Pero yo tenía miedo y no lo dejé quererme; por eso me había refugiado en las montañas, como Anselmo, huyendo de mis guerras interiores.

Y otra vez volvían a mi pensamiento las recientes palabras de Ignacio que, más que una declaración de amor, parecían un grito de socorro.

»—*¡Ayúdame, Andrea! ¿Qué nos está pasando?*

Esta vez no sentía miedo. La voz de Anselmo se hacía paso entre aquella vorágine de sensaciones, y sus palabras se reproducían en mi cabeza. «A nosotros, los hombres, nos lleva la sangre a buscar la compañera, y cuando la encontramos, la miramos a los ojos y sabemos que es ella, y no paramos hasta conseguirla». Su definición del amor era, sin dudar, la más auténtica que había oído nunca. A mí también me llevaba la sangre hacia Ignacio, lo había encontrado, lo había mirado a los ojos y sabía que era *Él*, y no pararía hasta conseguirlo y que me consiguiera. La naturaleza sabía lo que hacía.

En todo caso, decidí que cualquier definición sólo podría empequeñecer o eclipsar aquel torrente de sensaciones que anegaba mi cuerpo y mi cabeza. Y lo dejé correr, invadirme, colmarme... Hasta que la noche pasó, como si una mano invisible hubiera borrado de prisa las estrellas.

La luz del alba se filtraba por las rendijas de la ventana. El carraspeo del 2CV llegó hasta mis oídos y aceleró también el motor de mi corazón. Unos golpes en la puerta y la voz de Leonor me devolvieron a la realidad.

El sol se esforzaba en abrirse camino entre las frondas y las montañas. El pueblo se quedaba atrás. Miré a través de la ventanilla hasta que lo vi perderse, pero supe que no era una despedida; aquel paisaje lo llevaría siempre conmigo.

Me recosté en el asiento trasero. En el cristal del espejo retrovisor, los ojos de Ignacio me confirmaron que podía seguir soñando.

El cortejo

Entre aquel tornado de sensaciones pasaron los últimos días de agosto en Lebeña. El recuerdo de aquel tiempo lo guardo con absoluta nitidez; como si todos estos años no hubieran sido suficientes para arrancar los detalles a la memoria.

Aún puedo evocar el escondite donde Leonor tejía sus sueños de niña. Con el tiempo, había sufrido la voraz invasión de otras tejedoras, cuyos hilos parecían de plata ante la presencia de un rayo de sol indiscreto, que se filtraba por el ventanuco del establo y atravesaba las enormes telas que pendían del techo. Puedo recordar también, como si lo tuviera delante de mí, el tejo milenario, gigantesco, escoltando la iglesia de Santa María entre infinitas tonalidades de verde, desde donde podían divisarse las pequeñas casucas del pueblo. Tampoco he olvidado el río Deva, inexpugnable, oculto en su garganta, protegido por enormes paredes verticales; ni las elevadas cumbres de los Picos de Europa, desde allí, todavía más próximas y desafiantes.

Pero la belleza del Valle, sólo cobraba para mí la importancia que le confería el hecho de ser el marco físico que daba soporte a algo todavía más sublime: mi amor por Ignacio. Ignacio acaparaba mi tiempo y se instalaba en mi ser sin pedir permiso a la razón.

No pensaba en *mañana*. No sentía ningún temor. Sólo me importaban sus ojos y el roce casual de su cuerpo. Sabía que no era un sentimiento conveniente y que Ignacio no era la persona conveniente. Lo que me estaba ocurriendo sobrepasaba los límites del raciocinio.

Tal como sucediera en Bárcena, tampoco me marcharía de aquel valle encantado sin conocer cada uno de sus rincones. La diferencia radicaba en una cuestión de cambio de papeles. Ignacio nos presentaba cada día un programa de excursiones que a Leonor, a veces, llegaba a parecerle excesivo; más bien por la dificultad que la visita en sí pudiera entrañar, que por la distancia al punto de destino.

—Sabes, hijo, —le decía— que a mí el coche no me asusta, pero eso de las caminatas se queda para los jóvenes, que mis piernas ya no son lo que eran.

En ocasiones Ignacio nos hacía partícipes del programa después de la cena, lo que nos permitía preparar de antemano el avituallamiento necesario para la jornada; otras, por el contrario, optaba por la sorpresa.

Después de descubrirme los alrededores, la primera salida que hicimos fue a Santander. Iniciamos el viaje al alba, y cuando el sol comenzaba su recorrido, lo recibíamos paseando por la bahía que bordeábamos con los pies desnudos.

De aquel paseo recuerdo el perfume del mar que se metía en los pulmones; la impresión helada de sus aguas en mis pies y, de una forma muy especial, la silueta de Ignacio, dios del océano y de mis sentimientos, perdiéndose en alocada carrera, quizá huyendo de sí mismo —fuga inútil— para retornar jadeante, con el torso desnudo y bañado en sudor, ostentando su belleza olímpica, tal vez, sólo tal vez, sin proponérselo.

—¿Te apetece un baño, Andrea? —preguntó Ignacio acercándose a mí.

—El agua está muy fría... Además, no he traído el bañador puesto. De momento me reservo

para más tarde... Te dejo el mar para ti —contesté.

—Cuando se viene a Santander en verano es obligado bañarse en sus aguas. Yo he sido más precavido. Mi tía sabe que uno de mis *vicios* es zambullirme en el mar al amanecer. Si se presenta la ocasión, no sé negarme.

Leonor lo miraba asombrada moviendo la cabeza, mientras que él, con toda naturalidad, dejaba caer sus pantalones de campesino endomingado en la arena y se lanzaba hacia adentro a grandes zancadas.

—Estos curas de hoy están todos locos —decía sin quitar los ojos de Ignacio—. Parece que les da miedo vestirse y comportarse por fuera como lo que son. Dicen que lo que importa es lo de dentro. El primer día colgó la sotana detrás de la puerta de su habitación y ahí la tiene; muerta de risa esperando tiempos mejores.

—Yo también pienso que el hábito no hace al monje, y que lo que de verdad importa no es lo que uno parece, sino lo que en realidad es —dije para salir del paso, sin esforzarme en buscar otros argumentos más originales.

—No hace al monje pero lo ayuda —apostilló Leonor mientras mirábamos a Ignacio alejarse de la orilla.

—¿Cómo fue lo de Ignacio? —pregunté, sin ser capaz de evitarlo —. Me refiero a lo de su vocación.

—Desde muy chico me acompañaba a la iglesia de Santa María. Yo lo enseñaba a rezar y le contaba historias de la Biblia y de la vida de los santos. Él me miraba embobado, y si alguien le preguntaba: «Ignacio, ¿qué vas a ser cuando seas mayor?», se ponía muy serio y contestaba: «Yo quiero ser santo como san Francisco», y todos soltaban una carcajada.

—Quizá san Francisco, si anduviera por aquí, también estaría dándose un chapuzón —dije en tono jocosos, intentando transmitir que aquello me parecía de lo más natural—. Pero... ¡sígame cantando!

—Pues nada, hija, que yo quería que estudiara, y cuando cumplió once años decidí que el seminario era el mejor sitio donde podía hacerlo. Y el único, claro, porque nosotros no teníamos posibles.

Las dos nos quedamos calladas y aprovechamos el silencio para seguir contemplando el juego de Ignacio con el suave oleaje. Ella, con esa mezcla de miedo y orgullo propios de una madre; yo, con la admiración de reciente enamorada y la incertidumbre asomándome a los ojos.

Al cabo de unos minutos Ignacio nadaba deprisa hacia la orilla y en pocos segundos lo tuve ante mí. El agua resbalaba por su cuerpo semidesnudo, como si se tratara de una estatua de bronce bañada por los mil chorros de una fuente. Un mechón de pelo le caía por la frente, y las pequeñas gotas de agua se detenían en sus cejas, se deslizaban por su rostro y, las más osadas, se escondían entre la espesura de su tórax.

El bañador, verde oscuro, dejaba caer el agua retenida, que se hundía en la arena después de acariciar sus piernas perfectas, y quise convertirme en una de aquellas gotas para correr por su piel sin reservas ni límites. Estábamos muy cerca. Nos miramos a los ojos, y en aquel relámpago de magia me pareció descubrir una chispa de ingenua picardía. Recordé a Solana. En esta ocasión, Ignacio no se comportaba como aquel mozalbete de provincias que se ruborizaba cuando tenía una chica cerca.

Estábamos aún más cerca, tanto, que rozó mi brazo con su mano mojada mientras sacaba la toalla del bolso de Leonor. Fue ella quien rompió la magia, una vez más sin saberlo.

—Siempre vengo preparada. En cuanto huele a mar ya está dentro.

Ignacio frotó su cuerpo con la toalla comenzando por la cabeza y el torso, y empezó a saltar, extendiendo y flexionando las extremidades, para recuperar la temperatura corporal.

Por los ojos de Leonor se escapaba la sorpresa. Sin duda no acertaba a comprender aquel comportamiento tan natural, pese a mi presencia. Yo, complacida, llegué a pensar que aquellas evoluciones inocentes, no eran otra cosa que los movimientos instintivos del macho que inicia el cortejo luciendo sus atributos, como lo hubieran hecho el pavo real o el aguilucho ibérico, respondiendo a una de las llamadas de la naturaleza. La más fuerte e irresistible: la llamada del amor.

Un viento suave y húmedo batía las copas de los árboles en los jardines del Piquío, trayendo los ecos lejanos de las campanadas de algún viejo reloj.

Eran las tres de la tarde. Allí, sentados en un banco, a la sombra de sus frondas, admiré la belleza de aquellas aguas azules, puras y gélidas, que habían abrazado a Ignacio hacía tan solo unas horas, y a las que él se había entregado *sin reservas ni límites*.

Sentada entre los dos, el angosto espacio del banco, o tal vez el deseo, nos había llevado a un inevitable contacto físico que hacía saltar chispas en mi sangre y contraía mi estómago.

Ignacio, con la excitación del contacto pintada en los ojos, y un tono de voz inesperado y elocuente, me invitaba a compartir con él uno de los bocadillos que había sacado del bolso. Yo, sin dejar de mirarlo, corté con los dedos una pequeña porción que intenté ingerir trabajosamente.

—¿Qué te pasa, Andrea? No parece que tengas mucho apetito —decía Leonor ofreciéndome un trozo de la tortilla que había preparado la noche anterior, con la exquisitez que sabía poner en todo lo que hacía.

—No tengo hambre; debe de ser el calor...

—Pues tienes que comer. Después de la mañanita que nos hemos dado pateando Santander, hay que reponer fuerzas. Nos queda mucho por ver aquí. Además, no quiero que te vayas sin conocer Santillana del Mar; iremos esta tarde.

Pero yo no podía comer, y no precisamente por el calor. Por primera vez, la proximidad de Ignacio me hizo sentir un nudo en el estómago, una especie de náusea que me impedía tragar el más mínimo bocado, y que iba a ser una constante en nuestros encuentros posteriores. No obstante, hice lo que pude para no ponerme en evidencia delante de Leonor, quien, por otra parte, creo que aquel día comenzó a darse cuenta de que algo estaba pasando.

Juventud y utopía

Voy a concederme un respiro. Sólo hay un motivo que me haga detener el ritmo acelerado de mi relato, y ése es mi hijo. Hoy, al llegar de la clínica, Gus me ha recibido con esos ladridos inconfundibles con los que suele avisar cuando tiene algo que comunicarme. He abierto la verja, se me ha acercado, y ha comenzado a golpearme las piernas con rápidos movimientos de la cola, saltando junto a mí y acariciándome con su hocico.

No me permitía cerrar, y arañaba con las patas delanteras la puerta de hierro con una intención muy clara: indicarme que teníamos que salir. Enseguida, manoteó en el buzón, avisándome de que había olvidado la correspondencia.

—Perdóname, Enrique —he dicho en voz alta.

Todos los días, lo primero que hago antes de entrar en casa es abrir el buzón; siempre espero un sobre de avión con membrete de Mbandaka y la apresurada caligrafía de mi hijo. Sin duda, hoy Gus ha echado de menos el chirrido impaciente de la llave; por eso, me lo ha recordado a su manera.

Allí estaba la carta de Enrique, oculta entre el resto del correo. Los dedos me temblaban cuando trataba de abrirla. Como la vez anterior, he pasado de prisa por las líneas densas, de trazos descuidados, para volver a releer su contenido, ya más despacio, tratando de encontrar el sentido oculto de cada palabra.

Mbandaka, 2 de septiembre de 2000

Para Andrea, mi querida madre, estos apuntes desde África.

Ya que me pides en tu carta que te cuente lo que estoy haciendo aquí, voy a intentar complacerte, aprovechando que en el Hospital disfrutamos de un día tranquilo.

Pues bien, la tarea de nuestro equipo consiste en prestar atención sanitaria a los poblados de la selva donde podamos llegar y, para ello, nos hemos instalado en una especie de campamento, prefabricado con la ayuda exterior en lo económico y con nuestras propias manos a nivel práctico. Éste es nuestro hospital, al que estamos equipando de la infraestructura básica que nos permita atender los graves problemas de salud que azotan a los habitantes de los poblados ribereños: camas para los casos más grave, alimentos, medicinas y, lo que es más importante, apoyo humano, cuando ya no queda nada por hacer.

Somos cinco personas en el equipo, y yo trabajo al lado de un médico nativo, a quien la necesidad y la experiencia han investido con el título de ginecólogo. Ayer me confesaba que, en las últimas décadas, se llegó a un deterioro tal de la Universidad que se estudiaba sin libros, y los títulos se entregaban a miles de personas sin cualificación.

El personal médico escasea y yo me siento útil, mamá; diría que muchas veces imprescindible.

Deberías conocer en vivo la situación sanitaria de nuestra zona de influencia. El Congo es el dueño de la vida y de la muerte. En la cuenca de sus aguas y en las lagunas próximas, los insectos y parásitos infestan los poblados, y agravan las ya precarias condiciones de salud de sus habitantes.

Nuestro trabajo no es fácil. Administrar vacunas, dar a conocer las medidas preventivas para frenar el contagio por el virus del SIDA, o combatir la plaga de la tuberculosis, son algunas de las tareas que ocupan nuestro tiempo. No damos abasto. Aquí no nos piden el MIR, ¡ni falta que nos hace!

Además de lo anterior, nuestro hospital hace las veces de Maternidad. No te exageraría si te dijera que pasan de veinte los niños que han visto la luz ayudados por mis manos.

No lo tomes como un reproche, mamá, pero ¡qué contraste más convulsivo entre vuestra clínica de Madrid y nuestra Maternidad! Allí las mujeres paren colmadas de atenciones, familiares y sanitarias; si me lo permites, hasta con cierto lujo. Aquí, por el contrario, llegan calladas, tragándose el dolor; aprietan los dientes y paren sin darle importancia, como sus madres y sus abuelas lo hicieron a lo largo de siglos. Se levantan con prisa, se colocan su kanga —una especie de pareo de colores vivos—, y con el nuevo hijo colgado al cuello, quieren escaparse para seguir preparando la mandioca en su choza.

Me reclaman, mamá. Tengo que dejarte.

Esto es el Congo. Ésta es África, y yo me siento feliz de encontrarme en este lugar y en este momento de su historia.

Todo mi cariño para ti, y muchos besos. Lo mismo para Leonor y para el abuelo.

Dale un abrazo a Fernando también, y dile que echo de menos al ginecólogo, pero, sobre todo, al amigo.

Enrique

He doblado la carta de mi hijo y la he guardado en el bolso. Gus ya no brincaba a mi alrededor. Se ha echado a mis pies y me ha mirado expectante, ¡quién sabe si leía en mi cara la preocupación que las palabras de Enrique han dejado en mi ánimo!

Esta vez es más concreto, no voy a negarlo, y me cuenta ciertos pormenores de su trabajo, pero alguno de sus párrafos no dejan de inquietarme.

Me da miedo su juventud idealista y utópica; me da miedo el daño que la vida puede hacerle cuando un acontecimiento cualquiera, inesperadamente, le descubra que el sufrimiento habita por igual en una casa confortable y en una choza de techo cónico fabricado con pajas; que el dolor tiene muchas caras y que no todas pueden combatirse apretando los dientes; que existen muchas formas de soledad y de impotencia; que la supervivencia es, a veces, mucho más difícil en el mundo que llamamos *civilizado*.

Sólo entonces llegará a comprender que los límites entre el bien y el mal, entre la felicidad y el dolor, no siempre son tan claros de establecer.

Algún día, quizá muy pronto, sabrá que hace casi veintiséis años, una mujer muy joven, en la clínica madrileña que él convierte en paradigma de la felicidad, también apretó los dientes y parió callada, y aprendió a sobrevivir al abandono y a la soledad. Esa mujer no tuvo que preparar la *mandioca*, pero sí retornar a un mundo hostil que la esperaba con las zarpas afiladas para cuestionar su osadía, por haberse atrevido a dar vida sin más permiso que el del amor y la

naturaleza.

Palabras de amor, de la mano del viento

De aquel atardecer de finales de agosto del 74, recuerdo especialmente el paseo por las calles de Santillana del Mar, y aquel viento del nordeste que sacudía mi cara y enmarañaba mi pelo.

Habíamos caminado durante todo el día y Leonor se resentía de su rodilla. Al salir de la Colegiata, y después de conseguir que nos hiciéramos una foto los tres delante del monumento, prefirió esperarnos sentada en el pretil de piedra de la plaza, mientras Ignacio y yo nos internábamos entre las calles empedradas del pueblo y admirábamos sus casonas blasonadas.

De pronto sentí el roce de unos dedos que apartaban los rizos de mi frente, y recogían con delicadeza mis cabellos.

—Es mi regalo de cumpleaños, Andrea —dijo Ignacio con la boca pegada a mi oído—. Una cinta de terciopelo. Esta mañana en Santander la he comprado a escondidas para ti. Siento que llegue un poco tarde.

Al fin logró amarrar aquel desorden, ganándole la batalla al viento que se empeñaba en acentuar su torpeza. Me volví hacia él despacio y pregunté desconcertada:

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque tu pelo en libertad es peligroso y puede acarrearle problemas —respondió bromeando.

—¿A ti o a mí? —dije prendiendo mis ojos a los suyos, dominada por un fuerte deseo de besarlo.

—A los dos; aunque si me sigues mirando así, tengo que reconocer que tus ojos son más peligrosos que tu pelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, segura de la respuesta.

—Que cuando me miras se te encienden estrellas de colores.

—No sabía que tuvieran ese don.

—Toda tú eres un don.

Me sentí confundida; aquello era una declaración en toda regla. En aquel momento, como sucediera en el despacho de Fernando el día de nuestro primer encuentro, también tuve la impresión de que su forma de hablar no le correspondía, pero esta vez por razones bien distintas. En cuanto logré sobreponerme aun tuve fuerzas para continuar la batalla.

—Tus palabras también son peligrosas si las dejas en libertad.

Ignacio se quedó pensativo, y la expresión de su cara perdió aquel aire desenfadado que tanto me gustaba.

—¿Qué piensas de mí, Andrea? ¿Qué juicio te merece este cura que no habla ni se comporta como corresponde a lo que representa?

—Yo no puedo juzgarte. ¿Qué me dirías si te hiciera la misma pregunta?

—Que el cielo debe ser como tú.

Me había cogido la mano y la acercó a sus labios, que sentí incrédulos y furtivos en mi piel. Enseguida la soltó confuso; con el mismo temor que hubiera mostrado un niño al verse

sorprendido apoderándose de algo que no era suyo.

—Perdóname, Andrea. Tenemos que ser fuertes. No quiero hacerte daño.

Yo iba a contestarle que no me hacía daño; que no quería luchar contra aquella fuerza que nos envolvía; que teníamos que ser valientes para romper juntos las barreras seculares que nos separaban. Pero cambié el dictamen de mi deseo por unas palabras huecas, eco de las suyas, pronunciadas sin convicción alguna.

—Sí; tenemos que ser fuertes...

Entonces, quizá por contraste, vinieron a mi memoria las palabras de Fernando, aquella primera noche del año, llenas de seguridad y sin vacilaciones, cuando me pidió que lo quisiera, que le permitiera estar cerca de mí. Ignacio en ese momento me estaba pidiendo precisamente lo contrario. Y los dos pensamientos me causaron dolor.

Leonor surgió como una aparición detrás de la esquina del viejo palacio que *debíamos* estar contemplando. Su presencia no bastó para borrar de inmediato la tensión de aquellos instantes. Nos miró alternativamente, quién sabe si tratando de descubrir lo que a buen seguro intuía.

—¡Por fin os encuentro! Ya pensaba que os habíais ido a Lebeña sin mí.

Ignacio debería haber dicho *qué cosas se te ocurren, tía*. Y yo algo así como *siento que haya tenido que caminar por nuestra culpa; Santillana y sus calles nos han hecho perder la noción del tiempo...* Pero no dijimos nada. Nos dirigimos al coche y emprendimos el viaje de regreso.

El atardecer cambiaba de prisa los tonos verdes del paisaje, que iban adquiriendo tintes cada vez más oscuros. El espejo retrovisor también se hizo opaco. Sólo de tarde en tarde, reflejaba los faros de algún coche que se aventuraba a realizar un adelantamiento temerario, tanto por la difícil carretera como por la oscuridad de la noche.

Y así, en silencio, sin poder encontrar la mirada de Ignacio que el crepúsculo se había llevado, volví a reconstruir cada momento de aquella inolvidable jornada de agosto: imágenes, palabras y sentimientos contenidos, que se escapaban de mi cuerpo, como se escapa el fuego guardado en las entrañas de la tierra, aprovechando el mínimo resquicio.

Los frenos del 2CV chirriaron con fuerza. Sentí que se paraba en seco y mi cuerpo se vio impulsado hacia delante. Abrí los ojos. Tenía la casa de Leonor delante de mí. La penúltima jornada de mi estancia en las montañas había terminado.

El agua y la sed

Un sol milagroso transformaba en diminutos puntos de luz las gotas de rocío, y los colores brillaban barnizados por la mañana pintando las montañas y los valles con caprichosos tonos de verdes, ocres y grises hasta donde los ojos alcanzaban a distinguir.

El teleférico nos había dejado junto al Mirador. La visión panorámica que se ofrecía a nuestra vista me producía casi la misma conmoción que la proximidad de Ignacio, que no dejaba de mirarme con una ligera expresión de burla en los ojos; quizá pensaba que no me había equipado de forma conveniente para la ocasión.

La excursión era esta vez una sorpresa, y yo, aunque intuía el punto de destino, había dejado el pantalón vaquero y las botas de montaña en casa.

Más que para una escalada, se diría que me había vestido para dar un paseo por la Castellana un domingo por la tarde: el vestido blanco de algodón indio, las sandalias ibicencas, atadas coquetamente por encima del tobillo y, sobre todo, el peinado. Muy temprano, en mi habitación, había metido la cabeza en la palangana y, después de frotar con la toalla para retirar el agua sobrante, había permitido que mi pelo se ensortijara libremente en abundantes rizos, que me caían sobre la frente, los hombros y la espalda. Una sombra tenue en los ojos, un leve toque de carmín en los labios, y el espejo me devolvió una imagen radiante que me hizo sentirme bien. No quise estropearla enfundando mis piernas en los vaqueros y, mucho menos, metiendo los pies en aquellas horribles botas. Sabía que no era la indumentaria más adecuada, por eso respiré aliviada cuando salí de la habitación y comprobé que Leonor no se había levantado; así no tendría que dar explicaciones poco convincentes.

Ignacio estaba en la cocina preparando el desayuno y, al verme entrar, no pudo disimular una mirada de complacencia, y menos aún unas palabras que se le escaparon de la censura.

—Estás preciosa, Andrea. Nunca te había visto vestida así.

Yo también lo miraba complacida. Tampoco lo había visto nunca vestido de aquella manera. El atuendo lo favorecía: un chándal azul marino rematado con cintas blancas en los laterales del pantalón y en las mangas; debajo, una camiseta de algodón, también blanca, que ayudaba a resaltar el moreno de su tez, y unas playeras a juego cuyo aspecto impecable ponía en evidencia que acababan de salir de la tienda.

Me agradaba comprobar que Ignacio se había ocupado de su imagen. El aire informal que le otorgaba la ropa de *sport*, lo convertía en un universitario a punto de comenzar un encuentro deportivo frente al equipo rival. Entonces yo no podía imaginar, ni remotamente, que muy pronto él y yo nos enfrentaríamos en un juego cruel del que los dos saldríamos perdedores.

En el Mirador del Cable un viento indiscreto movía a su capricho el frunce de mi vestido. Ignacio seguía observándome con esa mirada, inocente y pícara a la vez, con la que sólo él me había mirado.

Los Picos de Europa nos esperaban, tentadores y próximos, para poner el broche de oro a

aquellas vacaciones que cambiarían el curso de nuestras vidas.

—Ahora puedes recrearte en el paisaje. Seguro que nunca has visto nada igual.

—Nunca.

Nos habíamos quedado solos. Los excursionistas que nos acompañaban en la subida habían desaparecido, presurosos tal vez por conquistar la cima de algún puerto accesible.

Durante unos minutos ni siquiera pude hablar, conmocionada por la belleza de aquel paraje de ensueño. Me hubiera quedado así eternamente, dejando que mis ojos volaran libres desde los picos abruptos hasta lo más profundo de las gargantas y los valles.

—Siempre he imaginado que el Paraíso tuvo que ser un lugar como éste —dijo Ignacio rompiendo aquella calma.

—Este es el paraíso —afirmé convencida.

—Dios ha creado tanta belleza para que nuestros ojos la disfruten.

Me cogí de su brazo siguiendo un impulso, y manifesté en voz alta mis pensamientos.

—Me gustaría que nos quedáramos aquí, juntos los dos para siempre. Como Adán y Eva, pero sin serpiente y sin manzana; eternamente felices.

—¿Qué cosas dices, Andrea!

—Nunca entendí el relato bíblico, ni por qué nos contaron que la felicidad del *primer hombre y de la primera mujer* tuviera que ser tan efímera.

—Pecaron contra Dios; se dejaron tentar y lo desobedecieron.

—¿Qué es para ti la tentación?

—Algo o alguien que nos empuja a obrar en contra de nuestra conciencia, en contra de nosotros mismos y, en definitiva, en contra de Dios.

—¿Y no crees que la tentación está dentro de nosotros? ¿No podría ser que nosotros mismos fuésemos nuestra propia *serpiente*?

—Naturalmente. Ese *algo* o *alguien* del que antes hablaba, puede llamarse *ambición, lujuria o egoísmo*, y ser el huésped más asiduo de nuestra conciencia, hasta tal punto de que, a fuerza de abrirle nuestra casa, termina convirtiéndose en uno más de la familia.

—¿Y no será que, lo que tú llamas tentación, es una causa tan fuerte que nos empuja a obrar por encima de nuestra voluntad? —Ignacio iba a responder pero yo continué con mi idea—. Tú no puedes culparme a mí, ni yo a ti, de estar aquí con todas las consecuencias. Leonor nos necesitaba, le dolía la rodilla y no podía acompañarnos; deberíamos habernos quedado con ella, pero no lo hemos hecho. ¿Acaso hemos obrado con libertad? ¿Estás seguro de que hemos podido elegir? ¿O tal vez existe un motivo más fuerte que nos ha arrastrado hoy hasta aquí?

A Ignacio le cogieron por sorpresa mis razonamientos. Yo había llevado la situación al terreno personal, creo que sin proponérmelo —no estoy muy segura— y él no estaba dispuesto a pisar arenas movedizas en materia de conciencia, así que zanjó la conversación respondiendo en tono concluyente, quizá con la intención de convencerse a sí mismo.

—A lo primero, te respondo que no tengo la menor duda de que uno de los atributos de la persona es la libertad, sin reservas, para elegir entre el bien y el mal. En cuanto a lo segundo, prefiero pensar que el *motivo* del que hablas nunca podrá ser más fuerte que nuestra voluntad; estoy seguro de que siempre podremos elegir.

—Pues yo creo que no elegimos; la vida y las circunstancias nos eligen. En cierta manera creo en el *determinismo*. De todas formas, aunque mi amiga Charo me tacha con frecuencia de *humanista de bata blanca*, soy de ciencias y tiendo a ser objetiva. Intento contrastar mis teorías de forma empírica.

—Yo prefiero contrastarlas a la luz de la fe.

Pese a sus palabras Ignacio se quedó pensativo, con la mirada perdida. Quizá por primera vez vislumbró de forma consciente la magnitud de aquella *tentación, causa o sentimiento*, poco importaba el nombre, que en pocas semanas se había convertido en la pulsión más fuerte de nuestras vidas.

El brillo de la mañana se iba apagando a la sombra de las nubes que circundaban las crestas de las montañas. A pesar de la altura, cuando el sol salía por lo claro picaba en la piel, y se agradecía la brisa fresca que bajaba de las cumbres. Pretendíamos subir hasta donde las fuerzas aguantaran, pese a las dificultades propias del terreno y a las añadidas por mi vestimenta.

Recordé las palabras de Ignacio el día de mi llegada. «Para coronar los Picos de Europa, hace falta resistencia y entrenamiento, doctora». Y las mías propias, pronunciadas en tono de desafío. «No menosprecie mis cualidades físicas antes de ponerlas a prueba».

Apenas había transcurrido un mes y ya no importaba tanto conquistar las alturas. Aquel día, nosotros mismos nos habíamos convertido en objeto de conquista: un roce, pretendido o casual; una mirada, más allá de los ojos, cuyos ecos se sentían en las entrañas; un paso en falso, provocado por mis sandalias ibicencas o por mi deseo, y sus brazos fuertes siempre dispuestos, deseados y míos.

Las horas pasaron deprisa. Parecía que las nubes querían prestar complicidad a nuestros anhelos. El cielo se había oscurecido y una fuerte ventisca presagiaba tormenta. Ignacio me cogió de la mano y comenzamos a descender.

Nos detuvimos unos momentos cautivados por la belleza del poniente. En medio de aquella oscuridad, en el cielo se abría una claraboya luminosa por donde los haces de la luz del sol se filtraban con timidez, formando una ventana surrealista bordeada por negros nubarrones de amenazantes figuras.

—Dios está en la naturaleza —afirmó Ignacio mirándome fijamente.

—Hagamos una tienda y quedémonos aquí para siempre —añadí yo, atada por sus ojos.

Ignacio se acercó y me besó en la frente, obligándome después a proseguir el descenso.

A los pocos minutos un fuerte aguacero empezó a calar nuestros cuerpos. Ignacio me sujetaba por la cintura, mientras mis pies tropezaban con las piedras, y resbalaban entre los restos de la escasa vegetación empapados por la lluvia. Un relámpago partió el cielo desde la cima de las montañas hasta lo más profundo de los valles, y un escalofrío recorrió mi cuerpo; como aquella tarde lejana en la clase de filosofía. Ya no era una premonición. En ese momento sentí que la tormenta de mi vida se había desencadenado y que su fuerza sería imparable.

Comenzó a granizar y había que buscar refugio. Olía a ozono y a aromas de vegetación. El viento se enfurecía y empujaba la lluvia y el granizo, que chocaba contra las piedras estrellándose ladera abajo. Ignacio se quitó la chaqueta del chándal y cubrimos nuestras cabezas con ella.

Caminábamos con dificultad. Yo, con los ojos semicerrados me dejaba conducir, hundiéndome en el fango que arrastraban los torrentes.

De pronto, Ignacio se paró en seco, me empujó hacia el abrigo de una roca y me cubrió con su cuerpo empapado.

El ruido de la tromba de agua y los truenos enmudecían cualquier otra voz de la naturaleza. Busqué el cielo; la ventana se había cerrado bajo la espesa cortina de lluvia.

No sé si de frío, de miedo, de excitación o de deseo, pero recuerdo que mi cuerpo no dejaba de tiritar. Una ráfaga de luz nos envolvió, al tiempo que un trueno restallaba en el aire, y su sonido se propagaba en las ondas hasta las paredes de las crestas, desde donde volvía ronco y reverberante. Experimenté un gran temor ante la furia desatada de la naturaleza. Cerré los ojos y sentí el cuerpo

de Ignacio pegarse al mío. Con su torso mojado acariciaba mis pechos, y su sexo crecía junto a mi vientre bajo la humedad de sus ropas; como si buscara ahondar en mis entrañas y desatar mi carne... Yo aprovechaba el fragor de los truenos para apretarme contra él en un abrazo estrecho, que nos hubiera fundido el uno en el otro, cegados por sed del deseo, si la liviandad de nuestras ropas mojadas no se hubiera interpuesto entre su piel y mi piel. Ignacio me separó de él unos momentos para acariciarme entera con los ojos. Me miraba con incredulidad y sorpresa. Mi vestido de algodón indio apenas era una sutil transparencia que, por milagro del agua, dejaba al descubierto mi desnudez; el frío y la excitación habían moldeado mis senos; mi pubis y mis piernas se traslucían también bajo los pliegues empapados. Levanté los brazos y me colgué de su cuello. Él me rodeó la cintura y me apretó de nuevo contra su cuerpo robándome la razón y el aire.

—Te quiero —dije acercando mi boca a su oído, para que mis palabras no fueran arrebatadas por la lluvia o el viento.

—¡Te quiero! —repitió él, en un grito ahogado por el eco de los truenos que seguían invadiendo el espacio.

Nuestras bocas estaban muy cerca. Yo respiraba su aliento y él respiraba el mío.

No sé el tiempo que permanecemos así, bebiendo el mismo aire, sintiéndonos en el palpar de la sangre... Los mechones de mi pelo dejaban escapar todavía abundantes gotas de agua que me corrían por la cara, y que Ignacio enjugaba con su boca desconcertada y temerosa.

Sin fuerzas para resistir, abrí los labios y los acerqué a los suyos. Él bebió por primera vez de mi boca; como un beduino que encontrara un oasis en el desierto después de un largo caminar. Y, como si se tratara de un espejismo, bebió con incredulidad. Primero torpemente, obligado por el ansia de la sed hasta emborracharse; después, el instinto hizo su boca sabia y yo me entregué al juego excitante de roces cada vez más sutiles que iban quemando el deseo. Como las nubes, nuestras bocas chocaban ávidas e insaciables, y nuestros cuerpos se agitaban como las ramas de los árboles sacudidas por la tormenta.

De pronto, cuando ya parecía inevitable el abrazo más completo del amor, Ignacio se separó de mí con la cara desencajada. Me apoyé en la roca; mis piernas, temblorosas, apenas podían sostenerme.

La lluvia había cesado. Caminábamos abrazados hacia el Mirador. Cuando al fin conseguimos llegar hasta el funicular, nuestro aspecto debía de ser deplorable. Los excursionistas nos miraban con disimulada curiosidad, pero a mí no me importaba.

Ya no me daba miedo la inminente despedida. Aquella tarde, supe con certeza que Ignacio no tardaría mucho en viajar a Madrid.

La fuerza de Eros

Regresé a Madrid después de la tregua de aquellas vacaciones. Fernando me recibió con aparente naturalidad. No me atreví a darle explicaciones ni él me pidió que lo hiciera. Empezaba a tranquilizarme el hecho de comprobar que nuestra relación profesional seguía desarrollándose con la normalidad de siempre. Aquel día estábamos los dos en su despacho revisando unos historiales cuando me pasaron una llamada. Cogí el auricular y sentí el corazón en la garganta; era Ignacio. Nunca había hablado con él por teléfono, y ahora su voz llegaba hasta mí tan clara y cercana que no podía creer que estuviera despierta.

—Soy yo, Andrea. ¿Qué tal hiciste el viaje?

Me quedé callada unos segundos; la impresión me impedía hablar.

—¿Me oyes bien? —insistió.

—Te oigo perfectamente; parece que estás aquí mismo —contesté.

—Como te has quedado callada...

—Me has sorprendido; la verdad... no esperaba oír tu voz tan pronto —dije disimulando mis emociones, cohibida ante la presencia de Fernando.

Éste salió del despacho y cerró la puerta. Quizá adivinó, más por el tono que por el contenido de mis palabras, que aquella no era una llamada habitual.

La voz de Ignacio se hacía más íntima.

—He tenido que venir a Santander y no he podido resistir la tentación de llamarte.

—Si a eso le llamas *tentación*, tendré que pensar que lo has hecho en contra de ti mismo.

—No te burles, Andrea. No he pensado en otra cosa desde que te fuiste; todo me recuerda a ti: la casa, el pueblo, las montañas... ¡No sé qué voy a hacer!

—Yo también te echo de menos, Ignacio —dije en un tono que no dejaba lugar a dudas.

—No puedo olvidarte. Tu perfume se ha quedado en la casa, en el coche; hasta el espejo retrovisor echa de menos tus ojos.

Era más de lo que esperaba. Me sentí confundida; sin saber qué decir. Él parecía haber olvidado los remordimientos que siguieron a la tormenta, y yo dejé que mis palabras volaran libres a través de los hilos del teléfono.

—Quiero que vengas, Ignacio. Necesito verte; tenemos que hablar.

Ahora, él era quien callaba y yo quien seguía insistiendo.

—¿Me oyes bien?

—Claro que te oigo, Andrea, pero creo que es peligroso lo que dices.

—¿Lo que digo o lo que siento?

—Las dos cosas.

—Ya te dije en una ocasión que cuando te enamoras siempre corres peligro.

Nos quedamos callados unos segundos. El teléfono amplificaba el sonido de su respiración; sin embargo sus palabras sonaron como una caricia.

—Quiero ir a Madrid. Quizá pueda escaparme en octubre.

—No sé si podré resistir hasta octubre.

—Te quiero —dijo muy despacio.

—Yo también te quiero.

Antes de que terminara la frase, sonó la señal característica y me arrebató su voz, que había sido mía desafiando distancia y razones. Y me quedé paralizada, con el auricular pegado al oído, sin querer desprenderme del eco de sus palabras.

Después de un tiempo que no pude precisar, los historiales, apilados, se me hicieron visibles y me devolvieron al presente. Fernando... ¿Dónde habría ido? Pensé que debía ir a buscarlo y me dirigí a la cafetería. Seguro que me estaría esperando allí.

No me había equivocado. Con un vaso de güisqui en la mano —cosa que en él resultaba extraño—, estaba sentado en la mesa de siempre, frente a la ventana. Me acerqué. Sentí que mi cara quemaba, pero ya no podía retroceder. Como si presintiera mi presencia, se volvió hacia mí.

—Siéntate, Andrea.

Me puso en guardia su tono imperativo, tan poco frecuente en él, y obedecí sin decir nada. Fernando me miraba de frente, y yo creí ver una chispa de despecho y tristeza en sus ojos.

—Cuando quieras podemos continuar el trabajo —dije.

—No tengas prisa; los historiales pueden esperar. Me gustaría que habláramos. ¿Qué quieres tomar?

—Un café solo —respondí.

—Lo de siempre para la doctora —indicó dirigiéndose al camarero.

Al cabo de unos segundos, el camarero se acercó con el café. Después del primer sorbo, mi voz se hizo paso entre las dudas y, esquivando aquella mirada que me provocaba un gran desconcierto, me atreví a preguntar:

—¿Qué quieres saber, Fernando?

—Quiero conocer tus sentimientos, Andrea. Hace cinco días que has vuelto, y aún sigo esperando la respuesta que me habías prometido. Después de estos meses de dudas necesito saber cuáles son realmente tus sentimientos hacia mí. No quiero seguir en esta incertidumbre.

Aquello me sorprendió aún más que su actitud. Fernando nunca me había violentado, ni siquiera con las palabras.

—No sé qué decir... En este tiempo, creo que he visto claro que no soy la mujer capaz de llenar el vacío de tu vida... Yo no puedo sustituir a...

No me dejó terminar la frase.

—Tú no sientes por mí lo que yo siento por ti; está claro. El silencio de este mes de agosto ha sido demasiado elocuente. Esperaba algo más que una postal de la playa del Sardinero, escrita apresuradamente. Y ahora, esa llamada que, sin tú quererlo, te ha encendido las mejillas.

—Perdóname, Fernando... Yo nunca podría competir con Maribel —dije de modo inoportuno, sin fuerzas para hablarle del verdadero motivo de mi distanciamiento.

Hizo una pausa y cogió un cigarrillo. Lo encendió despacio, aspiró el humo con la misma lentitud, que contrastaba con la tensión interior que se traducía en su semblante, y prosiguió.

—No es Maribel, no te engañes; pero tampoco quiero saber quién es.

Cogió el vaso de güisqui y bebió con aparente calma.

—Yo no sabía que podría suceder... Perdóname...

Volvió a beber y me dio una palmada en la mano. Luego suavizó el tono.

—Perdóname tú. Eres joven y tienes todo el derecho del mundo a dar libertad a tu corazón para amar o dejar de amar a quien te plazca.

—No es lo que piensas, Fernando.

—No pienso nada, Andrea, y te pido disculpas por el tono de hace unos momentos —dijo dominando sus emociones—. Esto no va a influir en nuestro trabajo ni tampoco en nuestra amistad; al menos en lo que a mí respecta.

—Puedes estar seguro también por mi parte; me alegra comprobar que no estaba equivocada al pensar que ibas a entenderlo.

Lo miré con admiración y agradecimiento, y me di cuenta, una vez más, de la talla humana de aquel hombre que sabía ser noble y elegante cada vez que la situación lo ponía a prueba; que siempre se mostraba firme, con el aplomo y la seguridad de aquellos que hacen de la coherencia una forma de vida. Lo que yo no podía imaginar entonces, era hasta dónde y en qué medida llegaría a demostrármelo.

Por fin llegó octubre y con él Ignacio. Las primeras hojas amarillas se descolgaban de los enormes árboles del Retiro como gotas ingravidas, y caían sobre nuestras cabezas ayudadas por la brisa fresca de aquel atardecer de otoño.

Caminábamos muy juntos, cogidos por la cintura como cualquier pareja de enamorados entre la arboleda casi desierta a aquella hora de la tarde.

El silencio y la quietud tan sólo eran perturbados por el revoloteo de algún gorrión, las subidas y bajadas de alguna ardilla inquieta a través de los troncos de los árboles, o el eterno cantar de las fuentes.

Habíamos llegado hasta el estanque y nos habíamos detenido a contemplar la superficie tranquila de sus aguas, espejo rojizo de un cielo cosido de nubes, que algún pez se atrevía a quebrar describiendo círculos concéntricos que terminaban perdiéndose en la orilla.

Nos habíamos encontrado en la entrada de los jardines del Retiro, próxima a la Puerta de Alcalá, hacía escasamente una hora.

Cuando llegué me estaba esperando. No me vio hasta que estuve junto a él. ¡Cómo había deseado que llegara aquel momento! En las últimas semanas, el calendario parecía haberse detenido. Llevaba varios días con un nudo en el estómago que me impedía probar bocado, y muchas noches soñando con aquel encuentro.

Al fin se había materializado mi deseo. Me acerqué sigilosamente por detrás y puse mi mano en su hombro. Se volvió y, sin mediar palabra, nos echamos el uno en brazos del otro.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Loco, por haber hecho este viaje. ¿Y tú?

—Nunca mejor que en este momento —respondí prendiéndome de su mirada—. ¿En qué has venido?

—He traído el *dos caballos*. Lo tengo aparcado a tres manzanas de aquí.

—Yo he cogido el metro, como buena madrileña. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Un cuarto de hora escaso.

—Siento haberme perdido quince minutos de tu estancia en Madrid.

Sus ojos me atravesaron con aquella mirada tan suya, inocente y traviesa.

—Estás tan bonita como siempre, Andrea —dijo besándome en la mejilla.

—¿Qué tal Leonor?

—Bien, pero tengo la impresión de que se ha quedado preocupada por mi salida imprevista. Creo que sospecha algo.

—¿Le has dicho que venías a Madrid?

—No; le he dicho que iba a Oviedo a un congreso.

Nos quedamos callados y experimenté una sensación de malestar. Era la primera mentira, a la que seguirían otras, para tratar de ocultar un sentimiento que nadie habría justificado. Nunca pude aceptar que existiese alguien en el mundo incapaz de entenderlo.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Si no te importa me gustaría dar un paseo; han sido muchas horas de viaje y necesito estirar las piernas.

—Yo también lo prefiero; hoy el quirófano ha sido agotador.

Nos cogimos de la mano y nos adentramos en los jardines hasta llegar al estanque.

—¿Te apetece dar un paseo en barca?

—No quisiera darme un chapuzón; el agua debe de estar muy fría.

—No tengas miedo. Nací en el Cantábrico; soy un *hombre de mar* —dijo riendo— y te doy mi palabra de que vas a volver sana y salva a la orilla.

Alquilamos una barca y, durante unos minutos, rompimos la calma de aquellas aguas tranquilas que mecieron nuestros anhelos. Ignacio remaba con energía, y sus músculos se hacían casi visibles bajo aquel polo color avellana que entonaba con sus ojos. No me cansaba de mirarlo. Aquella armonía de su cuerpo siempre me hacía evocar la belleza de un dios griego. Nunca alguien me había parecido tan perfecto: sus ojos, su piel, su sonrisa, su voz... Todo en él era esplendoroso. Hasta el crepúsculo lo envolvía en una luz dorada para darle la bienvenida. Yo me volvía loca de felicidad al contemplarlo.

—Si me sigues mirando así, no respondo de poder devolvarte a la orilla indemne —dijo.

—Si me coges en tus brazos, tampoco me importa que no me lleves a la orilla.

Soltó los remos, tomó mis manos, y avanzamos el uno hacia el otro en busca de un beso. Acaricié su pelo y acerqué mi boca a la suya. Él apretó sus labios contra los míos y desatamos el deseo contenido en aquel beso que deshacía el nudo de la distancia. Cerré los ojos y quise que el tiempo se detuviera en aquel estanque.

Pero el tiempo parecía volar. La noche había caído sobre los jardines del Retiro desplegando sus alas de negrura. Los viejos álamos erguidos, los encorvados fresnos, las copas anchas de los olmos, y el resto de árboles que enmarcaban el estanque con profusas tonalidades de amarillos y verdes, se habían diluido en la oscuridad, de igual modo que había desaparecido la estatua ecuestre que coronaba la columnata semicircular del fondo.

Dejamos el paseo central y nos adentramos en la espesura. Estábamos solos. La locura del deseo enredaba nuestros cuerpos en abrazos interminables, y nuestras ansias buscaban apoyo, una y otra vez, en el tronco de cualquier árbol añoso, que aquella noche de otoño debió de estremecerse, lo mismo que nosotros, hasta lo más profundo de sus raíces.

Ignacio buscaba mis pechos, vírgenes hasta entonces, que se entregaban a sus dedos sorprendidos, y mis pezones se erizaban ofreciéndose a la incredulidad ansiosa de su boca; sus manos inventaban caricias suaves sobre la piel desnuda de mi espalda, explorando cada milímetro bajo mi jersey, y yo me sentía morir entre sus brazos. Fundí mi aliento con el suyo, abrí los labios y juntos descubrimos los secretos insondables de la pasión.

—Te quiero, te quiero... Estoy loco por ti, Andrea —repetía enardecido por la excitación, mientras su lengua, incansable, volvía a libar en los abismos del placer.

Sentí que sus manos me invadían abriendo nuevos caminos al deseo... La respiración de Ignacio era jadeante y su cuerpo se convulsionaba contra el mío.

Olía a noche, a humedad y a hojas secas de otoño, pero yo cerré los sentidos a cualquier otra sensación ajena a su piel y creí encontrarme a un paso del éxtasis.

—¿Qué estamos haciendo? —dijo súbitamente separándose de mi cuerpo.

Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró con fuerza de un brazo y me condujo presuroso hacia el paseo más próximo, sorteando los árboles entre la oscuridad, mientras yo trataba de colocarme la falda y poner en orden mi pelo. La luz mortecina de las farolas me descubrió la lividez de su cara y la expresión de angustia que en ella se dibujaba. Como dos fugitivos caminábamos deprisa hacia la puerta de salida. Ignacio apretaba mi mano con firmeza mientras yo intentaba seguirlo a duras penas. El peso de mi educación religiosa trajo a mi mente el pasaje bíblico de Adán y Eva expulsados del Paraíso después del pecado, pero no acertaba a entender cuál había sido nuestra culpa, ni por qué *la felicidad del hombre y la mujer tenía que ser tan efímera*. Me sentí invadida por una sensación de ansiedad que me oprimía el pecho. Al fin atravesamos las puertas del *Paraíso*; las luces de Madrid nos devolvieron al mundo terrenal.

La magia se había roto, y los sentidos, que el amor adormece, volvieron a despertar: el claxon indiscreto de algún conductor impaciente, la caricia fría del viento del norte en el rostro, el rumor triste de las fuentes de Cibeles y Neptuno, las luces insistentes de los semáforos, que dirigían nuestro caminar errante; aquel olor tan familiar a calamares fritos de los bares de Atocha.

El ruido de nuestros pasos en la acera hacía más grande nuestro silencio; un silencio que empezaba a percibirse cargado de tensión, y que Ignacio rompió con voz oscura.

—Perdóname, Andrea. Lo que ha ocurrido esta noche no volverá a suceder.

—Yo te quiero, Ignacio —dije deteniéndome frente a él.

—Yo también te quiero, muy a pesar mío.

—Tus palabras me duelen.

—Si seguimos viéndonos nos haremos aun más daño; quizá un daño irreparable.

—Nada puede dolerme más que dejar de verte, y tú lo sabes.

—No digas eso, Andrea. Tú también sabes que tengo un *compromiso*; una obligación que debe anteponerse al amor que siento por ti.

—Pero... ¡yo te *necesito, quiero* vivir contigo!

—Eso es imposible, entiéndelo —dijo sacudiéndome por los hombros—. No me pertenezco. Me debo a Dios y, por Él, a los demás.

Un duro silencio siguió a la tregua en la batalla. Las lágrimas detenidas me punzaban en los ojos y un nudo de dolor me apretaba la garganta.

Al cabo de unos momentos logré dominarme, y mi propia voz me sonó extraña cuando pude manifestar mis pensamientos.

—No puedo entender a un Dios-Amor que exige la renuncia del amor en su nombre; sería una paradoja cruel.

—No es Dios quien lo exige; es una ley de disciplina eclesiástica que se nos impone para poder entregarnos en cuerpo y alma a las cosas divinas.

—Pues si no es Dios, lo entiendo menos todavía. En la Iglesia ortodoxa está permitida la ordenación de hombres casados; el celibato no es doctrina de Jesucristo.

—Sin embargo, los Apóstoles y los santos Padres, como san Agustín o san Cipriano, exaltan el valor del celibato por encima del matrimonio.

—Pero Jesús no se lo impuso a quienes lo siguieron, ni tampoco la Iglesia en los primeros siglos —dije impetuosamente—. Quizá un día, no muy lejano, todo esto cambie y haya un tiempo para nosotros. En muchos casos el celibato ha sido más aparente que real. La historia de la Iglesia es turbulenta en este terreno, y de todos es conocido que existen casos sangrantes. Hoy muchos curas lo entienden así, y prefirieron secularizarse antes que llevar una doble vida. La jerarquía

tiene que terminar aceptándolo. Después del instinto de conservación, la fuerza de Eros es la segunda inclinación del hombre. Este instinto no puede obviarse, y mucho menos *castrarse*, porque sería *castrar* la propia naturaleza humana.

—Eres una luchadora, Andrea. Tu ímpetu me recuerda a la chica de bata blanca que conocí aquella mañana de otoño, hace un año escaso, en el despacho de Fernando Antúnez. Creo que fue entonces cuando me enamoré de ti.

Ignacio sonrió con tristeza. El abatimiento ante lo imposible se le escapaba por la mirada.

—Por favor, ¡dime qué estás pensando! —reclamé todavía con un atisbo de esperanza.

—No te voy a negar que tienes razón en algunas de las cosas que dices, pero no tengo posibilidad de elección; ya he elegido.

Me acerqué a él con abatimiento, me colgué de su cuello y lo miré fijamente a los ojos.

—¿Qué harías si Dios te permitiera elegir?

Se quedó pensativo unos instantes, tal vez dudando la respuesta.

—Voy a confesarte una cosa —dijo al fin—: siempre, desde mis años de Seminario, pensé que para ser un *hombre completo* había que *conocer mujer*; en el sentido bíblico de la palabra, y engendrar un hijo. Pero volviendo a tu pregunta, te respondo que si pudiera elegir te elegiría a ti. Sin embargo, y ante todo, soy sacerdote y quiero seguir siéndolo; por eso no podemos seguir viéndonos, Andrea. Debes entenderlo y me tienes que ayudar.

—No me pidas lo que no es posible; no estoy en condiciones de ayudarte.

—Hace sólo un rato lo he visto muy claro; si seguimos viéndonos, como hoy, estos encuentros no tardarán en tener consecuencias. Ya sabes lo que quiero decir...

—Nada desearía más que un hijo tuyo y mío.

—No lo digas siquiera, Andrea; eso no puede suceder.

—¿Por qué no?

—Porque los hijos deben concebirse primero en la mente y después en el vientre.

—¿Y qué pasaría si sucediera?

—Ante un hecho consumado no cabe posibilidad de elección —respondió envolviéndome en una mirada que fundía temor y deseo, pero que fue desmentida por unas desesperanzadoras palabras que pusieron fin a la conversación—. Pero eso no puede ocurrir... ¡y no ocurrirá!

Me quedé sin argumentos. Ya no tenía nada que decir porque todo estaba dicho. Una gran tristeza, tan grande como la impotencia que sentía, se apoderó de mi ánimo. Me costaba trabajo respirar y mis pies se pegaban al suelo. Y así permanecí, clavada en la acera, hasta que el brazo de Ignacio me enlazó con firmeza obligándome a reanudar el camino.

Nuestros pasos nos llevaron a la Plaza Mayor. Allí quedaban todavía algunas parejas que reían y bromeaban; que corrían y se besaban a la sombra de los soportales. Sus juegos amorosos y su alegría hacían más evidente el contraste. Quise llorar, pero no pude; quise gritar un *te quiero* que llegara hasta el cielo, pero no tenía la seguridad de que Dios pudiera escucharme. El nudo en mi garganta se hacía cada vez más fuerte.

—Necesito tomar algo —dije buscando apoyo en el brazo de Ignacio.

—Yo también. ¡Vamos!

Entramos en el bar más próximo, ya vacío a aquellas horas de la noche.

Un hombre de unos sesenta años, de cara bondadosa y cuerpo pequeño y blando, estaba detrás de la barra. Desde que entramos no dejó de mirarnos. Yo pedí un bocadillo de lomo y una Coca-Cola. Ignacio, una cerveza y un bocadillo de calamares.

Nos sentamos el uno frente al otro en una mesa pequeña, cubierta con un hule gastado de cuadros rojos y blancos.

Frente a mí, una mujer, que tendría más o menos la edad del hombre, barría el suelo con expresión cansada, aunque a pesar de los estragos de los años conservaba vestigios de su antigua belleza. Se movía con dificultad, y arrastraba sus piernas hinchadas entre el espacio angosto que las mesas dejaban libre, con una escoba en una mano y un recogedor en la otra: huesos de aceituna, restos de pan, cáscaras de cacahuete, valvas de mejillones y colillas, iban pasando con desgana del suelo mugriento al recogedor y de éste a un saco de plástico. Yo miraba la escena con ojos ausentes, aunque trataba de fijar mi atención en algo exterior que me obligara a salir de mí misma.

Cuando estuvieron listos los bocadillos, el hombre, con voz atabacada pero no exenta de un deje cariñoso, se dirigió a la mujer.

—Vicenta, sirve a los señores.

La mujer, con semblante fatigado y movimientos torpes, dejó caer el cepillo y el recogedor. Tras un suspiro que delataba su cansancio, se dirigió al mostrador, cogió la bandeja con la consumición y se acercó a nosotros renqueando.

—Aquí tenéis, hijos —dijo en tono maternal—. Espero que sean los últimos bocadillos que tenga que servir esta noche. Mi pierna barrunta revuelta y ya tengo ganas de tenderla en la cama.

—No digas eso, mujer, que van a pensar los jóvenes que no hemos cerrado por ellos —añadió él dirigiéndose a nosotros con el fin de proseguir su disculpa—. Tomaos todo el tiempo que queráis. Nunca cerramos antes de la una o las dos de la mañana.

—No se preocupen —dijo Ignacio—. Nosotros no los vamos a entretener.

—Lo que sea necesario; ya os lo he dicho. Comed y bebed tranquilos, que a vuestra edad se gastan muchas energías —dijo en tono socarrón—. Nosotros ya con poco tenemos bastante, ¿verdad, Vicenta?

La mujer, que en esos momentos se dirigía hacia la puerta tirando del saco de plástico, lo soltó en el suelo, se cuadró ante él con los brazos en jarras y dijo refunfuñando:

—Hombres... ¡no pensáis en otra cosa!

Y arrastrando de nuevo la carga, remontó el escalón de cemento parchado y salió a la calle.

El hombre la siguió con mirada cariñosa moviendo la cabeza.

—A pesar de su mal genio, no la cambiaría por ninguna. ¡Tenían que haberla visto a los veinte años! Era una mujer de bandera. Pero el tiempo lo muda todo. Aunque... ya lo dice el refrán, *quien tuvo, retuvo*.

Sonreímos de forma cortés ante aquellos comentarios, pero permanecemos callados. Fue el hombre quien habló de nuevo para dirigirse a Ignacio con una pregunta inesperada.

—La señorita es tu novia, ¿verdad?

—Sí... —respondió con voz vacilante.

—Pues no tienes mal gusto, muchacho. Discúlpeme por la impertinencia —añadió dirigiéndose a mí—, pero con ese pelo y esa cara parece propiamente una artista de cine. Espero no haberla molestado. Vicenta siempre me dice que hablo más de la cuenta. No tengo remedio.

—No me ha molestado —dije procurando corresponder a la amabilidad sencilla del hombre.

—Trátala bien, chico —se atrevió a aconsejar señalando sentenciosamente a Ignacio con el dedo—. Está muy pálida y apenas ha probado bocado.

—Nada deseo más que tratarla bien; ésa es mi intención —aclaró Ignacio un tanto crispado ante aquella conversación tan inoportuna como sorprendente.

La aparición providencial de la mujer, que volvía limpiándose las manos en el delantal, rompió

la tensión creada en los últimos segundos.

Ignacio se apresuró a terminar lo que aún quedaba de su bocadillo de calamares y, cuando hubo acabado, apuró de un sorbo la cerveza, cuya costra espumosa se había desmoronado. Yo aparté definitivamente mi bocadillo de lomo casi intacto y absorbí despacio la Coca-Cola, que me dejó en el paladar un regusto apagado y dulzón.

Nos levantamos y nos dirigimos a la barra. Ignacio depositó sobre ella tres monedas de cien pesetas y, sin esperar el cambio, se despidió con una frase amable y escueta. Yo, por mi parte, agradecí al hombre sus atenciones con la mejor sonrisa de la que fui capaz.

Y salimos a la noche, que nos esperaba más negra y solitaria dispuesta a envolvernos con su manto imprevisible.

Caminamos largamente, sin rumbo y sin horizonte, hasta que el frío de la madrugada se hizo presente en nuestro deambular. Mientras deshacíamos el camino que nos había conducido a aquella pequeña tasca de la Plaza Mayor, yo no dejaba de pensar en aquel hombre y en aquella mujer que habrían compartido una vida hecha de trabajo, de pequeñas fatigas cotidianas. Un hombre y una mujer que parecían conservar todavía el cariño reposado de los años. Y sentí envidia de aquella vida, anodina tal vez, pero que les había ofrecido la oportunidad de gastar juntos décadas de amor; de arrancar al unísono las hojas de *su* calendario. Y deseé con todas mis fuerzas que hubiera un tiempo también para nosotros; un lugar donde compartir las luces y las sombras de la existencia. Pero algo inexplicable, una voz muy dentro de mí, me decía que a nuestro calendario le quedaban pocas hojas por compartir.

Quise detener la noche con los dedos; parar las manecillas del reloj de la Puerta del Sol que, inevitablemente, acabarían arrancándome el amor y devolviéndome a la angustia del día después.

Y fueron testigos mudos de aquella noche las notas tristes de Chopin, que alguien arrancaba a un viejo piano en una café cualquiera de Callao haciéndose eco de mi pena; la bocanada cálida y reconfortante de los túneles del metro que devolvía la tibieza a mi cuerpo aterido; el arrullo cristalino de la Fuente de Atocha, en el que yo quería escuchar una esperanza; las casetas de madera de la cuesta de Moyano, donde dormitaban centenares de libros, viejos y nuevos, que esperaban el día siguiente para ser liberados por una mano curiosa a cambio de unas cuantas monedas... Mudos testigos impasibles de aquella noche en la que comenzó a desmoronarse mi sueño.

La madrugada corría en busca del alba más deprisa de lo que yo hubiera deseado. Dejamos atrás las sombras boscosas de los Jardines del Retiro, que crecían amenazadoras confundándose con la oscuridad. Ignacio me conducía con ademán seguro, y tiraba de mi mano por calles estrechas y solitarias. De vez en cuando, el canturreo de algún borracho, los maullidos de los gatos que se disputaban los manjares de cualquier cubo de basura, o el paso raudo de un perro callejero profanaban la paz de la noche.

Un olor cálido a pan recién hecho se extendió por el aire trayendo con él las primeras sensaciones del despertar de la ciudad, mientras el motor perezoso de cualquier camioneta de reparto se resistía a abandonar su descanso, de la misma forma en que yo me resistía a la llegada de la luz.

—No quiero que te vayas cuando salga el sol —dije con voz firme.

—El sol no ha salido; no pienses en eso ahora.

—Tengo frío.

—En unos segundos habremos llegado.

Pero yo no sabía adónde teníamos que llegar. Miré mi reloj; eran las cinco de la madrugada. Ignacio se detuvo de pronto. El tintineo de unas llaves y un *clac* familiar me devolvieron a la realidad. El *dos caballos* color crema con matrícula de Santander estaba aparcado junto a la acera, esperando pacientemente nuestro cansancio de horas. Al verlo respiré aliviada. ¿Dónde podríamos ir? Sí; mejor a mi casa. Seguramente Ignacio iba a pedirme que le indicara la dirección.

Abrió la portezuela de la derecha y me acomodé en el asiento, que me recibió con húmeda frialdad. Ignacio ocupó su sitio. Dos portazos duros y metálicos resonaron en la noche aislándonos del mundo. Pero esta vez el coche no se puso en marcha y comprendí que nuestro destino no estaba en ningún lugar.

Tenía las manos heladas y no sentía los pies. Empecé a temblar de forma compulsiva. Ignacio tomó mis manos y las devolvió el calor perdido frotándolas con fuerza. Apoyé la cabeza en su pecho, y hubiera querido dormir eternamente sin dejar de sentir tan cerca los golpes de su sangre.

Permanecimos así durante largo rato. Los cristales del coche perdían su transparencia ayudados por el calor de nuestros cuerpos. Me incorporé un instante, y con el dedo índice escribí tres palabras en el parabrisas: *No me dejes*. Pero las primeras luces del amanecer, indiscretas y crueles, atravesaron la silueta de las letras y nos invadieron sin piedad.

*El sol está naciendo, murió mi sueño.
La vida y las gentes se están vistiendo
y tú tienes que irte con todos ellos...*

Puso un dedo en mis labios y acalló la canción que entonaba para él.

—Tengo que irme, Andrea. Una fuerza superior a mi voluntad me impide quedarme contigo. Ellos me esperan.

—*Ellos* te tienen siempre y a *mí* no me has dedicado ni siquiera un día completo de tu vida.

Me cerró la boca con un beso, se separó con brusquedad y giró la llave del motor.

—¡Vamos! Te dejo en tu casa.

Antes de que el coche se pusiera en marcha, abrí la puerta, salí precipitadamente y salté sobre la acera.

—Vete ya. El viaje es largo. Bárcena está lejos y mi casa está ahí al lado —dije con la voz rota aguantando las lágrimas.

Sin mirar atrás, me alejé del coche deprisa. Me llamó, pero yo no quise girar la cabeza para evitar que viera mi llanto. Oí cómo el coche se alejaba, calle arriba, y me perdí en el despertar de la ciudad.

Madrid volvía a la vida y yo dejé que mis lágrimas cayeran silenciosas entre el ruido de los coches, el parpadeo de los semáforos y las cristaleras iluminadas de los escaparates, donde se asomaban elegantes mujeres inanimadas, sin corazón y sin cerebro; de labios de hielo y piel de hielo, inmunes y envidiables tras su elegancia de cartón.

Hasta la acera llegaba el tintineo de tazas y cucharillas y el olor a café, pero yo seguía caminando con la intención de ser devorada por alguna de las múltiples bocas de la ciudad. Después, el traqueteo del metro y las prisas de la multitud. Me sentí perdida entre aquella muchedumbre que me aplastaba en el vagón ajena a mi dolor. Me encogí en el asiento y quise desaparecer.

Las puertas se abrían y cerraban para tragarse y escupir a cientos de pasajeros presurosos, de

rostros impersonales, pero yo permanecía allí, viendo cómo las estaciones se sucedían de forma circular. Sin ningún deseo de enfrentarme a la vida que me esperaba fuera del túnel. No quería pensar, ni sentir, ni llorar, ni siquiera soñar que estaba soñando, para no tener que despertar al dolor renovado. Y llegué a la conclusión de que la anestesia era, sin duda, el estado perfecto.

El día después

Los ruidos familiares de Charo en la cocina fueron abriéndose paso en mi cerebro embotado. Eran las dos de la tarde. Me dolía la cabeza, y los recuerdos del día anterior tardaron unos segundos en hacerse presentes: la imagen de Ignacio remando en el estanque, la magia de sus labios y de su piel junto a los árboles estremecidos; la huida febril a través del *Paráiso*, la monotonía envidiable de la mujer del tabernero, el callejeo errante por la madrugada paseando una desilusión; el bullir de la gente aplastándome en el metro... Pero, atropellando todo lo demás, unas palabras doliéndome a golpes en las sienes: «No podemos seguir viéndonos, Andrea. Debes entenderlo y me tienes que ayudar».

La cabeza me ardía y tenía el estómago revuelto. Me incorporé despacio, pero enseguida tuve que volver a la posición horizontal. Los enormes ramilletes rojos de las paredes de la habitación giraban en torno a mí, recordándome el decorado de aquellas atracciones vertiginosas de las ferias de San Isidro, que tanto me gustaban en mis años de adolescente. Cerré los ojos y traté de contener la náusea creciente.

El estridente chirriar del somier debió de poner sobre aviso a Charo de mi vuelta a la vida. Al cabo de breves segundos, entró con sigilo en la habitación y pude oír sus pasos acercarse a la cama. Noté su mano fría en mi frente y me sentí reconfortada. Fui despegando los párpados despacio y me encontré con sus ojos oscuros, más grandes y expresivos, que me observaban interrogadores.

—¿Qué ha pasado, Andrea? Me tenías preocupada. Esta mañana cuando llegaste no estabas en condiciones de hablar y tenías que dormir, pero ahora no tienes excusa.

Miré el despertador y me incorporé asustada.

—Son más de las dos. ¡Tenía que estar en la clínica! ¿Has llamado a Fernando?

—Tranquila. Claro que lo he llamado; tú no estabas en condiciones de hacerlo. Lo que no le he dicho es el estado en que llegaste a casa esta mañana; seguro que se hubiera presentado aquí inmediatamente. Aunque, bien mirado, quizá hubiera sido lo mejor.

—Gracias, Charo —dije arrebujándome entre las sábanas—. No hay nadie como tú.

—Bueno, bueno. Déjate de cumplidos y vamos al grano.

Volví a incorporarme; esta vez las flores rojas permanecieron en su lugar.

—¿Puedes traerme una manzanilla?

Asintió con la cabeza y salió de la habitación al tiempo que decía:

—Cuando vuelva, te cobraré mis servicios.

Conocía bien a Charo, y sabía que detrás de aquel tono superficial trataba de enmascarar un gran desasosiego. No estaba en condiciones de resistirme. Más bien al contrario, necesitaba liberarme de aquella angustia que me devoraba por dentro. Y Charo supo de los avatares de mi amor por Ignacio, y conoció los pormenores de lo ocurrido aquella noche, y llegó a comprender la causa de mi enajenación, cuando por la mañana me encontró detrás de la puerta con el cuerpo helado y los ojos enrojecidos por el llanto.

Durante los días siguientes intenté normalizar mi vida, al menos en lo concerniente al trabajo. Al volver de la clínica, lo primero que hacía era abrir el buzón con la esperanza de encontrar una carta que me devolviera las ganas de vivir. Pero la carta no llegaba, y yo me metía en la cama a la espera de que algo parecido al sueño trajera a mi subconsciente la imagen de Ignacio.

Charo llegó a temer por mi salud. No sabía qué hacer para sacarme de aquel estado. Un día, eran unas entradas para ver una película de estreno; otro, unas invitaciones para un concierto de piano, y algún fin de semana, una excursión a la sierra. Yo me dejaba llevar, aunque mi mente seguía lejos.

—Agradezco lo que estás haciendo por mí, pero sólo puedo pensar en Ignacio. Quiero verlo una vez más. Tengo que hablar con él; no puede haberse olvidado... Yo lo sentí temblar conmigo... Sé que sus ojos no mentían, ni su piel, ni su boca... Si no lo veo pronto creo que voy a perder la cordura.

Mi actitud obligaba a Charo a ser tajante, guiada por la sola intención de hacerme reaccionar.

—Por Dios, Andrea. Tienes que razonar y, aunque te duela, aceptar que su camino está trazado. Por lo que veo, no parece que quiera volver atrás.

—¿Y cómo explicas su comportamiento en Bárcena, cómo justificas su reacción el día de la tormenta o, sin ir más lejos, lo que pudo haber ocurrido en el Retiro?

—Nunca he dicho que no te quisiera, aunque lo que sí veo claro es que no parece dispuesto a dar el paso definitivo. Puede que por egoísmo, por comodidad... No sé... por lo que me has contado, Ignacio es de los que saben *nadar y guardar la ropa*.

—No es eso, Charo. Lo que yo vivo como la expresión más perfecta del amor, para él es una traición; algo horrible que lo hunde en un pozo de remordimientos.

—Pero lo que no puede hacer es amarte hoy y arrepentirse mañana. Coger alegremente el teléfono y decirte que te echa de menos, hacer cuatrocientos kilómetros para encontrarse contigo, y terminar huyendo dejándote tirada en la noche —dijo con rabia.

Las palabras de Charo me dolieron. Quizá más por Ignacio que por mí misma.

—No seas tan dura con él. Tiene que haber una causa. Necesito entender sus motivos. Dime qué puedo hacer. ¡Ayúdame!

—Voy a ayudarte, Andrea —concluyó pensativa—. No sé todavía cómo, pero te voy a ayudar.

Como si adivinara lo que estaba sucediendo, Leonor me llamó por teléfono al día siguiente muy temprano. Por el tono de su voz y por el desarrollo de la conversación, pude deducir la intranquilidad y las sospechas que el viaje repentino de Ignacio habían suscitado en ella.

—Soy yo, Andrea. ¿Cómo va todo por Madrid?

—Muy bien, pero... ¡qué sorpresa, Leonor! ¿Dónde está?

—Te llamo desde la Central de Teléfonos de Santander. He venido con mi sobrino esta mañana... No sé por qué, pero estos días no para en Bárcena. Lo veo nervioso, muy raro... hecho un *trasgu*, como se dice por aquí. Todo el día con el coche para arriba y para abajo. ¿Has sabido algo de él últimamente?

La pregunta de Leonor me desconcertó, sin embargo me sobrepuse e intenté ganar tiempo antes de responder.

—No... pero ¿cómo se encuentra usted, Leonor? No olvide que debe venir a la revisión anual. Me prometió que en noviembre...

—Yo estoy como un roble —me interrumpió de repente sin dejarme terminar la frase—; ya me viste en el verano. Pero... no me has respondido y me preocupa mucho lo que tengas que decirme

sobre Ignacio. Un día me dijo que se iba a un congreso a Oviedo; miré los kilómetros del coche y vi que había ido más lejos.

Leonor había sido directa y no disimulaba su preocupación. Quizá mereciera conocer la verdad que presentía y, quizá también, su inteligencia y su especial sensibilidad la hubieran ayudado a comprenderla. Pero supe reaccionar a tiempo, y rechacé de inmediato la idea de abrirme a ella como parecía que me estaba pidiendo. De qué serviría incrementar su preocupación si las palabras pronunciadas por Ignacio el día de nuestro encuentro, y sus silencios de las últimas semanas, dejaban bien claras sus intenciones. Desgraciadamente no había motivos para alarmarla de forma innecesaria.

—No sé qué quiere decir, Leonor. Desde que nos despedimos en Lebeña, no he vuelto a saber nada de ustedes hasta hoy. Pero, dígame, ¿qué es lo que le preocupa?

—No te podría decir, hija. En vacaciones, a veces me parecía que estabais raros... bueno, raros precisamente no; como si entre vosotros hubiera algo... tú ya me entiendes... Sobre todo el día de tu marcha, en la estación... Y luego, Ignacio andaba como ido. Me gustaría hablar contigo... Éstos no son asuntos para tratarlos por teléfono.

—¿Qué cosas dice, Leonor! —añadí forzando una carcajada—. A mí también me gustaría mucho hablar con usted, pero no de esto, porque no hay nada que hablar. Ignacio no me ha llamado, ni me ha escrito, ni ha venido a Madrid. No tiene por qué preocuparse.

Sin poder evitarlo, un sentimiento de dolor y despecho se me escapó con las palabras. Quizá Leonor se diera cuenta de que no quería hablar del tema; por eso no siguió insistiendo.

—Esta cabina se lo traga todo, hija; traía un montón de pesetas y he metido la última. ¡Escríbeme, Andrea!

—Sí, Leonor. Cuídese mucho.

Durante el resto del día no pude olvidar aquella llamada. Cuando regresé de la clínica me dolía tanto la cabeza que fui directamente a la mesilla de noche en busca de una aspirina. La caja estaba vacía y no me encontraba con fuerzas para salir de nuevo a la calle. Entré en la habitación de Charo con la intención de encontrar algún analgésico para aliviar aquella jaqueca, que ya se estaba convirtiendo en habitual. Me acerqué a la cama, y enseguida llamaron mi atención unas cuartillas manuscritas que se dejaban ver debajo de la almohada. Mi intuición me dijo que aquello tenía que ver conmigo y no pude resistir la tentación de comprobarlo. Desdoblé el papel y apuré su contenido casi sin respirar.

Madrid, 8 de noviembre de 1974

Ignacio:

Lo primero que voy a hacer, incluso antes de presentarme, es pedirte disculpas por haberme atribuido el derecho de incursión en tu ámbito privado. Soy Charo; supongo que Andrea te habrá hablado de mí en alguna ocasión, como yo hablo de Andrea cuando estoy con mis amigos. Tengo que decirte, para justificar mi atrevimiento, que ella es para mí como una hermana. La aprecio y la quiero desde los años de internado y, también desde entonces, no hay secretos entre nosotras. Dejo esto sentado, por una parte como credencial que me convierte en voz autorizada, y por otra, para que comprendas el motivo de estas líneas.

Respeto tus creencias religiosas y tu opción de vida, de la misma forma que lo haría si fueras ateo o monje tibetano, pero, y aquí sí que me vas a perdonar, no puedo entender que involucres a

Andrea en tus indecisiones; en ese juego del quiero y no puedo que tanto daño le está causando. Nunca había amado a nadie como te ama ti, y este sentimiento la está destrozando. Si fueras un hombre normal, y, por favor, quiero que entiendas el sentido que pretendo dar a esta palabra, no te diría las cosas con la claridad que lo estoy haciendo, pero eres cura y eso debe conferirte una responsabilidad especial.

No sé si el hecho de conocer a Andrea te ha llevado a cuestionarte tu celibato. No tengo nada en contra de la castidad, libremente elegida y vivida libremente, ¡allá cada cual con su conciencia! Pero sí estoy en contra del pretendido afán de la Iglesia por mantener a ultranza las apariencias. ¿Por qué la jerarquía no acepta de una vez que se están dando situaciones aberrantes, causadas por la imposición de una norma disciplinaria que atenta contra la propia inclinación de la naturaleza humana? ¿Quién ignora que muchos sacerdotes están viviendo un verdadero calvario obligados a llevar una doble vida? ¿O es que se piensa que aceptando la debilidad de la carne se perdería el liderazgo sobre las conciencias? A veces creo, y me gustaría equivocarme, que el problema es sólo eso, una mera cuestión de poder, y el precio del poder es en este caso la hipocresía.

Vuelvo a rogarte que me disculpes, pero me gusta llamar a las cosas por su nombre, y, aunque prefiero el papel de abogado defensor al de fiscal, sería una temeridad reprobable que, si no te has cuestionado siquiera tus votos, sigas dando pasos por caminos que te conduzcan hacia Andrea. Si os seguís viendo, la historia podría terminar en cama y, ante esa posibilidad, me atrevo a preguntarte cuál sería tu planteamiento.

Me gustaría conocer tu opinión al respecto y, si mis palabras te han ofendido, o mis juicios te parecen erróneos, te agradecería también que me lo hicieras saber.

A la espera de tu carta se despide con un cordial saludo

Charo

Charo había sido férrea en la forma y en los argumentos. Aunque pensé que se había excedido, no tuve fuerzas para intervenir. Doblé las cuartillas, las volví a dejar debajo de la almohada, tal como las había encontrado, y salí de la habitación. Charo acababa de darme una prueba más del valor de la amistad.

La respuesta de Ignacio no se hizo esperar. Cuando la carta llegó a mis manos, la leí tantas veces que su contenido se quedó para siempre en esos rincones de la memoria donde se guardan las cosas que dejan en el alma una huella indeleble.

Bárcena, 21 de noviembre de 1974

Estimada Charo:

No podría quedar sin respuesta una carta como la que has escrito; por un lado, por su valentía, y por otro, porque yo también quiero dejar sentadas algunas cosas que espero puedan ayudarte a entender lo que tú llamas mis indecisiones.

Desde mi juventud creí tener clara mi vocación de entrega a los asuntos de Dios, y hace poco más de dos años decidí que esa entrega sería en cuerpo y alma y para siempre. A partir de ese día

tengo un compromiso sagrado y de por vida, porque ese día también hice votos solemnes de mantenerlo de forma perpetua.

Nunca pude imaginar que sucediera lo que ha sucedido, puedes creerme. Cuando la enfermedad de mi tía me llevó a Madrid y conocí a Andrea, tuve miedo e intenté apartarme de ella. Y no sólo tuve miedo de sus ojos, de su pelo o de su cuerpo, sino también de su carácter y de su tenacidad, de su valentía y de su espíritu de trabajo. Al dejar Madrid, un mes más tarde, ya sentí que Andrea me había tocado el corazón. Durante los meses que siguieron a nuestro retorno, intenté borrar su recuerdo, pero su estancia en Bárcena el pasado verano desató los sentimientos, que se nos escaparon sin que ninguno de los dos pudiéramos evitarlo.

Acepto mi grado especial de responsabilidad y, sin embargo, en mi defensa digo con san Pablo que «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», aunque nunca se me haya pasado por la imaginación siquiera que la historia pudiera terminar en cama, como tú parece apuntar; por ello, tampoco he llegado a ningún planteamiento al respecto.

Amo a Andrea, pero soy sacerdote y quiero seguir siéndolo. Nunca me he cuestionado mi celibato; por eso mismo, Andrea y yo no podemos seguir viéndonos. Ahora estoy viviendo dividido, cuando mi única preocupación deben ser los asuntos de Dios y cómo agradarle.

Esta es mi opinión, ya que me la pides. Yo también quiero llamar a las cosas por su nombre, y estoy de acuerdo contigo en que sería una temeridad seguir por un camino que sólo podría conducirnos a la destrucción.

Espero que comprendas mi actitud y que ayudes a Andrea a comprenderla también.

Un atento saludo.

Ignacio

Inexplicablemente y en contra de lo que dijera en su carta, un mes más tarde Ignacio volvió a Madrid. Supe después que había quedado con Charo en una cafetería próxima a la clínica para hablar de mí. Llevaron la entrevista en absoluto secreto. Ella le pidió disculpas por los juicios vertidos en su carta acerca de nuestra relación, aprovechó la ocasión para devolverle su respuesta, y le hizo partícipe del desencanto que en mí había causado, aunque esto yo no lo sabría hasta más adelante.

—Andrea está muy dolida. Si quieres alejarte de ella como parece que muestran estas líneas, hazlo ahora. Es el mejor momento. Desaparece hoy mismo. Sin verla. Ella no te buscará si tú no das el primer paso, pero, óyelo bien, si la buscas, la vas a encontrar con todas las consecuencias.

Las palabras de Charo no tardaron en tener la reacción más inesperada. Esa misma tarde, mi tardanza en regresar a casa la llevó a pensar que tendría que cuestionarse sus dotes de persuasión, tan importantes en el ejercicio de su profesión como abogado —eso me diría más tarde—, y que la voluntad de Ignacio no era tan firme como él pretendía transmitir.

Ignacio me buscó aquella tarde de diciembre cuando las luces del crepúsculo herían el cielo, y me encontró con todas las consecuencias, como Charo había vaticinado. Al salir de la clínica me esperaba con la expresión de un niño sorprendido en una travesura. Mi corazón saltó a su encuentro antes que yo, y nos apretamos en un abrazo largo y mudo, como si a nuestros cuerpos les sobraran las palabras para contarse lo que estaban sintiendo.

Caminamos sin norte durante horas, bebiéndonos los ojos y los labios, sin romper siquiera un instante el contacto entre su cuerpo y el mío. El deseo iba creciendo y ya no bastaban las miradas que todo lo expresaban, ni las manos hambrientas de caricias, ni los labios que se buscaban con ansia. Y sin saber muy bien cómo, nos encontramos en el interior de un taxi en dirección hacia lo inevitable. Los dedos de Ignacio se escondían bajo mi abrigo y caminaban libres por mi cuerpo. Mis labios volcaban en sus oídos palabras prisioneras de la ausencia.

—¡Cómo he deseado que llegara este momento! ¿Recuerdas la noche del Retiro? —dije muy despacio.

—No he podido pensar en otra cosa.

—¿Y sabes de qué me arrepiento?

—Lo sé —respondió muy seguro, mientras me envolvía en una mirada que hizo saltar fuego en mi cuerpo.

—Dímelo, si es que te atreves.

—De lo que no ocurrió.

El taxi se detuvo en seco, y se rompió el hechizo de aquel momento único e irrepetible.

Abrí la puerta de casa y encontré en el suelo una escueta misiva.

Andrea:

Esta noche llegaré tarde. Espero y deseo que aproveches mi ausencia.

Charo

Entendí que mi amiga se había cansado de esperarme y había imaginado la causa de mi retraso.

Nuestros cuerpos, enlazados por el nudo del deseo, se apretaban con codicia. Quizá sabían, porque el instinto es sabio, que no habría más noches como aquella noche. Los argumentos, el compromiso, el pudor, las razones y los temores se habían quedado en el suelo abandonados entre nuestras ropas. La primera vez nos amamos con prisa, desesperadamente, y los viejos muelles del somier se hicieron eco del lenguaje jadeante del placer, que nuestra inexperiencia estrenaba con sorpresa en la soledad de aquel piso abuhardillado de la calle de Eduardo Dato. Una vez superada la laxitud de los primeros minutos, volvíamos al principio, y nuestra piel se buscaba con renovado afán. Sus dedos, incrédulos, exploraban los rincones de mi piel; sus manos ascendían aprisionando mis senos, sus labios besaban mis pezones, que se endurecían al contacto de la humedad caliente de su boca. Y mi cuerpo se entregó al juego de la pasión con ansia y sin reservas, hasta convertirse en una prolongación de su cuerpo. Lo sentía dentro de mí quemándome las entrañas y, en la exaltación del gozo, los dos gemíamos y nos convulsionábamos, hasta que bañados en sudor caímos en una especie de desmayo indulgente, mientras que una lluvia cálida y suave me calaba hasta la médula.

Estaba llena de Ignacio. Había sembrado de amor mi carne. Había inundado mi vientre con su semilla. Entonces, y sólo entonces, tuve la seguridad de que había tocado el cielo con los dedos.

Terminamos extenuados, con las manos y las piernas enlazadas. Mi cabeza se apoyaba en su pecho y sentía en mi frente el calor de su respiración. *Te quiero, Ignacio... Dime que no he*

soñado, le decían mis dedos, mientras dibujaban el contorno de su cara y describían círculos imperceptibles en su hombro.

Esperé una respuesta de sus manos; deseé una caricia de su boca, pero sólo oía el silencio; un silencio negro en el que se perdía su respiración lenta y regular.

Me incorporé y besé su frente, todavía sudorosa, pero no dijo nada. Acerqué mi boca a su oído y pregunté muy despacio:

—¿Estás dormido?

—Cómo podría dormir después de lo que ha pasado.

—*Lo que ha pasado*, sabíamos los dos que sucedería; para mí ha sido lo más grande que he vivido nunca. Como morirse juntos y volver a la vida. Desde hoy, sé que siempre te llevaré dentro; hasta cuando no estés conmigo.

Ignacio permanecía callado y, aunque no podía ver la expresión de su cara, lo sentía distante; como si el fuego de minutos atrás se hubiera ahogado en las cenizas de los remordimientos. Y evoqué con tristeza su huida, no tan lejana, por el paseo central de los jardines del Retiro.

Al fin, su voz cortó la madrugada y sus palabras cercenaron mi esperanza.

—¡Ahora entiendo que la gente se suicide! —exclamó con acento abatido.

Me quedé paralizada y las caricias se me helaron en los dedos. Aparté mi cabeza de su pecho y me recosté sobre la almohada.

—No te preocupes; pase lo que pase, nadie lo va a saber —dije rompiendo el contacto entre nuestros cuerpos.

Todavía esperé unas palabras, quise ignorar lo que había oído, quise creer que sus sentimientos hacia mí serían más fuertes que las normas ancestrales e hipócritas que nos separaban. Deseé que me dijera que no importaban las consecuencias de aquella noche, que ya sólo le quedaba una cosa por lograr para ser un *hombre completo*: el hijo que podría venir. Inútil espera. El silencio se estiraba envolviéndome de oscuridad. Cerré los ojos y me encogí sobre mí misma en posición fetal, como si quisiera volver al vientre de mi madre, empequeñecerme, desaparecer.

«Ahora entiendo que la gente se suicide». ¿Cómo habría podido siquiera pensarlo? Aquellas palabras no le correspondían... «Suceda lo que suceda, nadie lo va a saber», me repetía sin cesar.

Oí la llave girar en la cerradura y los pasos sigilosos de Charo en el pasillo. No quería pensar, no quería sentir. Mejor convertirme en mujer inanimada. Sin corazón y sin cerebro. Con labios de hielo y piel de hielo; como las maniqués de los escaparates. Al fin, el agotamiento y la fatiga moral acabaron hundiendo mi conciencia en un sueño intranquilo poblado de pesadillas.

Supervivencia

La luz del alba vino una vez más a arrancarme a Ignacio de la piel poniendo fin a la noche. Durante los días siguientes, sus últimas palabras no abandonaron mi cabeza un instante, y no dejaba de evocar la desesperación que expresaban sus ojos, aquel mismo día, cuando nos decíamos un adiós eterno.

—Andrea, no me llames, ni me escribas. No podré entregarme a mis tareas parroquiales mientras viva esperando una llamada tuya, o temiendo que el cartero pueda dejar un sobre con tu letra. Tengo que renacer al espíritu; volver a ser digno servidor de Dios. ¡Ayúdame!

—¿De verdad es eso lo que quieres? —le pregunté, más con la ilusión que con la convicción de que no tendría valor para responder afirmativamente.

—Así es como debe ser, muy a pesar de lo que queramos los dos.

Me miró a los ojos como si en mis manos estuviera la salvación de su alma. Su mirada brillaba con una luz extraña, delatora de los sentimientos contrapuestos que en ese momento confundían su espíritu.

—No sé si voy a poder —dije muy despacio.

—Eres fuerte, Andrea. Tú sabes bien que si me llamas no podré resistir.

Puso sus manos sobre mis hombros, los apretó un instante con fuerza, dejó un beso apresurado en mi frente y huyó hacia la boca del metro.

No pude ver su cara, pero quise imaginar un ahogado *te quiero*, mientras a grandes zancadas ponía distancia entre los dos.

Perdí la fuerza que me otorgaba su presencia y me sentí desvalida y pequeña, como si hubiera vuelto a la niñez; como aquel primer día de internado cuando mi padre me dejó llorando detrás de la verja del colegio, y yo experimenté aquella absoluta sensación de orfandad.

Y me quedé paralizada en medio de la acera sin saber adónde ir. No sé las horas que transcurrieron por mi caminar ausente... Las familiares campanadas de La Puerta del Sol me devolvieron perezosamente a la vida, no sin que yo pusiera resistencia.

Los signos navideños de luces y sonidos bombardeaban mis pupilas y aporreaban mis tímpanos. Las lágrimas, que fluían sin control de mis ojos, se mezclaban con la mansa y fría lluvia que caía sobre el pavimento.

Me pareció que el cielo lloraba también conmigo, poniendo reflejos de cristal a la noche.

Aquellas Navidades de 1974 las recuerdo como las peores de mi vida. Ni una carta. Ni una llamada que encandilara la esperanza muerta. Habían pasado tres interminables semanas y seguía sin saber nada de Ignacio. Me dolían por igual su silencio y su ausencia. No me acostumbraba a aquellas horas vacías y largas, a aquellos días circulares, sin principio ni fin, donde el insomnio rompía la barrera biológica del sueño.

No había días ni noches. Eran horas, momentos, ensoñaciones, pesadillas. Hubiera deseado anestesiarme a mí misma, como hacía con mis pacientes, para no sentir amor ni dolor, para no

pensar ni esperar. La anestesia era el estado perfecto. Ni espíritu ni cuerpo. Lo malo sería tener que despertar con el dolor renovado de la herida abierta.

Ignacio no venía, no llamaba, no escribía y yo quería llamar, quería escribir y quería correr a su lado.

Cada noche, me dirigía a mi habitación con la certeza de que las horas del reloj pesarían como una losa sobre mi espíritu. Me dejaba caer sobre la cama y sentía el rebote de mi cuerpo casi con dolor. Y así permanecía. Inmóvil. Con los ojos hacia arriba agujereando la oscuridad. No quería hacer otra cosa. Allí, en la soledad de mi dormitorio, tenía que aprender a anestesiar mis sentimientos por una razón de supervivencia. Cambiaba los barbitúricos por un ejercicio de control mental, precedido de la relajación de cada músculo de mi cuerpo. Pero antes de llegar a ese estadio, tenía que librar un doloroso juego que, con el tiempo, llegaría a denominar *la partida de tenis*. Yo era la única jugadora; mejor dicho, mi *yo-razón*, con mi *yo-sentimientos*; mi mente contra mi corazón. El juego consistía en aplastar el amor irracional que sentía por Ignacio. El deseo que invadía mi piel en su ausencia. La desesperación que me provocaba su abandono. *Tienes que llamarlo*. No. Has llegado tarde a su vida; no se pertenece ni podrá nunca pertenecerte. *¡Olvidalo! No seas cobarde, Andrea. Él te quiere por encima de su compromiso. Lucha. Búscalo. Sabes que no podrá resistirse a tu llamada; acuérdate de lo que decía en su carta y luego... ¡ya viste dónde terminaron sus palabras!* No puedes; si lo hicieras, sólo serviría para hundirlo, y hundirte tú también, en un pozo sin fondo en el que terminaríais pereciendo los dos... *Ignacio va a volver; es más fuerte su deseo que sus votos...* No sueñes. No volverás a verlo. Olvidalo.

La lucha terminaba, y mi cuerpo, cansado, ya se encontraba en condiciones de iniciar la fase de control, hasta llegar a un estado de relax, a un abotargamiento de los sentidos acompañado de un sueño breve y agitado.

Es curioso. Me he dado cuenta de que mi relato sigue un paralelismo cronológico, caprichosamente coincidente en el calendario, aunque separado por más de veinticinco años de distancia. La Navidad se acerca y, por primera vez, voy a vivirla sin mi hijo. Me gustaría volar hasta Kinshasa, remontar el río y llegar a Mbandaka. Desde allí, ¡ya me las arreglaría para encontrarlo! Hoy se cumplen dos meses desde que recibí su última carta y no parece que tenga muchas ganas de escribir. ¿Estará enfermo? ¿Qué le habrá sucedido? Me aterra pensar en las revueltas que conmocionan el país desde el 98. A veces, mi imaginación se desborda, y temo que se repitan aquellos terribles ataques de la guerrilla, como sucedió hace cuatro años. Tengo que dejar de pensar. Mañana hablaré con Fernando y él me ayudará a objetivar las cosas.

Esta noche no puedo concentrarme, ni me apetece escribir en pasado; prefiero sustituir mis recuerdos por algún documento vivo de aquellos días. He subido al desván y he buscado en el viejo baúl de madera descascarillada. Entre las muchas hojas manuscritas, que los años han hecho amarillear, he seleccionado una, por ser el contrapunto que mejor expresaba el esfuerzo del subconsciente por sobrevivir al desamor.

Al alba, como tantas otras veces, me he despertado agarrada a las imágenes que mi subconsciente me regala trayéndote a mis sueños. Siempre se repiten. Tú estás a cierta distancia de mí; nos miramos con el amor en los ojos, pero siempre hay alguien que nos mira también.

El escenario es parte de tu mundo y de tus gentes. Sin darnos cuenta, sin poder evitarlo, nos

acercamos el uno al otro con miedo a ser descubiertos... Nuestros sentimientos, tanto tiempo prisioneros, se nos escapan por los ojos, por los labios y por la piel. Nuestros cuerpos buscan un leve contacto, un roce inocente, que en mí tiene el efecto de la lluvia en el desierto después de la sequía.

Te has sentado muy cerca de mí. Casi sin mirarme, has rozado mis dedos con los tuyos. Tu rodilla, apenas intuida por la mía, se ha atrevido a una leve caricia de la que sólo los dos somos cómplices. Tus ojos color de miel encarcelan los míos, y los míos no quieren dejar la dulce prisión... El amor nos envuelve, nos aísla de todo lo que no sea *nosotros mismos*. Siento tu boca en mi oído que me recita palabras de amor adolescente; tus labios ensayan besos breves en mi cara, pero no se conforman y avanzan buscando mis labios. Y luego, en el momento en que van a chocar tu deseo y el mío, unos ojos extraños, que expresan reproche, contemplan la escena desde lejos. Tú te olvidas de ellos y me atas por la cintura. Nuestras bocas hambrientas se juntan y siento la gloria en el cuerpo. La felicidad no me cabe en el pecho, y su propia fuerza rompe el hechizo y me devuelve perezosamente al estado de vigilia. Yo me resisto y quiero hundirme otra vez en mi subconsciente para tenerte de nuevo.

No quiero mover la mano que ha rozado la tuya; ni la boca que me unía a ti. No quiero abrir los ojos, que han disfrutado de tu imagen. Pero los minutos pasan y la realidad inevitable se impone. Tú te vas desvaneciendo lentamente, como el arco iris se pierde en el cielo cuando las nubes cubren el sol. Me levanto como si flotara, ebria todavía de gozo, y esta sensación perdura las primeras horas del día. «El sol está naciendo, murió mi sueño». Mis sensaciones terminan muriendo también, y sólo me queda el consuelo de escribirlas para hacerlas inmortales.

A veces me pregunto si te ocurrirá a ti lo mismo; si nuestro amor será más fuerte que esta terrible ausencia; si sentirás mis sueños y en ellos mi piel, mis ojos en los tuyos, mis palabras en tu oído y mi boca en tu boca. ¿O será tan sólo un delirio de mi subconsciente?

Aunque así fuera, ¡bendita sea esta quimera que me hace vibrar, que borra el espacio y el tiempo y me regala tu imagen intacta! ¡Benditas tus caricias, mientras llenen mi vida de este amor que se materializa, que se hace inmortal y se lleva la oscuridad de mis noches!

Casi treinta años, y todavía mi corazón es capaz de estremecerse. Toda una vida, y las lágrimas me duelen en los ojos hasta borrármeme las letras, que afortunadamente puedo reconstruir porque las llevo grabadas en la sangre. He terminado la lectura y he vuelto a plegar el papel por las dobleces agrietadas por el tiempo. ¡Cuántas veces he vivido este sueño! Han pasado los años y mi memoria lo guarda intacto, para ofrecérmelo como un don de la oscuridad, que quizá quiera desagraviarme por tantas noches de soledad y desencuentros.

Estoy cansada. Son ya muchos meses los que llevo volcada en estos folios hasta altas horas de la madrugada. El esfuerzo emocional y la falta de sueño han hecho mella en mi cara. Esta mañana, cuando estaba delante del espejo dispuesta a ponerme la sombra de siempre en los párpados, me he dado cuenta de los surcos violáceos que enmarcan mis ojos; de los hilos de fuego de mi pelo, que se apagan deprisa trocándose en cenizas; del paréntesis de amargura que resta frescor a mi boca.

Fernando presiente que algo está sucediendo; lleva varias semanas observándome con manifiesta preocupación, y hoy mismo, en la comida, me ha sugerido que me haga un chequeo.

—¿Qué pasa, Andrea? Desde hace tiempo pareces cansada. Veo que muchos días dejas el plato casi intacto. Estás excesivamente delgada y creo que sería conveniente que te hicieras una

revisión completa.

—No exageres; me encuentro perfectamente. Un poco baja de moral, eso sí, pero quizá sean cosas propias de la edad. Puede que tenga que ver con la ausencia de Enrique, a la que no logro acostumbrarme. Créeme, no hay motivos para preocuparse.

—De todas formas, pienso que deberías hacerte un análisis de sangre, aunque sólo sea por descartar cualquier problema.

He accedido, más por él que por mí misma, aunque estoy segura de que no hay más problema que el de mis largas vigiliadas desgranando recuerdos, que reviven las tormentas de mi existencia y dejan marcadas huellas a su paso.

Es verdad que muchos días se apodera de mi ánimo una gran tristeza y me cuesta trabajo todo lo que no sea recordar y escribir. Sólo el papel recibe mis confesiones. ¡Ojalá que mi hijo pueda leer pronto lo que estoy escribiendo! Desearía tenerlo hoy aquí. Conmigo. Esta mañana he oído en la radio que el propio presidente Kabila ha sido asesinado a manos de uno de sus hombres, y no puedo evitar mis temores. Tengo miedo a que la guerrilla se recrudezca; a que surjan rebeliones internas que puedan poner en peligro incluso la seguridad de las personas que están allí, como mi hijo, movidos únicamente por motivos humanitarios. Cómo me aliviaría poder hablar con Charo de mis miedos. Hoy mismo la llamaré por teléfono. Ojalá no estuviera tan lejos. Charo también se fue demasiado pronto. Se casó con un compañero y se instalaron en Barcelona. Al poco tiempo abrieron un bufete en la calle Pelayo, muy cerca de las Ramblas. Al principio nos escribíamos con frecuencia y hasta hicimos la promesa de visitarnos una vez al año, pero el trabajo, los hijos y el tiempo fueron distanciando nuestros encuentros. Con Charo me pasó lo mismo que a Leonor con Teresa. Creo que no me equivoco si digo que no la veo desde hace más de tres años.

Siento que la vida me ha ido robando a demasiadas personas queridas. A mi madre se la llevó el otoño; a Ignacio, la lluvia de un atardecer de diciembre; a mi hijo, un pájaro de plata que sin yo quererlo surcó los cielos. Demasiadas renunciadas impuestas, demasiadas soledades que van envejeciendo el alma y matando lentamente las ganas de vivir.

Esta tarde al regresar a casa me he dado cuenta del abandono en el que he caído. Se traduce en todo lo que me rodea: mi dormitorio, la cocina, el propio cuarto de estar donde me pierdo entre papeles y añoranzas; el jardín... Sobre todo el jardín. Desde que Enrique se fue, no he vuelto a ocuparme de las plantas. Ni siquiera he cortado las rosas secas, que cuelgan de las ramas desnudas de los rosales convertidas en frutos estériles; ni he recogido las hojas que el otoño ha dejado caer con generosidad cubriendo por completo el suelo.

Los ladridos insistentes de Gus han logrado imponerse al fin; quizá me estaba diciendo que echa de menos nuestros paseos de antaño. Yo necesitaba una bocanada de aire fresco y he salido fuera respondiendo a su llamada. Las hojas corrían empujadas por el viento, formando remolinos vertiginosos a su compás, y mis pies se han hundido expidiendo la alfombra del otoño tejida con amarillos, marrones y ocres. Gus se enredaba en mis piernas y saltaba nervioso celebrando mi compañía. Me ha conducido hacia la puerta de la verja y no he tenido fuerzas para negarme; los dos nos hemos perdido entre los pinos como tantas veces habíamos hecho. Él, desaparecía y volvía a aparecer en los recodos del camino; yo, aprovechaba para retornar al punto donde había dejado mis evocaciones.

También entonces, Fernando descubrió los surcos violáceos que rodeaban mis ojos y la extremada palidez de mi cara. Habíamos terminado de asistir a un parto gemelar, que al final

resultó menos difícil de lo previsto, por lo que mi intervención apenas si fue necesaria afortunadamente para mí, dadas las circunstancias.

Aquella mañana de finales de enero del 75, recuerdo que al levantarme de la cama tenía el estómago revuelto. No me dolía la cabeza; sin embargo, una sensación nueva y extraña acompañada de ansias y arcadas me obligó a correr al cuarto de baño. Pensé que me había sentado mal la cena, por eso tomé tan sólo una manzanilla antes de marcharme a la clínica. Las náuseas desaparecieron, pero la sensación de cosquilleo persistió durante todo el día.

Ya en la cafetería, en lugar del café de siempre, pedí que me sirvieran una infusión. Fernando me escudriñaba con la mirada, hasta que, sin poder contenerse, preguntó:

—¿Qué te pasa hoy, Andrea? Te he estado observando en el quirófano y me ha parecido que no tenías buen aspecto. ¿Te encuentras bien?

—Esta mañana me he levantado con el estómago revuelto. Creo que algo ha tenido que sentarme mal.

—Desde hace varios días te veo muy pálida.

—No creo que tenga importancia; sabes que la palidez es una de las notas habituales de mi cara.

—No es sólo eso; tienes ojeras y, sobre todo, me preocupa ese aire de ausencia y esa mirada triste que veo en tus ojos.

—No pasa nada, Fernando. Nada que pueda resolverse... de momento. Quizá, dentro de un tiempo.

—Los males del espíritu puede que sea el tiempo quien los resuelva, pero los del cuerpo tenemos que ser nosotros, los médicos. Insisto en que deberías decirle a Victoria que te extraiga una muestra de sangre y llevarla al laboratorio. Es posible que estés baja en hierro, y eso con unas simples pastillas se arregla.

—Últimamente duermo mal y no tengo demasiado apetito —dije tratando de justificar aquellos síntomas que a mi juicio Fernando magnificaba, y de los que yo aún no podía estar segura de su verdadero origen, aunque tuviera serias sospechas.

—Un día te dije que nada podría influir en nuestra amistad y hoy te digo lo mismo —manifestó invitándome a hablar.

Su mirada y sus palabras me desconcertaron y hubiera querido tener fuerzas para contarle lo que me estaba pasando, pero me resultaba demasiado difícil; por eso, únicamente pude añadir:

—Gracias, Fernando; creo que voy a necesitar tu amistad más que nunca.

Un silencio respetuoso por su parte siguió a mis palabras. No preguntó, ni yo tuve valor para explicarle la causa de la tristeza que había descubierto en mis ojos, aunque bastarían unas cuantas semanas para que las consecuencias del amor se hicieran visibles y una luz de esperanza volviera a brillarme en la mirada.

La vida

Fueron suficientes unos cuantos días para que conociera con certeza lo que ocurría en mi cuerpo. Las náuseas se repetían y no llegaban a desaparecer hasta bien entrada la mañana, cuando tomaba el desayuno en la clínica. Había sustituido el café de siempre por un vaso de leche, al que añadía un descafeinado y una tostada con mantequilla y mermelada.

Los cambios en mis hábitos alimenticios no pasaron desapercibidos para nadie, y mucho menos para Victoria. Aquella mañana estábamos las dos en la cafetería, y no dejaba de mirarme con ojos inquisitivos mientras yo intentaba tomar trabajosamente el último bocado.

—¿No tienes nada que decirme, Andrea? —preguntó en un tono casi confidencial.

—No te entiendo... —respondí con voz confusa.

—Me entiendes perfectamente y creo que por tu bien y el de tu hijo deberías hacerte las pruebas cuanto antes; para evitar posibles problemas.

La miré desconcertada. ¿Cómo lo habría sabido? Yo no había hablado con nadie de mis sospechas, ni siquiera con Charo. Victoria pareció averiguar mis pensamientos.

—Desde hace dos semanas vengo observando tus visitas diarias al servicio, siempre a primera hora de la mañana, y tu nariz enrojecida cuando sales limpiándote con disimulo después de los vómitos. Soy muy vieja y son ya demasiados años los que llevo leyendo la maternidad en la cara de las madres primerizas como tú. Hay cosas que no se pueden ocultar a los ojos de la experiencia.

Cogí el vaso y apuré el descafeinado. Estábamos solas. Los sonidos que hacían los camareros al recoger los servicios del desayuno llenaron el silencio impuesto por sus palabras. Después de unos segundos, miré a Victoria abiertamente.

—Me haré la prueba de embarazo, pero tienes que prometerme que no le dirás nada a Fernando.

Victoria me cogió una mano entre las suyas y añadió:

—No seas niña, Andrea; el doctor Antúnez lo sabe. ¿O es que no te has dado cuenta de cómo te miraba esta mañana en el quirófano?

—No creerás que Fernando tiene algo que ver con lo que me pasa.

—Claro que no; de eso estoy segura. La esperanza de un hijo le habría cambiado la mirada, y lo que veo en sus ojos es su preocupación por ti. Creo que debes hablar con el doctor Antúnez y ponerte en sus manos hasta que el niño nazca; nadie va a hacerlo mejor que él. Es un gran médico y un gran hombre. Me habría alegrado que fuera el padre de tu hijo.

Las últimas palabras de Victoria sonaron como un reproche, y me hicieron pensar que quizá sabía más de lo que yo imaginaba acerca de los sentimientos de Fernando. ¡Fernando! La sola idea de franquearme a él me producía un pánico insalvable. ¿Cómo iba a aceptar la noticia? No tenía valor para presentarme ante él y decirle que esperaba un hijo. Un hijo de Ignacio.

Mi conversación con Victoria fue la primera objetivación de la maternidad intuida y, desde ese momento, empecé a ser consciente de la magnitud de lo que estaba sucediendo dentro de mí.

Aunque no volviera a ver a Ignacio lo llevaría siempre conmigo. No podría tenerlo fuera, pero pronto empezaría a sentirlo palpitar en mi vientre. ¡Ignacio! Tal vez tuviera que decirle lo que ocurría, pero ¿acaso merecía saberlo? No. Ignacio no quería saber nada; su silencio de las últimas semanas era la prueba más evidente. Había dejado la semilla en la tierra y la había abandonado sin esperar siquiera las primeras lluvias. Se había marchado a *su tierra*, con *sus gentes*, para seguir sembrando palabras y recoger un día la cosecha de la felicidad eterna. No se había planteado siquiera que el fruto de la vida pudiera estar creciendo en mi vientre. ¿Acaso no era ésa una forma sublimada de egoísmo? Aquella manifestación desesperada de la última noche no dejaba de torturar mi recuerdo. No me parecía tan grave que entendiera el suicidio como el hecho de que se atreviera a expresarlo en aquellos momentos. Me resultó demasiado cruel para poder olvidarlo; no estaba dispuesta a volver a oír una atrocidad semejante de sus labios. Creo que fueron precisamente esas palabras —que ni siquiera quería recordar— las que me ayudaron a decidir el camino que debía tomar. Seguiría adelante con todas las consecuencias. Lo afrontaría sola. Mi hijo tenía que nacer. Vencería mi angustia y hablaría con Fernando. Me pondría en sus manos, porque en nadie podía confiar como confiaba en él.

Por suerte para mí, no fue necesario iniciar la conversación. Fernando me facilitó las cosas una mañana de marzo. Yo jugaba nerviosamente con un rayo de sol. Me entretenía en guiar sus oscilaciones desde la cucharilla de café al suelo, desde el suelo a las mesas, y de las mesas al techo de la cafetería. A aquella hora no había nadie excepto nosotros; quizá por eso aprovechó la ocasión para abordar el tema sin rodeos.

—Estás nerviosa, Andrea, y eso no es bueno en tu estado —dijo mirándome fijamente a los ojos.

Un golpe de calor me encendió el rostro, solté la cucharilla y traté de ocultarlo instintivamente con las manos.

—Llevo un mes esperando que me confíes tu secreto —siguió diciendo—, pero veo que no quieres hacerlo.

—No... no es eso... Has hablado con Victoria, ¿verdad? Ella es la única que lo sabe.

—¿Crees que necesito hablar con ella para saber lo que te pasa?

—Entiéndelo, Fernando. No me resulta nada fácil decirte que...

—¿Que estás esperando un hijo? Lo sé casi desde el principio. ¡O es que has olvidado que llevo una década ocupándome de ayudar a cientos de mujeres a traer hijos al mundo!

—Me siento mal, Fernando. No quiero que pienses que he callado por falta de confianza en ti. Tienes que saber que si no he hablado de esto contigo, es porque me aterraba pensar que pudiera causarte daño.

—¡Pues claro que me causa daño! Desde que tuve la evidencia de tu embarazo, he lamentado con todas mis fuerzas no haber sido yo el hombre que ha tenido la suerte de calar tan hondo en tu vida hasta el punto de hacerte enloquecer; que ha amado tu cuerpo y ha sentido tu piel, que ha sembrado tu vientre y ahora puede recoger el fruto... Me he preguntado mil veces por qué tuvo que cruzarse en nuestro camino, justo en el momento en que creí haber encontrado en ti una luz de esperanza para mi vida.

Las palabras de Fernando fluían con vehemencia; con la fuerza de los sentimientos que, impulsivamente, se le escapaban de la cárcel de la razón. La exaltación que producían en su ánimo acentuaba el azul acerado de su mirada.

Yo no sabía qué decir. Me sentía abrumada por su apasionada confesión y experimenté como nunca la necesidad de que me entendiera; de justificarme delante de él.

—Yo no lo busqué. Sucedió sin apenas darme cuenta... Un día comprendí que *él* se había convertido en el motivo más fuerte de mi existencia y no pude hacer nada por evitarlo.

Ahora era Fernando quien jugaba nerviosamente con la cucharilla, mientras que mis ojos se iban perdiendo en los recuerdos y mi cuerpo buscaba un punto donde apoyarse, con los codos clavados en la mesa y el mentón hundido entre las manos.

—¿Lo sabe *él*? —preguntó poniendo un especial énfasis en la última palabra, como si supiera bien a quién se estaba refiriendo.

Aquella pregunta me desconcertó. Me incorporé y le dirigí una mirada, sorprendida e interrogadora al mismo tiempo, que Fernando supo captar y tuvo la valentía de responder.

—Sí, Andrea; no tienes que decirme quién es el padre de tu hijo porque también lo sé. Desde tu vuelta de vacaciones empezaron mis sospechas; no sabría muy bien decirte por qué. Después, aquella llamada en mi despacho. Quería convencerme de que eran elucubraciones sin fundamento, hasta que un atardecer de diciembre pude ver, desde aquí mismo, cómo corrías hacia sus brazos.

Apreté mis ojos con las manos para que Fernando no pudiera ver las lágrimas que se empeñaban en escaparse deprisa, pero fue inútil; sentí que su húmeda tibieza empapaba mis dedos y me apresuré a enjugarlas con un gesto rápido. Un gusto salobre se infiltraba por las comisuras de mi boca, y una opresión dolorosa casi me impedía respirar. Pero la pregunta de Fernando vagaba aún en el aire esperando una respuesta y yo tenía que responder. Me sobrepuse a duras penas y dije al fin:

—*Él* no lo sabe.

—¿Y no has pensado que quizá debería saberlo? —volvió a preguntar.

—Si no ha preguntado, es que no quiere saber. Por mí nunca lo sabrá; está decidido.

—¿Eso qué significa, Andrea? No quiero indagar en tus razones, pero de sobra sabes que una decisión de esa índole exige valentía en una sociedad como la nuestra. No te va a ser fácil ser la madre y el padre de tu hijo al mismo tiempo.

—He pensado mucho en ello y tengo que admitir que a veces me faltan las fuerzas.

Fernando me miraba con un brillo extraño en los ojos que yo no podía interpretar. ¿Qué estaría pensando? Aquellas aguas azules se revolvían inquietas, y yo era incapaz de leer la lucha interior que estaba librando entre el amor que sentía por mí y los principios éticos que siempre habían guiado su práctica profesional y su vida. Al fin, unas palabras, salidas trabajosamente de sus labios, me hicieron comprender.

—No hagas nada que no quieras hacer, Andrea. Piénsalo bien... Tú no tendrías que viajar al extranjero... Estoy dispuesto a ayudarte. Sé libre y elige tu futuro.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué pretendía decirme? ¿Qué clase de ayuda me ofrecía? Durante el tiempo que llevaba trabajando a su lado, había tenido la oportunidad de comprobar en incontables ocasiones su conducta profesional intachable, siempre de parte de la vida. Muchas veces, había podido constatar su desaliento cuando, después de ímprobos esfuerzos, la naturaleza vencía a la ciencia destruyendo un proyecto de esperanza que empezaba a alentar en el corazón y en el cuerpo de una mujer. Pero ahora no se trataba de cualquier mujer. Ahora era yo y su corazón. Me parecía imposible, aunque estaba claro: Fernando estaba dispuesto a utilizar la ciencia con fines contrarios a sus principios. Creo que fue en ese momento cuando comprendí la fuerza de su sentimiento, que era capaz de empujarlo a obrar por encima de su conciencia, por encima de sí mismo. Yo era su tentación, pero no por la inmediatez o el impulso del placer, como lo había sido para Ignacio, sino para evitarme el sufrimiento de una maternidad inconveniente en una sociedad hipócrita, que no sabría entender el valor de mi verdad. Me di cuenta entonces de que yo era lo más importante para él, y que todo lo demás ocupaba un segundo plano en su vida.

Su mirada no se apartaba de mí. Casi podía sentir su abatimiento. El pesar que habían producido en él sus propias palabras se materializaba en torno a los dos hasta hacerse tangible.

Lo miré sin reparo y unas escuetas palabras, pronunciadas con timidez pero con firmeza, se llevaron la inquietud de su semblante.

—Necesito tu ayuda, Fernando; quiero que mi hijo nazca sano.

Respiró con fuerza, como si sus pulmones se hubieran liberado de una fuerte opresión, fijó en mí sus ojos con una mirada a la que volvía a asomar la calma, y dijo apretando mis manos unos instantes:

—Me alegro de que ésta sea tu decisión. No tienes por qué preocuparte; todo va a salir bien, ya lo verás.

Los dos nos levantamos a la vez, libres al fin de un gran peso. Desde ese momento, había puesto en manos de Fernando la vida de mi hijo, y mi espíritu, atormentado por la incertidumbre de las últimas semanas, recobró la tranquilidad perdida.

Por la noche, en la oscuridad de mi dormitorio, no podía apartar de mi recuerdo las palabras del profesor de filosofía aquella tarde de primavera, que por primera vez me parecía infinitamente lejana en el tiempo: «No sea ingenua, señorita Morales; la libertad no existe. Siempre actuamos guiados por el motivo más fuerte». ¿Cómo podía ser que unas causas ajenas a nosotros llegaran a tener un protagonismo tan determinante en nuestras acciones hasta el punto de cambiar el curso de nuestra historia personal? El último deseo de mi madre, la Universidad, el Profesor Antúnez, Leonor, Ignacio... ¡mi hijo! Palpé mi vientre y pude percibir que empezaba a crecer. Pasé mis dedos con suavidad por su incipiente redondez y sentí un palpito leve, casi inapreciable, algo así como el primer aleteo de la vida. Sin retirar mis manos, di media vuelta en la cama con la intención de dormir, pero la imagen de Ignacio, en contra de lo que ocurriera en otro tiempo, vino a turbar mi sueño. Aunque no pudiera arrancarlo de mi corazón, tenía que aprender a vivir sin la esperanza de su presencia en mi vida; tenía que adormecer el deseo que crecía con la noche poniendo en peligro mi decisión de mantenerlo al margen de mi secreto. La maternidad debía prevalecer de forma absoluta sobre aquel amor irracional que sentía por él. Viviría para mi hijo y encontraría en él la fuerza que necesitaba para ahogar aquellas ansias. «Estoy sola, y sola voy a continuar», me repetía a mí misma sin descanso, aunque este pensamiento sólo sirviese para aumentar el dolor que me causaba el abandono de Ignacio.

Sus motivos eran para mí incomprensibles; no podía ni quería entenderlos. ¿Qué fuerza humana o divina se atrevería a privarlo de experimentar la dicha que yo estaba sintiendo al acariciar la esperanza? No podía comprender que un Dios creador de la vida pudiera exigirle la renuncia a transmitir y disfrutar de esa misma vida. Pero en mis manos no estaba la potestad para cambiar unas leyes tan absurdas como hipócritas, y así, abrazada a la tibieza de mi cintura, la noche fue deshojando sus minutos, densos y contradictorios, mientras me debatía entre la pena que me producía la ausencia eterna de Ignacio, y la alegría de sentir en mi sangre el milagroso latir de la vida.

Ecós

A Charo no la sorprendió la noticia. Al igual que Victoria, desde el principio se había dado cuenta de lo que sucedía. Conocedora de los pormenores de los últimos encuentros entre Ignacio y yo, me confesó que estaba temiendo que ocurriese lo que había ocurrido.

Cuando le hablé de la decisión que había tomado reaccionó con indignación.

—Pon los pies en el suelo, Andrea. La sociedad no está preparada para entenderte. Me parece bien que tengas a tu hijo, pero no es sólo tuyo. Ignacio tiene que saber que su conducta irresponsable no ha quedado sólo en la locura de una noche.

—Eso no solucionaría las cosas.

—*Las cosas* son cosa de dos, y él tiene una responsabilidad especial.

—Ignacio siempre tuvo muy claro su compromiso; en eso fue tajante. Nunca dejó lugar a la más mínima duda.

—No lo fue tanto a la hora de cumplirlo. La historia se repite una vez más. Admiten lo que consideran una *debilidad de la carne*, sucumben a ella, pero siguen manteniendo las apariencias con una norma que atenta contra la propia naturaleza. ¡Me revienta su egoísmo!

—Aunque así fuera, jamás utilizaría lo que él llamó *un hecho consumado*, para atarlo a mi vida contra su voluntad. Con su silencio, Ignacio ha manifestado su elección.

—Y tú, Andrea, ¿has podido elegir? ¿Dónde van a quedar tus proyectos? ¿Cuándo podrás disponer de unos años para dedicarte a la investigación, como era tu deseo? ¿No era ése el sueño de tu vida? —Charo me había cogido por las muñecas y me zarandeaba con fuerza.

—Nada de eso cuenta ahora. Al aceptar la maternidad, yo también he adquirido un compromiso, y lo voy a mantener por encima de todo y de todos, incluso de Ignacio.

Charo me soltó desesperanzada, y su voz expresó toda la rabia que siempre despertaban en ella las situaciones injustas contra las que no podía luchar.

—Si callas, tu silencio acallará también sus remordimientos, se flagelará por su pecado y seguirá, como tantos otros, ejerciendo el dominio de las conciencias. Se quedará con las *noventa y nueve* y no volverá a acordarse de la *oveja perdida*. Siempre he pensado que la Iglesia mantiene el celibato por una cuestión de poder, a costa de la connivencia de aquéllos que se prestan al juego. Las altas esferas eclesiásticas son conocedoras de la gravedad del problema, pero creen que si admiten en ellos mismos las debilidades propias de la condición humana perderán esa potestad. Si tú callas, Andrea, con tu silencio estarás contribuyendo a que se mantenga la farsa.

Las palabras de Charo pusieron el dedo en la llaga, pero ya había librado en mi interior aquella batalla y la había ganado.

—Si viene a buscarme porque su amor por mí lo obliga a ser coherente consigo mismo, me echaré en sus brazos sin dudarle. Lo quiero, y no podría luchar contra un sentimiento que anula mis sentidos y enloquece mi cabeza; que me empuja a esperar contra toda esperanza, que llena mis días de desasosiego y mis noches de pesadillas, y que, a la vez, me hace feliz cuando lo siento crecer en mi carne, pero lo que no haré nunca es meterme en su vida por la puerta que me abriría

la vida de mi hijo.

—Tú ganas, Andrea —dijo vencida—, pero piensa que tu idealismo quizá te lleve a cometer un tremendo error. Me da miedo esa tenacidad tuya, a ultranza y sin concesiones. Yo en tu lugar no lo tendría tan claro.

—Hay muchas cosas que no tengo claras, Charo, pero de lo que estoy segura es de que, si existe una causa más fuerte que le impide dar el paso definitivo, de nada serviría que yo quisiera darlo por él. Aunque ese motivo fuese una cuestión de nepotismo espiritual, un deseo de perfección rayando en el egoísmo, un caso de ambición sublimada que persiguiera tesoros eternos, o una razón de fe como él pretende, el resultado sería el mismo.

—Nunca más volveré a sacar el tema; sé que no voy a convencerte. De todas formas quiero que sepas que no estás sola y que puedes contar conmigo; ahora más que nunca.

—Lo sé y me alegro de que estés aquí. Como lo estuviste en los años de colegio; como el verano de mi primera desilusión con Carlos; como siempre lo has estado...

Sentí un golpe de calor en los ojos y ese dolor amargo que producen las lágrimas cuando la voluntad pone diques a su salida. Charo me cogió por el brazo y me condujo a la ventana. La abrió de par en par y dijo:

—La primavera está en la calle, Andrea, se respira en el aire. ¿Te apetece dar un paseo? Nos tomaremos algo por ahí y después, si quieres, podemos acercarnos a Galerías. Tienes que reponer tu vestuario, ¿o es que no te has dado cuenta de que el vaquero empieza a no aguantaros a los dos?

Aquella alusión a la dualidad fue suficiente para que aceptara las sugerencias de Charo, y la tarde transcurrió entre bromas y risas mientras caminábamos despacio hacia la calle Preciados.

Ya en la *boutique*, los espejos de los probadores me mostraron una imagen nueva. Mi cintura se había desdibujado y los trajes al uso que me iba probando acentuaban la curvatura naciente de mi vientre. Fue tan grande la felicidad que me produjo la primera visualización de la maternidad, que las nubes desaparecieron del horizonte y en mis ojos volví a ver un centelleo de esperanza.

En la medida en que los meses transcurrían, mi figura se fue redondeando y se hizo ostensible mi estado. Fernando y Victoria se encargaron de crear un clima de normalidad y aceptación, del cual se hizo eco el resto del personal de la clínica. Esto contribuyó a que viviera mi embarazo con tranquilidad y sin angustias, si bien el recuerdo de Ignacio y su abandono me hundían muchas veces en un abismo de tristeza.

Recuerdo que aquella tarde los rigores de julio se dejaban sentir de forma especial en el quirófano y yo, debido a mi estado, acusaba en mi cuerpo los signos evidentes de la subida de los termómetros. Tenía los pies hinchados, sentía hormigueos en el vientre y en los pechos, cuya tensión empezaba a hacerse dolorosa, y una sensación de fatiga, provocada por la mala oxigenación de la sangre consiguiente a la anemia, me impedía respirar con normalidad.

Terminamos la intervención y Fernando me sugirió que lo esperara en la cafetería.

—Llevas muchas horas de pie, Andrea. El calor y el sobrepeso dificultan la circulación; no estaría de más que descansaras un rato antes de irte a casa. Te invito. Espérame tomando un refresco. En diez minutos estoy contigo —dijo mientras se disponía a poner en orden el instrumental.

—Acepto tu invitación; a esta hora ya no puedo con las piernas —admití, mientras trataba de inspirar más aire del que cabía en mis pulmones.

—Hoy te veo excesivamente cansada. Te llevaré a casa y mañana no se te ocurra aparecer por la clínica.

—Creo que no me queda más remedio que hacerte caso, pero me tienes que prometer que si me necesitas me llamarás.

—Ahora después hablamos de eso.

Salí del quirófano y me dirigí a la cafetería. Un sudor viscoso pegaba la bata a mi cuerpo; me desabroché los botones para tratar de sentir algún alivio y decidí que al día siguiente la cambiaría por otra más amplia, que me permitiera soportar con menos incomodidad la última etapa del embarazo.

Al entrar me di cuenta de que, pese a la hora, había demasiada gente. No podría explicar por qué, pero un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Busqué instintivamente mi refugio, la mesa de siempre junto a la ventana, y el corazón me dio un vuelco. Allí estaba el cuerpo grande y pesado de Francisco Solana; su cara aniñada, en la que destacaba una mirada insolente y burlona; sus manos chatas, que mediante señas me indicaban que me acercara. Quise retroceder pero ya era tarde. Vi cómo se ponía en pie y se acercaba a mí. Cuando estuvo a mi altura hizo una reverencia grotesca, tomó mi mano y la estrujó pegajosamente entre las suyas.

—Dichosos los ojos, doctora Morales... Ya veo que no hay que preguntarte por tu estado; salta a la vista —decía clavando sus ojos procaces en la abertura de mi bata—. Estás más bonita que nunca. Siempre se ha dicho que la maternidad embellece, y tu caso es una prueba patente de la veracidad de esta creencia.

Un sudor frío empapó mi cuerpo, y una sensación de mareo nubló mi visión por un instante. Estuve a punto de perder la compostura pero logré rehacerme.

—Veo que continúa haciendo gala de ese sentido del humor que lo caracteriza, Solana —dije utilizando un tono irónico.

—Mi intención no era molestarte; te juro que mis palabras han salido del corazón. Pero vamos a dejarnos de cumplidos. Hoy es día de celebraciones para todos. ¿Dónde está Antúnez? —preguntó empujándome hacia la mesa.

Su tono me asustaba y tuve el presentimiento de dónde quería ir a parar.

—Fernando estará aquí en unos minutos.

Al fin llegamos a la mesa, acercó una silla y me invitó a sentarme con ademanes rituales. Él se sentó a mi derecha. No dejaba de frotarse las manos con nerviosismo. Unas gafas de mujer y una pitillera, situadas frente a Solana, me hicieron pensar que no estaba solo. No dejaba de mirar hacia la puerta del lavabo con expresión de malicia y satisfacción en el rostro. Al cabo de unos minutos apareció ella. La vi acercarse a nosotros con firmeza, paseando su elegancia y su belleza ante la admiración de los que la contemplaban: su elevada estatura, una figura perfecta resaltada por el corte ajustado de su vestido blanco; su piel dorada por el yodo del mar, su melena negra cayéndole sobre los hombros y, sobre todo, la misma sonrisa y la misma mirada que aquella Nochevieja me observara desde el cuadro. Era Maribel; la habría reconocido en cualquier lugar y en cualquier situación. Pero, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Por qué la acompañaba Solana? ¿Sabría Fernando que se encontraban en la clínica?

Antes de que ella llegara a la mesa, Francisco Solana se levantó y procedió a las inevitables presentaciones.

—Maribel, esta es Andrea; trabaja en el equipo de Antúnez.

—¿La chica de la que me has hablado? —preguntó mientras me miraba con despectiva curiosidad.

Solana asintió con la cabeza y añadió dirigiéndose a mí:

—Es Maribel. ¿No te ha hablado nunca Fernando de ella?

No supe qué responder. Hice un gesto dudosamente afirmativo y me puse en pie.

—Claro que sí... Encantada de conocerla personalmente.

—Lo mismo digo, doctora...

—Doctora Morales —puntualizó Solana—. Es anestesista y en poco tiempo ha hecho grandes progresos. Se ha convertido en la mano derecha de Antúnez. Salta a la vista que es una discípula aventajada —dijo en un tono que dejaba bien clara su malévolos intención.

—Digna de tal maestro —apostilló Maribel siguiéndole el juego.

Dicho esto, desnudó mi maternidad con mirada codiciosa y su rostro se crispó visiblemente. Solana se apresuró a colocar las sillas y nos invitó a tomar asiento; parecía que la situación empezaba a divertirlo. Cuando se hubo sentado, sacó su paquete de Winston, ofreció un cigarrillo a Maribel y le acercó solícito el mechero.

—A ti no te ofrezco; no quiero que venga Fernando y me eche una reprimenda... Porque supongo que te habrá prohibido fumar, ¿me equivoco?

—No ha sido necesario; nunca tuve dudas al respecto.

Absorbía el humo de su pitillo con voluptuosidad y nos miraba alternativamente a las dos. Vi en sus ojos la misma expresión de aquella mañana de noviembre, cuando salimos del quirófano después de la operación de Leonor y, también como entonces, tras expulsarlo describiendo círculos grises y pegajosos, clavó sus ojos turbios en mi vientre.

—Fernando Antúnez siempre ha sido un hombre con suerte, ¿qué más puede pedir?

Maribel se encendió de ira y fue todavía más lejos con su maledicencia.

—Se ve que Fernando utiliza *otras técnicas*, y que con *algunas* pone más empeño que conmigo en que *las cosas* le salgan bien.

—¿Qué prefiere él, niño o niña? —preguntó Solana mirándome al vientre de forma procaz.

—Cuando estábamos juntos quería un varón, aunque, quien sabe si al cambiar de pareja habrá cambiado de gustos —puntualizó Maribel con malicia.

No podía ser cierto lo que estaba oyendo. La cara me ardía y la rabia se me revolvía por dentro. Yo no tenía por qué dar explicaciones. Ni afirmar ni desmentir. ¿Con qué derecho se habían atrevido a hacer aquellas acusaciones sin fundamento? El corazón se me salía del pecho y mi hijo me saltaba en el vientre. Tuve miedo, y puse las manos sobre mi regazo en un gesto instintivo y protector. Las sienas me golpeaban con fuerza, pero antes de caer en el abismo de las tinieblas, pude ver el rostro de Fernando, y sentí que sus brazos seguros y firmes me rescataban de mis depredadores.

La primera percepción al recobrar la consciencia fue su mano en mi frente y sus palabras, pronunciadas con tanta suavidad que me ayudaron a abrir los ojos sin miedo.

—Todo está bien, Andrea. Puedes estar tranquila. Tu hijo no ha sufrido ningún daño.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Olvídate de ellos.

—Creían que tú...que el hijo que estoy esperando...

—Debes estar preparada para hacer frente a situaciones como ésta, Andrea. Lo que ha ocurrido hoy volverá a suceder. Has elegido tener a tu hijo sola, y tienes que aprender a estar por encima de comentarios malintencionados.

—Tengo dolores intermitentes. No será que ha llegado la hora.

—El estado de *shock* nervioso te ha producido contracciones, pero te he administrado un antiespasmódico y en unos minutos habrán desaparecido. De todas formas es prudente vigilar la evolución; esta noche te quedarás en la clínica.

No estaba en condiciones de negarme; por eso acepté la decisión de Fernando. Las contracciones desaparecieron, pero tardé bastante tiempo en recobrar la tranquilidad, así que pasé las primeras horas de la noche atenta a cualquier signo que pudiera ser el aviso de un parto

prematureo. Cerré los ojos; no podía dormir. Fueron varias las veces que oí los pasos de Fernando acercarse con sigilo a la cama. Yo permanecía con los ojos cerrados, fingiendo un sueño profundo para evitarle desasosiegos.

Aquella noche empecé a ver en Fernando a la persona cercana y querida que sin proponérselo sabía hacerse imprescindible, y sentí que iba a ocupar un lugar importante en mi vida y en la de mi hijo.

No pude evitar una comparación dolorosa entre su reacción desinteresada y la huida egoísta de Ignacio. Era Fernando quien merecía el don de la paternidad; la naturaleza y mis sentimientos se habían equivocado.

El nacimiento de mi hijo

Aunque la recta final de mi embarazo transcurrió con normalidad, Fernando creyó conveniente que la última semana de septiembre me quedara en la clínica. Hacía tres días que había salido de cuentas, y aquella mañana en el quirófano sentí una fuerte punzada en la región lumbar que desencadenó las esperadas contracciones. El hecho de ser primípara y la experiencia adquirida en aquellos dos años, me hicieron pensar que la cosa no sería inminente, por lo que preferí aguantar el dolor y continuar desarrollando mi actividad cotidiana sin hacer ningún comentario acerca de lo que me ocurría. No quería que los prolegómenos se alargaran. Tenía que evitarle a Fernando preocupaciones anticipadas, máxime teniendo en cuenta que en los últimos días se manifestaba intranquilo ante el más leve signo que pudiera indicar el inicio del parto.

Hasta el mediodía las contracciones se sucedían cada treinta minutos y su duración era escasa. A primeras horas de la tarde los intervalos se iban reduciendo en la medida en que aumentaba la intensidad del dolor.

Yo misma trataba de tranquilizarme distendiendo los músculos y forzando la respiración; sabía que si me dejaba ganar por el nerviosismo gastarían energías inútilmente y esto no ayudaría en absoluto a mi hijo. A las cinco de la tarde las contracciones se hicieron más prolongadas, frecuentes y dolorosas; no tuve más remedio que decirle a Fernando que la hora había llegado. Llamó a Victoria y me instalaron en la sala de partos. Ésta palpaba mi útero, y cuando percibía su dureza guiaba mi respiración, a fin de hacerme más llevadero el trabajo.

—Respira rápido, Andrea... Más aún... Ésta ha sido larga; casi ochenta segundos. Ahora que ha pasado, respira más despacio y relájate.

—¿Cuánto ha dilatado? —preguntó Fernando, que ya se ocupaba del instrumental.

—Sólo cinco centímetros —respondió ella.

Fernando puso la mano sobre la parte alta de mi útero, que en ese momento volvía a endurecerse.

—Respiración jadeante, Andrea; lo has visto muchas veces. Ya sabes; de vez en cuando intercala inspiraciones profundas.

Pasó más de una hora. Tenía la frente sudorosa y la garganta seca. Victoria me refrescaba las sienes y me humedecía la boca. Cuando las contracciones cesaban, Fernando trataba de auscultar con el estetoscopio el ritmo del corazón de mi hijo.

—Ciento cuarenta pulsaciones. Esto marcha.

Me colocó una mascarilla de oxígeno y experimenté un gran alivio. Después de la inhalación me encontraba mucho mejor, pero las contracciones se sucedían cada vez con más frecuencia. Al cabo de un rato noté que la cabeza de mi hijo me presionaba el perineo y sentí unos enormes deseos de empujar. En aquel momento olvidé mis dolores y el pudor que me producía la presencia de Fernando y de Victoria. Mi hijo estaba a punto de llegar y yo tenía que facilitarle el camino. Hice un esfuerzo y un golpe de calor encendió mi rostro.

—¡Ah! ... Ya viene; lo siento aquí mismo —dije incorporando la cabeza a la vez que empujaba con fuerza.

—¡Cuidado, Andrea! No empujes hasta que no veamos si la dilatación es completa —advirtió Fernando.

Me colocaron los pies en las estriberas y comprobaron que la fase de dilatación había terminado.

—¡Ánimo! Agárrate y empuja con energía —decía Fernando tratando de infundirme fuerza—. De sobra sabes cómo va esto. Cuando sientas la contracción cógete fuerte, levanta la cabeza y tira de las asideras.

Recuerdo que el dolor me hacía apretar los dientes y, pese a mi voluntad de no emitir ninguna queja, a veces se hacía tan insoportable que no podía evitarlo. Yo me dejaba guiar y seguía al pie de la letra las indicaciones de Fernando.

—Ahora llena los pulmones de aire y contén la respiración... Inspira y empuja otra vez... ¡Aguanta sin respirar! ... Toma aire deprisa y repite el proceso desde el principio.

Sentía un fuerte rubor en el rostro, tenía la frente bañada en sudor y la cabeza de mi hijo ya no retrocedía.

—Eres muy valiente, Andrea. Ahora relájate, deja caer los brazos, respira deprisa pero no hagas esfuerzo alguno —seguía diciendo Fernando mientras conducía con suavidad la salida de la cabeza—. ¡Ya está fuera!

Me incorporé ligeramente y divisé sus cabellos empapados. Al cabo de unos momentos sentí el suave roce de uno de sus brazos sobre mi muslo y una sensación de vacuidad en las entrañas, al tiempo que Fernando lo levantaba en su mano.

—Es un niño —dijo.

Enseguida oí su primer llanto y sentí la presión de su pequeño cuerpo sobre mi pecho. ¡Al fin pude ver a mi hijo! Lo acaricié y besé su pequeña cara enrojecida. La emoción desató mis lágrimas y las dejé correr sin freno, y su tibieza resbaló por su cabecita, húmeda y untosa por las secreciones del parto.

—Enhorabuena, Andrea. ¡Tienes un hijo precioso! —exclamó Victoria después de contemplarlo.

Cuando hubo cortado el cordón umbilical, Fernando tomó en brazos al niño y se lo entregó a Victoria.

—En unos minutos lo tendrás contigo de nuevo —dijo acariciando mis dedos con su mano izquierda, mientras que con la derecha enjugaba el sudor de mi frente—. Hay que hacerle la revisión preceptiva, asearlo y llevarlo a la habitación. Si todo sigue el curso previsto, antes de un cuarto de hora habrás expulsado la placenta y estarás con él.

Al cabo de media hora todo había concluido y me instalaron en la habitación. Fernando puso al niño en mis brazos y se retiró con discreción, entendiendo quizá que aquellos primeros contactos de reconocimiento me correspondían sólo a mí. Vi cómo dirigía a Victoria una mirada de inteligencia y los dos salieron al mismo tiempo, dejándome durante unos minutos a solas con mi hijo.

Lo miré con incredulidad; su pequeña carita me pareció una copia exacta de la de Ignacio. En sus rasgos, abultados todavía por el sufrimiento del parto, se adivinaba la armonía y la perfección heredadas de su padre. Tenía el pelo entre rubio y castaño, y la tez de ese rojizo subido de tono que en los bebés recién nacidos anticipa el moreno de la piel. Sus mejillas y sus manos eran de seda y yo no me cansaba de acariciarlo. Me parecía tan débil y tan pequeño que se me perdía entre los brazos. No sabía cómo sostenerlo.

Allí estábamos, solos los dos, en aquella pequeña habitación de paredes blancas. Yo, emocionada y temerosa estrenando la maternidad; mi hijo, estrenando la vida fuera de mí; ambos, aprendiendo a aceptar desde el principio la ausencia de su padre.

De vuelta a casa

Una semana más tarde volví a casa con mi hijo. La habitación estaba dispuesta para recibirlo, tal como Charo y yo la habíamos acondicionado meses antes de su llegada. Las flores rojas de las paredes las habíamos sustituido por varias manos de pintura blanca para darle luminosidad; la vieja cama de hierro, a la que habíamos aplicado una buena capa de barniz, brillaba impoluta en el centro; una cuna de madera, vestida de blanco, destacaba a la derecha de la cama, y en la pared contigua, un armario pequeño recién estrenado, en cuyos cajones inferiores habíamos colocado la ropa del niño.

Aquel atardecer de finales de septiembre todo estaba en orden para comenzar una nueva andadura. Su diminuta presencia llenó por entero aquella habitación de escasas dimensiones, que se me hizo más íntima y acogedora al compartirla con él.

El sol empezaba a caer. Después de vestirlo con torpeza, casi con miedo, lo introduje en la cuna por primera vez.

Una gran ausencia socavó también por entero mi ánimo. Me senté al lado de la cuna y lloré en silencio, pese a que sentía deseos de gritar. Como si pretendiera hacerlo por mí, el llanto de mi hijo se dejó oír con fuerza. Parecía que quisiera atravesar la distancia y llegar hasta aquel pueblo pequeño y lejano, perdido entre las frondas y las montañas. Pensé en Ignacio. Lo imaginé rodeado de *los suyos*, y me pregunté con dolor cómo era posible que no sintiera el reclamo de su propia sangre.

Mecí la cuna durante largo rato hasta que el llanto de mi hijo cesó. Hacía calor todavía en aquel piso abuhardillado y entreabrí la ventana; la tarde comenzaba a apagarse. Los trinos y el revoloteo de alguna golondrina rezagada que buscaba su sitio, trajeron a mi memoria imágenes de los veranos de mi niñez en casa de la abuela Julia, cuando las golondrinas y los vencejos revoloteaban en parejas alrededor de los nidos, y las crías abrían desmesuradamente los picos al oír los familiares gorjeos.

Me acerqué de nuevo a la cuna. Acaricié la mano de mi hijo y la suya, diminuta y rosada, aprehendió mi dedo con tacto de seda. La luz del crepúsculo se desvanecía detrás de la cristalera desdibujando los breves contornos de su cuerpo. En aquella penumbra creciente puse mis labios en su cabecita, y juré que desde ese momento y para siempre cuidaría de él. Lo mismo que había visto en mi infancia a las golondrinas y a los vencejos cuidar de sus polluelos. Pero irremediamente sola. Supliendo cada día la ausencia y el turno de quien había abandonado el nido después del apareamiento. Sin esperar a la eclosión de la vida.

Y mi instinto de madre se reveló ante la irracionalidad atávica que se escudaba en doctrinas religiosas para dictar unas normas, tan absurdas como inhumanas, sustentadas en un planteamiento erróneo de un Dios que premiaba la negación del orden natural por Él establecido. Las mismas que habían apartado a Ignacio del amor. Del papel que la naturaleza le había asignado en la propagación de la vida.

Me recosté sobre la cama pero no podía dormir; estaba demasiado nerviosa intentando escuchar la respiración inaudible de mi hijo. La oscuridad se hizo total y los ecos lejanos de la calle se iban desvaneciendo. Ya no divisaba al niño, ni tampoco lo oía. En más de una ocasión tuve que encender la luz, levantarme y comprobar los tenues movimientos de su respiración; el tacto templado de sus manos.

Cerré los ojos y la fatiga me envolvió en un sueño ligero e intermitente lleno de sobresaltos.

Al día siguiente, muy temprano, mi padre se presentó en casa para conocer a su nieto. Aunque quizá no lo haya dicho de forma explícita, mi padre ha ocupado siempre un lugar de privilegio en mi corazón. Después de la muerte de mi madre intentó con todas sus fuerzas que no advirtiera su pérdida, y supo ganarse la otra mitad de mis afectos filiales. Siempre lo sentí cercano y entrañable y, aunque quiera hacer memoria, no recuerdo que haya dicho jamás algo que pudiera herirme; ni siquiera molestarme.

En mi infancia y en mis primeros años de adolescente, su actitud me parecía normal; era mi padre y tenía que ser cariñoso, pasar largo tiempo conmigo paseando por el campo; venir a Madrid muchos sábados para sacarme del internado y llevarme al cine; sentir un golpe de humedad en los ojos cuando compartía con él una pena o una alegría. Pero en la medida en que fui madurando, comprendí que mi padre era un ser especial, afectuoso. Con ese sexto sentido que nace del cariño y que impide hacer, decir u omitir aquello que pueda causar daño a la persona amada.

Si hay algo que no puedo olvidar, aunque nunca se lo haya dicho, es el apoyo que en aquellos momentos supo transmitirme con su actitud y sus palabras, que salían de su boca entrecortadas y sinceras.

Hacía sólo cuatro meses que conocía mi estado, y había recibido la noticia con la prudencia y el respeto que lo caracterizaban.

Fue Charo quien le abrió la puerta y lo condujo a mi habitación. Se acercó a la cama, me abrazó, y un sollozo compartido mezcló nuestras lágrimas. Cuando pudo controlar sus emociones me habló de forma atropellada.

—¿Por qué no me llamaste, hija? ¿Cómo te encuentras? ¿Dónde está el niño?

—Todo ha ido bien, papá. No quería que pasaras un mal rato; desde que murió mamá, sé que los hospitales te traen malos recuerdos —contesté mientras él se esforzaba en sujetar las lágrimas—. Mira, aquí tienes a tu nieto —añadí mostrándole la cuna.

Se aproximó al niño muy despacio, con sigilo, casi conteniendo la respiración.

—¡Uy! ... Ya me había olvidado de lo pequeños que son los niños al nacer... ¿Puedo subir la persiana del tragaluz? —preguntó.

—Claro que sí, papá —respondí emocionada.

Lo observé a contraluz mientras tiraba de la cuerda; los últimos meses habían pasado con dureza para él. Había adelgazado, y su elevada estatura empezaba a inclinarse ligeramente sobre los hombros. Su pelo, abundante y rizado en otro tiempo, huía de su frente mostrando generosas entradas, y su color bermejo se apagaba demasiado deprisa.

De repente interrumpió mis observaciones, volvió a acercarse al niño y, con un gesto, me indicó que quería tomarlo en brazos. Asentí sonriendo, y vi cómo lo cogía con esa torpeza tierna y temerosa de abuelo primerizo que siempre recordaré.

—¡Uf! ¡Qué poquito pesa! —decía levantándolo hacia arriba—. Desde que te tuve a ti en brazos, se me había olvidado... ¡Qué guapo! Tiene las manos grandes... como yo, y la barbilla... ¿no es del abuelo Enrique?

Mi padre debió de darse cuenta de que había sacado pocos rasgos físicos de la familia, por eso

no hizo más comentarios en lo que a parecidos se refería.

El niño empezó a arrugar su pequeña carita y a contraer los puños, y su llanto resonó con fuerza en la reducida alcoba.

—¡Buenos pulmones, sí señor!

—Es su forma de darte la bienvenida —dije tratando de expresarle la satisfacción que me producía su actitud hacia mi hijo.

—¿Cómo vas a llamarlo? —preguntó.

—Enrique, como el abuelo; por eso de la barbilla.

Su rostro se entristeció y sus pensamientos se perdieron en los recuerdos durante unos instantes.

—A tu madre le hubiera hecho muy feliz...

Puso al niño de nuevo en la cuna. Con el dorso de la mano se enjugó una lágrima que traicionaba su supuesta entereza.

Luego se sentó en la cama y, con el sentimiento en los ojos y la emoción en la voz, añadió:

—Mi abuelo decía que los nietos son dos veces hijos. Cuenta conmigo, Andrea, para lo que haga falta. Ven al pueblo siempre que quieras; me sentiré orgulloso de pasear al niño por las calles y enseñárselo a todo el mundo. Y si me necesitas aquí, puedo venirme contigo. No tienes más que llamarme.

Las palabras emotivas y sinceras de mi padre me calaron muy hondo, y le agradecí en silencio, porque la impresión que me habían producido me impedía hacerlo de otra forma, que hubiera tenido la delicadeza de callar, de no preguntar, de no hacer reproches. Y le pedí perdón, también en silencio, por haberlo privado de la alegría de conducirme cogida de su brazo al encuentro del padre de mi hijo, como el abuelo Enrique condujera a mi madre hasta él en la ermita del pueblo, hacía más de veintisiete años.

Como si adivinara lo que estaba pasando por mi mente en aquellos momentos, concluyó utilizando un tono firme:

—Lo único que tiene valor para mí eres tú, Andrea. Y desde que ha nacido, tu hijo. Lo demás no me importa ni a ti debe importarte tampoco.

Aguanté el nudo de dolor que me apretaba la garganta y refrené como pude las lágrimas. Me cogí de su brazo y apoyé la cabeza en su pecho. Un haz de luz atravesaba los cristales y descansaba en la cuna junto a mi hijo; como si quisiera envolverlo en un halo de esperanza.

Mi padre retiró el mechón rebelde de mi frente y me besó con la misma ternura de años atrás, tratando de borrar las nubes de mi horizonte.

Encuentro inesperado

El primer año de la vida de Enrique transcurrió deprisa, tanto, que tenía la sensación de haberme perdido muchas cosas; de no haber podido disfrutar de todas sus sonrisas, de todos sus llantos, de todos sus balbuceos. Mi trabajo en la clínica me robaba mucho tiempo, y estaba deseando salir para correr a su lado y resarcirlo de mis obligadas ausencias.

Algunos días Charo se acercaba con el niño hasta la clínica dando un paseo. Siempre solía hacerlo a primera hora de la tarde, en el caso de que no tuviera que ir al bufete. Al verme, el niño agitaba los pies con movimientos rítmicos, tendía sus pequeños brazos hacia mí, y empezaba a articular, nervioso, sus primeras palabras.

Una tarde de mediados de octubre llegó hasta mis oídos el sonido familiar del cochecito, que avanzaba por el largo pasillo empujado por Charo. La figura de una mujer, oscura y diminuta, se interpuso en su camino. Él corazón me golpeó tan fuerte que, de manera instintiva, me llevé la mano al pecho; casi podían percibirse sus latidos a través de la bata. En la medida en que me acercaba, sus rasgos familiares se me fueron perfilando de forma precisa. Era Leonor. ¿Cómo habría venido a Madrid? ¿Quién la había traído? ¡Ignacio! ¿Estaría con ella? ¿Se habría encontrado con el niño? No... no... ¡eso no podía ser! Y si era así, ¿dónde estaba? No era posible; si Ignacio hubiera visto a Enrique no podría haberse marchado. Se habría reconocido en él de inmediato. En mi cabeza y en mi corazón bullían sensaciones y pensamientos que me provocaban una especie de angustia esperanzada, a la vez que sentía el latir de la sangre en las sienes.

Leonor miraba al niño atónita. Antes de llegar a donde estaban, pude oír sus palabras de sorpresa y consternación, apoyadas por el gesto elocuente de la mano con la que se tapaba instintivamente la boca.

—¡Dios bendito! ¿Quién es este niño? —preguntó dirigiéndose a Charo—. ¿Es suyo?

—Aquí tiene a su madre —respondió Charo, señalando hacia mí con un ademán, y mirándola a ella con extrañeza.

Se volvió al instante, y su expresión adelantó las palabras que no pudo pronunciar: los ojos, desencajados por la sorpresa; el rostro, lívido por la conmoción que le había producido el inesperado descubrimiento; las manos, temblorosas y vacilantes, sin atreverse todavía a materializar ningún movimiento hacia mí o hacia mi hijo.

Durante un silencio interminable, nos miraba alternativamente al niño y a mí, pero su boca permanecía muda, tal vez buscando las palabras que no acertaba a pronunciar o quizá esperando las mías.

—¡Leonor! —exclamé al fin, abriéndole los brazos.

—¡Hija...! ¿Qué ha pasado? —preguntó abrazándome con fuerza.

—Mucho tiempo, Leonor... Ha pasado mucho tiempo...

Miraba al niño y su voz la traicionaba; era evidente que su entereza empezaba a derrumbarse.

—¿Por qué no me has escrito? ¿Por qué no me has dicho... El niño... es...

—Sí, Leonor; el niño es mi hijo.

Charo, que había comprendido lo que estaba pasando, nos dejó solas.

—Y su padre...

—Yo soy su madre... ¡Eso me basta! —dije acercándome más a Enrique.

—A otros podrás ocultarles la verdad, a mí no; hace veintiocho años, yo misma, con estas manos, crié a otro niño igual que el tuyo... Las mismas manitas, el mismo pelo con rizos de angeluco y esos ojos alegres y dulces... ¡Santa María de Lebeña! ¡Es el vivo retrato de Ignacio!

Lo acariciaba y lo besaba sin descanso, con la emoción y las lágrimas en las manos y en los ojos. Estaba de más, por mi parte, afirmar o desmentir lo que para ella era una evidencia.

—No he ocultado la verdad, Leonor; sólo he guardado silencio. Si el padre hubiera preguntado, habría conocido la existencia de su hijo, pero no lo hizo y yo callé.

—¿Por qué callaste, Andrea? —insistió imperativa.

—Porque hay que volver al lugar donde se dejó la semilla, si se quiere recoger el fruto y cuidar con amor la tierra que se abre. Ignacio no lo hizo; desapareció hace casi dos años y nunca más supe de él. Ni una carta, ni siquiera una llamada...

La mirada de Leonor se perdió y su cabeza asentía, como si hubiera encontrado la solución a un enigma no resuelto.

—Todo cuadra, hija... Ahora lo entiendo... Hace dos años Ignacio estaba como un alma en pena. Siempre andaba de acá para allá con el coche. Otras veces se le veía triste y cabizbajo... y si le preguntaba el motivo, no me daba explicación ninguna.

—¿Y cómo cree que he vivido yo estos dos años? Él tenía un motivo para renunciar a mí; yo no tenía ninguno para renunciar a él y, aun así tuve que hacerlo.

—Si hubiera sabido lo de tu embarazo no se habría ido donde se fue; de eso puedes estar segura. ¿Por qué no se lo dijiste, Andrea?

—No sé dónde se fue, pero nunca hubiera utilizado a mi hijo como motivo para condicionar su libertad.

—Por Dios, Andrea... ¡un hijo está por encima de sus votos y de tu orgullo!

—No es orgullo, Leonor. Él no había engendrado este hijo en la mente —dije mirando a Enrique— y yo no podía imponérselo.

—No te entiendo muy bien; yo soy una mujer sencilla y veo las cosas de otra manera. Un hijo es algo muy grande. Creo que Ignacio se fue desesperado a esa Congregación... Está en Almería desde hace año y medio. No viene a verme casi nunca y yo tampoco me atrevo a ir. Por lo poco que me cuenta, lleva una vida muy sacrificada, trabajando para los más necesitados. Pero ahora... Ahora Ignacio tiene que saber que su hijo está solo y también le necesita.

—Su hijo no está solo ni va a estarlo nunca. Yo soy su madre y su padre —repliqué con vehemencia.

—No he querido ofenderte, Dios me libre. Si he dicho que está solo, es porque pienso que un niño tiene que criarse al lado de su padre y de su madre. Si no, sería medio huérfano. Ignacio tiene que saber que su hijo está en el mundo y recoger su sangre. No sería de ley que tú te echaras a las espaldas toda la carga, sólo porque eres mujer y has tenido que llevarlo en el vientre. Lo mismo puso él que tú en lo que ocurrió. ¿No te das cuenta, Andrea?

—Me doy cuenta de que ha elegido alejarse de mi vida. Si algún día pregunta, conocerá la verdad.

—Después de lo que ha pasado, Dios le permitiría que se quedara con vosotros.

—Pero Dios es mudo, Leonor; nunca dice nada.

Las dos nos quedamos calladas también. Nos habíamos olvidado por unos momentos del niño, que en ese instante comenzó a llorar desconsolado. Lo desaté de prisa, lo tomé en brazos y lo besé sin descanso hasta calmarlo.

—Es igualito... hasta en el llanto se parece a su padre. ¿Cómo se llama?

—Enrique, como mi abuelo. El padre de mi madre se llamaba así —expliqué.

Leonor repetía el nombre, y buscaba en los registros de su voz la suavidad que el tiempo y las circunstancias le habían arrancado. Las lágrimas corrían por su cara, y su voz adquirió un tono suplicante cuando me habló.

—La vida me ha privado de muchas cosas, bien lo sabes; mis ilusiones de niña, los hijos que nunca tuve, Ignacio, que también se me ha ido cuando más le necesitaba... Ignacio es como un hijo para mí, Andrea, y este niño, el nieto que jamás soñé tener. Voy a pedirte algo: déjame verlo crecer, disfrutar de él, venir a Madrid alguna vez, recibiros en mi casa los veranos para enseñarle las montañas y los prados donde su padre se crió. Ahora que Dios me lo ha mostrado, ¡no me lo quites, Andrea!

Puse a mi hijo en sus brazos y pronuncié las palabras que nos unirían por siempre a los tres.

—Entiendo lo que me pide. Es justo y no voy a negárselo, pero tiene que prometerme que, mientras viva, me ayudará a mantener mi secreto.

—Tienes mi palabra de que así será.

Una vez concluida la revisión, cuyos resultados fueron satisfactorios, Leonor se quedó una semana más en Madrid al lado de Enrique, y el tiempo pasó de prisa para los tres. Recuerdo aquella mañana, en la Estación del Norte. El Talgo emitía sus sonidos característicos como aviso de su inminente partida. Detrás de los cristales la mano de Leonor se alzaba dibujando un hasta pronto. Mi hijo abría y cerraba su manita, una y otra vez, en señal de despedida.

A partir de entonces, tal como habíamos acordado, mantuvimos un contacto estrecho y familiar. Fotos, llamadas de teléfono, vacaciones compartidas. Nunca le faltó a Enrique su regalo de cumpleaños. En verano, siempre después de confirmar que no existía posibilidad alguna de que se produjera un encuentro con Ignacio, solíamos pasar un par de semanas en algún lugar escondido de Santander o Asturias. No le robé a mi hijo la belleza de las montañas, ni la hierba mullida de las praderas, ni las caricias de Leonor. Muy al contrario, quise que disfrutara en el mismo marco de todo aquello que había conformado la vida de su padre.

Contrastes

Ya puedo descansar. La noche pasada estuve escribiendo hasta el amanecer. Tenía prisa por llegar al final y lo he conseguido. En este manuscrito de letra apretada he desnudado mi alma, lo sé, y esto me produce cierto pudor. Mi intención era entregárselo a mi hijo, pero no voy a hacerlo todavía, aunque tampoco voy a impedir que algún día, cuando yo no esté, pueda caer en sus manos.

Lo que en principio iba a ser la revelación de sus orígenes, ha resultado una explosión de vivencias, sentimientos y recuerdos que la razón me secuestraba muchas veces y que, al encontrar la puerta abierta, se me han escapado en tropel sin que yo haya podido ponerle frenos al corazón.

No he pretendido escribir un diario —ya soy mayor para eso—. Tampoco es una confesión, ni creo que se trate de una justificación de lo que aconteció, aunque bien pudiera decirse que se han ido entrelazando las tres intenciones al mismo tiempo. Me he dejado conducir al pasado y he vuelto al presente, traída y llevada en loco vaivén por la fuerza de las emociones.

Me siento aliviada y con una gran sensación de vacío al mismo tiempo. El análisis al que he sometido mis sentimientos me ha servido para darme cuenta, una vez más y con la perspectiva del tiempo, de su magnitud; de la huella dolorosa e imborrable con la que han marcado mi existencia.

Ya no queda nada de la chica impetuosa y apasionada que con su título de medicina en la mano iba a comerse el mundo. La vida me fue trocando ilusiones por desengaños.

Todavía no puedo poner el punto final, ni tampoco sé cuándo lo haré definitivamente. La costumbre de todos estos meses me ata a la pluma y a las cuartillas, por las que siento verdadera adicción. Ya no tengo nada que descubrirle a Enrique, si es que algún día llegara a leer lo que aquí está escrito; de lo que sucedió después en nuestras vidas, fue testigo y protagonista lo mismo que yo, pero dentro de mí hay un capítulo nunca cerrado, una puerta que todavía chirría cuando se abre y que me resisto a clausurar.

Además, la ausencia de mi hijo, sus largos silencios, aliviados por alguna carta o alguna llamada; las distancias insalvables entre Madrid y un poblado perdido en las orillas boscosas del Congo, acrecientan mi soledad y, con ella, esta necesidad imperiosa de continuar poniendo por escrito lo que pienso, lo que deseo, lo que sueño. Pienso en mi vida pasada y en sus marcas indelebles, que tanto me han condicionado en el terreno personal e incluso en el profesional; deseo que mi hijo vuelva sano y salvo de su aventura en África; que un día llegue a entender mis evasivas ante sus preguntas, que comprenda mis razones y disculpe mi tristeza de tantos años; sueño con la utopía de mi propio renacimiento.

Ojalá pudiera romper los eslabones con los que el pasado ha ido encadenando mi libertad. He mirado con ojos de pasado, he sentido en pasado, he vivido en pasado y, sin poder evitarlo, he huido del amor. Aunque lo haya tenido siempre cerca, he vuelto la mirada hacia atrás. He estado ciega a muchas primaveras y a muchas puestas de sol. Mis oídos se han cerrado al canto de los pájaros y a la belleza de la música y ahora, aunque quisiera, quizá ya no sea tiempo de cambios en mi vida.

Me he quedado dormida, sin darme cuenta, con los papeles y el bolígrafo en las manos. El crujido estridente del somier me ha despertado como tantas otras veces. Quizá ha llegado el momento de sustituir la vieja cama que traje conmigo desde aquel piso que compartía con Charo. Siempre digo que me voy a deshacer de ella, pero no soy capaz de hacerlo; es como un fetiche al que me he aferrado todos estos años para atarme al recuerdo.

«Es hora de mirar hacia fuera», me he dicho a mí misma dirigiéndome a la ventana.

Por un caprichoso contraste, y pese al abandono de estos meses, hoy me he dado cuenta de que ha terminado el invierno y el jardín renace con la llegada de la nueva estación. Las lilas están florecidas, los manzanos y los ciruelos empiezan a cuajar el fruto sacrificando los pétalos de sus flores, que caen al suelo como pequeñas mariposas blancas; los rosales abren sus botones amarillos, blancos, granates y rosáceos. He abierto de par en par la ventana y una bocanada de aire tibio ha envuelto mi cuerpo. He respirado hondo, he cerrado los ojos y me he dejado aturdir por mil perfumes olvidados.

Un carraspeo familiar y lejano se ha ido haciendo paso en mi cerebro adormecido, y los ladridos característicos de Gus han puesto alas a mis pies. He descendido la escalera con presteza y he cogido nerviosa la llave del buzón. Al abrir la puerta, Gus se ha abalanzado sobre mí y me ha empujado hacia la verja. En el buzón, un sobre de avión con el sello de Mbandaka y la caligrafía inconfundible de mi hijo. La ausencia de mi nombre en el encabezamiento y, sobre todo, la palabra *mamá* han acelerado mis pulsaciones. ¿Qué sorpresa podrían guardar aquellas líneas?

Mbandaka, 22 de marzo de 2001

Querida Mamá:

Hoy me he propuesto no dejar pasar un día más sin escribirte. Siempre te quejas en tus cartas de mi tardanza y tienes razón. Perdóname, no pienses que es por falta de ganas; lo que sucede es que aquí el día se nos hace pequeño para poder atender, aunque sea mínimamente, los problemas de salud que aquejan a estas gentes, y que se ven acrecentados por la geografía y la miseria.

Antes que nada quiero calmar tu nerviosismo y decirte que olvides esos miedos que manifiestas en tu carta, ya que aquí no corremos peligro alguno. La muerte de Kabila, que tanto parece preocuparte, no ha supuesto ningún cambio en nuestro hospital. Prométeme que vas a olvidarte de una vez de las matanzas del 96. La situación de entonces no tiene nada que ver con la que se vive hoy en el Congo.

Por lo demás, todo sigue como siempre. Las demandas de asistencia crecen, en la medida en que se nos conoce en los poblados cercanos, y nuestra experiencia también, por lo que cada vez llegamos a más gente necesitada de cuidados sanitarios, y hasta podemos permitirnos el lujo de trabajar la medicina preventiva, tan importante en estas tierras.

Dejaré los detalles para la próxima vez porque hoy quiero compartir contigo una buena noticia: nuestro equipo se ha incrementado; ahora somos seis. Hace poco más de dos meses, llegó Delphine, una enfermera belga con la que me sentí identificado desde el primer día. Tiene veintitrés años y una alegría contagiosa que sabe transmitir a todos los que están a su alrededor. Me gustaría que la conocieras. La estoy convenciendo para que me acompañe a Madrid cuando podamos tomarnos un pequeño descanso; tengo la impresión de que no le parece mala idea. Te mando una fotografía que nos hizo un compañero los días que estuvimos administrando vacunas en

un poblado próximo al hospital. Siento que no puedas ver con detalle sus ojos azules y la transparencia de su piel.

Bueno, no pienses nada raro, ¿eh? Sólo somos colegas. Eso sí; no puedo evitar que me parezca la mejor chica que he conocido nunca. Te doy permiso para que lo comentes con Fernando, y hasta puedes contárselo a Leonor y al abuelo. ¡Ah! Y diles que tengo ganas de verlos. Echo de menos las conversaciones con Fernando, que siempre me ayudaban a descubrir algo nuevo; las quesadas de Leonor para compartirlas con Delphine; los paseos con el abuelo, para darle ocasión de revivir su juventud... No te enfades, madre, a ti te echo de menos más que a nadie.

Un montón de besos.

Enrique

Ya me voy acostumbrando. Es la primera carta de mi hijo que no me ha hecho llorar. Más bien al contrario, me ha llenado de tranquilidad y de esperanza. Tranquilidad, porque según me dice, y quiero creerlo, mis temores sobre los peligros que corre en aquellas tierras son infundados; esperanza, porque es evidente que se siente feliz, y las razones parecen claras. Le gusta lo que hace, y le gusta demasiado, a juzgar por lo que expresan estas líneas, esa enfermera belga con quien comparte sus tareas sanitarias. Delphine. Es un bonito nombre. Con las gafas puestas he tratado de recomponer la historia a partir de la fotografía. Hasta me he ayudado de la lupa que guardo en mi escritorio para ampliar los detalles. Rubia, alta, un rostro de rasgos que todavía conservan el encanto de la adolescencia y, sobre todo, esa sonrisa con la que se miran los dos. Me gusta la sorpresa esta vez. ¡Qué guapo está mi hijo! Más moreno, un poco más delgado, el pelo más largo y rizado y esa apuesta figura que se adivina bajo la bata blanca. Tiene la misma edad que tenía su padre cuando lo conocí.

He subido al desván y he sacado una fotografía, la única que conservo de aquellas vacaciones del 74; estamos los tres, Leonor, Ignacio y yo, detrás del pretil de la plaza de Santillana del Mar con La Colegiata al fondo. Siempre la he tenido guardada con llave para evitar que Enrique pudiera reconocerse en su padre. Es increíble pero, salvando la indumentaria, las dos fotos parecen de la misma persona.

Ella también es guapa; hacen muy buena pareja. Mi hijo se ha enamorado y yo me alegro de que haya ocurrido. Bueno, quizá estoy desbarrando. Tan sólo hace dos meses que se conocen. Habrá que ver lo que dicen sus próximas cartas y, sobre todo, esperar que pongan en práctica ese proyecto de viajar a Madrid. ¡Cuántas ganas tengo de abrazarlo! No me queda más remedio que dar tiempo al tiempo. Por el momento, me muero por contárselo a Fernando, a mi padre, a Leonor. Fernando se va a alegrar. Desde que lo ayudó a venir al mundo, Enrique ha sido como un hijo para él. Algunas veces me ha sugerido que no le importaría que fuésemos los dos a verlo. Si me lo propone una vez más, creo que no tendré fuerzas para resistirme. En cuanto a mi padre, imagino la cara que va a poner cuando en la sobremesa, como tiene por costumbre, me pida que le lea una y otra vez las cartas de Enrique. Las mías y las suyas. Todas. Cuando voy a verlo, cosa que suelo hacer cada semana, tengo que llevarlas conmigo. No se cansa de que le repita mil veces lo mismo; siempre escucha con atención y termina sacando el pañuelo para disimular una lágrima indiscreta que se le escapa sin querer.

Y a Leonor no voy a darle más largas. Llevo un año ocultándole la verdad. Un día de estos me voy a Santander y se lo digo personalmente. Le entregaré las cartas, le mostraré la fotografía.

«Enrique está en África. En las orillas del Congo, pisando la línea del Ecuador; pero va a venir pronto y además, ¡acompañado! Siempre te recuerda en sus cartas y tiene muchas ganas de verte. ¡Mira que chica tan guapa! Es Delphine; trabajan juntos». Me echará una buena reprimenda por mi silencio, pero enseguida lo olvidará todo. Leonor tiene muchos años y está muy sola. Ahora si que tengo un buen motivo para ir a Santander.

La promesa

Hace apenas una semana creía haber llegado al final de mi relato; no podía imaginar siquiera que el verdadero final se produciría de forma tan inesperada. Con la misma rapidez que se ha desencadenado quiero recogerlo por escrito, para guardar los detalles de los acontecimientos que han cerrado la historia de mi vida vinculada a los orígenes de mi hijo y a mi secreto. Por eso estoy aquí, en la modesta habitación de un hostel de carretera, volcada otra vez sobre estos folios.

Sólo han transcurrido dos días desde que salí de casa con las primeras luces del alba. Cinco horas escasas, y ya estaba en Santander. Una vez pasada Reinosa, tomé la dirección oeste para seguir el curso del Saja. Río, valle y montañas removían emociones adormecidas. Cuando vi el indicador de Bárcena, la tentación de volver a aquella aldea de ensueño fue más fuerte que yo misma, y me dejé llevar por el corazón sin oponer resistencia alguna.

Conforme me iba aproximando, me preguntaba qué habría sido de Anselmo, aquel hombre sabio y sensible que todo lo había aprendido escuchando la voz de la naturaleza. Lo más probable es que hubiera muerto. Treinta años eran muchos años; cuando estuve en el pueblo rondaría los sesenta, así que, en el caso de que viviera, habría sobrepasado con creces los ochenta y cinco. Si aún estaba allí, no me iba a marchar sin verlo.

Nada más llegar aparqué el coche, y mis pasos me llevaron al lugar donde viví junto a Ignacio las vacaciones más intensas de mi vida. La fisonomía del pueblo había cambiado, pero la casa de piedra seguía allí, casi inalterable, con sus muros recubiertos de musgo, resistiendo al tiempo como mis sentimientos. Instintivamente busqué con la mirada la casa de Anselmo. Ante el portalón, un anciano sentado en un viejo sillón de mimbre, encorvado sobre sí mismo, dormitaba al sol. Me acerqué hacia donde estaba. Enseguida reconocí su boina negra, calada hasta los ojos, su pantalón de pana brillante y gastado, su nariz aguileña... Era él. ¡Cómo había envejecido! La piel de sus manos, secas y manchadas por el lentigo, se le pegaba a los huesos y acentuaba la prominencia de sus venas renegridas. No podía creer que estuviera a dos pasos de Anselmo. Me acerqué más a él y le hablé muy despacio.

—Anselmo... Anselmo.

Tuve que repetir varias veces su nombre, subiendo el tono, para que mi voz entrara en su sueño. Abrió los ojos confundido. Se llevó una mano temblorosa a la boina y, a duras penas, descubrió con ella su cabeza. Me di cuenta entonces de que la viveza de su mirada se había hundido en aquellas cuencas profundas y descarnadas. Me coloqué frente a él y puse mi mano en su hombro.

—¿No se acuerda de mí, Anselmo?

Me miró largamente y buscó en su memoria los resortes de mi voz.

—Claro que me acuerdo. Usted es... sí... usted es la doctora... ¿Qué de bueno la trae hoy por aquí? —preguntó arrastrando las palabras con dificultad.

—He venido a verlo. ¿Recuerda que se lo había prometido?

—¡Uhh! De eso hace... muuucho... muuucho tiempo... Ya creí que no volveríamos a verla por este pueblo.

—Pues aquí estoy, Anselmo.

—Y yo se lo agradezco —añadió limpiándose los ojos con el pañuelo que guardaba entre el cojín y la silla de mimbre—. Sabe usted, mi vista ya no es lo que era, pero la veo igualita que antes.

—No, Anselmo. El tiempo también ha pasado para mí.

—Pues tiene la misma cara... y el mismo pelo. Todavía guarda parecido con la bella *anjana* que vino a estas montañas aquel verano de mil novecientos... ¡Qué cabeza! Ya no me acuerdo... Ayúdeme a refrescar la memoria. ¿Cuándo fue?

—En agosto del 74. Yo no lo he olvidado.

—Cómo iba usted a olvidarlo, doctora —puntualizó de manera intencionada.

—Y sus hijos, Anselmo, ¿volvieron de Alemania?

—¡Quiá! ¡Qué van a volver! Dicen que cuando cobren el retiro se vendrán a la *tierruca*, pero a mí no me van a encontrar para entonces.

—Tenga esperanza. Quizá un día le den una sorpresa. Ya lo verá.

Cogió otra vez el pañuelo y, después de limpiarse las comisuras de los labios, preguntó mientras golpeaba rítmicamente con su bastón en el suelo.

—Y su hijo, doctora, ¿lo ha traído con usted?

—¡Anselmo! —exclamé sorprendida—. ¿Cómo sabe que tengo un hijo?

—Me acerqué alguna vez por Lebeña, yendo hacia la feria de Potes, ¿sabe? Cuando todavía podía ocuparme del ganado. Leonor me lo dijo. ¡Qué mujer, Leonor! Pero, diga usted, ¿lo ha traído o no? Me gustaría conocerlo; ya debe de ser un hombre.

—Mi hijo está lejos, Anselmo. Se hizo médico y decidió marcharse a un hospital en medio de la selva. Está en África, en el Congo, cerca de una ciudad que se llama Mbandaka.

—Claro, claro; como su padre. Su padre también se fue del pueblo muy pronto... y lejos... a la otra punta de España.

Lo miré desconcertada y, por un momento, llegué a dudar de la discreción de Leonor.

—¿Qué quiere decir, Anselmo? —pregunté, mientras la emoción que se traducía en mi voz me delataba.

—Que su hijo debe de ser igual que el padre. Como don Ignacio, vaya. Ya lo dice el refrán, *de tal palo, tal astilla*.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Ya ve usted... Fui atando cabos. Además, ya lo dice el dicho, *el dinero y el amor no pueden estar ocultos*, y yo aquel verano vi muchas cosas.

—¿A qué se refiere?

—Los ojos lo dicen todo... y aquellas miradas... Usted ya me entiende. Don Ignacio no le quitaba ojo y usted a él tampoco. Un viejo como yo tiene mucho tiempo para darle vueltas a la cabeza. —Hizo una pausa y suspiró antes de proseguir—. Un día, ya hace mucho, Leonor me contó que había pasado las vacaciones con su hijo y con usted en Gijón. Otra de las veces que pasé por allí, me dijo que iba a Madrid por las Navidades a llevarle los Reyes al niño. Y yo le decía: «¡Enséñame una fotografía, mujer!». Y a ella se le mudaba la cara y siempre cambiaba de conversación.

Asentí con mi silencio, y Anselmo volvió a golpear con el bastón en el suelo. Busqué en el billetero, saqué una foto de Enrique y se la mostré.

—Éste es mi hijo.

—¿Cómo se llama?

—Enrique. Era el nombre de mi abuelo.

Soltó el báculo, cogió la fotografía entre el vaivén tembloroso de sus dedos y trató de enfocar sobre ella la mirada, pero me di cuenta de que sus ojos ya no eran capaces de percibir los detalles.

—Ha acertado; mi hijo es el vivo retrato de Ignacio.

—Entonces será un guapo mozo, sí señora —añadió devolviéndome la foto—. ¿Don Ignacio lo conoce?

—Nunca quise que supiera de su existencia.

—Usted sabrá, doctora... Yo no soy hombre de fe. En mi vida sólo he creído en tres cosas: en la naturaleza, en la gente de bien y en la aspirina, pero pienso que si Dios estuviera en alguna parte, se habría alegrado de que el padre viviera con el hijo y con la mujer que lo trajo al mundo. Es ley de vida. Hasta los pájaros lo saben. La naturaleza nunca se equivoca.

—Muchas veces, Anselmo, los seres humanos nos olvidamos de la naturaleza y seguimos otras leyes que nos imponen o nos imponemos nosotros mismos. No es fácil ser libres como los pájaros.

Un silencio denso y sentido, interrumpido tan sólo por el choque del bastón contra el cemento de la acera, nos envolvió de nostalgia. Recordé aquella tarde de agosto; a aquel hombre sabio, todavía pletórico de facultades, que se metió en la casa en busca de una botella de vino para obsequiarnos con ella a Ignacio y a mí. Y evoqué el último cigarrillo, y las miradas de fuego, y el aleteo de mis sentimientos hacia un sueño imposible.

Lo invité a comer en uno de los nuevos mesones donde, según me dijo, servían un cocido montañés como aquellos que preparaba Leonor; aunque es verdad que estaba exquisito, no tenía aquel punto especial que mi paladar recordaba. Escuché sus palabras, calmosas y profundas, que con dificultad, pero con acierto, iban recomponiendo la historia de su vida. Volví a admirar su sagacidad y su filosofía, naturalista y humana al mismo tiempo; su gran sensibilidad y comprensión a la hora de entender y respetar las diferentes posturas ante la vida. Y la tarde pasó deprisa, tejiendo recuerdos y añoranzas.

Anselmo se quedó con su soledad, y yo continué mi viaje con el corazón apretado por el peso de tantas ausencias. Cuando quise darme cuenta, las sombras del atardecer anticipaban la oscuridad de la noche. Ésa fue la razón que me impidió aventurarme por la intrincada carretera que conduce a Lebeña. Me detuve en un hostel con la intención de dormir unas horas, pero los recuerdos volvieron a secuestrar mi sueño.

El último adiós

Nunca pensé que llegaría demasiado tarde. No puedo apartar de mi mente las iniciales de Leonor grabadas sobre la capa de cemento, todavía húmeda, en la que han incrustado la cruz de hierro a la cabecera del montón de tierra que guarda su cuerpo; ni el desesperado impulso que me obligó a inclinarme sobre su tumba para depositar el ramo de lilas. Todavía siento en mi dedo índice la caricia de las hendiduras recientes de las letras, al tiempo que me invade una dolorosa impotencia y mis sentimientos se revelan contra la vida, que hasta el último momento le ha privado de lo que amaba. Leonor Herrero Ortiz ha muerto sola, callada, como ha vivido. Unos días tan sólo, y se hubiera ido con la alegría de las cartas de Enrique, la esperanza de verlo y, sobre todo, la tranquilidad de que el silencio de mi hijo y mis evasivas obedecían tan solo al deseo de preservarla de preocupaciones innecesarias, que hubieran hecho aún más difícil la última etapa de su existencia.

Allí, junto a su tumba, las lágrimas se me agolpaban en los ojos y yo las dejaba correr hasta que, de forma confusa, vi cómo eran absorbidas por la argamasa que coronaba la sepultura, como lluvia cálida que quisiera llegar hasta ella.

Tampoco puedo olvidarme de Ignacio, siguiéndome como una sombra, sin decir una palabra, hasta que, ya en el cementerio, al ver mi llanto, sus labios por fin se despegaban en una plegaria y sus manos describían en el aire la señal de la cruz.

Sólo hacía una hora escasa que había llegado al pueblo. Serían poco más de las once cuando me detuve frente a la puerta de Leonor. Me resultó extraño encontrarme la casa cerrada, al igual que las ventanas. Toqué con los nudillos y, a los pocos segundos, el girar de la llave en la cerradura me puso en guardia. Levanté en mis manos las lilas que, ayer por la tarde, Anselmo cortó para ella. Sabía que eran sus flores preferidas; por eso, aprovechando la exuberancia de la estación primaveral en su jardín, le había preparado un enorme ramo minutos antes de mi partida. Ninguno de los dos habríamos podido imaginar que, unas horas después, sería yo misma quien se las llevase al cementerio para darle mi último adiós.

La puerta se abrió y la sangre me subió a la garganta; tuve que tomar aire para sobreponerme a la fuerte impresión recibida. Allí estaba él; era la última persona a quien esperaba encontrar. Me habría gustado dominarme, pero no pude. Dejé caer el brazo con el ramo de lilas y se me escapó su nombre junto con mi sorpresa.

—¡Ignacio!

Nos quedamos petrificados mirándonos el uno al otro, sin dar un paso, sin un gesto siquiera ni movimiento alguno que pudiera parecerse a un saludo.

¡Cómo ha castigado el tiempo su imagen! Su pelo rubio oscuro ha encanecido y sus ojos, tristes y hundidos, ya no me miraban con dulzura. Sus labios tampoco me sonreían como en otro tiempo, más bien mostraban un rictus de amargura, acentuado por los profundos surcos que ahora enmarcan su boca.

Creo que nunca se borrará de mi recuerdo la imagen de Ignacio perfilándose en el hueco de la puerta, ni la conversación mantenida con él, sin duda alguna, la última.

—¡Ignacio! —repetí.

—¡Andrea! ¿Cómo lo has sabido? Pensaba llamarte esta tarde.

—¿Cómo he sabido *qué*?

—Mi tía...

—¿Qué le pasa a Leonor? ¿Está enferma?

—Al verte imaginé que te habrías enterado. Además... esas flores me han hecho pensar que lo sabías.

—¡No! ¡No sé nada! ¿Qué quieres decir? ¡Quiero verla! —dije intentando franquear la puerta.

Ignacio me miraba perplejo, sin comprender la vehemencia que mis palabras expresaban.

—Leonor ya no está con nosotros. La enterramos hace dos días.

—¡¡Dios!! ¿Cómo ha ocurrido?

—Tenía muchos años... el corazón le falló.

—Muchos años y mucha soledad.

Quizá sin pretenderlo en mis palabras había un tono de reproche. Tuve la impresión de que Ignacio se sintió acusado. Sus manos se crisparon e intentó una disculpa.

—Venía a verla todos los años y le escribía con relativa frecuencia.

Nos quedamos callados. Sentí deseos de contarle que Leonor no había superado su ausencia, que ella le hubiera necesitado todos los días a su lado, y que nunca entendió ni compartió su huida, pero, ¿de qué iba a servir ya?

Al cabo de unos segundos, y una vez recobrado el ánimo, manifesté mi deseo.

—Estas lilas son para ella. Han perdido su frescura, pero no su perfume. Quiero llevárselas.

Ignacio asintió con la cabeza, salió de prisa, cerró la puerta y me acompañó hasta el pequeño cementerio.

Allí estábamos los dos, junto a la sepultura de Leonor expresando el dolor ante la muerte. Él, elevando al cielo sus oraciones por el eterno descanso de su alma; yo, menos afortunada en asuntos de fe, llorando por todo aquello que la vida le había robado en la tierra a aquella mujer de cuerpo pequeño y sentimientos grandes.

En ese momento me di cuenta de la gran pérdida que su muerte iba a significar para Enrique y para mí. Ella era el vínculo de la sangre que unía a mi hijo con estos valles y estas montañas; que lo acercaba a la cultura y a las tradiciones de sus ancestros. Con su desaparición acababa de hundirse el puente que había sabido tender entre Santander y Madrid.

De pronto Ignacio dejó de rezar; siguió ante mí observando mis lágrimas, seco e imperturbable, como si hubiera aprendido durante todos estos años a controlar sus emociones.

Entendí que me estaba esperando. Me enjugué los ojos, acerqué los dedos a mis labios y puse un último beso en el ramo de lilas, junto con el recuerdo de Anselmo. Me incorporé y, en silencio, me dirigí a la salida del cementerio abriéndome camino entre las cruces de hierro y la alfombra de margaritas que cubría el suelo. Los pasos huecos de Ignacio resonaban detrás de mí. Sentía un nudo en el pecho y me faltaba el aire, como aquella tarde en el puente del pozo del Amo, veintiocho años atrás. Me detuve un instante y cerré los ojos, pero esta vez no sentí su brazo sujetarme por la cintura, ni me atrajo hacia sí con el cariño de entonces. Reanudé la marcha y, cuando hube salido, me dirigí a él con decisión.

—Me voy; la persona que me esperaba, y que era el objeto de mi visita, ya no está. No me queda nada que hacer aquí.

Ignacio me miró de frente por primera vez.

—Todavía no, Andrea. Mi tía ha dejado una carta; en ella me pide que hable contigo.

El corazón me dio un vuelco. ¿Acaso Leonor le habría contado... ¿Conocería la existencia de Enrique? No, no... ¿cómo había podido siquiera dudarle? Leonor me había dado su palabra; era una mujer fuerte y entera que se habría llevado mi secreto con su muerte. De todos modos, mi pregunta dejó la puerta abierta a cualquier posibilidad.

—¿De qué tendríamos que hablar, Ignacio? —le dije mirándolo a los ojos.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió esquivando los míos—. Dejó también una carta para ti. Su deseo es que la leas en mi presencia.

Entonces comprendí la última voluntad de Leonor. Antes de morir quiso tender un puente también entre Ignacio y yo que pudiera conducirlo hasta Enrique; hasta su hijo. Quería, sin duda, ponerme entre la espada y la pared y yo no estaba segura de mis fuerzas.

—No me negaré a su deseo. Vamos —dije al fin.

Cuando franqué el dintel de la casa sentí un estremecimiento. Los recuerdos vividos aquel verano del 74 acudieron en tropel a mi memoria. Una tras otra, recorrí las habitaciones sobrecogida, y los fantasmas del pasado salieron a recibirme removiendo mis sentimientos y mi pretendida entereza. Como si una fuerza superior a mí me arrastrara, me sentí conducida hasta el establo, donde las arañas seguían extendiendo sus densas redes. Al entrar, una voz infantil, la voz de Leonor niña, me recibió recitando unos versos tristes.

*Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.*

Leonor había descansado. Ya no tendría que lamentar las privaciones de su infancia, cuando se veía obligada a esconder los libros de versos en el mandil; ni volvería a dolerle el recuerdo del distanciamiento de Teresa. No saldrían más suspiros de su pecho por los hijos que se le quedaron dentro. Ni más lágrimas de sus ojos por la ausencia de Ignacio. Nunca más se vería obligada a ocultar la existencia de *su niño*, como solía decir cuando se refería a Enrique; ni a esconderse para disfrutar de su compañía.

Salí del refugio donde se ocultaba en su infancia y entré de nuevo en la casa. Ignacio me esperaba con un sobre en la mano. Me lo entregó con miedo, como si presintiese la gravedad del mensaje que guardaba en su interior. En la parte superior del sobre, dos palabras: *Para Andrea*. Mis manos temblaban cuando lo estaba abriendo.

Encontré como esperaba una carta de Leonor escrita de su puño y letra, pero con una caligrafía de trazos menos regulares y más angulosos. Aunque temía su contenido, o precisamente por ello, me embebí en su lectura con inquietud, guardándome de poner la distancia suficiente entre Ignacio y yo, de forma que me permitiera preservar la intimidad de su mensaje.

En Lebeña, a 1 de marzo del año 2001

Querida Andrea:

Cuando llegue ésta a tu poder yo ya no estaré en el mundo. Te preguntarás que cómo lo sé, pues la verdad es que no sabría decirte, pero me da el corazón que el Señor va a llevarme pronto con Él, a ver si me da poquito mal y buena muerte, como decía mi abuela, para no dar castigo a nadie. Perdóname por la mala letra, pero es que mi pulso ya no es el que era, además he perdido mucha vista en poco tiempo, la médica me dice que es por lo del azúcar, yo creo que es por los años. Bueno, hija, no quiero hablarte de mí, que ya poco valgo, pero no me gustaría que me llegue mi hora sin decirte todo lo que en estos años me ha ido rondando por la cabeza y no te he dicho, sólo porque un día empecé contigo mi palabra.

Estoy muy enferma y tengo el presentimiento de que no voy a veros más ni a mi niño ni a ti, y no sé qué será lo que os pase, pero a esta vieja no podéis engañarla, me da en la nariz que me estáis ocultando algo y le pido a Dios que no sea nada malo. Bueno hija, a lo que iba, que ya se me va el santo al cielo, a ver si me voy a ir yo también sin decirte lo principal, pues que sepas que no dejes de darle vueltas a tu secreto. No te lo tomes a mal, Andrea, pero a mí me parece que tienes que decirle a Ignacio la verdad de lo de Enrique, porque es hijo suyo igual que tuyo y tiene la obligación de saberlo, de la misma manera que tienes que decirle a Enrique la verdad sobre su padre, que ya es un hombre y te va a entender de sobra. Cuando una se encuentra a dos pasos de la muerte, se ven las cosas de otro modo. Perdona a mi sobrino, hija, y olvida tu amor propio y esa huida suya cuando más lo necesitabas, que no quiero disculparlo, ni mucho menos, pero piensa que para Ignacio hubiera sido muy duro dejar sus obligaciones y olvidarse de lo que era. No me podía morir con este peso, ahora que te lo he dicho ya puedo descansar en paz. A él también le he dejado una carta, que se encontrará cuando venga a darme sepultura, pero no tengas miedo, que sólo le digo que haga por verte y que te entregue la tuya y que hable contigo. Lo demás lo dejas en tus manos, hija, y que Dios te guíe para obrar con acierto. Me alegraré desde el cielo cuando por fin pueda ver el día en el que Enrique conozca a su padre y su padre lo conozca a él. Tengo todas sus fotos en una caja que está guardada en mi mesilla. La llave la encontrarás al fondo del costurero que está encima de la mesa de la salita.

Y ya para terminar te diré que no me puedo ir sin darte a ti las gracias por todos estos años. Creo que fuiste la mano de la que el Señor se valió para alargarme la vida. Dale las gracias a don Fernando también. Bendigo la hora en que te conocí y te bendigo a ti por el hijo que trajiste al mundo y sobre todo por haberme dejado disfrutar de él. Enrique es sangre de mi sangre y como si fuera mi nieto lo he querido y lo quiero. Díselo así, que desde el cielo velaré por él para que tenga salud y una vida feliz.

Leonor

Tuve que limpiarme los ojos más de una vez para que los trazos convulsos y emocionados de Leonor se me hicieran visibles, y así poder continuar la lectura. Con aquella carta, Leonor acababa de entregarme la llave de mi secreto.

La doblé despacio y la metí de nuevo en el sobre. Ignacio estaba allí, delante mí después de

casi treinta años; mirándome con expresión indefinida. Sólo tenía que preguntarme qué había sido de mi vida; decirme, con un resto de amor en la mirada, que su huida estuvo condicionada por las circunstancias, pero que siempre le dolió mi ausencia. Pedirme que perdonara su silencio, eterno e incomprensible. Hablarme de la dureza de su soledad. Y yo le diría que habían sido suyos todos mis sueños, que había llenado mis días con su recuerdo, que cuando veía las estrellas, contemplaba la belleza de un cuadro, o descubriría las maravillas de un lugar desconocido, siempre sentía su vacío a mi lado; que cuando me sentaba al volante del coche, su imagen se adueñaba de mi memoria; que los últimos pensamientos antes de dormirme, y los primeros después de despertar, habían sido suyos también. Le diría que todas las energías de mi cuerpo y de mi mente, a lo largo de casi tres décadas, habían girado en torno a aquel sentimiento irracional y ciego que me había robado la sensibilidad para disfrutar de muchos atardeceres, para percibir el perfume de una flor. Le diría que mis ojos, mi piel y mis oídos, todos mis sentidos, en fin, se habían cerrado al amor un atardecer de diciembre y así habían permanecido a lo largo de toda una vida. Correría al coche y cogería el sobre donde guardaba las fotos de Enrique. Se las mostraría... «Es mi hijo. Hace más de un año que trabaja en un hospital del Congo. En su última carta me dice que va a venir pronto». Con eso sería suficiente. No tendría que añadir nada más. Al verlo, comprendería.

Lo miré a los ojos y mantuvo mi mirada unos instantes. Pero la luz que me pareció ver en los suyos se apagó de súbito, y su mirada volvió a teñirse de cansancio y distancia.

Ignacio permanecía impassible, delante de mí, y yo me quedé esperando las preguntas que no llegaron, las palabras de perdón que tampoco pronunció, y mis palabras, nunca dichas, se me ahogaron dentro para siempre.

—¿Qué tienes que decirme, Andrea? —preguntó por fin.

—Hay muchas cosas que tendría que decirte.

—Ella quería que hablara contigo. ¿Le ocurrió algo que yo no sepa? ¿Acaso tuvieron que intervenirla otra vez en Madrid y me lo ocultó?

—Leonor no volvió a resentirse de su dolencia. Fue a Madrid varias veces, pero por motivos bien distintos...

—Tu reacción ante su muerte me hace pensar que en estos años habéis mantenido un contacto estrecho. Mi tía siempre manifestó hacia ti un profundo agradecimiento.

—Has acertado —afirmé conteniendo las palabras, al darme cuenta de que Ignacio no quería ir más lejos—. Leonor me agradece en estas líneas la parte que tuve que ver en su curación.

—Es cierto. Tu intervención fue decisiva —afirmó mientras se frotaba nerviosamente las manos.

Sus palabras hicieron que me quedara pensativa unos instantes. Recordé aquella mañana, y la brisa fresca con fragancias de otoño que entraba a raudales cuando, siguiendo un impulso, abrí la ventana del despacho de Fernando.

—Ha pasado toda una vida, Ignacio. Ya somos viejos.

—Los años no han transcurrido de la misma forma para los dos. Si me lo permites, te diré que tú estás como entonces —añadió, no sé si con la intención de distender la conversación, que empezaba a adquirir un tono íntimo, o con el deseo de terminar con una frase amable.

—No te fíes de las apariencias —dije yo, sin encontrar nada mejor que decir.

—Algunas veces me he preguntado si te habrías casado —indagó tímidamente de forma indirecta.

Tuve que tragar saliva antes de responder.

—Tengo un hijo, pero no me he casado. Desde que nació, mi hijo ha sido sólo mío, para lo

bueno y para lo malo; yo he sido su madre y su padre —dejé claro, venciendo el escozor que sentía en las cuencas de los ojos.

Mientras le hablaba, me di cuenta de que sus manos volvían a crisparse y me pareció ver una sombra en su mirada. Pero no quiso saber más ni yo se lo dije. No preguntó siquiera el nombre de mi hijo, ni quiso conocer ningún otro detalle de su vida o de la mía. Ignoro si por intuir la verdad o quizá por miedo a descubrirla.

Concluyó la conversación con una frase convencional que a nada le comprometía.

—Tu maternidad es para mí un motivo de alegría. Un hijo es lo más grande.

Sentí deseos de gritar, de decirle que cómo se atrevía a hablar de la grandeza de un hijo, cuando nunca, ni siquiera en la mente, se planteó la posibilidad de su existencia. Él no era padre, aunque muchos lo hubieran llamado por ese nombre. Se había perdido el primer llanto de Enrique, su primera sonrisa, su primera palabra. La paternidad había que aprenderla y sufrirla para poder entender su grandeza y disfrutar de ella.

Quise contarle las veces que tuve que sonreír, aunque estuviera llorando por dentro, para enseñarle a mi hijo el valor de la sonrisa; jugar con él, con la ilusión de una niña, cuando mis ilusiones de mujer se habían roto en pedazos; velar su sueño, después de una noche de guardia, cuando la fiebre cabalgaba en sus sienes. Y lo que más me había dolido, verme obligada a callar cuando me preguntaba por su padre.

Una especie de ahogo me oprimió otra vez el pecho y tuve que forzar la respiración.

—¿Te pasa algo, Andrea?

Continué callada. Cómo iba a decirle que era capaz de entender su desamor, pero que no podía perdonarle que, desde aquellas Navidades del 74, jamás se hubiera sentido obligado a preguntar por mi supervivencia, física o moral, de la que él también era responsable. Hubiera querido que me explicara por qué había entregado su vida a paliar el dolor ajeno, mientras huyó de mi propio dolor; por qué tenía oídos para todos y los había cerrado para mí; por qué prodigaba palabras de amor y de esperanza a todos, cuando para mí había enmudecido. En definitiva, y utilizando su propio lenguaje, por qué se había quedado con las *noventa y nueve*, y a mí me había dejado perdida en un mundo sin fe y sin esperanza.

Demasiado tarde. Ya no era tiempo de reproches. Tenía que marcharme deprisa, dejar aquella casa, alejarme de Ignacio antes de que mis fuerzas me abandonaran. Me dirigí a la salita, cogí la llave del costurero y la guardé en el bolso. Después entré en la habitación de Leonor y fui directamente a la mesilla para llevarme conmigo la prueba de mi secreto. Cuando salí de la habitación, Ignacio seguía donde lo había dejado; sin palabras, sin expresión alguna en los ojos, sin un gesto que hiciera tambalear la decisión que acababa de tomar.

—Tengo que irme.

—Es tarde... Descansa un rato mientras preparo algo para comer. El viaje hasta Madrid es largo.

—Gracias. No quiero llegar de noche. Tomaré un bocadillo en carretera.

Me despedí de él tendiéndole la mano y sentí la frialdad de la suya helarme el alma.

—Adiós, Andrea —le oí decir como si su voz en ese instante hubiese vuelto del pasado, al tiempo que yo abría la puerta y corría a refugiarme en el coche.

No pude responder a su adiós. Me apresuré a girar la llave de contacto y pisé el acelerador con fuerza. En el espejo retrovisor, la figura enjuta y encorvada de Ignacio desaparecía como una sombra velada por mis lágrimas.

El ruido del motor se convirtió en mi cómplice y apagó el eco de mis sollozos.

El vuelo hacia los sueños

En los primeros momentos, mientras el coche dibujaba las curvas que me alejaban del pueblo, me repetía a mí misma que tenía que serenarme. La rabia y la impotencia me obligaban a apretar los dientes. Empezaba a desmoronarme por dentro y por fuera; ya no era necesario fingir. Y lloré. Lloré sin medida. Primero con desesperación, de forma convulsiva. Después en silencio, dejando que mis lágrimas rodaran sin control hasta sentir su amargor en los labios, y su liberadora humedad en el pecho a través de la seda de mi blusa.

Al cabo de un rato me fui calmando. Me sentía agotada psicológicamente, pero tenía que concentrarme en la carretera. No podía detenerme. Tampoco, regresar a Madrid en aquel estado. Clavé los ojos en el asfalto y pisé el acelerador. Hubiese querido que el coche volara.

Ya en el cruce, deshice la carretera hasta Reinosa, bordeé el embalse y me dirigí a la autovía de Burgos. Quería llegar a Madrid, pero no tenía fuerzas para continuar el viaje. Estacioné el coche y perdí la noción del tiempo, presa de una gran fatiga moral que me condujo a un total embotamiento de los sentidos.

Cuando al fin pude reaccionar, eran las siete de la tarde. Desde el ligero desayuno a primera hora de la mañana, no había tomado alimento alguno, pero en lugar de comer lo que necesitaba era descansar; por eso alquilé esta habitación en el primer hostel que encontré en la carretera. Mi única compañía, el maletín de viaje y la caja de fotos con mis recuerdos.

La habitación es sencilla, pintada de blanco, con ventanales cubiertos por cortinas en tonos alegres, y dos camas de madera de pino separadas por una mesita de noche que acentúa aun más mi soledad.

Ni siquiera deshice el equipaje al llegar. ¿Para qué iba a necesitarlo? Únicamente saqué el pijama y la bolsa de aseo. Sólo quería dormir. Dormir muchas horas. Hasta el día siguiente, si era posible. Me recosté sobre la cama, cerré los ojos e intenté que el sueño viniera a reparar el desgaste de la jornada. Mi intención era regresar a Madrid al amanecer.

Lo que en principio pretendía ser un descanso obligado, se ha convertido en el escenario de una profunda reflexión, a la que me han conducido los acontecimientos vividos en las últimas horas y los sueños que han poblado mis breves períodos de reposo.

La muerte de Leonor ha desenterrado los espectros del pasado y los siento danzar a mi alrededor asfixiándome.

Qué lejos quedan mis sueños de niña. Qué pocas cosas reconozco en mí de la adolescente soñadora que se atrevía a discutir sobre la libertad de los actos humanos. Han tenido que pasar tres largas décadas para que no albergue duda alguna sobre la concatenación de los sucesos; sobre el determinismo casi absoluto de nuestras acciones.

El lugar donde nacemos, la familia, los estereotipos culturales o religiosos que se nos transmiten, las personas que nos vamos encontrando en nuestro caminar, los sentimientos que éstas

llegan a despertar en nosotros, no son otra cosa que eslabones de una misma cadena que nos hace prisioneros de la vida, apretando más y más el cerco en derredor nuestro.

De este modo, los seres humanos nos convertimos en esclavos de un motivo que nos domina: atesorar riquezas, materiales y perecederas para unos, espirituales o eternas para otros; sentir la gloria del poder, ya sea político, económico o social, pero poder al fin y al cabo; buscar de forma narcisista y ególatra la perfección del cuerpo para sentirnos admirados, o la del alma, ¿quién sabe si para sentirnos admirables! Amar y ser objeto de amor, cuando la pasión amorosa domina sobre cualquier otro sentimiento. Hasta la entrega altruista a las causas más nobles, podría tener un componente de satisfacción personal, que nos colocaría ante nuestros propios ojos en un plano de supremacía sobre aquellos que se mueven por motivos más prosaicos.

En esencia, nuestras acciones y omisiones son ejes de la rueda que gira alrededor de nosotros mismos en vano afán por alcanzar la felicidad. Estos anhelos, en la mayoría de los casos, se nos quedan para siempre encarcelados en el mundo de los sueños.

Mi madre y Leonor quisieron salir de sus límites para volar por los cielos del conocimiento; mi hijo ha roto convencionalismos por una misión altruista en África; Ignacio ha intentado construir su perfección, para proyectarla más allá de la muerte sobre los escombros de mis propias ruinas; Anselmo ha vivido mirando la naturaleza, y tratando de extrapolar sus leyes a los sucesos que quería explicar; Solana ha perseguido los tesoros ajenos cegado por la envidia; Maribel ha sido víctima de su narcisismo insaciable; Charo, en muchos momentos, fue esclava de la verdad aun a costa de sus intereses; Carlos, de una pretensión desmedida por sublimar el goce de su sexualidad.

Y Fernando... Fernando me ha entregado su vida a cambio de mis problemas y de mi amargura. Siempre me ha tendido los brazos, pero yo volaba hacia otros cielos. Me duele no haber podido amarlo; él ha sufrido por mí como yo he sufrido por Ignacio. Los dos hemos sido víctimas de una pasión equivocada.

Mi profesor de filosofía tenía razón. Nuestra libertad carece de alas. Si alguna vez creemos volar hacia los sueños, nuestras alas son etéreas. Alas de humo, que se diluyen con la primera brisa; alas de cristal, que se quiebran al primer intento de remontar hacia las nubes; alas de cera, que el fuego de los sentimientos derrite, precipitándonos al suelo en mortal caída, como Ícaro cuando quiso acercarse al sol.

Son las cinco de la mañana. A lo largo de las últimas horas, he dejado volar mi mano sobre el papel. Mi subconsciente ha saltado varias veces el límite entre el sueño y la vigilia. El cansancio me vencía por momentos. Los ojos se me cerraban...

Dos sombras sutiles surgieron de la oscuridad. Eran Leonor y mi madre. Quería acercarme a ellas, pero me sentía incapaz de vencer la fuerza que paralizaba en mí cualquier movimiento. ¿Qué estaban haciendo? Sí... Las dos intentaban remontar el vuelo hacia los cielos, pero sus esfuerzos resultaban inútiles... Sus alas eran de papel; parecían tejidas con las hojas de todos los libros. Llovía a torrentes. El agua deshacía sus alas, que caían en pedazos al suelo. Ninguna de las dos se rendía. Sin caer en el desánimo, sus manos rescataban del fango los restos empapados de sus alas rotas y trataban de recomponerlos.

Yo me resistía a despertar; quería quedarme con ellas. Pero mi pensamiento afluía de nuevo entre las imágenes del sueño. Abría los ojos y buscaba la luz en la oscuridad de mi conciencia. Entonces surgía el recuerdo de Fernando y me dolía mi incapacidad para corresponder a su amor

de tantos años. Yo había sido durante mucho tiempo el motivo de su vida. Él, junto con mi padre y Leonor, uno de los pilares más fuertes en los que se había apoyado la mía y la de mi hijo.

Y otra vez los ojos me pesaban como si mis párpados fuesen de plomo.

Fernando se acercaba al fuego. Su corazón era más rojo que la hoguera y las llamas no podían fundirlo. La frente me ardía. Tenía calor. Mi único afán era correr... Correr y alejarme de aquella hoguera. No podía moverme. Mis pies eran de piedra... No sabía dónde me encontraba ni qué hacía en aquel lugar... Ignacio también estaba allí. Nuestros ojos se cruzaron un instante. Me había visto. Tenía que haberme reconocido. ¿Por qué habría pasado delante de mí sin decir nada? Se alejó deprisa; como si quisiera escapar a los peligros del fuego. Ví cómo se refugiaba en la *Casa de Piedra*; la más alta de todas. Seguí sus pasos. La puerta estaba abierta y la multitud se agolpaba deprisa huyendo de las llamas. Al fin logré entrar. Allí estaba rodeado de gente. Podía verlo desde la columna que me servía de escondite, en la que me había atrincherado para ocultarme de las miradas ajenas. Intenté acercarme más, llegar hasta él, hablarle. Yo levantaba los brazos. Lo llamaba. Él seguía hablando sin reparar en mi presencia. De pronto, me sentí rodeada de gente que me empujaba y me tapaba la boca. Sentí miedo y quise escapar, pero los brazos crecían y se cerraban sobre mi cuerpo.

Cuando al fin logré alcanzar la puerta, las sienes me estallaban y me bebí a bocanadas un aire espeso que me quemaba en la garganta.

El fuego se había apagado. Miré al cielo negro de la noche, y ante mí apareció de nuevo la imagen de Ignacio. Su figura se perfilaba en lo más alto; en el campanario de la iglesia. Me miraba desde la torre y me llamaba con su voz metálica y poderosa como el sonido de las campanas. Ignacio no había huido. Me estaba esperando con los brazos abiertos y yo tenía volar hasta él: «¡No te vayas! ¡Espérame!», clamé con la fuerza de que era capaz.

Por más que trataba de elevarme, mis intentos resultaban inútiles. Mis brazos eran alas transparentes.

En el silencio oscuro de la noche tan sólo se oía el batir cristalino de mis alas. «¿Dónde estás, Ignacio?», gritaba sin que la voz saliera de mi garganta. No podía ser real la imagen que se ofrecía a mis ojos. Su figura se diluía en la oscuridad hasta convertirse en una columna de humo; lo mismo que Eurídice... Era consciente de que lo estaba perdiendo, y un dolor espeso me impedía respirar. Ni siquiera podía pronunciar su nombre; el aire era fuego y la voz se escapaba de mi boca. ¿Qué me estaba sucediendo? Mis alas se quebraban en mil cristales; eran cual agujas que me punzaran en el pecho y en la espalda.

La fuerza del dolor me despertó. Alentaba con dificultad y un sudor frío se pegaba a mi piel. Encendí la luz y me senté en la cama. Al cabo de unos instantes pude respirar aliviada; todo había sido una pesadilla.

Tengo sed y me duele la cabeza. Quizá quede algún analgésico en mi bolso... Sí; aquí está. Espero que esta jaqueca desaparezca y pueda al fin dormir. Pero dormir de verdad. Profundamente. Y cuando despierte, ¡no más vuelos hacia lo imposible!

Quiero mirar en torno a mí. Quiero ver y sentir a las personas que tengo cerca. Aprender a disfrutar de una puesta de sol. Vivir en presente. Amar en presente, si todavía es posible. Recuperar mis sentidos y mi razón.

Tal vez pueda percibir que la vida palpita en todo cuanto me rodea. Comprobar que el amor no se ha cansado de esperarme. Que la belleza de las pequeñas cosas está ahí para que yo las

aprecie. Que todos los días hay un amanecer esperando ser contemplado... ¿O acaso es ya demasiado tarde? Este mismo deseo que siento ¿no será otro sueño imposible que intento alcanzar con mis alas de cristal ya rotas?

Todo está dicho. La hora de poner el punto final ha llegado. Me duele la cabeza y necesito dormir. ¿Qué voy a hacer con lo que aún queda de mi vida? Ojalá pueda decirle a Fernando cuando llegue a Madrid que su casa es muy grande y la mía también...